



TITO LUCRECIO CARO

DE RERVVM
NATVRA

(Sobre la naturaleza de las cosas)

Biblioteca Virtual Omegalfa

2022

De Rerum Natura
Tito Lucrecio Caro

Traducción:
José Marchena

Digitalización / maquetación
Demófilo
2022

Fuentes:

Del texto en castellano:

Lucrecio. (1918). [De la naturaleza de las cosas. Poema en seis cantos](#), de Tito Lucrecio Caro; traducido por D. José Marchena ([Abate Marchena](#)), Madrid, Librería de Hernando y Compañía, 1918, Edición digital. Localización: Biblioteca Nacional (España).

Edición digital realizada sin ánimo de lucro
ni interés comercial alguno, con una
finalidad exclusivamente
educativo/cultural.

Biblioteca Virtual
Omegalfa
2022

ÍNDICE

Introducción

-4-

De Rerum Natura

-34-

Libro Primero

-35-

Libro Segundo

-82-

Libro Tercero

-132-

Libro Cuarto

-182-

Libro Quinto

-241-

Libro Sexto

-312-

Apéndice

-374-

Carta de Epicuro a Herodoto

-375-

Carta de Epicuro a Pitocles

-393-

Carta de Epicuro a Meneceo

-406-

INTRODUCCIÓN

I

Cuanto se sabe de la vida de Lucrecio puede decirse en breves líneas. Fidelísimo conocedor de la filosofía de Epicuro, puso sin duda en práctica uno de los preceptos de ésta, el de ocultar la propia existencia a la vista de los contemporáneos y al estudio de la posteridad.

No cabe duda de que nació en Roma el año 95 antes de nuestra era; que pertenecía a la antigua familia patricia de Lucrecia, cuya violación por Sexto Tarquino, ocasionó la caída de la monarquía, y que murió a los cuarenta y cuatro años.

Se dice, pero sin pruebas, que, siguiendo la costumbre de los jóvenes de las familias ricas de Roma, fue a Atenas y estudió allí la doctrina de Epicuro con Zenón, jefe entonces de esta escuela filosófica. Asegura también San Jerónimo que padeció Lucrecio ataques de demencia producidos por un filtro que le dio una mujer celosa, y en sus intervalos lucidos escribió algunos libros, terminando su vida por el suicidio. Puede ponerse en duda este aserto, no sólo porque San Jerónimo escribía tres siglos después de muerto Lucrecio, sino porque el poema LA NATURALEZA, como didáctico y comprensivo de los más arduos problemas que puede investigar el entendimiento humano, es la obra menos propia de una inteligencia enferma.

Si los escritores contemporáneos o inmediatamente posteriores, a excepción de Ovidio, no citan a Lucrecio ni su poema, debe atribuirse al ardimiento con que en éste se combaten las

ideas y prácticas religiosas del paganismo. Ni Horacio ni Virgilio desconocieron el poema de Lucrecio, muy al contrario, sus repetidas imitaciones de éste, a veces copiando no sólo ideas, sino frases, demuestran cuánto lo habían estudiado; pero una obra francamente antipagana, que con tanta energía censuraba las ideas, preocupaciones y supersticiones de la sociedad romana en aquella época, no podía ser elogiada, ni siquiera citada sin ofender los sentimientos, sino de las personas ilustradas, que sabían a qué atenerse respecto a las prácticas y misterios del paganismo, de la inmensa multitud que creía en ellos.

Guardar silencio y dejar en olvido al airado censor de una ideología predominante era hasta medida de buen gobierno, quién sabe si recomendada al comensal de Mecenas y al autor de las Geórgicas por los hábiles políticos del reinado de Augusto. Explicaría esta sospecha que Virgilio considere dichoso a quien conoce las causas de las cosas, y no nombre a Lucrecio, que las explica más o menos erróneamente, pero de un modo nuevo entonces para los romanos.

Vive Lucrecio en los años de la terrible agonía de la república; desde el principio de las luchas entre Mario y Sila hasta la muerte del sedicioso Clodio, período de grandes calamidades para Roma, en que las guerras civiles desatan todas las ambiciones, todas las codicias, saciadas con la sangre o el destierro de millares de ciudadanos de los más ilustres; período de corrupción Política y moral, de desdichas públicas y privadas, del que fue testigo y acaso víctima el autor del poema LA NATURALEZA.

Si en éste, consagrado a explicar grandes problemas de física, no tiene ocasiones frecuentes Lucrecio para expresar sus personales sentimientos, tampoco faltan frases y conceptos que

permiten formar idea de ellos.

Objeto principal de sus enérgicos ataques son la ambición, el amor mundano y las creencias religiosas.

Los desastres de la época en que vivió le aleccionaban bien para condenar la ambición cuyos terribles estragos a la vista tenía. La pintura que hace de los peligros y daños del amor acaso la inspiren sus propios desengaños; quién sabe si la noticia del filtro dado por la mujer celosa, de que antes hablamos, fue errónea explicación de alguna otra calamidad que el amor ocasionó a Lucrecio. Sus invectivas contra esta pasión no son propias de un discípulo del apacible Epicuro, que aconseja dulcemente huir del amor para evitar peligros a la tranquilidad del espíritu, sino de quien ha sufrido acerbos penas y está dolorosamente arrepentido.

Otro sentimiento que palpita en todo el poema es el odio a las supersticiones religiosas, como si después de vencidas en su ánimo, se acordara, rencoroso, del tiempo que le habían estado mortificando. No es en este punto la serena razón del filósofo quien habla; la airada elocuencia de sus afirmaciones prueban un espíritu convencido, pero no un ánimo tranquilo. Sin ambición, y sin amor, que detestaba, sin creencias religiosas, que aborrecía, no podía encontrar Lucrecio, dentro de aquella sociedad descreída otro aliciente a la vida que el ofrecido por la filosofía del deleite, llamada así la de Epicuro, y no con verdadera propiedad, porque si se encaminaba a encontrar el reposo, la quietud el alma y del cuerpo por una especie de muerte prematura, por el alejamiento de cuanto pudiera causar malestar en el cuerpo y el alma, no faltó quien la interpretase en el sentido de sistema, que permitía y aun ordenaba la satisfacción de los placeres mundanos.

Este equívoco en la interpretación de la filosofía de Epicuro

fue sin duda causa ocasional del descrédito, la adquirió entre los que no la conocían bien. Lucrecio lo sabía, y expuso en su poema con todo el vigor y toda la osadía de un romano. en época en que las perturbaciones sociales y políticas permitían hablar con completa franqueza, la doctrina de Epicuro.

El paganismo no era refugio ni ofrecía consuelo a las almas deseosas de perfección moral, por ser religión a cuyos dioses podía acudirse lo mismo en demanda de vicios que de virtudes, que de unos y otros ofrecía ejemplos el Olimpo. Los que por desengaño o cansancio de la lucha de las pasiones buscaban mejor vida, acogíanse a los sistemas filosóficos, eligiendo el que más se acomodaba a su temperamento o educación científica.

Se iba de la religión a la filosofía, porque aquella ningún consuelo ofrecía al alma, víctima de propias o ajenas ambiciones, como ahora se va de la filosofía a la fe cristiana, porque el cristianismo es una religión y una moral, donde encuentran consuelo y consejo las almas perturbadas por la duda, o heridas por las pasiones.

De las escuelas filosóficas de la antigüedad, ninguna se acomodaba mejor al espíritu de Lucrecio, o débil por la lucha, o desesperanzado del triunfo, o vencido por grandes desventuras que el epicurismo, doctrina triste y severa que preceptuaba la indiferencia para todas las agitaciones mundanas, asilo para las almas tímidas, prudentes o desalentadas a las que ofrecía como remedio a sus pasiones y temores el quietismo y la vida contemplativa de la naturaleza.

Esta tranquilidad, no exenta de egoísmo, la enaltece Lucrecio en los siguientes versos:

Pero nada hay más grato que ser dueño

De los templos excelsos, guarnecidos
Por el sabor tranquilo de los sabios,
Desde do pueda distinguir a otros
Y ver cómo confusos se extravían
Y buscan el camino de la vida
Vagabundos, debaten por nobleza,
Se disputan la palma del ingenio,
Y de noche y de día no sosiegan
Por oro amontonar y ser tiranos.
¡Oh míseros humanos pensamientos!
¡Oh pechos ciegos!
¡Entre qué tinieblas y a qué peligros exponéis la vida
Tan rápida, tan tenue!
¿Por ventura no oís el grito de naturaleza,
Que alejando del cuerpo los dolores,
De grata sensación el alma cerca,
Librándola de miedo y de cuidado?

Lucrecio ha encontrado para sí, en el seno del epicurismo la paz que pide para su patria y la que desea para su íntimo amigo Memmio, a quien dedica el poema. Su ánimo sólo se apasiona para cantar esta paz firme y constante y enaltecer al fundador de la doctrina filosófica que se le ha dado.

II

Epicuro fue sin duda quien tuvo mayor número y más fieles discípulos, pero ninguno tan entusiasta como Lucrecio, para quien el filósofo era un dios que ha hecho suceder la calma y la luz a la tempestad y las tinieblas.

Este entusiasmo le induce a escribir un poema sobre asunto de índole más apropiada al raciocinio y a las demostraciones científicas, que al desplegar los vuelos de la imaginación del poeta.

La doctrina de Epicuro, expuesta compendiosamente al final del tomo en las tres cartas de este filósofo que forman el *Apéndice*, es una exposición de la física de Demócrito, para deducir de ella que la materia es eterna aunque no lo sean los cuerpos con ellas formados y que la muerte o término en todos los seres, incluso el humano, no es más que una transformación, una disgregación de los átomos que la forman, átomos imprecaderos, cuyas repulsiones y afinidades son origen de todos los seres animados o inanimados.

Aunque Epicuro no admite una providencia directora, y menos aún dioses que de continuo se estén ocupando de lo que los seres humanos hacen, no es, sin embargo, ateo. Los dioses en el epicurismo gozan en mansión de la perfecta tranquilidad a que el sistema filosófico aspira. Son como la representación ideal de la suma quietud. Las cosas de este mundo en nada les afectan, y en ningún caso se ocupan de ellas.

..Aceptada esta explicación de la divinidad, natural era que el epicúreo Lucrecio clamara contra los dioses del paganismo, cuya intervención en los actos humanos, hasta en los más insignificantes, era continua; y sobre todo contra las supersticiones que tanto acibaraban la vida en la sociedad pagana.

Según Epicuro, el alma era material como el cuerpo y mortal como él, aunque formada por átomos más tenues y sutiles. Para la humanidad no había otra vida que la de este mundo, y la muerte como término de la lucha de las pasiones. Y de las dolencias corporales y espirituales, era un bien que, si no se había de procurar quebrantando las leyes de la naturaleza,

tampoco, se debía temer.

No desconoce Lucrecio que de esta física se deducen gravísimos problemas morales, y que si el hombre acaba con la muerte, el premio o castigo de sus acciones ha de estar en este mundo, y así lo proclama, asegurando que para el malvado están los suplicios y, cuando de ellos logra escapar, el roedor de su propia conciencia.

El entusiasmo del poeta por Epicuro, es tan grande, que casi le proclama Dios, y al lado de los demás filósofos le considera sol cuya luz oscurece la de los demás astros. Los principios de su doctrina los estima como infalibles y las objeciones contra ellos las rechaza, sin dignarse a discutirlos.

La idea de hacer un poema con materia tan árida, de explicar poéticamente lo que sólo se presta a demostraciones científicas, prueba el firme convencimiento del poeta y su deseo de infundirlo también en el ánimo de sus compatriotas y sobre todo de Memmio. Claramente lo manifiesta en el principio del libro IV cuando dice:

Los sitios retirados del Pierío
Recorro, por ninguna planta hollados;
Me es gustoso llegar a íntegras fuentes,
Y agotarlas del todo; y me da gusto,
Cortando nuevas flores, rodearme
Las sienas con guirnaldas brilladoras,
Con que no hayan ceñido la cabeza
De vate alguno las divinas musas:
Primero porque enseñó cosas grandes
Y trato de romper los fuertes nudos
De la superstición agobiadora;
Después, porque tratando las materias

De suyo obscuras con pieria gracia,
Hago versos tan claros: ni me aparto
De la razón en esto, a la manera
Que cuando intenta el médico a los niños
Dar el ajénjo ingrato, se prepara
Untándoles los bordes de la copa
Con dulce y pura miel, para que pasen
Sus inocentes labios engañados
El amargo brebaje del ajénjo,
Y la salud los torne a queste engaño
Y dé vigor y fuerza al débil cuerpo;
Así yo ahora, pareciendo austera
Y nueva y repugnante esta doctrina
Al común de los hombres, exponerte
Quise nuestra sistema con cauciones
Suaves de las Musas, y endulzarlo
Con el rico sabor de poesía:
¡Si por fortuna sujetar pudiera
Tu alma de este modo con enlabios
Armónicos, en tanto que penetras
El misterio profundo de las cosas
Y en tal estudio el ánimo engrandeces!

Poca confianza debía tener Lucrecio en que el epicurismo en toda su pureza, como lo explicó su autor y como él lo comprendía, tuviese grande aceptación en Roma, y en que los romanos, más preocupados de la vida pública que de la privada, se avinieran de buen grado a cambiar de costumbres y a dedicarse a la filosófica contemplación de la naturaleza, cuando les compara con el niño enfermo a quién se engaña para darle la amarga medicina que ha de curar su dolencia.

La miel de la poesía era sin duda necesaria para convertir en partidarios de la filosofía del deleite, en el buen sentido de esta palabra, a los ciudadanos de los últimos turbulentos años de la república romana, y Lucrecio casi duda conseguir la conversión de su último amigo Memmio.

No era, en efecto, Memmio de los más inclinados por su vida y costumbres a despreciar los placeres y desdeñar los goces de la ambición satisfecha.

Descendiente de una de las familias más ilustres, hijo y sobrino de insignes oradores y orador él mismo, desde muy joven intervino en los negocios públicos. Nombrado para gobernar la Bitynia, llevó con él al gramático Nicias y al poeta Catulo, siguiendo la costumbre de los personajes políticos de entonces, para quienes era a la vez útil y honroso contar entre sus allegados literatos de fama. A su vuelta a Roma le acusó César. Defendióse enérgicamente, prodigando las alusiones a las poco edificantes costumbres de su adversario. Acusador a su vez en no pocas ocasiones, quiso impedir el honor del triunfo a L. Lúculo, el vencedor de Mitrídates. Fue questor y pretor, y llegó hasta pretender la dignidad de cónsul en lucha con otros tres candidatos. Acusados él y sus contrincantes por emplear el soborno, todos fueron condenados a destierro, y desterrado murió.

Esto por lo que hace a la vida pública de Memmio; la privada no fue más tranquila ni más conforme con las predicaciones de Epicuro y de Lucrecio. Sus costumbres licenciosas tuvieron bastante resonancia para que se aluda a ellas en libros que han llegado a nosotros. Se sabe que pretendió a la esposa de Pompeyo, hija de César, y que ésta entregó a su marido la carta amorosa de Memmio; se tiene noticia de otro escándalo aun más ruidoso, el de no haberse podido celebrar una fiesta

pública, que sin duda debía presidir Memmio, porque, según dice Cicerón en una de sus cartas a Atico, estaba ocupado en mostrar otros misterios a la mujer de M. Lúculo, y añade: «El nuevo Menelao lo ha tomado a mal, y ha repudiado a su Helena.»

Cicerón le tacha también de perezoso, diciendo de él: «este orador ingenioso y de frase seductora, esquiva la molestia de hablar y hasta la de pensar.» Amante de la literatura y del arte griego, como lo eran entonces todos los romanos que presu- mían de cultos, en Atenas, donde se refugió cuando el destie- rro, cultivó también la poesía, y sus versos, si no brillaban por la inspiración, abundaban en licencias. no siempre poéticas. Tal era el personaje a quien quiso convertir Lucrecio al epicu- rismo, y que, si adoptó esta doctrina, fue en el sentido de los que entendía la filosofía, del *deleite*, no como Lucrecio y Epi- curo sino como sistema que autorizaba la satisfacción de vi- cios y pasiones.

III

Tan grande es el entusiasmo de Lucrecio por la doctrina de Epicuro y tan profundo el deseo de convencer a los demás de su certeza, que constantemente acude a su razón y a su inge- nio para exponer poéticamente un asunto refractario a la poe- sía.

Si con tanta pasión expone un sencillo tratado de física, no es tanto por amor a la ciencia como por las deducciones que de ella hace.

La base de la física de Epicuro consiste, como ya hemos dicho, en que el universo es eterno y la materia de que está formado se deshace y rehace por virtud de combinaciones de átomos y

conforme a leyes naturales preexistentes. Los fenómenos de la naturaleza tienen por este sistema, a juicio de los epicúreos, tiene explicación racional, y la intervención en ellos de los dioses del paganismo, origen de toda clase de supersticiones y terror de las almas, cae por tierra, Esto es lo que extingue el miedo a los poderes celestiales, lo que devuelve la paz los espíritus perturbados, lo que entusiasma a Lucrecio, lo que le infunde tan poderoso aliento para propagar su doctrina, lo que trasciende en todo el poema de LA NATURALEZA.

Ciertamente el materialismo de Lucrecio es contrario a todos los cultos, pero sus ataques son contra, el paganismo y no contra las doctrinas espiritualistas, que desconocía, Pone un error frente a otro error, un materialismo científico frente a un materialismo religioso, y si en sus afirmaciones no podían seguirle los doctores del cristianismo, de sus argumentos contra la religión pagana más de una vez se valieron.

Además, ni Epicuro ni Lucrecio niegan en absoluto, la existencia de un poder divino; lo que hacen es negarle su intervención en los actos de la naturaleza y da la humanidad. Lucrecio lo explica claramente diciendo:

Pues la naturaleza de los dioses
Debe gozar por sí con paz profunda
De la inmortalidad; muy apartados
De los tumultos de la vida humana,
Sin dolor, sin peligro, enriquecidos
Por sí mismos, su nada dependientes
De nosotros; ni acciones virtuosas
Ni el enojo y la cólera les mueven.

Podrá asegurarse que este poder ocioso es perfectamente

inútil, pero no peor que la falange de dioses del paganismo con intervención perpetua y caprichosa en los actos humanos. Pero empieza Lucrecio su poema entonando un himno a Venus tan naturalmente inspirado, que no puede creerse sea ser vil imitación de las acostumbradas invocaciones a la divinidad puestas al frente de esta clase de monumentos literarios. Para algunos es una flagrante contradicción del poeta enemigo de los dioses; para otros una hábil concesión hecha a las supersticiones populares; para Mr. Martha, que ha escrito un excelente estudio de Lucrecio y su poema «no hay en esta invocación ni inconsecuencia, ni engaño, ni desfallecimiento de la propia incredulidad. Venus es para Lucrecio el símbolo de la generación, el poder fecundo de la naturaleza, que propaga y conserva la vida en el mundo.

Y bien podía Lucrecio cantar esta Venus universal sin contradecirse puesto que en todo su poema había de ser objeto de su culto filosófico. El poeta proclama, al comenzar, uno de los principios más importantes de su sistema, y a poco que se levante el velo de la alegoría y se investigue el oculto sentido de esta personificación divina, advertiráse que las bellas imágenes inspiradas en el culto nacional encubren una profesión de fe y un dogma fundamental de la filosofía epicúrea.»

Fuerza da a esta opinión el hecho de seguir al himno a Venus y al elocuente ruego para que ponga término a las sangrientas guerras civiles de los romanos, la declaración de fe materialista que contienen los siguientes versos:

.....Serán materia de mi canto
La mansión celestial, sus moradores;
De qué principios la naturaleza
Forma todos los seres; cómo crecen,

Cómo los alimenta y los deshace
Después de haber perdido su existencia;
Los elementos que en mi obra llamo
La materia y los cuerpos genitales, y las semillas,
los primeros cuerpos,
Porque todas las cosas nacen de ellas.

El elogio de Epicuro que sigue a esta profesión de fe materialista fúndase principalmente en haber osado este filósofo levantar la vista hacia las mansiones celestiales y declarar guerra sin tregua al fanatismo que de ellas venía a oprimir la vida humana.

No es el entusiasmo por el descubrimiento de verdades científicas que inspira a Lucrecio; es el entusiasmo por haber vencido las supersticiones del paganismo. Oigamos lo que de Epicuro dice:

El valor extremado de su alma
Se irrita más y más con la codicia
De romper el primero los recintos
Y de Natura, las ferradas puertas,
La fuerza vigorosa de su ingenio
Triunfa y se lanza más allá los muros
Inflamados del mundo, y con su mente
Corrió la inmensidad, pues victorioso
Nos dice cuáles cosas nacer pueden,
Cuales no pueden, cómo cada cuerpo
Es limitado por su misma esencia:
Por lo que el fanatismo envilecido
A su voz es hallado con desprecio,
¡Nos iguala a los dioses la victoria!

Bien se ve que no es la física de Demócrito, tomada por Epicuro como arma de combate contra la perniciosa influencia de la religión pagana en las costumbres públicas y privadas, sino la victoria contra esta influencia, el triunfo de ideas y sentimientos irreligiosos lo que a juicio de Lucrecio iguala a los hombres como los dioses.

Supone Lucrecio en su maestro una ira contra el fanatismo pagano que ni de los escritos que de Epicuro « quedan ni de lo que se sabe de su tranquila existencia » y morigeradas costumbres puede deducirse. El iracundo es Lucrecio, y se explica la calma del filósofo griego, y el arrebatado del poeta romano por el distinto carácter del paganismo en Grecia y Roma. Entre los griegos era esta religión casi una leyenda poética, porque los poetas adornaban a los dioses con nuevos atributos siempre que acomodaba a su fantasía. No era sin duda el Olimpo mansión de buena vida y costumbres; pero tampoco aterrorizaba a los fieles con la amenaza de terribles e inmediatos dolores. El culto tributado a los dioses del paganismo griego, símbolos de las grandes fuerzas naturales y de las pasiones humanas, era un culto, agradable y simpático, pues las ceremonias religiosas convertíanse en fiestas populares.

La incredulidad no tenía motivo para encolerizarse. Contra deidades que sufrían con paciencia o indiferencia las negaciones de los filósofos y las burlas de los satíricos.

Pero el paganismo en Roma tenía otro carácter. Con los pueblos vencidos habían ido a la ciudad eterna sus dioses y sus cultos, y con dioses y cultos las supersticiones más extravagantes y hasta las más odiosas. Tales dioses, interviniendo en todos los actos de la vida civil y doméstica, dioses sin bondad ni justicia, ni seriedad, que vengativos o crueles entreteníanse

en mortificar a los hombres, a veces por puro capricho, debían ser odiados por todas las almas elevadas, y de aquí que la impiedad de Lucrecio sea más violenta que la de Epicuro, y que su fanatismo científico parezca inspirado por una especie de venganza personal contra las supersticiones de sus compatriotas.

Añádase a esto lo poco que los romanos atendían a la religión durante el agitado período de las guerras civiles, cuando Lucrecio escribía su poema, y en rigor, siendo los dioses tan indiferentes a los males de la patria, motivo tenía el pueblo de Roma para cuidarse de ellos lo menos posible, y razón había para que la incredulidad creciese. La protesta contra los dioses en los infortunios públicos y privados era tan frecuente en la antigüedad, que se lee hasta en las obras de los escritores menos impíos.

Y no se crea que el escepticismo religioso de la parte más culta de la sociedad romana, de aquella que más fácilmente podía leer la obra de Lucrecio, excusaba a éste de la vehemencia con que anatematiza las supersticiones, Porque frecuentemente, ante las contrariedades de la vida, volvían a incurrir en aquellas los mismos que se burlaban antes del Olimpo y sus dioses. Lucrecio pretende, pues, con toda la energía de un espíritu convencido, librar a sus compatriotas de la pesada servidumbre religiosa, diciéndoles que las supersticiones han sido causa de crímenes, como lo eran los sacrificios humanos para conseguir de los dioses los que estos no podían hacer; porque ni el mundo es creación de ellos ni de ellos depende lo que en la naturaleza sucede conforme a leyes fijas y preexistentes, leyes físicas de cuya exposición se vale para destruir la terrible fantasmagoría de la religión pagana, sin cuidarse de que aniquila un error por medio de otro, de que arroja de los altares

los ídolos, no a nombre de las ideas espiritualistas de Anaxágoras y Platón, sino al de un tristísimo y desconsolador materialismo.

Para Lucrecio, el origen de las religiones es el terror que al hombre inspiran los fenómenos naturales. La humanidad no sabía explicarlos sino atribuyéndolos a un poder sobrenatural, a un poder divino; explicados estos fenómenos, como él cree que lo están, por medio del sistema físico de Epicuro, las religiones no tienen base ni razón de ser. Pero mientras el terror religioso dura, el alma humana no podrá vivir en paz ni gozar las dulzuras de una existencia tranquila. Así se comprende que, al atacar a los dioses, lo hiciera Lucrecio en defensa de su propio reposo y con todo el vigor de quién defiende lo que le es más caro, tanto, que el miedo a que atribuye la religión es el que produce su incredulidad.

Lucrecio, sin embargo, no es ateo. Admite y proclama, como su maestro Epicuro, divinidades, pero colocándolas tan apartadas de éste mundo y tan ajenas a lo que en él pasa, que no exigen ni adoración ni templos. En verdad, nada hay que pedir a quien nada ha de dar, Lucrecio, como Epicuro, niegan la existencia de las divinidades con pasiones humanas del paganismo; pero no la providencia de Sócrates, ni la de los estoicos, ni que haya una potestad divina única y universal, sino que ésta se encuentre fraccionada entre distintos dioses que ejerciendo un poder mezquino, injusto y capricho atormentan a la humanidad.

La teología de Epicuro y Lucrecio es sin duda inaceptable; pero más inaceptable es la del paganismo, y siempre tendrá aquélla el mérito de haber servido para combatir errores ya manifiestos. Y reducir el problema de la vida del universo a los términos precisos de hacerla depender de un poder divino

creador y director, o de un ciego o inconsciente mecanismo. El sentimiento universal y la ciencia rechazan que todo dependa de casual atracción o repulsión de los átomos, pero no debe olvidarse que, conforme con los móviles de la doctrina epicúrea, el sentimiento universal rechaza también los poderes ocultos, dañinos y ridículos que dictaban su voluntad a los hombres por medio de los oráculos y los augures; que la religión verdadera combate, como Epicuro y Lucrecio, las supersticiones paganas cuando en cualquier forma renacen, y que la ciencia moderna ha progresado cuando, conforme a la doctrina epicúrea, creyó en las leyes invariables del universo.

IV

Asunto capital del libro tercero del poema LA NATURALEZA es el gran problema de la vida futura. Lucrecio expone en él todos los argumentos de los antiguos materialistas para demostrar que no hay más vida que la de este mundo; que en ella encuentran los actos humanos premio o castigo, y por tanto suprime y niega en absoluto el infierno, combatiendo el instintivo temor a la muerte, que es, según dice, un bien, porque conduce al eterno reposo, a la perfecta tranquilidad, y nos libra de las penalidades de este mundo. La fe y el entusiasmo con que predicán los espiritualistas la esperanza en una vida futura, vida que para el justo es de perpetua dicha, la emplea Lucrecio en sostener que siendo el alma material como el cuerpo, con él perece, y que el destino del hombre se cumple en la tierra.

Téngase en cuenta, para juzgar este famoso libro tercero, arsenal de donde sacaron sus argumentos los materialistas del

siglo XVIII, cuáles eran las ideas predominantes en la antigüedad acerca del alma y de la vida futura. Excepción hecha de las doctrinas de Pitágoras y de Platón, las escuelas filosóficas y las religiones de la antigüedad proclamaban el principio de la materialidad del alma, y a lo más concedían que fuese de materia incorruptible. Lucrecio, pues, acepta, una doctrina generalmente admitida, y deduce de ella la consecuencia lógica de que el alma perece con el cuerpo, y el ser humano se extingue en este mando como todos los demás seres, obedeciendo a la ley universal de la transformación de la materia. La idea de la vida futura en la antigüedad era vaga y confusa, y para los filósofos romanos resultaba una especie de privilegio en favor de las clases ilustradas. En éstas ningún crédito tenía el infierno del paganismo pintado por los poetas de acuerdo con una religión interesada en mantener las supersticiones populares, y Cicerón y Séneca censuran a los epicúreos por perder el tiempo en combatir lo que nadie defendía, Además, los cuadros de desolación y de miseria que para condenados y justos ofrecía el paganismo en la vida futura, más bien eran causa de terror que de esperanza en la divina justicia, y difícilmente podían aceptarse como base de moral pública y privada. Los tipos fabulosos que expían sus maldades en el Averno, no resultan víctimas de la justicia, sino de la venganza de los dioses, vencidos en su intento de lucha contra las divinidades. La especie de inmortalidad admitida por algunos filósofos para los hombres célebres no llegaba al vulgo, privado de premio o castigo en la vida futura, que para él era eterna y obscura noche de miserias y sufrimientos. Así se comprende que Lucrecio estime esta vida futura causa de espanto, y diga

Con toda violencia estirparemos
De raíz aquel miedo de Aqueronte
Que en su origen la humana vida turba.

Pero si esta vida futura era poco halagüeña para el vulgo, respondía en cierto modo a las aspiraciones del alma humana, no satisfecha de su peregrinación en este mundo ni convencida de que debe volver a la nada. Lucrecio encuentra una supervivencia que es continuación de las aflicciones terrenales, encuentra también el miedo al aniquilamiento absoluto del hombre con la muerte, y combate la vida futura, y combate este miedo proclamando que con la muerte acaba todo y que la muerte es un bien supremo, por ser el término de las desdichas humanas.

Ni Lucrecio ataca las ideas espiritualistas de Platón, de las cuales prescinde, ni las creencias del vulgo, de largo tiempo atrás desacreditadas. Sus argumentos van dirigidos a la masa social que ni alcanza las sublimidades de la filosofía, ni cree en las supersticiones vulgares; pero que no ha substituido con otras creencias las pérdidas, y dudosa e insegura, acude como refugio, en las tribulaciones de la vida, a una religión que no satisface su sentimiento ni su conciencia. Para tranquilizar estos espíritus vacilantes y, en bien suyo, según asegura, expone Lucrecio los razonamientos contra el temor a la muerte y contra la vida futura.

No debe perderse de vista que si conforme a nuestra moral religiosa, el temor a la vida futura es saludable, porque en ella ha de encontrarse el premio o el castigo, y de tal suerte dicha vida alienta la virtud y contiene el pecado, la idea de una supervivencia ajena a toda regla de justicia, supervivencia temerosa para justos y malvados, necesariamente corrompía las

costumbres; porque no encontrando los hombres fuera de este mundo premio a su abnegación y a sus sacrificios, procuraban satisfacer aquí sus pasiones, y codiciaban la riqueza y los honores, sin cuidarse de los medios para lograrlos, y apelando hasta a los más reprobados procedimientos. Cuanto más temían a la muerte, después de la cual nada grato esperaban, mayor era su anhelo por los placeres de la vida. Sin hacer esta distinción esencial; sin advertir la inmensa diferencia que existe entre la vida futura, según la moral cristiana y la del paganismo, no se comprenderán bien los argumentos de Lucrecio contra una supervivencia sin justicia, que tan funestas pasiones engendraba en esta vida.

Las ideas materialistas de Lucrecio, fundadas en ser el alma corpórea y sufrir las mismas vicisitudes que el cuerpo, nada valen frente al espiritualismo moderno; pero contra las preocupaciones y supersticiones antiguas, tienen fuerza incontrastable. Una de éstas, nacida sin duda de la creencia instintiva en la inmortalidad del alma, era la de la prolongación de la vida dentro del sepulcro, y el temor a los sufrimientos en esta silenciosa existencia, si no se habían cumplido los ritos fúnebres, temor disipado por la doctrina epicúrea de Lucrecio, según la cual la muerte era la insensibilidad absoluta del cuerpo y del alma, no debiendo preocuparse nadie de lo que ha de sucederle después de la muerte, que para el epicurismo es un sueño eterno. No admitiendo este sistema una causa ordenadora del universo, naciendo por acaso y muriendo lo mismo, ni cabe en él conformarse con la voluntad divina, ni resignarse, como los estoicos, que también negaban la inmortalidad del alma, a una ley suprema, a un orden establecido por los dioses

Verdad es que entre los epicúreos desempeña a veces la

naturaleza el papel de divinidad creadora y ordenadora; porque la idea de una causa primera tiene tan profundas raíces en el entendimiento humano, que se abre paso aun a través del Poema materialista de Lucrecio.

La NATURALEZA, pues, censura a los hombres el temor a la muerte en los siguientes versos, que contienen toda la moral del libro tercero:

Si de repente, en fin, la voz alzara
Naturaleza, y estas reprensiones
A cualquier de nosotros dirigiera;
¿Por qué ¡oh mortal! te desesperas, tanto?
¿Por qué te das a llanto desmedido?
¿Por qué gimes y lloras tú la muerte?
Si la pasada vida te fue grata,
Si como en vaso agujereado y roto
No fueron derramarlos tus placeres,
E ingrata pereció tu vida entera,
¿Por qué no te retiras de la vida
Cual de la mesa el convidado ahíto;
¡Oh necio! y tomas el seguro puerto
Con ánimo tranquilo? Si, al contrario,
Has dejado escapar todos los bienes
Que se te han ofrecido, y si la vida
Te sirve de disgusto, ¿por qué anhelas
Multiplicar los infelices días
Que en igual de, placer serán pasados?
¿Por qué no pones término a tus penas
y a tu vida más bien? Pues yo no puedo
Inventar nuevos modos de deleite
Por más esfuerzos que haga: siempre ofrezco,

Unos mismos placeres: si tu cuerpo
No se halla aún marchito con los años
Ni tus ajados miembros se consumen,
Verás, no obstante, los objetos mismos,
Aun cuando en tu vivir salgas triunfante
De los futuros siglos, y aunque nunca
A tu vida la muerte sujetare.
¿Qué responder a la naturaleza,
Si no que es justo el pleito que nos pone
Y es clara la verdad de sus palabras?
Mas si sumido alguno en la miseria
Al pie de su sepulcro se lamenta,
¿No será su clamor mucho más justo
Y nos reprenderá con voz robusta?
«Vete de aquí, insensato, con tus llantos;
No me importunes más con tus quejidos»:
A este otro, empero, que los años rinden,
Que en sus últimos días aun se queja:
<¡Insaciable, dirá, tú, que has gozado
De todos los placeres de la vida,
Aun te arrastras en ella! Con sumido
En los deseos del placer ausente,
Despreciaste el actual, y así tu vida,
Se deslizó imperfecta y disgustada,
Y sin pensarlo se paró la muerte
En tu misma cabeza, antes que lleno
Y satisfecho de la vida puedas
Retirarte: la hora es ya llegada:
Deja tú mis presentes; no son propios
De la edad tuya: deja resignado
Que gocen otros, como es ley forzosa.»

Con razón, a mi ver, reprendería,
Y con razón se lo echaría en cara,
Porque a la juventud el puesto cede
La vejez ahuyentada, y es preciso
Que unos seres con otros se reparen:
Ninguna cosa cae en el abismo
Ni en el Tártaro negro: es necesario
Que esta generación propague otra;
Muy pronto pasarán amontonados,
Y en pos de ti caminarán: los seres
Desaparecerán ahora existentes,
Como aquellos que, hubiesen precedido.
Siempre nacen los seres unos de otros,
Y a nadie en propiedad se da la vida;
El uso de ella se concede a todos.

Después de proclamar con tanta energía la ley de la renovación universal en virtud de la cual la muerte es indispensable para crear nuevos seres, Lucrecio procura borrar de la mente de sus conciudadanos la idea de una segunda vida que, cual la presentaba el paganismo, más servía de terror que de consuelo. Para Lucrecio los suplicios del infierno pagano son representaciones simbólicas de las pasiones humanas que en este mundo encuentran su castigo. Nuestras pasiones y nuestros vicios en ellas mismas llevan la pena, y el infierno lo tenemos en nuestra propia conciencia. Prescindiendo de las conclusiones del poeta contra la vida futura, la idea de que el castigo es inseparable de la falta tiene un profundo sentido moral, y de ella y del consejo para consolar a los temerosos de la muerte, de que recuerden que ningún hombre, por grande que haya sido, dejó de cumplir esta ley de la naturaleza, se han

valido no pocos insignes moralistas, que no pueden ser tachados de materialistas ni de panteístas.

Para apartar de la imaginación el miedo a la muerte, y tan entusiasmado con la esperanza de llegar a la nada como a otros entusiasma la idea de la inmortalidad: recomienda Lucrecio a los que temen el fin de su vida el estudio de la naturaleza, que nos enseña de dónde venimos y a dónde vamos, produciendo en el ánimo el convencimiento del destino humano, con el cual pueden y deben afrontarse serenamente las adversidades de esta vida pasajera.

Ni el vulgo de los epicúreos, ni aun las personas distinguidas de la secta, amaban con tanta vehemencia pensar a toda hora en las tristes últimas consecuencias de la doctrina epicúrea; pero Lucrecio era un sectario convencido, incapaz de retroceder ante ningún resultado, por desolador que fuese.

V

Lejos de ser fatalista, afirma Lucrecio de un modo resuelto la libertad humana, y en esta afirmación se fundan los principios de moral que hallamos, no formando un cuerpo de doctrina, sino diseminados en el poema.

Condena, pues, el desbordamiento de las pasiones, tan contrario a la salud del cuerpo y tranquilidad del espíritu a que debe aspirar todo buen epicúreo, y entre las que merecen su agria censura descuellan en primer término la ambición y el amor.

Nada tan opuesto a la impasibilidad a que debe aspirar el sabio, según Epicuro, como los impulsos de la ambición, la vida agitada de la política, la lucha constante y desapoderada por

arrebatarse el poder público a quien lo ejerce; por defenderlo, una vez conquistado. Lucrecio tenía a la vista las sangrientas consecuencias de estas luchas, pues vivió en el período más turbulento de la república romana, y sus anatemas contra los ambiciosos tienen la viveza y la vehemencia que sólo puede inspirar a un alma apasionada el horror del mal presente, el tristísimo espectáculo de ver a la patria desgarrada por sus propios hijos. Como los estoicos más severos condena Lucrecio el inmoderado deseo de riquezas, de honores, de fama, que turba la paz de los hombres y de los pueblos.

La misma energía con que describe los estragos de la ambición la emplea Lucrecio en pintar los del amor, como si al convencimiento del filósofo uniera la triste experiencia del que ha sido víctima de ambas pasiones.

«Lucrecio, dice Mr. Martha en su libro antes citado, nos presenta las miserias y vergüenzas del amor en corto número de versos que condensan cuanto sobre este asunto han podido decir, como tristemente cierto, los moralistas antiguos y modernos. Me atrevo a asegurar que en ninguna literatura se encontrará un cuadro, que en su breve y enérgica sencillez sea más perfecto, de un sentimiento más intenso y de frases más profundas y trascendentales. Para comprenderlo bien es preciso figurarse cuáles eran los sentimientos antiguos y romanos; el desdén a la mujer, el desprecio a cuanto llamamos galantería, la indignación cívica contra el lujo y las modas extranjeras griegas ú orientales, el respeto a la fortuna paterna, que no se debía malgastar en locuras, y a la dignidad del ciudadano, quien debía dedicarse a viriles ocupaciones; todos estos sentimientos los expresan en rápidas y enérgicas frases los siguientes versos»:

Agrega a los tormentos que padecen

Sus fuerzas agotadas y perdidas,
Una vida pasada en servidumbre,
La hacienda destruida, muchas deudas,
Abandonadas las obligaciones,
Y vacilante la opinión perdida:
Perfumes y calzado primoroso
De Scion que sus plantas hermosea;
Y en el oro se engastan esmeraldas
Mayores y de verde más subido,
Y se usan en continuos ejercicios
De la Venus las telas exquisitas,
Que en su sudor se quedan empapadas;
Y el caudal bien ganado por sus padres
En cintas y en adornos es gastado:
Le emplean otras veces en vestidos
De Malta y de Scio: le disipan
En menaje, en convites, en excesos,
En juegos, en perfumes, en coronas,
En las guirnaldas, pero inútilmente;
Porque en el manantial de los placeres
Una cierta amargura sobresalta,
Que molesta y angustia entonces mismo;
Bien porque acaso arguye la conciencia
De una vida holgazana y desidiosa,
Pasada en ramerías; o bien sea
Que una palabra equivoca, tirada
Por el objeto amado, como flecha,
Traspasa el corazón apasionado
Y toma en él fomento como fuego;
o bien coloso observa en sus miradas
Distracción hacia él mirando a otro,
Ó ve en su. cara risa mofadora.

No censura Lucrecio los excesos de la pasión amorosa a nombre de la virtud, sino por lo que perturban la tranquilidad del espíritu y de aquí que recomiende, como remedio una

prudente inconstancia. Tampoco comprende en sus anatemas el amor puro y constante, el amor en el matrimonio, que para el poeta es el origen del primer contrato social.

VI

El mérito de Lucrecio en la parte científica de su poema didáctico consiste en haber sido uno de los primeros romanos que se ocuparon de la ciencia en forma especulativa; pero en el fondo, todo el sistema físico que expone es el de Epicuro, parafraseándolo para hacerlo más comprensible.

Este sistema, compuesto de hipótesis acertadas y erróneas, tiene el defecto capital y común a los sistemas científicos en la antigüedad de no haberse formado, procediendo del estudio de los fenómenos, a la investigación de las causas, sino determinando éstas más o menos caprichosamente, y explicando aquéllos conforme a las causas imaginadas.

Epicuro adopta la teoría atómica de Demócrito; para él todo depende de las atracciones o repulsiones de los átomos que forman el universo, que constituyen en el hombre su cuerpo y alma. Este sistema es, sin duda, un progreso científico, en cuanto explica más o menos felizmente los fenómenos de la naturaleza, no por la -voluntad de los dioses, sino como resultado de leyes naturales; pero sus consecuencias morales son Peligrosas, y explican que la física epicúrea haya tenido en tiempos relativamente modernos partidarios apasionados y desdeñosos contradictores, según se la estime por sus principios científicos o por sus conclusiones irreligiosas.

No es de admirar que Lucrecio, siguiendo a su maestro Epicuro, se equivoque en problemas tan arduos como el de las

causas finales, el de la formación del hombre, el del origen de las ideas; problemas mucho más debatidos en Tiempos recientes que lo fueron en la antigüedad, y que en todas las épocas ha procurado, inútilmente, resolver la ciencia. En cuestiones de menos dificultad, como por ejemplo, la explicación del sueño, se pone en evidencia el erróneo método de la física antigua, que hasta pretende explicar fenómenos imaginarios, como el de la cansa del miedo que el gallo inspira al león, porque de aquél salen átomos que, ofendiendo las pupilas de la fiera, la acobardan. Hipótesis fantásticas como ésta, producidas por la falta de observación, abundan en la antigüedad. Menos perdonables son en Epicuro los errores astronómicos, porque la astronomía estaba en su tiempo mucho más adelantada de como él la expone. Pero Epicuro se valía de las ciencias exactas, no como fin, sino como medio para demostrar su sistema filosófico del indiferentismo, que había de producir la paz del espíritu, y si adoptó la física de Demócrito, fué porque, dando origen material al universo, suprimía la intervención divina y don ella el fanatismo religioso, librando al hombre de supersticiones que perturbaban su alma. Lo mismo hizo Lucrecio, importándolo poco cualquier explicación de los fenómenos de la naturaleza, con tal de que en estos sea innecesaria la intervención de los dioses.

Del desdén de los epicúreos por el cultivo de las ciencias participa Lucrecio, y da pruebas de ello en no pocos pasajes de su poema, como por ejemplo, cuando rechaza la opinión favorable a la existencia de los antípodas; pero en cambio, no pocas veces expone grandes descubrimientos. La teoría atómica, tan parecida a la moderna teoría molecular, fué, como ya hemos dicho, un enorme adelanto para la física. Según ella, el espacio era infinito y está poblado de mundos. Admite, la existencia

del vacío, porque sin él la constante movilidad de los átomos sería imposible, y llama la atención la exactitud con que Lucrecio explica algunas leyes naturales, como la de que en el vacío no influye, la pesantez de los cuerpos, y pesados y ligeros caen con igual celeridad, o al hablar de las tempestades la, diferente rapidez con que llega a nosotros la luz Y el sonido.

No son menos notables los conocimientos fisiológicos que Lucrecio demuestra en su poema, y también muy dignos de atención sus presentimientos acerca de la formación del mundo, de los animales antidiluvianos y de las especies que han desaparecido, enunciando la lucha por la existencia, fundamento de la teoría de la selección natural de Darwin.

La historia del universo y del hombre está expuesta, en el quinto libro del poema, entremezclada con los grandes problemas de la física, de la religión y de la moral, que trata el autor con un atrevimiento y una, confianza en su acierto verdaderamente admirables. En la parte física sigue con docilidad los preceptos de: su maestro. Respecto a la primitiva vida del hombre en el mundo y al principio de la civilización y de las sociedades, sus ideas son más originales, si bien en cuanto a la organización social, y política, a la, aparición del poder público y al origen, de la propiedad, se limita a generalizar la primitiva historia de Roma, aplicándola a la humanidad entera.

Domina en todo el poema LA NATURALEZA un sentimiento de tristeza que nace de la índole de la filosofía epicúrea. La apatía, la indiferencia, consideradas como base de una vida tranquila y feliz, apaga todas las actividades del espíritu; y si a esto se añade la creencia de Lucrecio en el próximo fin del mundo, compréndese que estas ideas de desolación y muerte, sin esperanza, alguna en mejor vida futura, den un tinte

sombrío a la inspiración del gran poeta para quien el mundo, forma. do por casuales contactos de átomos, y la humanidad víctima constante de sus pasiones, están cercanos á, desaparecer, confundidos en la ciega, continua y tumultuosa agitación de los átomos.

Tito Lucrecio Caro

DE RERUM NATURA

(Sobre la naturaleza de las cosas)

Traducción:
José Marchena *

* José Marchena y Ruiz de Cueto (Utrera, 18 de noviembre de 1768-Madrid, 31 de enero de 1821), más conocido por el sobrenombre de Abate Marchena fue un político liberal, escritor, publicista, y traductor español. Pasó la mayor parte de su vida exiliado en Francia, a donde se marchó para escapar de la Inquisición y donde tuvo una participación muy activa en la vida política e intelectual de la República y del Imperio napoleónico, siendo encarcelado en varias ocasiones. Volvió a España en 1808 con el nuevo rey José I Bonaparte, ocupando diversos cargos en su administración, y tuvo que abandonarla de nuevo tras la derrota del ejército francés en la Guerra de Independencia. Después de un segundo exilio en Francia volvió a España tras el pronunciamiento del general Riego, y la muerte lo sorprendió a los pocos meses de su regreso.

Su actividad intelectual abarcó los campos de la economía política, la filosofía, la literatura, la política o la religión. Y también fue uno de los traductores españoles más influyentes del primer cuarto del siglo XIX, a quien se deben la primera traducción castellana del *Contrato Social*, diversas obras de Molière, Montesquieu, Voltaire, Volney y Lucrecio, algunas de las cuales han conocido repetidas ediciones.

LIBRO PRIMERO

Engendradora del romano pueblo,
Placer de hombres y dioses, alma Venus:
Debajo de la bóveda del cielo,
Por do giran los astros resbalando,
Haces poblado el mar, que lleva naves,
Y las tierras fructíferas fecundas;
Por ti todo animal es concebido
Y a la lumbre del sol abre sus ojos;
De ti, diosa, de ti los vientos huyen;
Cuando tú llegas, huyen los nublados;
Te da suaves flores varia tierra;
Las llanuras del mar contigo ríen,
Y brilla en larga luz el claro cielo.

Al punto que galana primavera
La faz descubre, y su fecundo aliento
Robustece Favorito desatado,
Primero las ligeras aves cantan
Tu bienvenida, diosa, porque al plinto
Con el amor sus pechos traspasaste:
En el momento por alegres prados
Retozan los ganados encendidos,
Y atraviesan la rápida corriente:
Prendidos del hechizo de tus gracias
Mueren todos los seres por seguirte
Hacia do quieres, diosa, conducirlos;
Por último, en los mares y en las sierras,
Y en los bosques frondosos de las aves,

Y en medio de los ríos desbordados,
Y en medio de los campos que verdecen,
El blando amor metiendo por sus pechos,
Haces que las especies se propaguen.
Pues como seas tú la soberana
De la naturaleza, y por ti sola
Todos los seres ven la luz del día,
Y no hay sin ti contento ni belleza,
Vivamente deseo me acompañes
En el poema que escribir intento
De la naturaleza de las cosas,
Y dedicarle a mi querido Memmio,
A quien tú, diosa, engalanar quisiste
En todo tiempo con sublimes prendas:
Da gracia eterna, diosa, a mis acentos.

Haz que entretanto el bélico tumulto
Y las fatigas de espantosa guerra
Se suspendan por tierras y por mares;
Porque puedes tú sola a los humanos
Hacer que gusten de la paz tranquila,
Puesto que las batallas y combates
Dirige Marte, poderoso en armas,
Que arrojado en tu seno placentero,
Consumido con llaga perdurable,
La vista en ti clavada, se reclina,
Con la boca entreabierta, recreando
Sus ojos de amor ciegos en ti, diosa,
Sin respirar, colgado de tus labios.
Ya que descansa en tu sagrado cuerpo,
Inclinándote un poco hacia su boca,

Infúndele tú, diosa, blando acento:
inclita medianera de las paces,
Pídesela en favor de los romanos;
Porque no puedo consagrarme al canto
Entre las guerras de la patria mía,
Ni puedo yo sufrir que el noble Memmio
Su defensa abandone por oírme.
Óyeme, Memmio, tú con libre oído,
Y sin cuidados al saber te entrega:
No desprecies mis dones, trabajados
En honra tuya con sincero afecto,
Sin penetrar primero en lo que digo:
Porque serán materia de mi canto
La mansión celestial, sus moradores;
De qué principios la naturaleza
Forma todos los seres, cómo crecen,
Cómo los alimenta y los deshace
Después de haber perdido su existencia:
Los elementos que en mi obra llamo
La materia y los cuerpos genitales,
Y las semillas, los primeros cuerpos,
Porque todas las cosas nacen de ellas.
Pues la naturaleza de los dioses
Debe gozar por sí con paz profunda
De la inmortalidad: muy apartados
De los tumultos de la vida humana,
Sin dolor, sin peligro, enriquecidos
Por sí mismos, en nada dependientes
De nosotros; ni acciones virtuosas
Ni el enojo y la cólera les mueven.
Cuando la humana vida a nuestros ojos

Oprimida yacía con infamia
En la tierra por grave fanatismo,
Que desde las mansiones celestiales
Alzaba la cabeza amenazando
los mortales con horrible aspecto,
Al punto un varón griego osó el primero
Levantar hacia él mortales ojos
Y abiertamente declararle guerra:
No intimidó a este hombre señalado
La fama de los dioses, ni sus rayos,
Ni del cielo el colérico murmullo.
El valor extremado de su alma
Se irrita más y más con la codicia
De romper el primero los recintos
Y de Natura las ferradas puertas.

La fuerza vigorosa de su ingenio
Triunfa y se lanza más allá los muros
Inflamados del mundo, y con su mente
Corrió lo, inmensidad, pues victorioso
Nos dice cuáles cosas nacer pueden,
Cuáles no pueden, cómo cada cuerpo
Es limitado por su misma esencia:
Por lo que el fanatismo envilecido
A su voz es hallado con desprecio;
¡Nos iguala a los dioses la victoria!
Mas temo mucho en esto que te digo
Pienses acaso no te dé lecciones
De impiedad, enseñándote el camino
De la maldad: por el contrario, ¡oh Memmio!
De acciones execrables y malvadas

Fué causa el fanatismo muchas veces:
a la manera que en Aulide un tiempo
El altar de Diana amancillaron
Torpemente en la sangre de Ifigenia
La flor de los caudillos de los griegos,
Los héroes más famosos de la tierra:
Después que rodearon la cabeza
De la doncella con fatales cintas,
Que por ambas mejillas la colgaban:
Cuando vio que su padre entristecido
Estaba en pie del lado de las aras,
Y junto a él tapando los ministros
El cuchillo, y que el pueblo derramaba
En su presencia lágrimas a mares;
Muda de espanto, la rodilla en tierra
Como una suplicante desgraciada,
No la valía en tan fatal momento
Haber dado al monarca la primera
De padre el nombre; porque arrebatada
Por varoniles manos, y temblando,
Fué llevada al altar, no como hubiera
En himeneo ilustre acompañada
Ido a las aras con solemne rito;
Antes, doncella, en el instante mismo
De sus bodas cayese degollada
A manos de su padre impuramente,
Como infelice víctima inmolada
Para dar a la escuadra buen suceso:
¡Tanta maldad persuade el fanatismo!
De aterradores cuentos fatigado
Referidos por todos los poetas,

Quizá huirás de mi también tú, Memmio,
Juzgándome inventor de sueños vanos
Que sin cesar toda tu vida agiten,
Y el temor emponzoño tu ventura.
Y con razón; pues si los hombres vieses
Que cierto fin tenían sus desdichas,
En alguna manera se armarían,
Resistirían contra el fanatismo
Y amenazas terribles de poetas:
Pero no hay medio alguno de hacer frente,
Porque se han de temer eternas penas
Más allá de la muerte; no sabemos
Cuál es del alma la secreta esencia:
Si nace, o si al contrario, se insinúa
Al nacer en el cuerpo, y juntamente
Muere ella con nosotros; si del Orco
Corre vastas lagunas tenebrosas;
Si por orden divina va pasando
De cuerpo en cuerpo de los otros brutos,
Como cantó nuestro Ennio, que el primero
De las cumbres amenas de Elicona
Trajo guirnalda de verdor perenne
Que las gentes latinas ensalzaron:
Á pesar de que en versos inmortales
Ennio afirmó los infernales templos,
En los que ni los cuerpos, ni las almas,
Sino unos macilentos simulacros
De figura espantable sólo habitan:
Dice que allí del inmortal Homero
La sombra vio, que se deshizo en llanto,
Y los arcanos del saber le expuso.

Por lo que antes que entremos en disputa
De las cosas de arriba, y expliquemos
Del sol y de la luna la carrera;
Cómo en la tierra se produce todo;
Principalmente con sagaz ingenio
Del ánimo y del alma los principios
Constitutivos es bien indaguemos;
Y por qué los objetos que hemos visto
En la dolencia asustan, y en el sueño,
De modo que parece contemplamos
Y hablamos cara a cara con los muertos,
Abrazando la tierra ya sus huesos.
No se me oculta que en latinas voces
Es difícil empresa el explicarte
Los inventos oscuros de los griegos,
Principalmente cuando la pobreza
De nuestra lengua, y novedad de objeto
Harán que forme yo vocablos nuevos:
Pero tu virtud, Memmio, sin embargo,
Y el placer cierto de amistad suave
Me inducen a sufrir cualquier trabajo
Y a velar en la calma de las noches,
Buscando de qué modo y de qué verso
Pueda en tu mente derramar las luces
Que todos los secretos te descubran.
Preciso es que nosotros desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
No con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la naturaleza.

Por un principio suyo empezaremos:

Ninguna cosa nace de la nada;
No puede hacerlo la divina esencia:
Aunque reprime a todos los mortales
El miedo de manera que se inclinan
A creer producidas por los dioses
Muchas cosas del cielo y de la tierra,
Por no llegar a comprender sus causas.
Por lo que cuando, hubiéremos probado
Que de la nada nada puede hacerse,
Entonces quedaremos convencidos
Del origen que tiene cada cosa;
Y sin la ayuda de los inmortales
De qué modo los seres son formados.
Porque si de la nada fuesen hechos,
Podría todo género formarse
De toda cosa sin semilla alguna.

Los hombres de la mar nacer podrían,
De la tierra los peces y las aves,
Lanzáranse del cielo los ganados,
Y las bestias feroces como hijos
De la casualidad habitarían
Los lugares desiertos y poblados:
Los mismos frutos no daría el árbol,
Antes bien diferentes los daría:
Todos los cuerpos produjeran frutos;
Pues careciendo de principios ciertos,
Á las cosas ¿qué madre señalamos?
Pero es porque los seres son formados
De unas ciertas semillas de que nacen
Y salen a la luz; en donde se hallan

Sus elementos y primeros cuerpos:
Por lo que esta energía circunscribe
La generación propia a cada especie.

Además, ¿por qué causa en primavera
Vemos nacer la rosa, y en estío,
Los frutos sazonados, y las viñas
En los días hermosos del otoño?
Sino porque a su tiempo las semillas
Determinadamente se reúnen;
Sale la creación si ayuda el tiempo;
La tierra vigorosa con certeza
Da a luz sus tiernos hijos: si naciesen
De la nada, saldrían al momento
En tiempo incierto y estación contraria:
Pues que carecerían de principios
Cuya unión el mal tiempo no impidiera.

Ni, para su incremento cualquier cuerpo
De tiempo y conjunción de las semillas
Necesitara, si crecer pudiese
De la nada: pues jóvenes se harían
En un instante los pequeños niños;
Y apenas los arbustos asomasen,
De repente a las nubes se alzarían:
Y vernos que sucede lo contrario,
Puesto que poco a poco van creciendo,
Imprimiendo un carácter cierto y fijo
Con su propio crecer a cada especie.

Venir puedes de aquí en conocimiento

Que cada cuerpo crece y se sustenta
De su materia propia Y de su jugo.
Además, que la tierra no daría
Sin ciertas lluvias sus alegres frutos;
Ni el animal privado de alimento
Su especie propagara, ni podría
Conservarse a sí mismo: antes diremos
Que muchos elementos son comunes
Á muchos individuos, así como
Las letras a los nombres: pues sentemos
Que sin principios nada existir puede.

¿Qué impidió, en fin, a la naturaleza
Para que hombres tamaños nos hiciese
Que vadear pudiésemos los mares,
Arrancar con las manos las montañas,
Y vencer muchos siglos con la vida,
Sino porque ha fijado los principios
Para las creaciones de los seres?

Nada, pues, de la nada puede hacerse,
Puesto que necesita de semilla
Cualquiera cosa para ser criada,
Y del aire salir al aura tierna.
Porque vemos, en fin, aventajarse
A los eriales las labradas tierras
Y mejorar la tierra con cultivo,
Inferimos de aquí existir en ella
Partes elementales que nosotros
Hacemos producir, con el arado
Los fecundos terrones revolviendo,

Y sujetando el suelo de la tierra:
Luego si estos principios no existiesen,
La perfección de suyo adquirirían.
Á esto se junta que naturaleza
Nada aniquila, sino que reduce
Cada cosa a sus cuerpos primitivos;
Si los principios fueran destructibles,
De nuestra vista luego arrebatado
Cada ser pereciera en el momento;
Inútil, pues, sería toda fuerza
Que turbase la unión de los principios,
Y rompiese sus lazos: pero ahora,
Porque los elementos son eternos,
Sufrir no puede la naturaleza
Ponerlos a la vista destruidos,
Sino cuando una fuerza extraordinaria
El cuerpo hirió, le penetró y deshizo.

Además, que si el tiempo aniquilase
Todo lo que arrebatara a nuestros ojos,
Acabando con toda la materia,
¿De dónde Venus a sacar volviera
Todos los seres a la luz de vida?
¿Cómo reproducidos la alma tierra
Los alimenta, cómo da incremento,
En general los pastos repartiendo?
¿Cómo los ríos y las fuentes bellas
De tan lejos al mar tributarían?
¿Cómo el éter sustenta las estrellas?
Pues si los elementos son mortales,
Tantos siglos y días deberían

Haber todas las cosas consumido:
Luego son inmortales los principios,
Si la naturaleza los obliga
Á las reproducciones de los seres:
Ninguna cosa puede aniquilarse.
La misma fuerza y causa últimamente
Acabaría con los cuerpos todos
Si la materia eterna no tuviera
Estos entre sí unidos y enlazados:
El tacto sólo les daría muerte,
Porque no siendo eternos sus principios,
Cualquiera fuerza a aniquilarlos basta.

Mas como el nexo de sus elementos
Diferencia los cuerpos unos de otros,
Y como es la materia indestructible,
Cada cuerpo subsiste ileso en tanto
No reciba algún choque, que desuna
La textura y unión de sus principios:
Luego no se aniquila cosa alguna;
Antes bien, destruido cualquier cuerpo,
Se vuelve a sus primeros elementos.

En fin, ¿perecen las copiosas lluvias
Cuando las precipita el padre éter
En el regazo de la madre tierra?
No: pues hermosos frutos se levantan,
Los ramos de los árboles verdean,
Crecen y se desgajan con el fruto.
Sustentan a los hombres y alimañas,
De alegres niños pueblan las ciudades,

Por cualquier parte en las frondosas selvas
Se oyen los cantos de las aves nuevas,
Y los rebaños de pacer cansados
Tienden sus cuerpos por risueños pastos,
Y sale de sus ubres retestadas
Copiosa y blanca leche; sus hijuelos
De pocas fuerzas por la tierna hierba
Lascivos juguetean, conmovidos
Del placer de mamar la pura leche:
Luego ningunos cuerpos se aniquilan;
Pues la naturaleza los rehace,
Y con la muerte de unos otro engendra.

Puesto que te he enseñado que los seres
No pueden engendrarse de la nada,
Ni pueden a la nada reducirse;
No mires con recelo mi enseñanza,
Al ver que con los ojos no podemos
Descubrir los principios de las cosas;
Sin embargo, es preciso que confieses
Que hay cuerpos que los ojos no perciben.
La fuerza enfurecida de los vientos
Revuelve el mar, y las soberbias naves
Derriba, y desbarata los nublados;
Con torbellino rápido corriendo
Los campos a la vez, saca de cuajo
Los corpulentos árboles, sacude
Con soplo destructor los altos montes;
El ponto se enfurece con bramidos,
Y con murmullo aterrador se ensaña.
De aquí seguramente inferiremos

Que los vientos son cuerpos invisibles,
Que barren tierra, mar, y en fin el cielo,
Y esparcen por el aire los destrozos:
No de otro modo corren y destrozan,
Que cuando un río de tranquilas aguas
De repente sus márgenes ensancha
Enriquecido de copiosas lluvias
Que de los montes a torrentes bajan
Amontonando troncos y malezas:
Ni los robustos puentes la avenida
Impetuosa sufren de las aguas;
En larga lluvia rebosando el río,
Con ímpetu estrellándose en los diques,
Con horroroso estruendo los arranca,
Y revuelve en sus ondas los peñascos,
Con furor arrollando todo obstáculo;
Del mismo modo los furiosos vientos
Semejantes a un río impetuoso
Se arrojan sobre un cuerpo, y le sacuden,
Y le llevan delante con gran fuerza,
En remolino a veces le arrebatan;
Mil vueltas le hacen dar a la redonda.
Diré y repetiré yo que los vientos
Son cuerpos invisibles: sus efectos
Y su naturaleza nos lo muestran,
Puesto que emulan a los grandes ríos.
Sentimos, además, varios olores,
Y en la nariz tocando no los vemos;
Ni el calor percibimos, ni los fríos,
Ni las voces tampoco ver solemos
Que la naturaleza de los cuerpos

Es preciso que tenga, porque pueden
Impeler los sentidos: nada puede
Tocar y ser tocado sino el cuerpo.

Por último; en las playas resonantes
Los vestidos colgados se humedecen,
Y tendidos al sol se enjugan luego:
Ni cómo se empaparon ver podemos
Ni cómo se enjugaron con la lumbre:
En partículas tenues sé divide
El agua de manera que no pueden
Verse de modo alguno con los ojos.
Después de cierto número de soles
El anillo se gasta en vuestro dedo.
El gotear la piedra agujerea,
La reja del arado ocultamente
En los surcos se gasta, y con los pasos
Los empedrados desgastarse vemos;
En las puertas también las manos diestras
De cobreñas estatuas se adelgazan
Con los besos continuos de unos y otros;
Pues que gastadas vemos se atenúan:
Pero no quiso la naturaleza
Descubrirnos su pérdida instantánea,
Celosa de que viesen nuestros ojos
El lento crecimiento con que obliga
A aumentarse los cuerpos cada día,
Ni cómo se envejecen con el tiempo,
Ni qué pérdidas tienen los peñascos
De sales roedoras carcomidos,
Que a los mares dominan y amenazan:

Luego sólo obra la naturaleza
De imperceptibles cuerpos ayudada.
No está ocupado todo por los cuerpos,
Porque se da vacío entre las cosas:
Al entenderlo cogerás el fruto,
Ni andarás entre dudas vacilante,
Ni de continuo buscarás la esencia,
Ni desconfiarás de mis escritos.

Un espacio se da desocupado,
Impalpable, vacío: el movimiento
Sin este espacio no concebirías;
Porque propiedad siendo de los cuerpos
La resistencia, nunca cesarían
De andar entrechocándose unos y otros:
Imposible sería el movimiento,
Pues ningún cuerpo se separaría:
Por los mares ahora y por las tierras
Y por los altos cielos con los ojos
Vemos mil movimientos diferentes:
Y sin vacío no tan solamente
De agitación continua carecieran
Los cuerpos, mas también, ni aun engendrados
Hubieran sido; porque la materia
Quieta se hubiera estado eternamente.
Aunque creamos sólidos los cuerpos,
Los vemos penetrables: por las rocas
Copiosas gotas por doquier chorrean;
Por todo el animal corre el sustento;
Los árboles crecidos dan el fruto
En tiempo señalado a manos llenas,

Porque la savia desde las raíces
Por troncos y por ramas se difunde;
Y las voces penetran las paredes,
Recorren los secretos de las casas;
Hasta los huesos nos penetra el frío;
Sin vacío los cuerpos no pudieran
Trasladarse a otro punto en modo alguno.
En fin ¿cómo unas cosas se aventajan
A las otras en peso, y no en figura?
Pues si un vellón de lana pesa tanto
Como un cuerpo de plomo, en equilibrio
Debe estar la balanza; la materia
Hace peso hacia abajo, luego queda
Sin pesadez por su naturaleza
El vacío: pues si me das dos cuerpos
En una superficie comprendidos,
El más ligero es el de más vacío,
El más denso será de mayor peso;
La razón nos demuestra claramente
Un vacío existir diseminado.

Mas porque nadie pueda seducirte,
Me adelanto a ponerte de antemano
De algunos el capcioso raciocinio.
Sostienen que a los peces relucientes
Les abre el agua líquidos caminos,
Que después el espacio abandonado
Se ocupa por la onda retirada:
Pueden moverse así y mudar de sitio
Todos los demás cuerpos sin vacío.
En razón falsa estriba el argumento;

¿Cómo podrán los peces menearse
Si las aguas no dan lugar vacío?
¿Cómo refluirán las aguas mismas
Cuando los peces no darán un paso?
o los cuerpos privar de movimiento
o el espacio vacío confesemos
Que principia a mover todos los cuerpos
Con rapidez separa tú dos cuerpos
Planos y que entre sí estén bien unidos,
Verás cómo se forma allí un vacío
Que no puede a la vez llenar el aire:
Le va ocupando todo poco a poco.
Si por fortuna alguno presumiera
Que de dos superficies separadas
El espacio intermedio es ocupado
Del aire condensado anteriormente,
Se engaña; pues se forma allí un vacío
Entonces que no hubo antes, y se llena
El vacío existente: de este modo
El aire ya no puede condensarse;
Y aun dado que pudiese, como dicen,
No podría a mi juicio sin vacío
Sus partes recoger y reducir las
A volumen menor: para escaparte
Cualquier dificultad que me objetares,
Es preciso confieses el vacío.

Yo podría traerte muchas pruebas
Que mis razones más acreditasen:
A tu penetración estos ensayos
Son suficientes, si indagando sigues,

Porque así como muy frecuentemente
Rastrear las querencias enramadas
o De las fieras monteses y los canes,
Cuando dieron por fin con rastro cierto,
Así de consecuencia en consecuencia
Darás en general con los arcanos
De la naturaleza, y de sus senos
Sacarás la verdad. No te empereces.
Si te apartares algo de mi objeto,
Me atrevo, Memmio, a hacerte esta promesa.
Se agotarán los grandes manantiales
Donde he bebido yo largas noticias,
Mi rico pecho dejará primero
De derramarlas con suave labio,
Y a paso lento la vejez tardía
Habrá ocupado todos nuestros miembros,
Y el principio vital habrá disuelto,
Primero que por medio de mis versos
Haya agotado esta materia inmensa.
A nuestros raciocinios ya volvamos:
Estriba, pues, toda naturaleza,
En dos principios: cuerpos y vacío
En donde aquéllos nadan y se mueven:
Que existen cuerpos, el común sentido
Lo demuestra; principio irresistible
Sin el cual la razón abandonada
De errores en errores se perdiera.

Si no existiera, pues, aquel espacio
Que llamamos vacío, no estarían
Los cuerpos asentados, ni moverse

Podrían, como acabo de decirte.
Además del espacio y el vacío,
No conocemos en naturaleza
Una clase tercera independiente
De los principios dichos: lo que existe
Es necesariamente de pequeña
O de grande extensión: si lo sintiere
El tacto, aunque ligera y levemente,
Debernos colocarlo entre los cuerpos,
Y al todo seguirá. Pero si fuere
Impalpable, y ninguno de sus puntos
Á la penetración resistir puede,
Este espacio y lugar llamo vacío.

En general los seres son activos;
Ó bien a la acción de otros se sujetan,
o bien el movimiento proporcionan,
Y la existencia, pues los cuerpos solos
Pueden ser o activos o pasivos:
Sólo el vacío puede darles sitio:
Luego no existe en la naturaleza
Más que los cuerpos dichos, y el vacío:
No pueden alcanzarlo los sentidos,
Ni el espíritu humano comprenderlo.
Lo que no sea materia ni vacío,
Propiedad o accidente es de uno o de otro.
Las propiedades son inseparables
Del sujeto; tan solamente cesan
Cuando éste es destruido; así en la piedra
Tal es la pesadez, tal en el fuego
Es el calor, fluidez tal en el agua,

La tangibilidad tal en los cuerpos
Y tal su privación en el vacío.

Los que llamar solemos accidentes,
Como la libertad y servidumbre,
La pobreza y caudales desmedidos,
La paz y guerra, sólo son maneras
De ser, que con su ausencia o su presencia
Lo esencial no trastornan del sujeto.
El tiempo no subsiste por sí mismo:
La existencia continua de los cuerpos
Nos hace que distingan los sentidos
Lo pasado, presente, y lo futuro;
Ninguno siente el tiempo por sí mismo,
Libre de movimiento y de reposo.
En fin, cuando nos dicen haber sido
Robada Elena y las troyanas gentes
Haber sido con guerra sujetadas,
Nadie nos fuerce a confesar que pueden
Existir por sí mismos estos hechos,
Después que el tiempo irrevocable hubo
Los siglos y sucesos engullido;
Porque en diversos tiempos y regiones
Cuantas cosas pasaron, pasar pueden,
Mas sin materia, ni lugar ni espacio,
Todo acontecimiento es imposible.

Sin materia, por fin, y sin vacío,
La hermosura de Elena nunca hubiera
Los célebres combates encendido
De una guerra cruel que fomentaba

El pecho ardiente de Alejandro frigio:
No incendiara el caballo de madera
De Pérgamo las torres sublimadas
Con el parto nocturno de los griegos.

Ya puedes ver que todos los sucesos,
Que agitan y revuelven nuestro globo
No existen en verdad como los cuerpos,
Ni son como el vacío, sino simples
Cambios de los principios; accidentes
Que al espacio o los cuerpos se refieren.

Llamamos cuerpos a los elementos
Y a los compuestos que resultan de ellos:
Los elementos son indestructibles,
Porque su solidez triunfa de todo.
Te costará trabajo persuadirte
Que existen cuerpos sólidos: el rayo
Atraviesa los muros, así como
Las voces y los gritos: se caldea
El hierro si le metes en la fragua;
Peñas ardiendo arrojan los volcanes;
El oro se liquida en los crisoles;
El cobre se derrite como el hielo;
El frío y el calor de los licores
Sentimos en los vasos que bebemos:
De solidez perfecta no tenemos
Idea cierta y experiencia clara.
Mas la razón y la naturaleza
Esta verdad nos hacen que entendamos:
Óyeme en pocos versos: los principios

Que componen el gran todo criado
Tienen un cuerpo sólido y eterno.
Después, como los cuerpos y el espacio
Por su naturaleza son opuestos,
Es preciso que existan uno y otro
Enteramente puros por sí mismos:
El vacío repugna todo cuerpo,
La materia al vacío de sí aleja:
Luego sólidos son y sin vacío
Los elementos, los primeros cuerpos.

Pues que se da en los cuerpos el vacío,
Deben de partes sólidas cercados
Estar estos vacíos. Repugnante
En los cuerpos sería dar vacío,
Si a las paredes que rodean éste
La solidez quitamos. Las paredes
El agregado son de la materia:
Luego como los cuerpos se destruyan,
Es la materia sólida y eterna.
Sólido fuera el todo sin vacío:
Y sin cuerpos que ocupen el espacio,
Vacío inmenso fuera el universo,
Por el contrario. El cuerpo y el espacio
Son respectivamente muy distintos,
Pues que no existe lleno ni vacío
Perfecto: los principios y elementos
Diferencian el lleno del vacío.
No puede disolverlos choque externo,
Ni puede penetrar extraña fuerza
A su tejido: ni de acción extraña

Pueden recibir daño, como he dicho.

Mas cómo pueda un cuerpo sin vacío
Ser roto, dividido o descompuesto,
Seguramente yo no lo concibo:
Él es a la humedad inaccesible,
Al frío y al calor, que son las causas
Destructoras de todo: así observamos
Que cuanto más los cuerpos son sujetos
A estas causas que van menoscabando,
Encierran más vacío en su tejido:
Luego si constan los primeros cuerpos
De solidez, y no tienen vacío,
Eternos han de ser forzosamente.

Si no fuesen eternos, a la nada
Todo el mundo se hubiera reducido:
Pero como la nada no produce
Ni aniquila los seres, es preciso
Que eternos sean los primeros cuerpos,
Pues los destruyen y los reproducen
Todos los seres: luego los principios
La simplicidad sólida contienen,
Porque sin ella no hubieran podido
Durante tantos siglos conservarse,
Ni reparar los seres de continuo.
En fin, si hubiera la naturaleza
Á límites precisos reducido
La divisibilidad de la materia,
Los elementos del gran todo hubieran
En la revolución de tantos siglos

Llegado luego a tal acabamiento,
Que de su unión los cuerpos producidos
Alcanzar no pudieran su incremento.

Como un cuerpo más pronto se destruya.
Que lo que tarda el mismo en rehacerse,
Las pérdidas que hubiera padecido
En la edad precedente, irreparables
Fueran sin duda alguna en las siguientes:
Pero constantemente se reparan
De su menoscabar todos los cuerpos,
Y los vemos llegar a plazos fijos
Á aquella perfección que les compete.
La división de la materia tiene
Límites invariables y precisos.
Solidísimos son los elementos:
Mas como en todo cuerpo haya vacío,
Pueden hacerse blandos como el agua,
El aire, tierra y fuego; y al contrario,
Si damos que son muelles los principios,
El pedernal, el hierro, como puedan
Consistencia tomar no explicaremos.
Porque en sus obras la naturaleza
Sobre sólidas bases no estribara.

Sólidos son y simples los principios,
Pues su unión más o menos apretada
Resistencia y dureza da a los cuerpos.
La duración, por fin, y el crecimiento
De los cuerpos ha la naturaleza
Determinado y su poder medido

No padecen mudanza las especies,
Ni las generaciones se varían,
Como las clases diferentes de aves
Están de ciertas manchas salpicadas;
Porque son inmutables las especies.

Si admitimos mudanza en los principios
No sabremos qué pueda producirse
Y qué no pueda, y cómo se limitan
Los cuerpos, cómo pueden traer los siglos
Naturaleza, vida, movimiento,
Y las mismas costumbres de los padres.
La extremidad de un átomo es un punto
Tan pequeño, que escapa a los sentidos;
Debe sin duda carecer de partes:
Él es el más pequeño de los cuerpos,
Ni estuvo ni estará jamás aislado;
Es una parte extrema, que juntada
Con otras y otras partes semejantes,
Forman así del átomo la esencia.

Si del átomo, pues, los elementos
De existencia carecen separados,
Será su unión tan íntima y estrecha,
Que no hay fuerza capaz de separarlos.
De simple solidez los elementos
Y partes muy delgadas se componen;
Su unión no es un compuesto heterogéneo,
Sino simplicidad eterna. Quiere
De este modo formar naturaleza
Los cuerpos, sin que alguna de sus partes

Separación o menoscabo sufra.
Además, si nosotros no admitimos
De división un término preciso,
Se compondrán los cuerpos más pequeños
De infinidad de partes, caminando
De mitad en mitad al infinito.

¿Qué diferencia habrá de un cuerpo grande
Al cuerpo más pequeño? Suponiendo
Que el todo es infinito, sin embargo,
De partes infinitas igualmente
Se compondrán los átomos más breves:
Mas como la razón no lo comprenda,
Convencido es preciso que confieses
Que los simples corpúsculos terminan
La división y solidez eterna.

Si la naturaleza creadora
No acostumbrase a reducir los seres
Á sus mínimas partes, no podría
Rehacer unos de otros, destruidos:
Pues siendo todavía divisibles,
No podría enlazarse la materia,
Ni tener pesadez, ni ser chocada,
Ni encontrarse con otro ni moverse,
Causas engendradoras de los seres.
Si divisibles fueran los principios
Al infinito, es fuerza que existieran
Desde la eternidad cuerpos intactos:
Mas como sean frágiles, no pueden
Haber por tantos siglos resistido

Á innumerables choques de continuo.
Y por esta razón los que creyeron
Que el fuego era el origen de las cosas,
En un error grosero han incurrido.

Esta opinión Heráclito defiende
Como primer caudillo, celebrado
Por su obscuro lenguaje entre los griegos
Superficiales, más que por los sabios
Que buscan la verdad: porque los necios
Aman y admiran más lo que está envuelto
En misteriosos términos; su oreja
Suavemente puede ser herida
Y embelesada con gracioso ruido:
Y el dulce halago a la verdad prefieren.
Á Heráclito pregunto: ¿de qué modo
Podrían existir tan varias cosas
Si del fuego purísimo nacieran?
Rarificar o condensar el fuego
De nada serviría, si sus partes
Se compusiesen de la misma esencia
Que tiene todo el fuego: reunidos
Los elementos, fuego más activo
Tendremos, y más flojo separados:
Bien condensemos o rarifiquemos
El fuego, como habemos ya probado,
No se pueden formar cuerpos distintos.
Y si éstos reconocen el vacío,
Enrarecer y condensar el fuego
Podrán; pero se quedan en silencio
Viendo se contradicen a sí mismos,

Y evitan admitir puro vacío;
Y mientras huyen las dificultades
Se apartan del camino verdadero.

El vacío quitado, no reparan
Que debe condensarse todo cuerpo,
Y no formar más que uno, cuyas partes
Condensadas no pueden escaparse
Como el calor y luz que arroja el fuego:
Luego de partes densas no se forman.
Porque si en defender ellos se obstinan
Que las partes del fuego recogidas
Se apagan y se mudan, a la nada
El fuego elemental reducirían,
Y todo nacería de la nada;
No puede un cuerpo transmutar su esencia
Sin que deje de ser lo que antes era.

Deben, pues, conservar los elementos
Del fuego aquella su naturaleza,
Para que ni los cuerpos se aniquilen
Ni el gran todo renazca de la nada.
Mas aunque existen en naturaleza
Algunos cuerpos de inmutable esencia,
Que con aumentos o disminuciones
Y con combinaciones diferentes
Hacen cambiar la esencia de los cuerpos,
No son éstos corpúsculos de fuego.
Añadir o quitar no importaría,
Ni cambiarle, el orden, pues de fuego
Tendrían todos la naturaleza,

Y del fuego los cuerpos se engendrarán.
Así es como yo pienso que se forman:
Existen ciertos cuerpos, cuyo encuentro,
Figura, situación y movimiento
Y orden forman el fuego; trastornados.
Su esencia mudan. Estos elementos
Ni son de fuego, ni otra cosa alguna
Que pueda enviar cuerpos al sentido,
Y palparlos el tacto si se arriman.

Decir que todo lo compone el fuego,
Y que éste es el principio de las cosas,
Que es lo mismo que Heráclito establece,
Me parece locura consumada.
Ataca los sentidos por sí mismos,
Los destruye y nos roba la creencia
Que pende de los mismos por los cuales
El fuego conoció; pues se persuade
Que conocen el fuego los sentidos,
Y lo demás no cree que es tan claro:
Muy necio y delirante me parece.
¿Adónde la verdad encontraremos?
¿Quién mejor que el sentido puede hacernos
Lo falso distinguir y verdadero?
¡Por qué, pues, quitará alguno los cuerpos,
Dejando por principio sólo el fuego,
o quitándole a éste su existencia,
Los demás cuerpos dejará tan sólo?
Uno y otro parece igual delirio.
Aquellos que creyeron ser el fuego
La materia y la suma de los cuerpos;

Y los que por principio establecieron
El aire creador, los que pensaron
El agua misma hacer por sí los cuerpos,
Y que la tierra lo criaba todo,
Y que en cualquiera cuerpo se mudaba,
En errores grandísimos cayeron.

Añadamos también los que duplican
Los elementos, cuando al fuego juntan
Con el aire, y la tierra con el agua;
Los que aire, tierra, lluvia y fuego tienen
Por creadores de los cuerpos todos.
Empédocles, el hijo de Agrigento,
Va a su frente, nacido en las orillas
Triangulares de la isla celebrada
Por las ondas azules del mar Jonio
Que la baña y rodea con mil vueltas,
Y que con altas encrespadas olas
Por un angosto estrecho la divide
De las playas y términos de Italia.
Aquí habita Caribdis anchurosa,
Aquí etnéos murmullos amenazan
De llamas recoger nuevos furores,
Vomitando un volcán por sus gargantas,
Y de nuevo lanzar a las estrellas
Relámpagos de fuego: ciertamente
Esta región que admiran las naciones,
Óptima en bienes, prodigiosa grande,
De valerosos héroes guarnecida,
No tuvo en sí varón más señalado,
Más asombroso, caro y respetable;

De su divino pecho las canciones
Pregonan sus inventos peregrinos,
Dejándonos en duda si fue humano,
o de inmortal estirpe descendiente.

Este sabio inmortal, y los nombrados
Inferiores a él, menos ilustres,
Divinos inventores de las cosas,
Sacaron de sus íntimas entrañas
Oráculos más ciertos y sagrados
Que la Pitia en la trípode de Apolo
Los diera con laureles coronada;
Mas cual hombres al fin, aunque tan grandes,
Erraron los principios de las cosas,
De errores en errores resbalando.
Establecen primero el movimiento,
Y dejan a los cuerpos sin vacío:
Cuerpos blandos y raros reconocen
Tal como el aire, el sol, la tierra, el fuego,
Animal, vegetal, pero no quieren
Admitir en sus cuerpos el vacío.
Dividen la materia al infinito,
La sección de los cuerpos no limitan
Ni en ellos partes mínimas conocen.
Viendo que de los cuerpos el extremo
Lo mínimo es que llega a los sentidos,
Hay que conjeturar que aquel extremo
Que en el extremo mismo no podemos
Distinguir, es el mínimo en los cuerpos.
Establecen también principios blandos,
Que nacen y perecen como vemos.

Ya se hubiera el gran todo aniquilado,
Los cuerpos renacieran de la nada:
¡Ya ves cuán grande error y qué delirio!
Enemigos, por fin, son los principios,
Y de muchas maneras se destruyen;
Chocándose entre sí se aniquilaran,
Ó se disiparían cual los rayos,
Lluvias y vientos por las tempestades.

Si todo se hace de estas cuatro cosas,
Y todo en ellas mismas se resuelve,
¿Por qué aquéllas tendremos por principios
Mejor que no a los cuerpos? pues que mudan
De esencia y forma y de naturaleza.
Mas si al contrario, acaso presumieres
Que se reúne el agua, el fuego, el aire
Y tierra sin mudarse en modo alguno
Su misma esencia, de ellos no podría
Crearse cosa alguna, ya animada,
Ya inanimada sea como el árbol.

Una mezcla confusa encontraremos
De aire, agua, tierra y fuego: nunca pueden
Estas substancias concebirse unidas;
Su propiedad cada una desplegara.
Es necesario que obren los principios
De un modo clandestino o invisible;
¡No sea que dominando demasiado
Impidan a los cuerpos que se formen
Conservar su específico carácter!
Su primer elemento hacen al fuego,

Que emana según ellos de los cielos;
De éste se engendra el aire, de aquí el agua,
Y la tierra del agua es engendrada.
Retrogradando nacen de la tierra
Los demás elementos: antes la agua,
Después el aire; el fuego últimamente;
Estas transformaciones nunca cesan,
Bajan desde los cielos a la tierra,
Desde la tierra hasta los cielos suben:
No deben hacer esto los principios;
Es preciso que sean inmutables,
Porque no se aniquile el universo;
No puede cuerpo alguno de su esencia
Los límites pasar sin que al momento
Deje de ser lo que era; por lo tanto,
Si se transforman estos elementos
De continuo, como fíemos dicho arriba,
Es preciso que de otros inmutables
Se compongan; no sea que a la nada
Se vea reducido el universo.

Establece más bien algunos cuerpos,
De tal naturaleza revestidos,
Que si el fuego criasen, hacer pueden
Estos mismos el fluido del aire,
Y así los demás seres, aumentando
o bien disminuyendo, los principios,
Cambiando situación y movimiento.
Pero es claro, me dices, que los cuerpos
Crecen y se sustentan de la tierra:
Si la estación al aire no le presta

Una temperatura favorable,
Y si con frescas lluvias no se mueven
Las copas de los árboles, ni ayuda
Con sus rayos el Sol las producciones;
Ni sembrados, ni arbustos, ni animales
Jamás podrán llegar a crecimiento.

Sin duda es cierto; y si a nosotros mismos
No nos sustenta un sólido alimento
Y bebida suave, nuestros miembros
Su brío perderán, y el sentimiento
Se acabara del todo en nuestros huesos:
Porque nos alimentan ciertos cuerpos
Como a las demás cosas, pues mezclados
Los principios están, y son comunes
De muchos modos a otros muchos cuerpos.
De aquí la variedad en el sustento:
Mucho importa saber de los principios
La mezcla, situación y movimientos
Recíprocos; los mismos constituyen
El cielo, el mar, la tierra, sol y ríos,
Los árboles, los frutos y animales:
En cada verso de estos mismos cantos
Verás que son comunes muchas letras
De muchas voces: debes, sin embargo,
Confesar que los versos y palabras
Difieren entre sí, ya en la substancia,
Ya en el mismo sonido que sentimos:
Tanto pueden las letras variadas.
Pero de la materia los principios
De otros mil modos combinar se puedan

Para criarse variedad de cosas.
La Homeomería también profundicemos
De Anaxágoras, que es así llamada
Entre los griegos, y en la lengua patria
No permite nombrarla su pobreza;
Pero es fácil decirlo con rodeos
Y explicar la Homeomería en su principio
Los huesos, a saber, de huesecitos;
Las entrañas se forman de entrañitas;
Muchas gotas de sangre congregadas
Crían la sangre; y piensa que se forma
De Moléculas de oro el oro mismo;
Que se forma la tierra, el fuego, el agua
De sus pequeñas partes respectivas,
Y que todos los cuerpos son formados
De la unión de principios similares.
Él no admite vacío en parte alguna,
y los cuerpos divide al infinito:
Y yerra en ambas cosas. Como aquellos
Que antes de él los principios indagaron
Establece muy frágiles principios,
Si el nombre de principios puede darse
A los que son lo mismo que los cuerpos
Endebles, se, destruyen y perecen.

El, un ataque tan violento y fuerte,
¿Quién permanecerá? ¿quién de la muerte
Cogido, escapará de entre sus garras?
¿El fuego? ¿el agua? ¿el aire? ¿sangre o huesos?
Ninguno de estos cuerpos, según juzgo;
Pues son perecederos como aquellos

Que vemos perecer a nuestros ojos:
Nada puede a la nada reducirse,
Ni alguna cosa hacerse de la nada,
Confirman mis probados argumentos.
Por otra parte, como el alimento
El cuerpo sustentado le engrandece,
Se sigue que las venas y la sangre,
Y los huesos y nervios se componen
De heterogéneas partes o sustancias
Mezcladas dirán ser los alimentos,
Y que abrazan en sí pequeños nervios,
Y unas partes de sangre, y huesos, venas:
Entonces los substentos y bebidas
De heterogéneas partes se componen.
Si los cuerpos que nacen de la tierra
Los contiene además ella en su seno,
Debe constar de tan diversas partes
Cuanto sus producciones son diversas:
De los demás compuestos raciocinio
Del mismo modo; si la llama y humo
Y ceniza están dentro en los leños,
Los leños deben ser heterogéneos.

Un solo medio de defensa tiene
La opinión vacilante de Anaxágoras:
Dél se vale, y pretende que los cuerpos
Encierran en sí mismos los principios
De todos los demás; pero que iaquellos
Solamente divisan nuestros ojos
Que están en mayor número mezclados,
Y ocupan la primera superficie:

La razón desaprueba este discurso;
Porque fuera forzoso que los granos
Cuando son quebrantados con la piedra
Diesen muestras de sangre, o bien de partes
Que alimentan el cuerpo; manaría
Sangre, si se frotaran dos guijarros:
Las hierbas destilaran igualmente
Dulces gotas de leche tan sabrosa
Como las ubres de lechera oveja:
Destripando terrones, muchas veces
Yerbas encontraríamos y granos
Y árboles pequeñitos escondidos:
Hendiendo la madera, en fin, se vieran
Llamas pequeñas, y ceniza, y humo:
Mas como la experiencia contradiga
Estar así revueltos los principios,
Deben comunes ser a todo cuerpo,
Y estar diversamente colocados
En los diversos cuerpos de los seres.
Pero dirás que en montes empinados
Las copas de los árboles robustos
Del austro proceloso sacudidas
Se entrechocan y arrojan vivas llamas:
Es cierto, sí; mas no contienen fuego:
Una porción de partes inflamables
Por el frote en un punto reunidas
El incendio originan de los bosques;
Si tanto fuego en ellos se escondiera,
No podría un momento refrenarse,
Consumiera las selvas de continuo,
Reduciendo a cenizas todo arbusto.

Ya ves que importa mucho, como dije,
El mixto conocer de los principios,
Saber su movimiento y posiciones
Recíprocos; porque los elementos
Cambiados entre sí ligeramente
Sacarían el fuego de los leños,
Como si estas palabras ligna *el ignes*
Sin que sus letras alteremos mucho
Con distinto sonido pronunciamos.
Si crees que no pueden explicarse
Ya, por fin, los fenómenos del mundo
Sin que atribuyas a los elementos
Naturaleza igual a la del cuerpo,
Perecen los principios de las cosas;
De modo que den grandes carcajadas
De una trémula risa conmovidos,
Y el semblante y mejillas humedezcan
Llenándolos de lágrimas amargas.
Escucha las verdades que me falta
Hacerte conocer por modo claro.
Bien conozco que son bastante obscuras;
Pero mi corazón ha sacudido
Con fuerte tirso la *esperanza grande*
De gloria, y juntamente ha derramado
Suave amor de las musas en mi pecho;
Del que agitado con briosa mente
Recorro los lugares apartados,
De las Piérides antes nunca bollados.
Agrádame acercarme a fuentes puras,
Y agotarlas bebiendo, y nuevas flores

Agrádame coger para guirnalda
Insigne con que ciña mí cabeza
De un modo que las musas a ninguno
Hayan antes las sienas adornado:
Primero, porque enseñe grandes cosas,
De la superstición rompo los lazos
Anudados que el ánimo oprimían;
Después, porque compongo versos claros
Sobre una cosa obscura, realzando
Con poética gracia mis escritos.

De la razón en esto no me aparto.
Así, cuando los médicos intentan
Hacer beber a un niño amargo ajeno,
Los bordes de la copa untan primero
Con el licor de miel dulce y dorado,
Para que, seduciendo y engañando
La impróvida niñez, hasta los labios
El amargo brebaje apure en tanto
Y engañado no muera, sino que antes
Convaleciendo así se restablezca;
Del mismo modo, porque las más veces
Parece trato yo de asuntos tristes
Para aquellos que no han jamás pensado,
Y que al vulgo disgustan de los hombres,
Con el suave canto de las musas
Quise explicarte mi sistema todo
Y enmelarte con música pieria,
Por si acaso pudiera de este modo
Tenerte seducido con mis versos,
Hasta que entera y fiel Naturaleza

Sin velo ante tus ojos se presente.

Mas porque te he enseñado que los cuerpos
De la materia sólidos y eternos
Giran perpetuamente indestructibles,
Examinemos hora si la suma
De éstos es infinita, o limitada;
Si también el vacío establecido,
Este lugar y espacio en que los cuerpos
Se mueven además es limitado,
Ó si es profundo, inmenso é infinito.
Es infinito, pues, de suyo el *todo*,
Pues aunque extremidad tener debía,
Como cuerpo ninguno se concibe
Sin que a él otro cuerpo le termine,
De modo que la vista claramente
Más allá de este cuerpo no se extienda,
Confesemos por fuerza que no hay nada
Más allá de la suma, pues no tiene
Extremidad, de límites carece.

El sitio que tú ocupas nada importa,
Pues que por todas partes un espacio
Te falta que correr ilimitado.
Si además el espacio es limitado
Y alguno se coloca en el extremo
Y tira alguna flecha voladora,
¿Deseas que tirada con gran fuerza
Vuele ligera por llegar al blanco,
Ó piensas que la impide algún estorbo
Su vuelo y no la deja ir adelante?

Uno ú otro es preciso que confieses.
Cualquiera que tú elijas, a la fuerza
Debes quitar los límites al *todo*:
Porque bien sea obstáculo el que impida
Y estorbe qué la flecha llegue al blanco,
o bien le pase, aquí no se da extremo:
En donde pongas límites, yo al punto
Preguntaré qué ha sido de la flecha:
Jamás encontrarás así el extremo;
Siempre su inmensidad deja un espacio
Que recorra la flecha fugitiva.

Además, que si la naturaleza
Hubiera puesto límites al todo,
Ya la materia con su mismo peso
Se juntara en los sitios más profundos;
Debajo de la bóveda del cielo
Ninguna cosa se produciría,
Ni el cielo ni la luz del Sol naciera;
Como que la materia toda hundida
Desde la eternidad amontonada
Inerte yacería; pero ahora
De cierto no reposan los principios,
Porque ningún lugar profundo existe
En donde puedan como reunirse
Y colocar su asiento permanente;
Y siempre un continuado movimiento
Cría por todas partes nuevos seres,
Y el infinito suministra siempre
De una materia activa eterna copia.
Que unos cuerpos, en fin, a otros limitan

Claramente lo vemos: las montañas
El aire circunscribe, a éste los montes;
Á los mares da límites la tierra,
Y los mares limitan a las tierras;
Nada hay que ponga límites al *todo*:
Porque es de los lugares y el espacio
Tal la naturaleza, que los ríos
Clarísimos corriendo eternamente
Alcanzar con su curso no podrían
Los límites del mundo en parte alguna;
Nada habrían andado: el universo,
No conociendo límites, por todas
Partes al infinito se dilata.

Seguramente la naturaleza
Impide que la suma de las cosas
Pueda circunscribirse ella a sí misma;
Porque ha hecho que el vacío limitase
Al cuerpo, éste al vacío; de este modo,
Ha dispuesto su obra ilimitada.
Si el vacío tan sólo ilimitara,
o hiciese limitada la materia,
Ni la tierra, ni el mar, ni de los cielos
Las bóvedas lucientes, ni los hombres,
Ni de los dioses los sagrados cuerpos
De existencia gozaran un instante:
Pues la materia, sacudiendo el yugo,
Se derramara por vacío inmenso,
Ó más bien ella nunca concretada
Ni un sólo cuerpo hubiera producido,
Por no poderse unir diseminada.

Porque seguramente los principios
De la materia no se han colocado
Con orden, con razón ni inteligencia,
Ni han pactado entre sí sus movimientos;
Antes diversamente combinados,
Desde la eternidad por el espacio
Agitados con choques diferentes,
Juntas y movimientos van probando,
Hasta que se colocan de manera
Que esta suma criada se mantiene;
La cual por muchos siglos conservada,
Y puesta en conveniente movimiento,
Hace con largas ondas que los ríos
Abastezcan los mares insaciables;
Que la tierra sus frutos reproduzca
Con los rayos del Sol alimentada;
Y que reproducidas las especies
De los brutos florezcan, y que vivan
Los fuegos celestiales resbalando:
No sucediera si infinita copia
De los principios no estuviera siempre
Reparando. las pérdidas continuas:
Así como los brutos sin sustento
Se van aniquilando. y por fin mueren;
De la misma manera el *todo* debe
Perecer al momento que materia
De su recto camino extraviada
No suministre pábulo a los cuerpos.
No podrían los átomos externos
Conservar a la suma congregada;
Porque pueden con golpes repetidos

Impedir que una parte se destina,
Y dar tiempo a los átomos que lleguen
Y completar la suma; algunas veces,
Á rebotar no obstante precisados
Espacio y tiempo, dan a los principios
Para que se desunan libremente:
Sin cesar es preciso se sucedan
Los átomos; materia ilimitada
Supone, pues. esta presión eterna.

Guárdate de creer en esto, Memmio,
Lo que dicen algunos: que los cuerpos
Se dirigen al centro de la suma,
Y que del mundo la naturaleza
No es detenida por eternos choques,
Ni a parte alguna pueden escaparse
El uno ú otro extremo, porque todo
Al centro se dirige. Si creyeres
Que un ser puede en sí mismo sustentarse:
Que los cuerpos pesados que tenemos
Bajo los pies, gravitan hacia arriba:
Que en dirección contraria son llevados,
Como la imagen que en el agua vemos;
Defiende con razones semejantes
Que debajo vaguean animales,
Que no pueden caerse de la tierra
En las regiones ínfimas, del modo
Que no pueden al cielo remontarse
De suyo nuestros cuerpos; y que cuando
Aquéllos ven el sol, nosotros vemos
De noche las estrellas, y alternando

Parten las estaciones con nosotros;
Y que igualan sus días a los nuestros,
Y a las tuyas igualan nuestras noches.
En ficciones groseras han caído
Y en errores estúpidos los necios,
Porque en principios falsos se apoyaron:
Pues en una extensión ilimitada
No entienden que no puede darse un centro,
Y aun cuando supongamos que existiera,
No se vieran los cuerpos obligados
Á pararse más bien aquí que en otra
Cualquiera parte o sitio del espacio;
Pues la naturaleza del vacío
Cede a los cuerpos graves, hacia el centro
Se dirijan, o no; porque no hay sitio
En que los cuerpos una vez llegados
Pierdan su pesadez, Y se detengan;
El vacío a los cuerpos dará paso;
Así lo exige su naturaleza:
No impedirá la desunión del todo
Este deseo que los lleva al centro.
También además fingen que hacia el centro
No es común la tendencia a todo cuerpo;
Los que de tierra o agua se componen
Se dirigen a él, como los mares,
Y las que salen de soberbios montes
Y lo que encierra en sí cuerpo terrestre:
Pero del aire las sutiles auras
Y las llamas ligeras se retiran
Del centro: que por eso centellea
Todo el éter con fuegos y se nutre

Del Sol la antorcha en azulado cielo;
Porque el calor del centro fugitivo
Recoge allí sus fuegos no pudiera
Los animales sustentar la tierra
Ni del árbol las ramas hojecieran
Si el jugo alimenticio no les diese:
Colocan más allá de las estrellas
El firmamento, para que los fuegos
Del cielo, libres, y del centro huyendo
A la manera de voraces llamas,
No traspasen los límites del mundo
Y desordenen la naturaleza,
Ni el cielo se desplome con sus rayos,
Ni se abra la tierra de repente
Debajo de los pies, y nuestros cuerpos
Caigan en el abismo sepultados,
Descompuestos, envueltos en ruinas
De tierra y cielo; así que en un instante
Más que soledad vasta no quedara,
Y principios sin fuerza: en cualquier parte
Que empieces, pues, a disolver los cuerpos
Te hallarás una puerta siempre franca
De destrucción, por donde la materia
Amontonada escapará volando.
Si estos conocimientos que te ofrece
Mi humilde musa, hubieres comprendido,
Porque con una cosa otra se ilustra,
No te robará el paso obscura noche
Sin que penetres los secretos hondos
De la naturaleza: de este modo
Unas verdades esclarecen otras.

LIBRO II

Revolviendo los vientos las llanuras
Del mar, es deleitable desde tierra
Contemplan el trabajo grande de otro;
No porque dé contento y alegría
Ver a otro trabajado, mas es grato
Considerar los males que no tienes:
Suave también es sin riesgo tuyo
Mirar grandes ejércitos de guerra
En batalla ordenados por los campos:
Pero nada hay más grato que ser dueño
De los templos excelsos guarnecidos
Por el saber tranquilo de los sabios,
Desde do puedas distinguir a otros
Y ver cómo confusos se extravían
Y buscan el camino de la vida
Vagabundos, debaten por nobleza,
Se disputan la palma del ingenio,
Y de noche y de día no sosiegan
Por oro amontonar y ser tiranos.
¡Oh míseros humanos pensamientos!
¡Oh pechos ciegos! ¡Entre qué tinieblas
Y a qué peligros exponéis la vida;
Tan rápida, tan tenue! ¿Por ventura
No oís el rito de naturaleza,
Que alejando del cuerpo los dolores,
De grata sensación el alma cerca,
Librándola de miedo y de cuidado?

Vemos cuán pocas cosas son precisas
Para ahuyentar del cuerpo los dolores,
Y bañarle en delicias abundantes,
Que la naturaleza economiza.
Si no se ven magníficas estatuas,
De cuyas diestras juveniles cuelguen
Lámparas encendidas por las salas
Que nocturnos banquetes iluminan,
Ni el palacio con plata resplandece,
Ni reluce con oro, ni retumba
El artesón dorado con las liras;
Se desquitan, no obstante, allá tendidos
En tierna grama, cerca de un arroyo,
De algún árbol copudo sombreados,
Á cuyo pie disfrutan los placeres
Que cuestan poco; señaladamente
Si el tiempo ríe y primavera esparce
Flores en la verdura de los campos:
Maligna fiebre no saldrá del cuerpo
Si en púrpura y bordados te revuelves
Con más celeridad que si encamares
Entre plebeyas mantas y sayales.
Porque si la fortuna, el nacimiento,
El esplendor del trono hacer no pueden
Á nuestro cuerpo bienaventurado,
Presumimos que al ánimo tampoco;
Si no es que acaso cuando tus legiones
Veas que hierven por los anchos valles
En simulacro y ademán de guerra;
Cuando veas que el mar tus velas cubren,
Y que le hacen gemir por todas partes,

Te figures con esto que aterrada
La superstición huye con espanto
Del ánimo, y el miedo de la muerte
Deja entonces el pecho descuidado.
Pues si vemos que son ridiculeces
Y vanidades estas cosas todas;
Y a la verdad los miedos de los hombres
Y los cuidados que les van siguiendo
No temen el estruendo de las armas
Ni las crueles lanzas; audazmente
Se sientan con los reyes y señores:
Ni sus fulgentes púrpuras respetan,
Ni sus diademas de oro; único fruto
De la ignorancia dudarás que es todo,
Nuestra vida en tinieblas sepultada.
Así como los niños temerosos
Se recelan de todo por la noche,
Así nosotros, tímidos de día
Nos asustamos de lo mismo a veces
Que despavorir suele a los muchachos.
Preciso es que nosotros desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
No con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la naturaleza.
Sígueme siempre tú, y escucha ahora
Cuál es el movimiento con que engendran
Y a los cuerpos destruyen los principios
De la materia. y cuál es el impulso
Y cuál la rapidez que hace que vuelen
Por el espacio inmenso sin descanso.
Porque seguramente la materia

No es una masa inmóvil, pues que vemos
Disminuirse un cuerpo, y de continuo
Manando, se consumen a la larga
Y el tiempo nos los roba de la vista;
Se conserva sin pérdidas la suma:
Empobreciendo un cuerpo, los principios
Van a enriquecer otro, y envejecen
Los unos para que otros reflorézcan;
Ni en un sitio se paran; de este modo
El universo se renueva siempre,
Y se prestan la vida los mortales,
Crecen unas especies y se acaban:
Y en poco tiempo las generaciones
Se mudan y la antorcha de la vida
Cual ágiles cursores se transmiten.
Si piensas tú que los principios pueden
Cesar, y que cesando engendran nuevos
Impulsos, la verdad de ti se aleja:
Pues movidos en medio del vacío
Los principios, es fuerza que obedezcan
o a su gravedad misma, o al impulso
Quizá de causa externa; desde arriba
Precipitados, pues, encuentran otros,
Que a un lado los apartan de repente;
No es maravilla, porque son pesados,
Durísimos y sólidos, y nada
Les pone estorbo alguno por su espalda.
Y para que del todo te convenzas
De que generalmente los principios
Están en movimiento, ten presente
No darse lugar ínfimo en el todo,

Donde se paren los primeros cuerpos,
Porque inmenso, infinito es el espacio.
No reposan jamás en el vacío
Los principios: por su naturaleza
En movimiento siempre variado
Unos a gran distancia son lanzados,
Otros se apartan menos, y se enlazan
En el choque. Si es breve su distancia,
Y se repelen poco, y su tejido
Se liga íntimamente, constituyen
Las rocas solidísimas, y el hierro,
Y una corta porción de otras sustancias
De esta naturaleza: si, al contrario,
El choque los rechaza y los dispersa,
Y los hace vagar por el espacio,
En largos intervalos, nos ofrecen
Del Sol la luz brillante y aire raso.
Y vagan además por el vacío
Muchos que están privados de juntarse,
o que jamás pudieron agregados
Entrar en el concorde movimiento;
De lo cual una imagen y figura
Continuamente hiere nuestros ojos,
Cuando del Sol los rayos se insinúan
De través por las piezas tenebrosas.
Si reparas, verás cómo se agitan
Átomos infinitos de mil modos
Por el vacío en el luciente rayo:
Y en escuadrones, en combate eterno
Se dan crudas batallas y peleas,
Y no paran jamás: ya se dividen,

Y ya continuamente se replegan.
De aquí puedes sacar que en el vacío
Eternamente los principios giran:
Un efecto vulgar puede servirnos
De modelo y de guía en cosas grandes.
En los rayos del Sol rápidamente
Movidos estos cuerpos, fijar deben
Nuestra atención, pues su girar eterno
Prueba un choque secreto y clandestino
De los átomos: muchos se extravían,
Como verás, a un golpe imperceptible;
Retroceden, y aquí y allí se lanzan
En toda dirección por todas partes:
Los principios se mueven por sí mismos
Y dan el movimiento a aquellos cuerpos
Que se componen de una masa fina
Y análoga a sus débiles esfuerzos;
Los últimos atacan a los cuerpos
Un poco más groseros; de este modo
De los principios nace el movimiento,
Y llega a los sentidos de seguida,
Hasta que los corpúsculos se mueven
Que en los rayos del Sol vemos nosotros,
Sin que podamos ver quién los agita.
Y la movilidad que la materia
Comunica a los cuerpos, oye, ¡oh Memmio!
Cuán asombrosa es: cuando derrama
Primeramente nueva luz la aurora
Por las tierras, y cuando revolando
En bosques retirados varias aves
Llenan la soledad y el aire tierno

De voces armoniosas, ¡cuán de pronto
El sol nacido suele en este tiempo,
Esparciendo sus rayos abundantes,
Adornar con su luz naturaleza!
Todos lo vemos y nos es muy claro:
No obstante, estos corpúsculos lucientes
Que el Sol nos manda, por vacío espacio
No atraviesan; su marcha se retarda
Dividiendo los fluidos del aire:
Y como no son átomos aislados,
Sino especie de masas y hacecillos,
Encuentran en sí mismos y por fuera
Causas que los detengan en su marcha.
Al contrario, son sólidos y simples
Los átomos que cruzan el vacío
Sin peligro de obstáculos externos.
Forman ellos un solo y mismo todo,
Y juntando el esfuerzo de sus partes
Hacia el único blanco de su impulso,
Deben aventajar en ligereza,
Y con mayor presteza ser movidos,
Que los rayos del Sol, y en igual tiempo
Deben correr mucho mayor espacio
Que cuando el Sol se lanza por el cielo.
Pues nadie supondrá que los principios
Pudieran por sí mismos detenerse
Ni entre sí calcular el movimiento
Y concertar un plan perfecto y sabio.
En vano algunos necios imaginan
Que sin la ciencia y numen de los dioses,
Tantos efectos producir no puede

La materia arreglados y precisos,
Ni las vicisitudes de estaciones
Y los varios productos de la tierra
Ni el suave impulso del amor que mueve
Por medio del deleite a los mortales,
Ni el divino placer que da la vida,
Y a propagar les lleva las especies
Porque el género humano no se extinga.
Fingen ellos ser obra de los dioses
Y producción divina todo esto:
Muy engañados van en su sistema.
Aunque ignoraran la naturaleza
De los principios, sin embargo, osara
Con la vista del cielo comprobarte
Y con otros fenómenos que el mundo
No ha sido por los dioses fabricado,
Pues es tan deficiente é imperfecto;
Yo te lo aclararé más adelante:
Explicaremos al presente, Memmio,
Lo que resta decir del movimiento.
Presumo ya ser tiempo de probarte
Que no puede subir con fuerza propia
Ningún cuerpo hacia arriba: no te engañen
Las llamas, pues que suben aumentadas;
Y los frutos hermosos de los campos
Y los árboles crecen hacia arriba,
Cuanto pueden hacer los cuerpos graves
Por dirigirse abajo. No de suyo,
Por una fuerza externa sí, los fuegos
Saltan a las techumbres de las casas
Y devoran las vigas y tirantes

Rápidamente; como nuestra sangre,
Saliendo de las venas, salta lejos
Y de púrpura un chorro al aire esparce:
¿No ves también con cuanta fuerza el agua
Despide los maderos y las vigas?
Pues aunque muchos y robustos brazos
Por hundirlos derechos se revienten,
El agua con más ímpetu los echa,
Y hacia arriba los lanza, y por de fuera
La mayor parte asoma y sobresale;
No dudamos que todos estos cuerpos
Bajan por el vacío cuanto pueden.
Así también deben subir las llamas
Por una fuerza extraña, aunque su peso
Las haga que desciendan cuanto pueden.
¿No ves que los nocturnos meteoros
Largos surcos de fuego van trazando
Hacia cualquiera parte do les abre
Naturaleza misma algún sendero?
¿Qué estrellas y luceros caen en tierra?
El mismo Sol desde los altos cielos
Derrama su calor por todas partes,
Y sus rayos esparce por, los campos:
Luego abajo se inclinan sus ardores.
Por medio de las nubes vuela el rayo;
Con ímpetu se arroja desprendido
Unas veces aquí, y acullá otras;
Y el rayo sin cesar hiere la tierra.
Y has de entender también, ínclito Memmio,
Que aun cuando en el vacío se dirijan
Perpendicularmente los principios

Hacia abajo, no obstante, se desvían
De línea recta en indeterminados
Tiempos y espacios, pero son tan leves
Estas declinaciones, que no deben
Apellidarse casi de este modo,
Pues si no declinaran los principios,
En el vacío, paralelamente,
Cayeran como gotas de la lluvia;
Si no tuvieran su reencuentro y choque,
Nada criara la naturaleza.
Y si alguno creyere por ventura
Que los cuerpos más graves, cuanto tiene
Mayor velocidad de movimiento,
Tanto mejor en línea recta pueden
Caer sobre los cuerpos más ligeros,
Y engendrar con su choque movimientos
Creadores de seres, se extravía
De todos los principios racionales.
Es verdad que en el aire o en el agua
Aceleran los cuerpos su caída
Según su pesadez, porque las aguas
Y el fluido del aire a todo cuerpo
No pueden resistir del mismo modo;
Ceden más fácilmente a los más graves,
Mas no sucede así con el vacío;
Ninguna resistencia opone al cuerpo;
A todos igualmente les da paso:
Por lo que los principios, desiguales
En sus masas, moverse en el vacío
Deberán todos con igual presteza.
No pueden, pues, los cuerpos más pesados

Caer encima de los más ligeros,
Ni por sí engendrar choques que varíen
Sus movimientos, para que por ellos
Forme los seres la naturaleza.
Por lo cual, yo repito ser preciso
Que declinen los átomos un poco,
Para que no parezca introducimos
Movimientos oblicuos, que reprueba
La razón verdadera; es evidente,
Y ven los ojos, que los cuerpos graves
Seguir no pueden dirección oblicua
En su caída; pero ¿qué ojo agudo
Verá que no se apartan de la recta?
En fin, si siempre todo movimiento
Se encadena y en orden necesario
Hace siempre que nazcan tinos de otros;
Si la declinación de los principios
Un movimiento nuevo no produce
Que rompa la cadena de los liados.
De las causas motrices trastornando
La sucesión eterna, ¿de dó viene
El que los animales todos gocen
De aquesta libertad? ¿De dónde, digo,
Esta voluntad nace que arrancada
Á los liados nos mueve presurosa
Do el deleite conduce a cada uno?
Además de que nuestros movimientos
Ni a tiempos ni a lugares se sujetan
Determinadamente; su principio
Es nuestra voluntad; de allí se extienden
Por los miembros. ¿No ves que en el momento

Que se abre la barrera, los caballos,
Ansiosos de volar en la carrera,
No lo pueden hacer tan prontamente
Como su ardiente espíritu codicia?

Las moléculas todas esparcidas
Por los miembros es fuerza que se junten
Y se agiten por todo nuestro cuerpo,
Si han de seguir del alma los deseos.
Ya ves que el movimiento su principio
Tiene en el corazón, y que procede
De la voluntad misma: de aquí gira
Por todo el cuerpo y miembros ciertamente.
No sucede lo mismo cuando andamos
Impelidos de alguna fuerza extraña
Y superior; que entonces nuestra masa
Es arrastrada contra nuestro gusto,
Hasta que por los miembros reprimiere
La voluntad extraños movimientos.
Ya ves también, que aunque una fuerza extraña
Obligue a andar a muchos mal su grado;
En nuestro pecho, sin embargo, queda
Un poder que combate y hace frente,
Á cuyo arbitrio muda la materia
De dirección, sus ímpetus refrena,
Y la hace que por fuerza retroceda.
Esta verdad te obliga a qué confieses
En los principios diferente cansa
De pesadez y choque: de ésta nace
La libertad, porque nosotros vemos

Que nada puede hacerse de la nada.
La pesadez impide ciertamente
Que todo movimiento sea efecto
Como de fuerza extraña: mas si el alma
En todas sus acciones no es movida
Por interior necesidad, y si ella
Como vencida llega a ser substancia
Meramente pasiva, esto es efecto
De declinar los átomos un poco
Ni en tiempo cierto, ni en lugar preciso.
Jamás la suma de los elementos
Más densa fue o más rara que al presente,
Pues ni se aumenta ni se disminuye:
Por lo que el movimiento que ahora tienen,
En los pasados siglos le tuvieron,
Y siempre le tendrán en adelante:
Y los cuerpos que suelen producirse,
Producidos serán del mismo modo,
Y existirán y crecerán robustos,
Y tendrán cualidades convenientes
A su naturaleza. Es imposible
Que a la suma trastorne fuerza alguna,
Ni se da puerta por la cual se huyan
Y escapen de la masa los principios;
Ni con incursión súbita en el todo
Penetrar pueden átomos extraños,
Que, trastornando la naturaleza,
Todos los movimientos extravíen.
No es de maravillar que los principios
Estando en continuado movimiento,

Parezca estarse quieto el Universo,
Á excepción de los cuerpos que le tienen
De suyo propio; pues sentidos nuestros
No pueden percibir los elementos;
Por lo que si su masa es invisible,
Debe serlo más bien su movimiento,
Puesto que la distancia nos oculta
La agitación de cuerpos más sensibles:
Porque frecuentemente las ovejas
Paciendo alegres pastos por los cerros,
Trepan por do las llaman y convidan
Las frescas hierbas, quo el rocío esmalta,
Mientras que los corderos hartos juegan
Y topan blandamente; lo cual todo
Vemos confusamente desde lejos:
Parece la verdura del collado
Contrastar la blancura del ganado.
Y cuando desplegadas las legiones,
Numerosas también, cubren los llanos
Haciendo simulacros de batallas,
Y en torno dan carreras los corceles,
Y sacudiendo con esfuerzo y brío
Traspasan de repente inmensos campos;
El brillo de las armas sube al cielo,
Reluce con el bronce todo el suelo,
Y resuena la tierra con los pasos
De soldados valientes, y los montes,
Heridos del clamor, lanzan los gritos
A las estrellas: sin embargo, inmóvil
Parece estar aquella muchedumbre
Mirada de la cumbre de algún monte,

Y ser el brillo propio de la tierra.
Ora procede que tu mente indague
Las cualidades de los elementos,
 Cuán diferentes sean en sus formas
Y cuál la variedad de sus figuras:
No porque haya un gran número que sea
De formas diferentes; mas los seres
Que ellos componen nunca se asemejan:
Tampoco esto es extraño, pues he dicho
Ser su número inmenso, ilimitado;
No deben, pues, tener las mismas formas
Exactamente con igual contorno.
Considera además la raza humana
Y mudos nadadores escamosos,
Y los hermosos árboles, y fieras,
Y variedad de aves que frecuentan
Los sitios deleitosos de las aguas,
Las riberas y fuentes y lagunas,
Y las que corren bosques solitarios
Con raudo vuelo; en general compara
Los individuos de cualquier especie,
Y encontrarás en ellos diferencia:
El hijo no podría de otro modo
Conocer a la madre, ni ésta al hijo;
Vemos que se conocen mutuamente,
Como el hombre conoce sus hijuelos.
Porque cuando tristemente degollado
En los hermosos templos de los dioses
Cae el becerro al lado de las aras
Turicremas, brotando de su pecho
De sangre un río ardiente: deshijada

La madre, empero, aquí y allí corriendo
Por verdes bosques, va estampando en tierra
Las hendidas pezuñas, registrando
Con ojo ansioso todos los parajes,
Por si en alguno a su perdido hijo
Puede topar; parándose a menudo,
Llena de quejas el frondoso bosque
Y el establo reeve continuamente,
Clavada con la pérdida del hijo.
Ni las hierbas lozanas con rocío,
Ni tiernos sauces, ni la orilla amena
De ríos espaciosos la deleitan,
Ni la infunden olvido de su pena:
Ni por risueños pastos el aspecto
De los demás becerros a otra parte
La distraen y la alivian del cuidado:
¡Tan propio y conocido es lo que busca!
Conocen además los tiernos chotos
Con voz temblosa a las cornudas madres
Y balantes corderos topadores:
Y así, guiados por naturaleza,
Y mamar corren las lecheras ubres.
Por fin, el trigo, aunque parece el mismo,
Alguna diferencia hay en sus formas;
Del mismo modo, vemos que las conchas
Hermosean el seno de la tierra
Por donde el mar la embebedora arena
De corva playa alisa con las ondas
Suaves. Luego deben los principios
Andar bajo de formas diferentes
En el vacío por naturaleza,

Puesto que ellos no han sido fabricados
Por el arte con formas peculiares.

Ya nos es fácil explicar la causa
De insinuarse mejor fulmíneo fuego
Que el nuestro producido de las teas:
Porque puedes decir que se componen
Los fuegos celestiales de los rayos
De átomos más sutiles, que se cuelan
Por poros que no puede entrar el fuego
Que hacemos de las leñas y las teas.
¿Por qué, en fin, a la luz da paso el cuerno
Y se la niega al agua? ¿No se forma
La luz, acaso, de átomos más finos
Que los que forman a las aguas bellas?
Se cuele en un instante por el filtro
El vino, y el aceite gota a gota;
Porque éste se compone de principios
Más densos, más unidos y enlazados,
Con tanta prontitud no se separa,
Pasando lentamente por el filtro.
La miel y leche deliciosamente
Por otra parte el paladar recrean;
Pero el amargo ajenjo y la centaura
Silvestre punzan con sabor ingrato:
De modo que conoces fácilmente
Que son lisos y esféricos los cuerpos
Que nos causan sabores agradables;
Que la amargura y aspereza nacen
Del conjunto de átomos torcidos
Qué, fuertemente unidos, acostumbran

Abrirse paso al paladar, rompiendo
Los órganos del gusto con su entrada.
El placer y el dolor, últimamente,
Que los cuerpos excitan en nosotros
Nacen de la figura diferente
De sus principios; ni el rechino ingrato
De la estridente sierra te figures
Que elementos le engendran y producen
Tan finos como son las consonancias
De cítara armoniosa, que despiertan
Los dedos de los músicos expertos.
Tampoco debes dar la misma forma
a los átomos fétidos que vienen
De un cadáver quemado, a los que exhalan
En el teatro aromas de Cilicia,
Y los olores del pancreo unguento
Que embalsama los templos de los dioses.
Ni los bellos colores se componen
De los mismos principios, si recrean
La vista, o si la punzan de manera
Que nos hacen llorar, o la torcemos,
Por ser horribles y de hedionda forma:
Luego todos los cuerpos que recrean
Y halagan los sentidos son formados
De los átomos finos; y al contrario,
Los cuerpos que son ásperos, molestos,
De elementos más rudos é imperfectos.
Hay principios también que no son lisos
Perfectamente, ni del todo corvos,
Sino erizados de salientes puntas
Que regalar más bien que dañar pueden

Los sentidos: se cuenta en esta clase
La fécula y la ínola gustosa.
Y últimamente, las ardientes llamas
Y los hielos de invierno a los sentidos
Punzan con agujijones diferentes;
Esta verdad el tacto nos demuestra:
El tacto, el tacto, sí: ideidades santas!
Del cuerpo este, sentido se declara,
Ya cuando se insinúa un cuerpo extraño,
Ya cuando nos molesta causa externa:
Cuando recrea Venus enviando
Semilla creadora, o cuando el choque
Nos inquieta turbando la armonía,
Y confunde el sentido; como puedes
Hacer tú la experiencia, si una parte
Hirieres de tu cuerpo con la mano:
Luego las diferentes impresiones
De los objetos deben explicarse
Por las distintas formas de los átomos.
Deben los cuerpos duros y compactos
Tener unos principios más corvados,
Más unidos, ramosos y enlazados,
Cuales son, entre otros, los diamantes,
Que se burlan de golpes repetidos,
El duro pedernal y el fuerte hierro,
Y bronces rechinantes de los quicios.
Empero aquellos líquidos formados
De cuerpo fluido deben componerse
De partes alisadas y redondas,
Puesto que no pudiendo entrelazarse
Glóbulos de esta clase, también ruedan

En un plano inclinado fácilmente.
Los fluidos que ves en un instante
Disiparse fugaces como el humo,
Las nieblas y las llamas, no se forman
De lisos y redondos elementos,
Puesto que el cuerpo hieren y le punzan,
Y penetrando los peñascos, deben
Agudos ser, no corvos sus principios,
Y les daremos puntas más que ganchos.
No debes admirarte cuando veas
Cuerpos a un tiempo fluidos y amargos,
Como el agua del mar, pues se componen
De unos átomos lisos y redondos
Los fluidos, mezclándose con ellos
Punzantes elementos, causadores
De dolor: sin embargo, no es preciso
Sujetarlos por medio de corchetes;
Basta que sean redondos y escabrosos,
Que a un mismo tiempo hacia adelante pueden
Rodar y causar daño a los sentidos.
Para que te convenzas de la mezcla
De los principios lisos y angulosos
Que cansan la amargura de Neptuno,
Contemplemos sus partes separadas:
Filtrándose en el seno de la tierra,
Endúlzanse las aguas, y se cuelan
En depósitos dulces: sus principios
De mayor aspereza se detienen
En los conductos por donde han pasado.
A esta verdad juntemos también otra
Que está unida con ella y lo comprueba:

Y es, que son limitadas las figuras
De los principios; sin lo cual debieran
Los átomos tener una grandeza Ilimitada,
pues tan chicos cuerpos
Pueden variar poco sus figuras:
Tú debes contemplarlos divididos
En tres, o bien en más mínimas partes:
Tal vez cuando las hayas colocado
De cuantos modos puedas de alto a bajo,
Pasa las de la izquierda a la derecha;
Cuando, por fin, hubieres acabado
De combinar del modo que gustares,
Si variar quisieres las figuras,
Es preciso que añadas partes nuevas
Y otras del mismo modo al infinito.
Las formas de los átomos no puedes
Multiplicar sin que el volumen crezca,
Ni atribuirles formas infinitas
Sin que les des grandeza ilimitada:
Todo lo cual probé ser imposible.
Ya las telas riquísimas de Oriente,
La púrpura brillante Melibea
Teñida con las conchas de Thesalia,
Y el pon)poso espectáculo que ofrece
De los pavones la risueña gracia,
Sobrepujados luego se rindieran
Al fulgor de más vívidos colores;
Y el olor de la mirra fastidiara,
Y el sabor de la miel, y el armonioso
Cisne, y de Febo los divinos cantos,
Con infame silencio callarían,

Pues sin interrupción se sucedieran
Las sensaciones mucho más gustosas.
Y en las desagradables cualidades
Llegáramos también al infinito:
Porque los ojos, la nariz y oídos
Y el gusto siempre sensación ingrata
Tendrían que sufrir; mas los efectos
Siendo contrarios, y teniendo el *todo*
Límites ciertos por entrambos lados,
Es preciso confieses las figuras
De los átomos ser también finitas.
Por último; hay distancia limitada
Desde el calor hasta los hielos fríos
Del invierno, y así reciprocando,
Frío y calor ocupan los extremos;
Por grados llena en medio la tibieza
El intervalo que hay; es limitada
La cualidad sensible de los cuerpos,
Pues que por ambas partes los limitan,
De aquí el fuego, de allí el rígido hielo.
Siendo, pues, limitadas las figuras
De los átomos, debe ser su copia
En cada clase de ellas infinita:
Lo inferimos así forzosamente,
Porque sin ello fuera la materia,
Contra lo que probamos, limitada.
Prosigamos ahora declarando
En pocos versos, y con dulce estilo,
Cómo el gran *todo a* conservar alcanza
De átomos la infinita muchedumbre
Por tan continuos choques agitada.

Si ves unas especies reducidas,
Y observas tú que la Naturaleza
Es en su producción menos fecunda;
En otras tierras y en remotos climas
Ellas las multiplica y las completa:
Tal es aquel cuadrúpedo disforme,
El elefante, armado con su trompa,
De cuya inmensa copia la India forma
Trincheras de marfil impenetrables:
Cuadrúpedos que apenas conocemos.
Si por acaso en la Naturaleza
Ha habido un solo cuerpo que no tuvo
Igual en todo el mundo; mas no siendo
Infinitos los átomos, no puede
Existir ni crecer ni alimentarse
El cuerpo que esos átomos formaron.
Supongamos dispersos en la suma
De un cuerpo los principios limitados:
¿De qué modo podrán ellos juntarse
En un piélago vasto de materia?
¿Con qué fuerza, en qué sitio, de qué modo
En tanta confusión podrán unirse?
No tienen medio alguno de enlazarse.
Pero como después de un gran naufragio
Lejos suele arrojar el mar los barcos,
La proa, las antenas, gobernalles
Y mástiles nadantes, y las jarcias
Flotando por las costas de las tierras,
Porque vean y aprendan los mortales
Esta lección terrible, y huir quieran
Las insidias y fuerzas y el engaño

De la pérfida mar, y no la crean
Cuando con engañosa calma ríe;
Si concibes así los elementos
Con número finito y limitado,
Del mismo modo nadarán dispersos
Por su misma materia rebatidos
Eternamente, sin jamás unirse:
Mas si acaso un momento se enlazasen,
Esta unión no podrá llegar a colmo
Y crecimiento; mas diariamente
Vemos las formaciones y progresos
De todo cuerpo: luego los principios
Vemos con claridad ser infinitos,
Pues que conservan las especies todas.
Así los movimientos destructores
No pueden destruir perfectamente,
Ni acabar para siempre con los cuerpos;
Así los movimientos creadores
No pueden darles duración eterna:
Desde la eternidad viven en lucha
Con el mismo poder ambos principios:
Victorias y derrotas continuadas
De unos y otros alternan; juntos andan
La muerte y el vagido que levantan
Los niños cuando ven la luz hermosa:
Ni tras el día se siguió la noche,
Ni tras la noche aurora, sin que oyesen
Vagidos lastimosos confundidos
Con llantos compañeros de la muerte,
Y secuaces de tristes funerales.
Conviene que con rasgos indelebles

Este principio en la memoria grabes:
No haber un solo cuerpo conocido
En su propia interior naturaleza
Que de una especie sola de principios
Se forme; ni ninguno que no conste
De mezcla de principios; cuanto un cuerpo
Tiene más propiedades, más difieren
En número y figura sus principios.
Porque primero abraza en sí la tierra
Los elementos de los grandes ríos,
Que el mar inmenso sin cesar renuevan.
Tiene también los fuegos subterráneos,
Que la abrasan a veces encendidos:
Y el ímpetu. del Etna se enfurece
Con vivas llamas: tiene las semillas
Con que pueda criar la raza humana,
Y árboles ledos y lucientes frutos.
Blandas hojas también, y alegres pastos
Encierra en sí, que de alimento sirvan
a las fieras que habitan las montañas.
Razón por qué ella sola fué llamada
La gran madre de dioses y animales,
Criadora también de nuestro cuerpo:
Los antiguos poetas doctos griegos
La cantaron subida sobre un carro,
Dos leones uncidos agitando;
Dándonos a entender que en el espacio
La tierra suspendida, no podía
Tener más firme base que a sí misma:
Y las fieras al yugo sujetaron,

Porque los beneficios de los padres
Deben triunfar aun de los fieros hijos;
De corona mural la rodearon,
Porque de plazas fuertes y ciudades
Toda la redondez está cubierta:
Y al presente ciñendo esta diadema,
Con terror de los pueblos paseada
La imagen es de la divina madre:
Varias gentes la llaman madre Idea,
Conforme a los antiguos sacrificios,
Y en su séquito van catervas frías,
Porque dicen que allí la agricultura
Tuvo su origen y de allí triunfante
Se extendió por el orbe; son castrados
Los sacrificadores, porque quieren
Significar que deben ser tenidos
Por indignos de dar a la luz bella
Unos vivos retratos de sí mismos
Aquellos que faltaren al respeto
De sus padres, modelos de la diosa,
Y los que ingratos con sus padres fueren.
En sus manos resuenan los tambores
Estrepitosos, y los retumbantes
Címbalos, y amenazan las trompetas
Con un sonido ronco, y estimula
La flauta en tono frigio los furores;
Y empuñan lanzas, de la muerte indicios,
Para llenar de espanto a los ingratos
Y a los pechos impíos con la diosa.
Por lo que en tanto que la estatua muda

En las grandes ciudades paseada
Ofrece a los mortales en secreto
El rico manantial de sus favores,
Arrojan al momento por las calles
Riquezas y dinero a manos llenas;
Llueven flores y rosas, sombreando
A la madre y brillante comitiva.
Un batallón armado, que los griegos
Llaman Curetas frigios, retozando
Con pesadas cadenas se sacuden:
Y bailan a compás, y alegres miran
La sangre que les corre, y agitando
Con furor los terríficos penachos
De sus cabezas, traen a la memoria
Los Curetas dicteos, que ocultaron
En Creta aquel vagido, según dicen,
De Jove un tiempo, mientras que giraban
En leve danza, armados los infantes
En torno al niño, y a compás herían
El bronce estrepitoso por el miedo
De que Saturno no le devorase
Con su diente cruel, y eternamente
Hiriese el tierno pecho de la madre:
Por eso la acompaña gente armada;
Cual si quisiera predicar la Diosa
Que con las armas y el valor defiendan
Los hombres a su patria, y sean a un tiempo
El amparo y la gloria de sus padres.
Esta ficción tan bella y tan galana
La razón verdadera la reprueba;
Pues la naturaleza de los dioses

Debe gozar por sí con paz profunda
De la inmortalidad: de los sucesos
Humanos apartados y distantes;
Sin dolor, sin peligro, enriquecidos
Por sí mismos, en nada dependientes
De nosotros: ni acciones virtuosas
Ni el enojo y la cólera los mueven.
Ciertamente la tierra en todo tiempo
Carece de sentido, y ella misma
Debe las producciones que tenemos
De átomos a la varia muchedumbre
Que en su seno contiene. Mas si alguno
Quiere más que se llame al mar Neptuno
Y a las mieses poner nombre de Ceres,
Y si el nombre de Baco prefiriere
a aquel vocablo propio que tenemos,
Concedamos también llamar la tierra
Con el nombre de madre de los dioses,
Aunque tal madre fabulosa sea.
Así, por lo común apacentados
En unos mismos prados grey lanuda,
La prole belicosa del caballo
Y ganados cornudos, bajo un clima,
Y su sed apagando el mismo río,
Son, no obstante, diversas sus especies,
Y la naturaleza de sus padres
Conservan, imitando sus costumbres:
Tanta es la diferencia de las hierbas,
Tan grande la del agua de los ríos.
Además, que los huesos, sangre, venas,
El calor, la humedad, nervios, entrañas,

Todo animal componen; y diversas
Entre sí son tan sólo estas substancias
Por la diversidad de sus principios.
Los cuerpos combustibles a lo menos
Contienen los principios de la llama,
De la luz, de las chispas y ceniza,
Y del humo. Tu mente si escudriña
Los cuerpos todos, todas las substancias,
Encontrará que envuelven las semillas
De muchas cosas, y figuras varias.
Ves, en fin, que gran número de cuerpos
Son a la vez del gusto y del olfato
Percibidos: cual suelen en los templos
Expiatorias víctimas que inmola
El criminal ansiado a las deidades.
Luego los elementos de los cuerpos
Difieren entre sí; pues los olores
Penetran en los órganos por donde
No penetra el sabor del alimento.
Y el gusto y el sabor de los manjares
Por vías muy distintas se introducen:
Nacen de las figuras diferentes
De los principios estas cualidades;
Pues que se juntan diferentes formas
En un solo montón y su tejido,
De principios mezclados consta el cuerpo.
Y aunque también en estos versos míos
Observe que las mismas letras vienen
En la composición de muchos nombres,
Es forzoso, no obstante, reconozcas
La diferencia que hay entre las letras

De versos y palabras; pues que tienen
Muchas letras comunes, y a las veces
Los componen los mismos elementos,
Mas la totalidad no es resultado
De este mismo conjunto; así los cuerpos
En la naturaleza diferentes,
Aun cuando tengan átomos comunes,
Diferir pueden entre sí las masas:
Y con razón diremos que los hombres,
Los frutos y los árboles hermosos
o constan de los mismos elementos.
No creamos que puede mutuamente
Toda especie de átomos unirse,
Pues se verían monstruos de continuo,
Existirían hombres medio fieras,
Y de un animal vivo nacerían
Frondosos ramos; se unirían substancias
Terrestres a marinas; las quimeras,
Lanzando fuego de su horrible boca,
Todas las producciones de la tierra
Devastarían: mas si nada de esto
Se hace claramente, pues los cuerpos,
Formados todos de elementos fijos,
Por una cierta fuerza creadora,
Vemos que pueden conservar su especie
Particular conforme van creciendo,
Preciso es que este orden se conserve:
Porque cada animal saca los jugos
Que le son más análogos al cuerpo
De todos los sustentos que le nutren,
Y le dan movimientos convenientes:

Empero las moléculas extrañas
Que no han podido unirse, ni animarse,
Ni consentir vitales movimientos,
Naturaleza las arroja al suelo,
Ó por una inacción se libra de ellas.
Mas por si acaso juzgas que a estas leyes
Sólo los animales se sujetan,
En toda producción verás lo mismo;
Porque como entre sí difieran todas,
Es necesario que sus elementos
De diversas figuras se compongan:
No porque de figuras diferentes
Haya muchos principios; antes nunca
Pueden enteramente parecerse
Los individuos que resulten de ellos.
Y así, esta diferencia de principios
Establece también otra forzosa
En las distancias, choques, direcciones,
En encuentros, uniones, movimientos:
Por estas cualidades, no tan sólo
Distinguimos los cuerpos animales,
Antes el mar distinguen de la tierra,
Y el cielo de la tierra diferencian.
Escucha los discursos indagados
Con mi dulce trabajo: no te engañes
Quizá creyendo que los cuerpos tienen
El color negro, blanco, o cualquier otro,
Por ser así también sus elementos;
Pues ningún color tienen los principios
Que sea semejante o diferente.
Si acaso te parece no poderse

Concebir sin color los elementos,
Estás muy engañado; pues los ciegos
De nacimiento, que jamás la lumbre
Del Sol sus ojos vieron, con el tacto
Conocen, sin embargo, desde niños
Los cuerpos de ningún color teñidos;
Así también formarnos una idea
Podemos de los cuerpos primitivos
Sin que tengan colores. Finalmente:
Cuando tocamos por nosotros mismos
A obscuras cualquier cuerpo, no sentimos
De qué color o tinte está teñido.
Juntemos el discurso a la experiencia:
Pues de todo color seguramente
Se muda en cualquier otro, los principios
No deben padecer estas mudanzas;
Inmutables serán forzamente;
A no ser que la suma se aniquile:
Pues traspasar no puede cuerpo alguno
Los límites que tiene, sin que deje
De ser lo que antes era; por lo tanto,
No atribuyas color a los principios;
No sea que el gran todo se aniquile.
Si ha negado, además, naturaleza
A los primeros cuerpos los colores,
De formas diferentes los adorna
Que producen matices variados
De infinitas maneras. Mucho importa
Considerar la situación y mezcla,
Y aquellos movimientos respectivos
De los átomos pueden fácilmente

Dar la razón por qué los cuerpos mismos
Que mostraban poco antes color negro,
De repente le cambian en blanca
Marmórea: cuando vientos furibundos
Revolvieron los mares, por qué cansa
Blanquean como mármoles sus ondas:
Puedes dar por respuesta que en un cuerpo
Si los principios negros a la vista
Se confunden, se alteran y trastruecan,
Y huyen algunos de ellos de su puesto,
Puede la superficie de este cuerpo
Llenarse de blanca relumbrante;
En vez de que si fueran azulados
Los principios del mar, no blanquearían;
Pues de cualquiera modo que perturbes
Los cuerpos azulados, jamás pueden
Blanquear como el mármol reluciente.
Mas si el color del mar puro y sin mezcla
Resulta de elementos que contengan
Colores diferentes, como varias
Figuras y otras formas, se hace un todo
Cuadrado y uniforme: convenía,
Puesto que en el cuadrado se distinguen
Muy diversas figuras, que se viesen
Así en el mar como en los otros cuerpos
Que tienen un color puro y sin mezcla,
Colores varios y entre sí diversos.
Además, las figuras diferentes
Nada estorban, ni impiden el que tenga
El todo exteriormente producido
Forma cuadrada, mas la diferencia

En el color elemental destruye
La total unidad de los colores.
Se destruye la cansa que movía
A suponer principios colorados,
Porque lo blanco y negro no resulta
De blancos o de negros elementos,
Antes bien de la mezcla diferente
De colores; puesto que la blancura
De átomos sin color es fácil nazca
Mejor que de lo negro o su contrario.
Pues si la luz produce los colores,
Y su impresión no admiten los principios,
El color en los átomos no cabe:
¿Qué color podrá haber en las tinieblas,
Pues que en la misma luz se altera y cambia
Conforme son heridos los objetos
Por los oblicuos o directos rayos?
No de otro modo que el collar brillante
De las plumas que adornan la garganta
De las palomas a las veces luce
Con encarnado brillo de rubíes,
Y a veces entrevera el color verde
De la esmeralda con azul celeste:
Y del pavón la cola, si embestida
Es de copiosa luz, del mismo modo,
Según sus diferentes posiciones,
Muda colores; luego nacen éstos
De la caída de la luz: no pueden
Existir sin la luz, por consiguiente.
Afectan la pupila el color blanco,
El negro, ú otro de distinto modo.

Nada importa saber qué color tengan
Los cuerpos que tocamos; su figura
Es lo más esencial: los elementos
Necesidad no tienen de colores,
Pero sí de figuras variadas,
Que exciten sensaciones diferentes.
Pero si los colores de principios
No están sujetos a figuras ciertas,
Y una cualquiera forma de elementos
Recibir puede los colores todos,
¿Por qué los cuerpos que resultan de ellos
No son privilegiados igualmente?
¿Por qué el color señala las especies?
Nos deslumbraran, pues, con blancas plumas
En su vuelo los cuervos de ordinario,
Y de negro color, o variado,
Negros por lo común fueran los cisnes.
Y cuanto más los cuerpos dividamos
En partes muy menudas, verás cómo
Se mueren y se acaban los colores.
Por eso el oro reducido a polvo,
La púrpura hilo a hilo deshilada,
Pierden su brillo y resplandor del todo:
De aquí puedes sacar que los principios
Dejan todo el color primeramente
Que en el estado de átomos se vean.
Y pues forma visible no atribuyes,
Ni sonido ni olor a todo cuerpo,
Porque no todos a la vista hieren
Ni afectan al oído ni al olfato,
Debemos concluir que algunos de ellos

No constan de color, así como otros
No conocen olores ni sonidos:
Un ánimo sagaz concebir puede
Los cuerpos sin color, del mismo modo
Que de otras cualidades despojados.
Pero no pienses que naturaleza
Haya negado sólo los colores
A los principios; el calor y el frío,
La tibieza también: y de sonidos
Estériles, y ajenos son de jugos:
Ningún olor exhalan de sí mismos.
Así, cuando compones una esencia
De mirra y olorosa mejorana
Y de la flor de nardo, que trasciende,
Tú la echas un aceite que no tenga
Olor alguno ni al olfato envíe
Aura suave, porque no corrompa
Con su hedor los perfumes de las flores
Su vapor, que ha subido en demasía.
Y carecen de olores y sonidos
Los átomos que forman a los cuerpos,
Porque de sí no pueden enviarlos;
Ni son sabrosos, fríos, ni calientes,
Ni tibios, sin aquellas cualidades
Que causan la ruina de los cuerpos,
La flexibilidad y la blandura;
Corruptibilidad tener no pueden,
Fragilidad, ni mezcla de materia
Y de vacío, si a naturaleza
Queremos dar eternos fundamentos
En los que siempre estribe y se conserve,

Y al aniquilamiento no se rinda.
Sin embargo, es preciso que confieses
De átomos insensibles ser formados
o Todos los cuerpos que de sentimiento
Están dotados; la experiencia misma
Apoya esta verdad, no solamente,
Sino que te conduce por la mano
Y te muestra nacer los animales
De insensibles recónditas semillas.
Así que vemos del hediondo cieno
Nacer gusanos vivos cuando ha sido
Podrida con las lluvias abundantes
La húmeda tierra: vemos transformados
Todos los cuerpos; árboles y ríos
Y los prados risueños se convierten
En ganados, y en nuestros mismos cuerpos
Transfórmase el ganado, y a menudo
Con nuestro cuerpo aumentanse los bríos
De alimañas y de aves carniceras.
Así convierte la naturaleza
Todos los alimentos en substancias
Vivas, del mismo modo que transforma
Áridos leños en fogosas llamas.
Y ¿dudarás acaso cuánto importa
Considerar la mezcla de los átomos,
Su posición y mutuos movimientos?
¿De qué naturaleza son los cuerpos
Que el mismo ánimo agitan y conmueven,
Y en él excitan varias sensaciones,
Si niegas que produce la materia,
Insensible por sí, sensibles seres?

Es cierto que las piedras y los leños,
Aunque la misma tierra se les una,
No pueden producir el sentimiento
De la vida: por eso no pretendo
Que los átomos todos sean capaces
De componer en un momento seres
Sensibles, pero creo de importancia
Atender a su número y grandeza,
Á su orden, su figura y movimiento
Y situación; pues nada de esto vemos
En troncos Y terrones: sin embargo,
Por medio de las lluvias, corrompidos
Estos cuerpos, parecen gusanillos,
Porque sus elementos, removidos
Con esta novedad, se unen de modo
Que deben engendrar los animales.
En fin, cuando establecen que resulta
La sensibilidad de los principios
Sensibles, y que aquéstos son formados
De otros también sensibles, hacen luego
Substancias blandas, pues que está juntada
La sensibilidad con las entrañas,
Nervios y venas, y procede todo
De cuerpos blandos y perecederos.
Pero aunque sin embargo concedamos
Una existencia eterna a estos principios,
o ellos deben tener el sentimiento
En una parte, o ser animalejos:
Mas no pueden sentir por sí las partes,
Y el sentimiento de los otros miembros
No se les comunica, ni la mano

Separada del cuerpo, ni una parte,
En alguna manera siente aislada:
Luego ellos son perfectos animales,
Dotados de absoluto sentimiento:
Pues ¿cómo se podrán llamar principios,
Y cómo evitarán ellos la muerte,
Siendo animales como aquellos otros
Que vemos perecer todos los días? Pero aunque con-
cedamos ser posible,
¿Su conjunción engendrará otra cosa
Que un pueblo numeroso de animales?
Así como los hombres, los ganados
Y alimañas por medio de la Venus
Engendran hombres, fieras y ganados.
Pero si acaso dejan los principios
Su propio sentimiento, y toman otro,
¿Por qué razón tal cualidad les dimos
Para quitarla luego por inútil?
Pues si vemos los huevos de las aves
En volanderos pájaros mudarse,
Y en gusanos hervir la tierra cuando
Por abundantes lluvias fué tomada
De podredumbre: luego nacer pueden
De átomos no sensibles sentimientos.
Y nadie piense que nacer pudiera
El sentimiento de lo no sensible
Por alguna mudanza que se hace,
Como del animal en la nacencia
Antes que salga fuera, pues más claro
Vemos que la radiante luz del día
Que no se verifica nacimiento,

Sino después de formación interna,
Ni se cumple en el ser mudanza alguna
Sin una asociación antecedente.
De modo que no existe sentimiento
Antes que el animal formado sea;
Porque antes de formarse andan dispersos
Por el aire y las aguas los principios,
Y por la tierra y fuego: no han tenido
Reunión, ni vitales movimientos,
Ni choques de aquel modo conveniente
Que inflame los sentidos luminosos,
Que al animal custodian y defienden.
Y si un choque más fuerte y poderoso
Que el que puede sufrir su resistencia
Aflige al animal en un instante,
Y confunde a la vez las facultades
Del ánimo y del cuerpo; y los principios
El desorden disuelve, y se suspenden
Del todo los vitales movimientos,
Hasta que la materia sacudida
Rompe del alma los vitales lazos,
Y por todos los poros la echa fuera
Estando derramada por el cuerpo:
¿Qué puede producir un igual choque,
Sino alterar y disolver los cuerpos?
Á las veces sucede. si el ataque
Es menos violento, que los restos
De vital movimiento vencen, triunfan
Y calman los desórdenes del choque,
Y vuelven nuevamente a sus conductos
Las partes ordenadas que dominan

Ya casi a destructores movimientos
Señores de la máquina, y encienden
El sentimiento ya casi perdido.
Por lo que el alma de las puertas mismas
De la muerte a la vida es revocada
Primero que ceder a los impulsos
Que ya casi a la muerte la arrastraban.
Pues sentimos dolor en nuestro cuerpo
Cuando de la materia los principios
De alguna fuerza extraña conmovidos
Por las vivas entrañas, por los miembros
Se agitan en desorden; y tenemos
Blando deleite cuando a su orden vuelven:
Inferimos de aquí, que los principios
Ni dolor ni deleite por sí tienen
Supuesto que de partes no se forman,
Cuyo desorden pueda atormentarlos,
o algún fruto coger de alma dulzura;
Insensibles por tanto son los átomos.
Si hemos de dar sensibles elementos,
En fin, al animal para que sienta,
Será forzoso, pues, que los principios
Constitutivos de la raza humana
Den grandes carcajadas, y que bañen
Con abundantes lágrimas el rostro,
Y que penetren los secretos grandes
De la sabiduría, y que analicen
Sus propios elementos componentes:
Pues siendo en su estructura semejantes
a todos los mortales, deben ellos
Resultar de diversos elementos,

Y éstos de otros principios, de manera
Que nunca puedas encontrar el término;
Yo no me cansaré; siempre que digas R
eír, hablar y discurrir un cuerpo,
Es preciso que tengan sus principios
Las mismas facultades; mas si vemos
Ser esa pretensión una locura
Y un gran delirio, y si reír se puede
Sin principios risueños, si se puede
Discurrir y explicarse sabiamente
Sin sabios y elocuentes elementos,
¿Por qué seres sensibles no podrían
Resultar de principios insensibles
Que carezcan de todo sentimiento?
Todos, en fin, del aire somos hijos;
Él es el padre universal de todos;
Y alma tierra la madre: recibiendo
De lo alto en gotas líquidas las aguas,
Preñada, pare los hermosos frutos
Y árboles ledos, y la raza humana,
Y pare toda especie de animales
Cuando les da alimentos con que todos
Apacientan sus cuerpos, y disfrutan
De dulce vida y sin cesar propagan:
Por lo que con razón madre es llamada.
Los cuerpos que han salido de su seno
Los vuelve en sí a abrazar; y la materia
Enviada del aire es recibida
En el espacio etéreo nuevamente:
No dudes ser eternos los principios,
Porque nosotros sin cesar los vemos

Dejar la superficie de los cuerpos,
Y a las veces nacer y morir luego:
No destruye la muerte los principios
Así como los cuerpos; su tejido
Rompe tan solamente, y los reforma,
Y nuevas formas y colores nuevos
Hace que estén tomando de continuo;
Los obliga también en un instante
A dar y recibir el sentimiento.
Bien sabes tú cuán importante sea
Mirar el orden, mezcla y movimientos
Recíprocos que tienen los principios
Pues lo mismo producen mar y cielo,
La tierra, ríos, sol y las semillas,
Árboles y animales. De igual modo
Que en mis versos contemplas diferente
La combinación y orden de las letras;
Pues aunque las palabras se componen
En parte de los mismos elementos,
En el orden difieren solamente:
Así en los cuerpos de Naturaleza
Si cambian las distancias, direcciones,
Uniones, gravedades, orden, choques,
Colocación, reencuentros y figuras,
Serán los resultados muy diversos.
Aplicate ahora a la sabiduría,
Pues deseo que entiendas las verdades
Nuevas que va a exponer ante tus ojos
Con nuevo orden de cosas: sin embargo,
Como tan fácil opinión no haya
Que no sea difícil adoptarla

Al principio, y nada hay tan admirable
Y tan extraordinario en sus principios
Que con el tiempo deje de admirarse:
Si el color puro y claro de los cielos,
Y el que contienen los errantes astros,
De sol y luna el brillo luminoso,
Si fuera todo junto presentado
A los mortales por la vez primera,
Como si lo pusieran de repente
Y de un golpe a su vista, ¿que podría
Decirse comparable a estos objetos?
¿Ó qué nación osara la primera
Crear posibles cuadros tan grandiosos?
Ninguna a mi entender: ¿mas quién podría
Sentir ahora admiración tamaña?
De la hartura de ver ya fatigados
Nadie se digna levantar sus ojos
A la luciente bóveda del cielo.
Deja de desechar, despavorido
De aquesta novedad, la razón misma;
Pésalo tú con juicio más delgado,
Abraza mis verdades si son ciertas,
o ármate contra ellas, si son falsas,
Con la razón el ánimo examina
Lo que hay del otro lado de los muros
Del orbe, en los espacios infinitos.
Hasta do quiera penetrar la mente,
Y el espíritu libre remontarse.
Primero, como dije, es infinito
El gran todo hacia arriba y hacia abajo,
Por izquierda y derecha a todos lados:

Así lo aclama la experiencia misma,
Y lo declara la naturaleza
Del infinito: luego si un espacio
Se extiende ilimitado a todas partes,
Si semillas sin número movidas
Por este espacio inmenso nadan siempre
Desde la eternidad con mil figuras,
¿Es probable que no se haya criado
Más que el cielo y el orbe de la tierra;
Que estén en los espacios ulteriores
Innumerables átomos ociosos
Habiendo especialmente fabricado
Este mundo por sí naturaleza,
Y los mismos principios de los cuerpos
De suyo por acaso reunidos
Con choques y continuos movimientos
Enteramente inútiles y vanos
Masas particulares produjeron
Como mar, tierra, cielo y animales?
¿Quién no ha de confesar racionalmente
Que forma la materia reunida
Otros muchos compuestos como éste,
Que el aire abraza en su recinto inmenso?
Cuando además materia en abundancia
Está dispuesta, y un espacio pronto
A recibirla, ni su movimiento
Impide algún estorbo, es claro deben
Formarse seres; y hay tan grande copia
De principios, que no pueden contarlos
Aunque se junten mil generaciones:
Y si para juntarse en otra parte

Tienen la fuerza y la naturaleza
Igual. a los principios de este mundo,
Es preciso confieses que las otras
Regiones del espacio también tienen
Sus mundos, varios hombres y animales.

Además de esto, en la naturaleza
No hay un solo individuo de su especie
Que nazca y crezca único y aislado,
Y que no forme parte de una clase
Muy numerosa: en especial observa
Animales y fieras montaraces,
Hombres y mudos peces escamosos,
Todos los cuerpos de las -varias aves;
Por lo menos diremos precisados
Que el cielo, tierra, mar, el sol y luna,
Y todo cuanto existe no son cuerpos,
E individuos únicos aislados;
Antes llegan a ser innumerables,
Porque su duración es limitada,
Y porque nacen como las especies,
Que constan de infinitos individuos.
Después del día genital del mundo,
Cuando mar, tierra y sol también nacieron,
Alrededor del mundo y por defuera
Depositó la Suma en emisiones
Átomos y semillas infinitas,
Con las que el mar y tierra se aumentasen,
De do el cielo tomara la materia
Que sus altos palacios sustentase
Tan lejos de las tierras, y saliese

El aire sin cesar; pues que de todos
Los puntos del espacio se reparten
Los acrecentamientos de principios
Con el choque. y se juntan a sustancias
De su naturaleza; se une el agua
Al agua, tierra a tierra, el fuego al fuego,
El aire se une al aire; hasta que todos
Los seres ha llevado al fin postrero
De su crecer la poderosa madre
Que todo lo creado perfecciona:
Esto se verifica si repara
En proporción las pérdidas del cuerpo:
La vida entonces queda en equilibrio
Por un momento, y la naturaleza
Refrena con su fuerza el crecimiento.
Pues los cuerpos que ves engrandecerse
Con un feliz aumento, y levantarse
Lentamente y por grados al estado
De madurez, adquieren más que pierden:
Mientras todo el sustento fácilmente
Circula por las venas, los conductos
Ni son tan anchos y diseminados
Que gasten y disipen mayor parte
De la que ellos reciben: concedamos
De los cuerpos las pérdidas ser grandes,
Hasta llegar a su postrer aumento:
De allí las fuerzas, el valor y brío
Se debilitan insensiblemente,
Y siempre el animal se desmejora,
Pues las emanaciones son mayores,
Cuando al postrero crecimiento llega,

Cuanto es mayor la masa de los cuerpos
Y mayor su extensión: no girarían
Todos los alimentos por las venas,
Ni con facilidad: naturaleza
No puede reparar con mano franca
Los hilos abundantes de materia
Que sin cesar escapan de los cuerpos.
Perecen, sí, de cierto enrarecidos
Á fuerza de manar, sucumben todos
A los eternos choques: pues les faltan
En su vejez por fin los alimentos,
Y en esta postración jamás descansan
Los objetos externos de acabarlos
Y domarlos con choques destructores.
Así también los cercos del gran todo
Por todas partes se vendrán abajo,
Reducidos a pútridas ruinas;
Porque todos los cuerpos necesitan
Ser con los alimentos reparados,
Renovados también, y sostenidos:
En vano es todo, porque los conductos
Por do el sustento pasa, no están siempre
Aptos a recibir lo necesario,
Ni la naturaleza suministra
Todo lo que hace falta. Y ya arrugado
De vejez está el mundo, y tan cansada
La tierra, que no pare más que apenas
Ruines animales, ia que un tiempo
Parió fecunda todas las especies,
Y dió robustos cuerpos a la fieras.
Pues la cadena de oro, yo no creo

Que haya del alto cielo descolgado
Las mortales especies en los campos:
Ni azotadoras olas de peñascos
Ni el mar las produjeron: las criara
La misma tierra, empero sustentadas
Al presente por ella; y de su grado
Ella crió además los frutos bellos,
Y viñedos gustosos a los hombres,
Suaves frutos y risueños pastos.
Ella misma ofreció primeramente
Producciones, que apenas nos concede
Llegar a colmo a fuerza de trabajo:
Consumimos los bueyes y gastamos
Los fuertes brazos de los labradores;
Hierro apenas se encuentra para el campo;
Tanto se desmejoran las cosechas,
Y tanto van creciendo los trabajos:
Ya cuántas veces labrador anciano
Suspira meneando la cabeza
Al ver frustrados todos sus afanes;
Y si el pasado tiempo parangona
Con el presente, alaba de ordinario
La suerte venturosa de sus padres:
Se caen continuamente de sus labios
Aquellos siglos bienaventurados
En que los hombres de piedad henchidos,
Más felices, con menos heredades,
Recogían cosechas abundosas
De aquellos pegujales miserables:
No ve que poco a poco todo cuerpo
Se va menoscabando, y que se estrellan

Contra el tiempo los seres fatigados.
Si estas verdades tienes bien grabadas,
Libre al momento es la naturaleza,
De soberbios señores despojada;
Ella misma por sí rige su imperio,
Sin dar parte a los dioses. Pechos santos
De las deidades que en eterna calma.
Pasan vida pacífica y serena,
Decid: ¿quién de vosotros dará leyes
Al Universo, y sus valientes riendas
Es capaz de llevar entre sus manos?
¿Y hace a la vez rodar todos los cielos?
¿Y quién con los influjos celestiales
En general las tierras fertiliza,
Y hace que en todo tiempo nos socorran?
¿Quién suspende las nubes tenebrosas,
Del cielo atruena la mansión serena,
Y lanza rayos que regularmente
Los propios templos vuestros arruinan,
Y su furor en vano desenvuelven
En desiertos, y pasan con frecuencia
Al lado de los hombres criminales
Y al virtuoso, al inocente matan?

LIBRO III

Oh tú, ornamento de la griega gente,
Que llevaste el primero entre tinieblas
La luz de la verdad, adocrinando
Sobre los intereses de la vida:
Yo voy en pos de ti, y estampo ahora
Mis huellas en las tuyas; no codicio
Ser tanto tu rival, como imitarte
Ansío enamorado. ¿Pues acaso
Entrara en desafío con los cisnes
La golondrina? ¿Y los temblosos chotos
Volaran por fortuna en la carrera
Así como el caballo vigoroso?
Tu eres el padre y creador de cosas:
Sí; tú nos das lecciones paternas;
Y del modo que liban las abejas
En los bosques floríferos las mieles,
Así también nosotros de tus libros
Bebemos las verdades más preciosas;
Preciosas, varón ínclito, muy dignas
De tener larga y perdurable vida.
Pues al momento que a gritar empieza
Tu razón no ser obra de los dioses
El universo, sin parar escapan
Los terrores del ánimo; se extienden
Los límites del mundo; en el vacío
Veo formarse el universo; veo
La corte celestial y las moradas
Tranquilas de los dioses, que agitadas

No por los vientos son, ni los nublados
Con aguacero enturbian, ni la nieve
Que el recio temporal ha condensado
Con blancos copos al caer las mancha:
Y cúbre las un éter siempre claro,
Y ríe con luz larga derramada.

Bienes pródiga da naturaleza
a las inteligencias celestiales:
Ni un instante siquiera es perturbada,
La paz de sus espíritus divinos:
La mansión infernal desaparece,
Por el contrario; ni la tierra impide
Que contemplan debajo de sus plantas
En el vacío las escenas varias.
Un divino placer y horror sagrado
Se apoderan de mí considerando
Estos grandes objetos que tu esfuerzo
Hizo patentes describiendo el velo
Con que naturaleza se cubría.
Y puesto que hasta aquí las cualidades
De los principios te hemos explicado,
Sus formas diferentes, movimientos
Que recíprocamente experimenta
La materia agitada de continuo,
Y cómo cada ser se forma de ella:
Ya, según esto, aclararán mis versos
De ánimo y alma la naturaleza,
Y con toda violencia extirparemos
De raíz aquel miedo de Aqueronte
Que en su origen la humana vida turba,

Que todo lo rodea en negra muerte,
Que no deja gozar a los mortales
De líquido solaz deleite puro.

Y aunque muchos dirán ser más temible
La infamia y el dolor que los abismos
De la muerte; que es la naturaleza
Del ánimo lo mismo que la sangre
Ellos dicen saber; por consiguiente,
Que ellos no necesitan las lecciones
De razón nuestra, debes convencerte
Que un deseo de gloria, o si te agrada
Más bien, la vanidad los lisonjea,
Pues por convencimiento no lo saben:
Los mismos desterrados de su patria,
Proscritos de la vista de los hombres,
Amancillados con delito infame
Viven últimamente rodeados
De muy amargas penas, y hacen honras
Do arrastraron su mísera existencia;
Y degolladas las ovejas negras,
Las ofrecen a dioses infernales:
Con más viveza adversidad despierta
Ideas religiosas en sus almas.
Los peligros descubren a los hombres,
Les dan a conocer los infortunios,
Pues entonces por fin del hondo pecho
Son proferidas voces verdaderas:
La máscara se quita y queda el hombre.
La avaricia, por fin, y ambición ciega,
Que obligan a los hombres miserables

Á violar torpemente la justicia,
Y emprenden y acompañan las maldades,
Á las veces sujetos noche y día
a afán penoso por hacer fortuna,
Estas miserias de la vida alientan
Con miedo de la muerte en casi todos.

La ignominia, el desprecio y la indignancia
Se apartan de tranquila y dulce vida,
Y abren casi las puertas de la muerte:
Entretanto los hombres, agitados
De falso miedo, quieren escaparse
De precursores lúgubres; cimentan
En sangre ciudadana su fortuna,
Y avarientos tesoros amontonan,
Maldad sobre maldad acumulando;
En la fúnebre pompa del hermano
Alégranse crueles, y aborrecen
Y temen los banquetes consanguíneos.
El mismo miedo de la muerte roe
Al envidioso en general; le pone
A la vista los grandes de la tierra,
Llenos de distinción y poderío;
En vileza y en cieno revolcados
Ellos mismos se quejan; se desviven
Por una estatua o vano nombre algunos.
Á otros inspira el miedo de la muerte
Un odio tal hacia la luz y vida,
Que. con pecho angustiado se dan muerte,

Olvidados, sin duda, que este miedo
Es manantial de penas y cuidados;
Que este miedo persigue la inocencia,
Que éste rompe los lazos amistosos,
Que éste se burla de naturaleza,
Pues que a sus caros padres y a su patria
Han vendido los hombres muchas veces
Por huir las mansiones infernales.
Los muchachos a obscuras tembletean
Y se asustan de todo en claro día.
¡Somos la diversión de unos terrores
Tan frívolos y vanos! Desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
No con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la naturaleza.

Establezco que el ánimo ante todo,
Á quien inteligencia de ordinario
Llamamos, en el cual está sentado
El consejo y el régimen de vida,
Es una parte real de nuestro cuerpo,
Como los pies y manos y los ojos:
Sin embargo de que una turba inmensa
De sabios han creído firmemente
No tener en el hombre sitio fijo
El sentimiento; empero que del cuerpo
Era habitud vital en cierto modo,
Llamada por los griegos armonía,
Porque anima la máquina, y no tiene
Lugar determinado: y siendo un modo
De ser la sanidad que goza el cuerpo,

Y no una parte del, del mismo modo
Al ánimo no asignan sitio cierto,
En lo que me parece van errados.
Porque frecuentemente sufre el cuerpo
Su cubierta exterior, cuando el principio
Interior se solaza; y al contrario,
Si el animo es comido de pesares,
Se regocija el cuerpo todo entero:
Así cuando en el pie dolor sentimos,
No padece ninguno la cabeza.
Cuando además los miembros entregados
A blando sueño, y el pesado cuerpo
En momentos de calma sumergido
Está sin sentimiento, hay en nosotros
Otro principio que en el mismo tiempo
Es agitado de infinitos modos,
Y experimenta en sí las alegrías
Y cuidados estériles del pecho.

Para que puedas conocer ahora
Que el alma también queda en nuestros miembros
Aun cuando se trastorne la armonía,
Sucede que después que se ha perdido
Una parte del cuerpo, el sentimiento
Anima, sin embargo, nuestros miembros,
Y perdiendo el calor algunas partes,
Y el aire respirando simplemente,
Al momento las venas desampara
Y deja sólo hueso, de do infiero
No hacer igual papel en nuestro cuerpo
Todas las partes de que se compone,

Ni todas le conservan igualmente:
En aire y en calor la vida estriba:
El aire y el calor son los postreros
Que dejan nuestros miembros moribundos.
Mas puesto que del ánimo y del alma
Hemos hallado la naturaleza
Como parte del hombre, da a los griegos
Su palabra armonía, que sin duda
Trajeron de la cumbre melodiosa
Del Helicón o de otra cualquier parte:
Guárdensela por mí, yo se la cedo:
Hagan de este vocablo sus delicias:
Comprende lo demás que voy diciendo.

Ahora digo que el ánimo y el alma
Están íntimamente entre sí unidos
Y una substancia forman por sí propios;
Pero al juicio tenemos como jefe,
Él domina en el cuerpo bajo el nombre
De inteligencia y ánimo, y en medio
Del pecho tiene su morada fija:
El miedo y el pavor aquí palpitan,
En derredor halagan los placeres,
La sensibilidad aquí hace asiento,
Y la parte del ánima, extendida
Por todo el cuerpo, espera los mandatos
Con que la hace mover la inteligencia:
Consigo mismo él sólo se entretiene,
Y goza de placer en los momentos
En que el cuerpo y el ánima no prueban
Alguna sensación: y a la manera

Que el dolor siente el ojo, o la cabeza,
Sin ser atormentado todo el cuerpo,
Así el ánimo a veces abatido
Es de melancolía, y animado
Es por el regocijo, sin que el alma
Alguna novedad sienta en los miembros:
Si el espíritu empero por el cuerpo
De miedo más vehemente es poseído,
Vemos que el alma entera toma parte,
Palidez y sudor a un tiempo embisten,
La lengua balbucea y la voz falta,
Ofuscarse la vista, el oído zumba,
Aplómense los miembros: muere el hombre
Por un terror del ánimo a menudo,
De aquí cualquiera fácilmente entiende
La íntima misión de ánimo y alma
Pues comunica al cuerpo el mismo golpe
Que del espíritu ella ha recibido.
Esta razón enseña ser corpórea
De ánimo y alma la naturaleza;
Pues si hacen que se muevan nuestros miembros
Si nos arrancan del profundo sueño,
Y si el color del rostro ellos alteran,
Y a todo el hombre rigen y gobiernan,
Estas operaciones sin contacto
No se pueden hacer, ni ciertamente
El contacto sin cuerpo; ¿por ventura
Negaremos que el ánimo y el alma
Son de una corporal naturaleza?

Ves, además, que el alma toma parte

En todas las funciones que hace el cuerpo,
Y se las comunican mutuamente,
Si no daña a la vida horrible fuerza
De la muerte, si el choque no desune
Los huesos y los nervios; sin embargo,
Viene la languidez y un abandono
Suave de los miembros, y una grata
Propensión de caer, a que se siguen
Esfuerzos combatidos a las veces
De incierta voluntad de enderezarse:
Luego del alma la naturaleza
Es corporal puesto que experimenta
Todas las impresiones de los cuerpos.
Voy a enseñarte ahora cuáles sean
De esta alma los principios, y qué especie
De átomos la componen y la forman.

Primeramente, digo ser compuesta
De unos sutilísimos principios
Y muy delgados: convendrás en esto,
Si atiendes a la grande ligereza
Con la que se decide y obra el alma:
No nos presenta la Naturaleza
Más activos los cuerpos; luego debe
Esta movilidad extraordinaria
Componerse toda ella de elementos
Los Más redondos y los más delgados,
Que Puedan obligarla a que se mueva
Al más ligero impulso, pues sí el agua
Por causa ligerísima se mueve,
Tiene átomos volubles y pequeños;

La miel es más tardía y más pesada,
Su licor de difícil corrimiento,
Pues sus partes se ligan y se traban
Porque no son tan lisas y sutiles
Y redondas. Disipa en Un instante
Un crecido montón de adormideras
El soplo más ligero, y no lo hace
Con un montón de piedras y hacecillos
De lanzas: luego es proporcionada
A lo chico y lo fino de los cuerpos
La movilidad de ellos: consistencia
Tienen tanto mayor cuanto se forman
De elementos groseros y angulosos.

El alma así, que de naturaleza
Tan móvil es, debe constar de cuerpos
Los más pequeños, lisos y redondos;
Mas de tina vez conocerás, lo bueno,
Lo útil o importante de mi aserto.
Te aclarará también otra experiencia
Cuán delicada es la Naturaleza,
Y cuán fino el tejido de este agente,
Y a qué espacio tan corto se ciñera
Si fuera condensable esta substancia.
Cuando el quieto reposo de la muerte
Llega a coger a un hombre, y se retiran
El ánimo y el alma por los miembros,
Nada verás perder de peso y forma,
A excepción del calor y sentimiento:
Por lo que esta substancia que ha ligado
Á las vísceras, nervios y a las venas

Naturaleza, debe componerse
De partes minutísimas: no causa
Diminución alguna su salida,
Ni por la superficie ni en la masa
De los cuerpos: así cuando de Baco
La flor se ha disipado, y ha perdido
El perfume suave sus olores,
Ó los jugos salieron de algún cuerpo,
No parecen menores a la vista,
Ni mucho más ligeros; pues los jugos
Y los olores no son más que partes
Muy sutiles del cuerpo; lo repito
Que el alma y el espíritu se forman
De átomos muy ligeros, pues huyendo
No roban peso alguno de los cuerpos.

No hemos de presumir que sea el alma
Una substancia simple; pues exhalan
Los moribundos un ligero soplo
Revuelto con calor; éste no puede
Sin el aire existir, porque sus partes,
Si no llegan a estar muy bien unidas.
Es preciso se cuelen por los poros
Las moléculas de aire; pues hallamos
Ser ya del alma la Naturaleza
Por los tres elementos producida.
Pero todo esto junto no es bastante
Para que se produzca el sentimiento:
No es concebible, pues, que alguno de éstos
Pueda hacer movimientos sensitivos
Que en juego pongan el entendimiento;

Y así les darnos un principio cuarto:
Éste no tiene nombre conocido,
No hay otro más movable, ni más fino,
Ni más pulido entre los elementos.
Él imprime el primero en nuestros miembros
Movimiento de vida: él es movido
Primeramente por tener perfecta
Pequeñez de principios: al momento
Él al calor, al soplo comunica
Y al aire el movimiento. y en seguida
En general la máquina se mueve:
La sangre entonces bate: entonces se hacen
En general las vísceras sensibles:
Por último, los huesos y medulas
De placer o dolor son afectados.

Penetrar el dolor aquí no puede
Ni algún mal violento sin que cause
En la máquina toda tal desorden
Que no encuentre la vida más asilo,
Y toda el alma sale descompuesta
Por los poros del cuerpo; felizmente
Limitan estos choques destructores
Sus impresiones en la superficie
De los cuerpos: la vida conservamos.
Codiciando yo ahora el explicarte
Por qué secreto lazo, o por qué mezcla
Estos cuatro elementos se combinan
Y formar pueden un sensible todo,
Contra mí voluntad no lo permite
De nuestra lengua patria la pobreza:

Yo te haré como Pueda un fiel bosquejo:
Mezclados entre sí los, elementos
De estos cuatro principios, de concierto,
Se mueven, sin que puedan separarse
Ni en parte ejercitar sus facultades
Sino como potencias diferentes
De un mismo todo ,único; y del modo
Que en las entrañas de los animales
Un olor, un color y sabor propio
Hay, por lo general, aunque resulte
De estas tres cualidades reunidas
Una misma substancial de este modo
Aire, calor y soplo, agente ciego,
Tina naturaleza forman juntos
Con esta fuerza activa que principia
Á darles movimiento y hace nazca
Por la máquina toda el sentimiento:
Se oculta, pues, este primer agente
En lo más interior de nuestros cuerpos;
Partes más interiores no tenemos:
Es alma de nuestra alma, a la manera
Que el alma y el espíritu se juntan
En nuestros miembros y en el cuerpo todo
Secretamente, porque son formados
De pocos y pequeños elementos;
Este principio así, falto de nombre,
De átomos sutilísimos compuesto,
En el fondo se oculta de nosotros,
Y él es el alma de la misma alma,
Y señorea por el cuerpo todo:
El viento, el aire y el calor no pueden

Producir de este modo en nuestros miembros
La vida sin estar ellos mezclados;
Y aunque domine, o sea dominado
Uno de estos principios por los otros,
Juntos deben de hacer un solo todo
Para que no perezca el sentimiento,
Porque no rompan los vitales lazos
Obrando cada uno separado.

Aquel calor la cólera fomenta,
Da también a la sangre efervescencia,
Y arrojan fuego los airados ojos:
En el alma hay también mucha aura fría,
Compañera del miedo, que en los miembros
Excita horror, y hace temblar el cuerpo:
El aire, el más templado de los cuatro,
Es el que tranquiliza nuestros pechos
Y serena el semblante: predomina
En los pechos coléricos fogosos
El calor, pues se airan fácilmente.
La furia violenta de leones
Así es principalmente, cuyos pechos
Se rompen con rugidos espantosos,
Ni su pecho coléricos tumultos
Puede ya recoger: por el contrario,
El viento hiela el alma de los ciervos,
Que excita un aire frío en sus entrañas
Con mayor rapidez, y por sus miembros
Hace que un general temblor se mueva,
Mas la naturaleza de los bueyes
Vive con aire mucho más templado.

Ni la hacha de la cólera aplicando
La causa daño, ni jamás la ofusca
Con los negros vapores de sus sombras,
Ni el helado pavón la pone torpe
Con tiros penetrantes: tiene el medio
Entre los ciervos y leones fieros.
La raza humana así es constituida
Aun cuando perfeccione a ciertos hombres
La educación, no puede, sin embargo,
Borrar ella los rasgos dominantes
Que en el alma grabó la misma mano
De la naturaleza: no es posible
De ella arrancar el germen de los vicios:
De vehemente cólera arrastrado
Éste se precipita, aquél tentado
Es de la timidez, y aquel tercero
Se compadece más de lo que debe.
Hay en los caracteres diferencias
Esenciales, también en las costumbres,
Que son un resultado cuyas causas
Secretas explicarte yo no puedo;
Tampoco hallo los nombres suficientes
Á las figuras de los elementos
De que esta variedad es producida:
Me parece poder asegurarte
Que no pudiendo reflexión y estudio
Destruir los vestigios primitivos,
Los debilitan tanto, que podemos
Pasar la vida bienaventurada
Con que los altos Dioses se deleitan.
La cubierta del alma es nuestro cuerpo,

Y ella misma del cuerpo es centinela
Y causa de salud; pues que se unen
Entre sí mismas estas dos substancias
Con raíces comunes, no se puede
Una de otra apartar sin destruirlas.
Si al incienso quitar su olor no es fácil
Sin que perezca su naturaleza,
De la, misma manera es imposible
Quitar de todo el cuerpo ánimo y alma
Sin que las dos substancias se disuelvan.
De esta manera la Naturaleza
Ha unido íntimamente sus principios
En el instante mismo de formarlas,
Y sujetólas a la misma suerte:
No pueden, pues, obrar ni sentir ellas
Sin darse mutuo auxilio: reunidos,
Empero, sus comunes movimientos,
Nos encienden la antorcha de la vida.
Ni se engendra ni crece por sí el cuerpo,
Ni después de la muerte, sobrevive.
Pues aquellas partículas de fuego
Que contiene en sí el agua cuando hierve,
Pueden generalmente evaporarse
Sin que se descomponga la misma agua
Por esta agua: pero no así pueden
Los miembros resistir desamparados
La salida del alma; su tejido
Se rompe y se empobrece por entero,
Y mutuamente el peso de la vida
Aprenden a llevar desde muy tiernas
Estas substancias en el vientre mismo

De las madres; no pueden separarse
Sin perecer: y pues que están unidas
Mutuamente entre sí por conservarse,
Claro verás que su naturaleza
Debe en unión recíproca estrecharse.
Si alguno al cuerpo el sentimiento niega,
Y cree que recibe aquél el alma
Por estar derramada en todo el cuerpo,
Ataca abiertamente la evidencia.
¿Quién dirá el modo de sentir el cuerpo,
Sino porque está unido con el alma,
Como nos ha enseñado la experiencia?
El alma retirada, queda el cuerpo
De todo sentimiento despojado:
Pierde en la vida lo que no era suyo,
Y le roba la muerte mayor presa.
Pretender que los ojos nada vean,
Y que el alma divisa los objetos
A través de aberturas, es delirio:
Los sentidos nos dicen lo contrario;
Porque trae y recoge simulacros
El sentido en el órgano. Y a veces,
Cuando fijar la vista no podemos
En objetos brillantes, porque altera
Sus funciones la luz bastante viva,
¿Diremos que las puertas por do vemos
Experimentan sensación penosa?
Si esta suposición es admitida,
El alma ya verá mejor sin ojos,
Libre de estos estorbos de las puertas.
Ni del varón Demócrito presumas

Seguir el voto santo, que nos dice
Corresponderá cada un elemento
Del cuerpo otro del alma, y que esta mezcla
El lazo de los órganos compone;
Puesto que si del alma los principios
Más delicados son que los del cuerpo
Y vísceras, en número no exceden
Y con economía están partidos,
Y únicamente asegurar pudieras
Que entre los más pequeños elementos
Cuantos pueden causarnos sensaciones,
Hay divididas otras tantas partes
Del alma en nuestros miembros: no sentimos
El polvo que se pega a nuestro cuerpo
Y el afeite aplicado a nuestros miembros,
Ni el rocío nocturno, ni los hilos
Delgados de la araña, cuando andamos,
No sentimos meternos en sus redes,
Ni la camisa vieja que el insecto
Sobre nuestras cabezas caer deja,
Ni las plumas de aves, ni pelusas
Volantes, cuya extrema ligereza
Hace caer a veces lentamente;
Tampoco el paso de rastrero insecto,
Ni de los pies la huella señalada
Que dejan los insectos y mosquitos
En nuestro cuerpo; pues primeramente
Es preciso se ponga en movimiento
De átomos gran copia por el cuerpo,
Primero que los átomos del alma
a tan grandes distancias colocados

Puedan sentir aquellas impresiones
Y puedan reunirse, entrechocarse
Y alternativamente repelerse.
El espíritu es la esencial base
De la vida; por él nos conservamos
Mucho mejor que por el alma misma:
Sin espíritu y juicio ni un momento
Puede el alma quedar en nuestros miembros,
Sus más pequeñas partes se disipan,
Sigue a su compañero por los aires
Y deja sólo los helados miembros
El frío de la muerte: queda vivo
El hombre que conserva el juicio sano
Y el espíritu: el cuerpo, sin embargo,
Podrá ser mutilado, y su alma en parte
Y sus miembros perder, mas vive el tronco,
Y goza auras etéreas de la vida:
Si no es de toda el alma despojado,
Cualquier pequeña parte que subsista
Será bastante para darle vida:
Por eso, aun cuando fueren desgarradas
Las partes que rodean a los ojos,
Si permanece intacta la pupila,
La potencia de ver está en su fuerza;
Como no hieras tú la cuenca entera,
Y cortes sólo las vecinas partes,
Y aisladamente dejes la pupila,
No dañará la vista: mas si un poco
Dañan del ojo aquella parte media,
Aunque por otra parte transparente
Estuviere la órbita sin daño,

Apágase la luz en el instante,
Y siguen las tinieblas: estas leyes
Unen siempre el espíritu y el alma.

Proseguiré diciéndote en canciones
Dignas de que te ocupen mientras vivas,
Que nacen los espíritus, y mueren
Con nuestro cuerpo las ligeras almas;
De un penoso trabajo prolongado
Mi canto es dulce fruto: bajo un nombre
Procura reunir estas substancias,
Pues juntas forman un compuesto solo:
Y cuando te enseñare, verbigracia,
Ser el alma mortal, cree que digo
Ser mortal el espíritu como ella.

Primeramente, porque te he enseñado
Constar el alma de pequeños cuerpos,
Y de elementos mucho más delgados
Que los del agua, o nubes, o del humo;
Puesto que en ligereza se aventaja,
Y muévase con un ligero impulso,
Como que obran los mismos simulacros
De las nubes y el humo sobre el alma:
Pues simulacros son de estos objetos
El humo y el vapor que en sueños vemos
Exhalarse y subir de los altares.
Por todas partes ves correr el agua
Cuando se hace pedazos algún vaso;
Pues si las nubes y humo se disipan
Por los aires, persuádate que el alma

Se disipa saliendo de los miembros,
Y que sus elementos se disuelven
Y perecen más pronto y velozmente.
Siendo del alma el cuerpo como vaso,
Por un mortal ataque descompuesto,
o perdida la sangre, enrarecido,
No puede detener su retirada.

¿Podrás tú persuadirte la detenga
El aire, que es un fluido más raro?
Nacer, crecer y envejecer sentimos
El alma juntamente con el cuerpo:
Un cuerpo quebradizo y delicado
Sirve desde la infancia como cuna
Á un ánimo tan débil como el alma:
Y los miembros la edad robusteciendo,
El consejo también se robustece,
Y el ánimo sus fuerzas va aumentando:
Después, cuando el esfuerzo poderoso
De los años el cuerpo ha quebrantado,
Y, el brío entorpecido, decayeron
Las fuerzas de los miembros, el ingenio
Claudica, y el espíritu y la lengua
Delira, y faltan todos los resortes
De la máquina a un tiempo; luego el alma
También se descompone y se disipa
Como el humo en los aires, pues la vemos
Nacer y acrecentarse con el cuerpo
Y sucumbir al tiempo fatigada.
Como del mismo cuerpo se apoderan
Dolor agudo, enfermedades graves,

Del espíritu así el espanto y duelo
Y molestos cuidados: luego debe
Partícipe como él ser de la muerte.

La razón se perturba en las dolencias
Del cuerpo muchas veces: se apodera
Del alma la demencia y el delirio:
Y a veces un letargo profundísimo
La hunde en un sopor alto y eterno, o
Los párpados se caen y la cabeza:
Ni oye las voces, ni conoce el rostro
De aquellos que llamándola a la vida
La cercan y rodean derramando
Lágrimas en el rostro y las mejillas.
Es preciso confieses se disuelve
El ánimo también, pues le penetran
Los contagios del mal; amaestrado
Nos ha el acabamiento de otros muchos;
Dolor y enfermedad, entrambos juntos,
Son los fabricantes de la muerte.

¿Por qué razón, en fin, luego que el vino,
Este licor ardiente, ha poseído
Un hombre penetrando por sus venas,
Y su ardor escondió metido en ellas,
Están sus miembros graves y pesados,
Sus pies entorpecidos tartalean,
La lengua torpe, y embriagada el alma,
Fluctuantes los ojos, gritos, llantos
Y riñas y pependencias van creciendo,
Y lo demás que a la embriaguez se sigue?

Del vino, pues, la fuerte violencia
Ataca el alma en nuestro mismo cuerpo.
Luego si puede una cualquier substancia
Perturbarse embargada, es necesario
Que de inmortalidad esté privada,
Y que perezca, hallándose ella expuesta
A una causa más fuerte irresistible.

De un accidente súbito atacado
Un hombre, cae en tierra a nuestra vista
Como herido de rayo: espumajea,
Gime y tiemblan sus miembros,
Se enfurece, se atiesa, y el resuello
Apenas puede echar y se fatiga;
Con inquietud se vuelve a todos lados:
Del mal la violencia, derramada
Por los miembros, sin duda al alma llega
Y la trastorna: así en el mar salado
La fuerza impetuosa de los vientos
Hace hiervan las ondas espumosas.
Dolor es quien arranca los gemidos;
Los elementos de la voz echados
Á un tiempo, de tropel se precipitan
Por el conducto que avezado hubiera
La familiar costumbre á, despedirlos.

La demencia proviene de que el alma
Y espíritu se turban; separados
Con la fuerza del mal, sus facultades
Ejercen en desorden: pero cuando
El humor que causaba la dolencia

Otro giro tomó, y en escondrijos
El humor corrompido se metiera,
Como tambaleando se levanta,
Recobra poco a poco los sentidos,
Y vuelve a su razón: luego si tantas
Enfermedades en el cuerpo mismo
Al alma oprimen con oprobio y mengua,
¿Te podrás persuadir que sin el cuerpo
Pueda el alma vivir allá en el aire
En medio de los vientos y borrascas?
Y pues que vemos que se cura el alma
Como el enfermo cuerpo, y que ella puede
Restablecerse con la medicina;
Esto presagia ser mortal el alma.

Como toda substancia conocida
El alma viene a ser: es imposible
Mudar su estado sin juntar las partes,
Bien se las quiten, bien se las traspongan.
Pero si es inmortal una substancia,
Jamás permite el alterar su orden,
Ni sufre se acreciente o disminuya
El número que tiene de principios:
Porque todo aquel ser que ha traspasado
Los límites prescritos a su esencia
Haciendo mutaciones, deja al punto
De ser lo que antes era: luego el alma,
o bien enferme, o bien ya convalezca,
Da señales de muerte, como he dicho.

Tan fuertemente la verdad ataca

Al error, y le cierra la salida,
Y con raciocinar sólido y sabio
Se alza triunfante del sofisma vano.
Vemos, en fin, la consunción del hombre
Por grados a las veces; y sus miembros
Pierden uno tras otro el sentimiento.
Ante todo los pies, uñas y dedos
De lívido color vemos cogidos;
En seguida los pies y piernas mueren;
Las huellas de la helada muerte ganan
Después por grados los restantes miembros.

Así que, pues el alma se divide,
Ni al mismo tiempo puede existir toda,
Como mortal debemos reputarla.
Si acaso piensas que ella misma puede
Interiormente reunir sus partes,
Y recogerlas todas en un punto,
Dando a todos los miembros sentimiento,
Parece que el lugar donde se junta
Tanta copia de átomos debía
De mayor sentimiento estar dotado.
Pues como nada de esto se perciba,
Es preciso, como antes afirmamos,
Que el alma separada de sí misma
Parezca derramada por afuera.
Aunque una falsedad te concedamos
Suponiendo que el alma, se recoge
En el cuerpo de aquellos moribundos
Que por grados la vida van perdiendo,
Debe, no obstante, ser mortal el alma.

No importa que esparcida por los aires
Perezca el alma, o en ocultas partes
Se embrutezca, si el hombre va perdiendo
Gradualmente vida y sentimiento.
Y supuesto que el alma es aun parte
Del hombre, y que ella ocupa sitio cierto,
Así como los ojos, las orejas
Y los demás sentidos que nos guían;
Y no pudiendo separadamente
Existir, ni sentir la mano, el ojo
Ó la nariz fuera de nuestro cuerpo,
Antes bien al instante se corrompen;
Por sí existir tampoco puede el alma
in el cuerpo, que viene a ser su vaso,
Ú otra cosa más íntima, pues juntos
Forman tan solamente una substancia.
Últimamente; unidos cuerpo y alma,
Se conservan y existen mutuamente:
Porque el alma del cuerpo separada
No produce vitales movimientos
Aisladamente, ni sin alma el cuerpo
Existe y ejercita los sentidos.
Y si arrancado de raíz un ojo,
Separado del cuerpo enteramente,
No puede distinguir objeto alguno,
El alma y el espíritu no pueden
Por sí del mismo modo alguna cosa.

Los elementos, pues, diseminados
Por venas, huesos, vísceras y nervios,
Dentro de todo el cuerpo prisioneros,

No pueden apartarse libremente
a unas grandes distancias, encerrados
Ejercen los vitales movimientos;
Los que no existen fugitiva el alma
Fuera del cuerpo, echada por los aires,
Por no estar ya sujetos sus principios;
Aire animado podría ser el alma,
Si estrechase pudiera el alma misma,
Y su actividad fuera tan ceñida
Cual lo era antes en el mismo cuerpo.

Repito, pues: disuelta la cubierta
De todo el cuerpo, y las vitales auras
Fuera del cuerpo echadas, se disuelve
Del ánimo y del ama el sentimiento,
Como que son efectos de una causa.
No pudiendo sufrir, en fin, el cuerpo
La partida del alma sin que exhale
Fétido olor después de corrompido,
¿Dudas que el alma descompuesta escape
De lo íntimo del cuerpo como humo?
Y qué ¿tan grande alteración del cuerpo,
De sola corrupción originada,
Y su ruina general no anuncian
Que el alma de su puesto fue arrojada,
Y que sus partes por los miembros manan
Por los conductos que hay en todo el cuerpo?
Esto comprueba haber salido el alma
Dividida primero por los miembros,
Y que en el mismo cuerpo descompuesta,
En el fluido aire después nada.

Aun no dejando el alma muchas veces
La mansión de la vida, trastornada
Por alguna violenta sacudida,
Parece va a marchar, todos los miembros
Se aflojan, y el semblante desfallece
Como en la postrer hora, y vacilantes
Todos los miembros caen de exangüe cuerpo.
Este estado presenta un desmayado
Ó un hombre que perdió el conocimiento:
Terrible ataque, en que las fuerzas todas
Desea recoger por conservarse
La máquina, pues cae el alma entera,
Y se desploma con el cuerpo entonces;
Y pereciera, si llegase el choque
A hacerse más violento. últimamente:
¿Crearás que escapada de los miembros,
Sin poder resistir ataque externo,
Sin defensa ni abrigo, existir pueda,
No digo eternamente, un solo instante?
Ni un moribundo siente cuando sale
El alma libremente de su cuerpo,
Por la garganta al paladar subiendo.
Pero en el mismo sitio ella perece
En que naturaleza la pusiera,
Así como perecen los sentidos.
Si ella fuera inmortal, no se quejara
Sintiendo disolverse con la muerte:
Antes con la alegría se partiera
Y saldría del cuerpo a la manera
Que deja sus despojos la culebra
o cuernos elevados ciervo añoso.

La sensibilidad y el raciocinio
¿Por qué razón, en fin, ni en la cabeza
Ni en los pies o las manos jamás nacen?
¿Por qué se unen en sitio y región cierta,
Sino porque les dio naturaleza
Á entrabos un lugar determinado
Para nacer en e1 y conservarse?
Así de muchos modos lo ha dispuesto
En favor ella de los miembros todos,
Para que nunca su orden invirtiesen.
Los efectos y causas se encadenan
Con tanta proporción; pues ni la llama
Tuvo costumbre de nacer en ríos,
Ni el hielo acostumbró a salir del fuego.
Pero si el alma por naturaleza
Es inmortal, y si de nuestro cuerpo
Separada, conserva el sentimiento,
A mi entender la .das cinco sentidos:
No podemos nosotros figurarnos
Vagar en Aqueronte de otro modo
Las almas de los muertos, como hicieron
Los antiguos poetas y pintores,
Que las imaginaron con sentidos.
Pero no puede el alma sin el cuerpo
Tener ojos, narices, ni aun las manos;
Ni sentir, ni existir sin alma pueden
La lengua y las orejas por sí mismas.
Y pues sentimos por el cuerpo todo
De vida el sentimiento difundido,
Y en general le vemos animado;
Si alguna fuerza el tronco separando

Con un rápido golpe de repente,
Sin duda a un tiempo el alma dividiera,
Y junta con el cuerpo la tumbara
Cortada en dos mitades. La substancia
Que se divide en partes nos declara
No ser eterna su naturaleza.

Dicen que cortan los falcados carros
Los miembros del guerrero encarnizado
Con tanta rapidez en la pelea,
Que se ve palpar aquella parte
Cortada por el suelo antes que el alma
Cogida del dolor su falta sienta:
Bien la celeridad del mal la robe
El sentimiento, o bien que el alma entera
Con el recio combate enardecida
Lo restante del cuerpo sólo emplea
En dar o prevenir mortales golpes,
Su brazo izquierdo y su broquel perdidos
Por entre los caballos, otro ignora
Haberse destrozado por las ruedas
Y las hoces rapaces. Presuroso
Los muros escalando, éste no advierte
Que en tierra se cayó su mano diestra:
Aquel otro procura levantarse
En la pierna cortada, cuando al lado
Agita el moribundo pie los dedos
En el suelo. Y cortada la cabeza,
Calor y vida el tronco conservando,
Un semblante animado guarda en tierra.
Y los ojos abiertos mientras fueron

Las reliquias del alma disipadas.
Si quieres dividir en muchas partes
La cola de serpiente corpulenta,
La cual vibra amenazas por su lengua,
Verás atormentarse cada parte
Con la reciente herida aisladamente,
Y la verás llenar de pobre el suelo,
Y la parte anterior con furia herida,
Á sí misma se daña por la espalda
Con propio diente de dolor rabiando.
¿Diremos, por ventura, que hay un alma
En cada trozo de éstos? ¿No sería
Llenar un animal de muchas almas?
Luego fue con el cuerpo dividida
La única alma que había: pues mortales
Entrambas son, puesto que se dividen
Si el alma es de inmortal naturaleza,
Si al nacer en el cuerpo se insinúa,
¿Cómo es que no podernos acordarnos
De la vida pasada, ni tenemos
De los antiguos hechos resto alguno?
Si el alma padeció tan gran mudanza
Que se olvidó de los pasados hechos,
Yo creo que este estado se parece
Á la muerte; confiesa, pues, que el alma
De otro tiempo murió, y la del presente
Ha llegado a formarse nuevamente.
Si ya perfecto el cuerpo se insinuase
En nosotros el alma al mismo tiempo
Que somos engendrados y pisamos
El umbral de la vida, no la vieras

Con los miembros crecer y con el cuerpo
En nuestra misma sangre: antes debía
Como en jaula vivir para si misma,
Separada del cuerpo que ella anima:
Digamos sin cesar tener origen
Las almas, sin librarse de la muerte.
Es imposible que substancia extraña
Con tanta intimidad pudiese unirse
Á nuestros cuerpos contra la experiencia;
Por venas, nervios, vísceras y huesos
Extenderse de modo, que aun los dientes
Participan de cierto sentimiento,
Como lo indica el mal y tiritona
Que causa el agua fría que bebemos
Y la piedra mascada en el sustento.
Añádase que, como estrechamente
Está unida a la máquina, no puede,
Sin que primero se disuelva toda,
El alma verse libre de los nervios
Y de los huesos y articulaciones.
Porque si crees tú que el alma corre
Como fluido extraño por los miembros,
Perecerá más pronto con el cuerpo;
Puesto que la fluidez es un estado
De disolverse un cuerpo y darle muerte:
Por tanto, nuestro cuerpo se reparte.
Si colando en los miembros los sustentos
Toman de suyo otra naturaleza;
El ánimo y el alma así, aunque enteros,
Cuando penetran en reciente cuerpo,
Deben descomponerse circulando;

Por todos los conductos esparcidas
Sus partículas, dentro de los miembros
Forman un alma nueva, nueva reina
De nuestro cuerpo, hija de la primera,
Que repartida entonces por los miembros,
Perece: por lo cual no está privada
De nacimiento, ni de muerte exenta.
¿Quedan por fin, o no, semillas de alma
En exánime cuerpo? Pues si quedan,
Por inmortal no puede ser tenida;
Con pérdida de partes se ha alejado;
Mas si al contrario, con enteros miembros
Robada se fugó, de tal manera
Que no deja en el cuerpo parte alguna,
¿Por qué razón podridas las entrañas,
Un cadáver da vida a los gusanos?
¿Cómo tan grande copia de animales
Despojados de huesos y de sangre
Se ve bullir por los hinchados miembros?
Si crees que las almas de gusanos
Como extrañas substancias han podido
Juntarse por fortuna con sus cuerpos;
Si tantas almas súbito allegadas
Después de la partida de una sola
No te proponen reflexión alguna;
Á una cuestión responde, sin embargo,
Que es preciso te hagamos: ¿cada una
De estas almas escoge la semilla
Que ella quiere animar, y se fabrica
Alguna habitación para sí misma,
Ó en los cuerpos formados se insinúan?

Yo no encuentro razón para que se hagan
Su prisión ellas mismas con trabajo,
Las que sin cuerpo vuelan al abrigo
De enfermedad, de frío, de hambre y males
Que le han cabido al cuerpo por herencia,
Y que el alma en unión experimenta:
Mas demos que le sea ventajoso
Un cuerpo fabricarse y habitarle;
Yo no sé cómo pueden hacer esto:
Luego cuerpos y miembros no fabrican
Las almas para si, ni se insinúan
En cuerpos hechos: dame tú lecciones
De cómo están unidos cuerpo y alma.
¿Por qué el bravo león, en fin, conserva
Lo feroz de su especie? ¿Por qué heredan
Las zorras el ardid, la huida el ciervo?
¿Y sus miembros agita el pavor patrio?
¿Por qué espirituales afecciones
Que nacen y se engendran con nosotros,
Sino porque el espíritu, teniendo
Su germen y elementos como el cuerpo,
Crecen con todo él al mismo tiempo,
Y del alma se van desarrollando
Las cualidades? Pues si inmortal fuese,
Si de uno en otro cuerpo se pasara,
Andarían revueltas las costumbres
De las bestias: se viera con frecuencia
Huir de Hircania el perro la embestida
De algún ciervo cornudo, y temblaría
Gavilán fugitivo por los aires
De la paloma: fuera el hombre necio,

Y el bruto sabiamente discurriera.
En vano intentan por salir del paso
Que por ser inmortal se muda el alma
Mudando el cuerpo; todo ser mutable
Se disuelve y perece sin remedio,
Porque desordenadas y traspuestas
Sus partes son: luego las almas deben
Desatarse en los miembros, y morirse,
Sin quedar parte suya con el cuerpo.
Si dicen que las almas de los hombres
Se pasan siempre a miembros humanales
Preguntaré, no obstante, ¿por qué causa
Se puede volver necia un alma sabia?
No hay niño alguno que prudente sea,
Ni tiene el potro la destreza y brío
Del bruto belicoso: el alma tiene
Su germen propio, que se desenvuelve
Y juntamente con el cuerpo crece.
Dirán, en fin, por última salida,
Que ella rejuvenece en tierno cuerpo;
La confinas mortal forzosamente,
Pues no puede sufrir tan gran mudanza
El alma por los miembros, sin que pierda
La vida y sentimiento que antes tuvo.

¿Cómo robustecida con el cuerpo
Podrá junto con él tocar el alma
La flor gustosa de la edad que anhela,
Si no nace con él? ¿Por qué desea
Abandonar en la vejez sus miembros?
¿Teme acaso quedarse ella encerrada

En un cuerpo podrido, o que se hunda
Su vieja casa sobre sí cansada?
Empero lo inmortal no corre riesgo.

Ridículo es, en fin, imaginarse
Estar prontas al coito las almas,
Y a partos de animales, como enjambres
De inmortales substancias esperando
Mortales miembros, y entre sí luchando
Por entrar en el cuerpo la primera
Cada cual de ellas, o entre sí conciertan,
Por evitar disputas, que se meta
La que con más presteza se acercare.
Ni el árbol en el aire, ni las nubes
En el profundo mar, existir pueden,
Ni en los campos vivir pueden los peces,
Ni se puede dar sangre en la madera,
Ni jugo en piedras: tiene lugar cierto
Cada ser donde crezca y donde exista:
No puede el alma así nacer aislada,
Y no puede existir sin sangre y nervios:
Con más razón podría estar el alma
En la cabeza ú hombros, o talones,
Y pudiera nacer en cualquier parte,
Y en el mismo hombre y vaso se quedara.

Pues si estamos seguros tiene el alma
Y espíritu en el cuerpo lugar fijo,
En donde pueden ir creciendo a un tiempo
Y tener existencia, afirmaremos
Que no pueden nacer y durar fuera:

Luego cuando la máquina perece,
Preciso es que también perezca el alma.
Si es locura el juntar mortal a eterno,
Y suponer que están en armonía,
Haciendo mutuamente sus funciones;
¿Se puede imaginar más ardua cosa,
Más distinta y opuesta que juntarse
Una perpetua é inmortal substancia
Con la mortal, haciéndolas que sufran
En mutua unión borrascas espantosas?
Pero subsiste un cuerpo eternamente,
Porque su solidez resiste el choque;
Él es impenetrable, indisoluble,
Como los elementos de materia
Cuya naturaleza he declarado:
Ó porque no se halla expuesto al choque,
Como el vacío, este impalpable espacio
Donde la destructora acción se pierde:
Ó porque algún espacio no le cerca
Que pueda contener en cierto modo
Sus reliquias disueltas, como el todo
Cuyas partes no escapan por defuera,
Ni hay cuerpos que las choquen y desunan:
Pero del alma la naturaleza
No es de algún cuerpo sólido compuesta,
Porque hay vacío, como te he enseñado:,
No lo es como vacío, pues hay cuerpos
En la suma infinita, que atacando
Con violencia y rapidez, la pueden
Trastornar y ponerla en gran peligro.
Existe de seguro espacio inmenso

Do sus elementales partes pueden
Ser dispersadas, o de cualquier modo
El alma perecer: no se han cerrado
Las puertas de la muerte para el alma.
Si inmortal puede ser esta substancia,
Sin peligro de causas destructoras,
Será porque estas causas no la toquen
Ó porque antes que lleguen se rechazan,
Sin que podamos percibir el daño;
Pues los males de] cuerpo el alma enferman,
Y la consume a veces lo futuro,
Y la fatiga con cuidado y miedo,
Y los pasados crímenes la roen.
Junta a esto el furor propio del alma
Y un olvido absoluto de las cosas,
Y hundirse en negras ondas del letargo.
La muerte nada es, ni nos importa,
Puesto que es de mortal naturaleza:
Y a la manera que, en el tiempo antiguo
No sentimos nosotros el conflicto
Cuando el cartaginés con grandes fuerzas
Llegó por todas partes a embestirnos;
Cuando tembló todo el romano imperio
Con trépido tumulto, sacudido
De horrible guerra en los profundos aires;
Cuando el género humano en mar y tierra.
Suspense estuvo sobre cuál de entrambos
Vendría a subyugarle; pues lo mismo,
Luego que no existamos, y la muerte
Hubiere separado cuerpo y alma,
Los que forman unidos nuestra esencia,

Nada podrá sin duda acaecernos
Y darnos sentimiento, no existiendo:
Aunque el mar se revuelva coa la tierra,
Y aunque se junte el mar con las estrellas.
Y aunque el alma y espíritu tuvieran
Sensaciones después de divididos,
Interés no tomáramos en ello;
Siendo nosotros sólo el resultado
Del enlace y unión del alma y cuerpo:
¡Ni aunque después de muertos recogiese
Nuestra materia el tiempo, y la juntase
Segunda vez como al presente se halla,
Y a la luz de la vida nos volviese,
Este renacimiento nada fuera
Siendo una vez cortada la existencia.
Ninguno de nosotros se molesta
Por lo que un tiempo fue, ni se entristece
Por los sujetos que ha de hacer el tiempo
De la materia nuestra. Pues si miras
La inmensidad de los pasados siglos
Y la asombrosa variedad que tienen
Todos los movimientos de materia,
Podrás tú conocer muy fácilmente
Que en el orden actual se han combinado
Más de una vez los mismos elementos.

Esto no lo comprende la memoria,
Porque ha mediado pausa en nuestra vida
Y se han extraviado los principios
De nuestras almas con los movimientos
Nuevos enteramente a los sentidos.

No hay, pues, por qué temer desgracia alguna
Si se vive aquel tiempo que podría
Dejarse ésta sentir Como la muerte,
Quitando de la vista aquel sujeto
Á quien pueden caber los infortunios
Que sufrimos nosotros al presente,
Su existencia anterior del todo anula,
Nada debe temer; ni desgraciado
Se puede hacer el hombre que no existe:
Y aquel a quien robó la eterna muerte
Una vida mortal, se halla lo mismo
Que si nunca jamás nacido hubiera.

Por eso, cuando veas indignarse
Un hombre por la suerte que le espera
Después de muerto, por servir de pasto
Á los gusanos, o por ser quemado,
Ó desgarrado con ferinos dientes,
No es en verdad sincero, y en su pecho
No advierte la inquietud mal desenvuelta:
Si le oímos no duda que la muerte
Acabe en él cualquiera sentimiento:
Pero no es consiguiente, me parece:
No muere todo él, y sin saberlo
Deja subsistir siempre parte suya.
Pues cuando ea vida llega a imaginarse
Que será desgarrado su cadáver
Por, las aves y fieras, se lamenta
De su mismo infortunio y desventura;
Porque no se despoja de sí mismo
Ni del caído cuerpo se retira

Bastante el infeliz, y se figura
Que existe aún, y sin dejar su lado,
Le anima con su propio sentimiento:
Porque si es ciertamente una desgracia
En la muerte servir de pasto a fieras,
Encuentro yo no ser menos sensible
Ser tostado con fuegos y con llamas,
o ahogado con la miel, o bien transido
De frío, cuando yace en el sepulcro
De mármol frío, y ser pisoteado
Además de oprimido con la tierra.
No te verá ya, empero, alegre casa,
No te verá la esposa virtuosa,
Ni los dulces hijuelos al encuentro
Saldrán corriendo a arrebatarte besos
De tácita dulzura hinchando el pecho:
Ni a ti, ni a tus amigos escudarte
Podrás jamás con tus gloriosos hechos
«¡Infeliz! ¡Oh infeliz! dicen; un día
Fatal te roba todas las delicias
De la vida feliz»; pero no añaden.
«Ya no te queda sentimiento alguno.»

Si esta verdad tuvieran bien sabida,
Y siguiera la práctica a sus dichos,
De gran pena, y de miedo se librarán.
En un sopor tus párpados sumidos
Con la muerte, en los siglos venideros
No te molestarán seguramente
Dolores melancólicos: empero
Al lado de las lúgubres hogueras

Derramaremos lágrimas a mares
Nosotros sobre ti, ya hecho ceniza;
Ni el tiempo borrará de nuestro pecho
El eterno dolor. Si preguntamos
Qué significa amor tan acendrado,
Si todo para en sueño y en reposo,
¿A qué podríamos en perpetuo llanto?
También de corazón dicen los hombres
En los convites, con la copa en mano
Y sombreando el rostro las guiraldas:
Entreguémonos, pues, al regocijo;
El fruto del placer se pasa luego;
Muy pronto va a dejarnos para siempre.»
El mal primero que en la muerte temen
Es que a los miserables los abraza
La sed, y los devore la sequía,
Ó los moleste otro cualquier deseo.
Nadie a sí y a la vida echa de menos
Cuando en sueño reposan cuerpo y alma,
Pues aunque este reposo eterno sea,
Ni nos moleste falta de existencia,
No se han extraviado, sin embargo,
Tan lejos los sensibles movimientos
Durante el sueño, que, despierto el hombre,
No pueda colocarlos como antes.
Pues la muerte supone mucho menos
Que el sueño, si es posible tenga grados
La nada, ¿por qué causa más desorden
Y confusión la muerte en los principios,
Y no permite que despierte el hombre
Que una vez consiguió reposo frío?

Si de repente, en fin, la voz alzara
Naturaleza, y estas reprensiones
Á cualquier de nosotros dirigiera:
¿Por qué ¡oh mortal! te desesperas tanto?
¿Por qué te das a llanto desmedido?
¿Por qué gimes y lloras tú la muerte?
Si la pasada vida te fue grata,
Si como en vaso agujereado y roto
No fueron derramados tus placeres,
É ingrata pereció tu dicha entera,
¿Por qué no te retiras de la vida
Cual de la mesa el convidado ahíto,
¡Oh necio! y tomas el seguro puerto
Con ánimo tranquilo? SI, al contrario,
Has dejado escapar todos los bienes
Que se te han ofrecido, y si la vida
Te sirve de disgusto, ¿por qué anhelas
Multiplicar los infelices días
Que en igual desplacer serán pasados?
¿Por qué no pones término a tus penas,
Y a tu vida más bien? Pues yo no puedo
Inventar nuevos modos de deleite
Por más esfuerzos que haga: siempre ofrezco
Unos mismos placeres: sí tu cuerpo
No se halla aún marchito con los años,
Ni tus ajados miembros se consumen,
Verás, no obstante, los objetos mismos,
Aun cuando en tu vivir salgas triunfante
De los futuros siglos, y aunque nunca
A tu vida la muerte sujetare».
¿Qué responder a la naturaleza,

Sino que es justo el pleito que nos pone,
Y es clara la verdad de sus palabras?
Mas si sumido alguno en la miseria
Al pie de su sepulcro se lamenta,
¿No será su clamor mucho más justo,
Y nos reprenderá con voz robusta?
«Vete de aquí, insensato, con tus llantos;
No me importunes más con tus quejidos».
A este otro, empero, que los años rinden,
Que en sus últimos días aun se queja.
«¡Insaciable, dirá, tú que has gozado
De todos los placeres de la vida,
Aun te arrastras en ella! Consumido
En los deseos del placer ausente,
Despreciaste el actual, y así tu vida
Se deslizó imperfecta y disgustada,
Y sin pensarlo se paró la muerte
En tu misma cabeza, que antes lleno
Y satisfecho de la vida puedes
Retirarte: la hora es ya llegada:
Deja tú mis presentes; no son propios
De la edad tuya: deja resignado
Que gocen otros, como es ley forzosa.»
Con razón a Mi ver, reprendería,
Y con razón se lo echaría en cara,
Porque a la juventud el puesto cede
La vejez ahuyentada, y es preciso
Que unos seres con otros se reparen:
Ninguna cosa cae en el abismo,
Ni en el Tártaro negro: es necesario
Que esta generación propague otra:

Muy pronto pasarán amontonados,
Y en pos de ti caminarán: los seres
Desaparecerán hora existentes,
Como aquellos que hubiesen precedido.
Siempre nacen los seres unos de otros,
Y a nadie en propiedad se da la vida;
El uso de ella se concede a todos.
Mira también los siglos infinitos
Que han precedido a nuestro nacimiento
Y nada son para la vida nuestra.
Naturaleza en ellos nos ofrece
Como un espejo del futuro tiempo.
Por último, después de nuestra muerte,
¿Hay algo aquí de horrible y enfadoso?
¿No es más seguro que un profundo sueño?
Y hallamos en la vida ciertamente
Cualquier horror que en Aquerón profundo
Dicen haber. El infelice Tántalo
De espanto helado bajo enorme peña
Amenazante teme como es fama;
Vano temor de dioses irritados
E incertidumbre de futura suerte
Acongoja al varón supersticioso
Mucho más que ese trémulo peñasco.
Tampoco a Ticio en Aquerón tendido
Devoran aves; ni en su vasto pecho
Algo que escudriñar encontrarían
Por una eternidad seguramente;
Aunque nueve yugadas ocupasen
Sus miembros y su vasta corpulencia,
o aunque toda la tierra él ocupara:

Ni un eterno dolor sufrir podría,
Ni ser su cuerpo pasto perdurable:
Para nosotros es de cierto Ticio
Aquel a quien amor ha derribado;
Este es despedazado por las aves,
Y a éste consume pena roedora;
Ó rasgan los cuidados sus entrañas
De otra cualquier pasión con el deseo.
En la vida tenernos a la vista
Sísifo también, el cual se obstina
En pretender del pueblo las segures
Cruelles y los fascas, se retira
Desatendido siempre y con tristeza:
El pretender el mando, que no es nada,
Sin conseguirlo nunca y de continuo
Sufrir duro trabajo por lograrlo,
Esto es mover la peña con ahínco
De un monte hacia la cima, la cual rueda
Sin embargo, otra vez; desde la cumbre
Busca precipitada las llanuras.
Estar apacentando siempre el hombre
A su alma colmándola de bienes
Sin hartarse jamás; ver de estaciones
La vuelta anual, y recoger los frutos;
Embriagarse en sus dulzuras varias,
Y con estas ventajas no saciarse,
Esto es a mi entender, según nos cuentan,
Echar el agua jóvenes doncellas
En vaso agujereado sin llenarle.
Empero ya las Furias y Cerbero,
Y tenebroso Tártaro, lanzando

Horribles llamaradas por sus bocas,
Ni existen, ni existir pueden de cierto.
Porque aquí los insignes malhechores
Con miedo igual a sus delitos pagan
Su merecido, y lastan sus maldades
La cárcel, y el horrible precipicio
De la roca Tarpeya, los azotes,
La tortura, la pez, columna, teas,
Láminas, y si faltan los verdugos,
Sobresaltada la conciencia misma
Su corazón desgarró a latigazos
Y martiriza con remordimientos.
La incertidumbre de futura suerte
No puede en tanto ver, ni sabe cuándo
Tendrán por fin un término sus males,
Y temen que se agraven en la muerte:
La vida es el infierno de los necios.
Puedes también decirte tú a ti mismo,
Hombre injusto, a las veces: «el buen Anco
Perdió también la lumbre de sus ojos,
Teniendo más virtudes que tú tienes:»
Murieron muchos reyes y señores
Que dominaron gentes poderosas
Murió también, y abandonó su alma
El cuerpo moribundo de aquel mismo
Que antiguamente anduvo por los mares,
Y enseñó a caminar a sus legiones
Y a marchar sobre el mar hondo y salado,
Y despreció la cólera del Ponto,
Desafiando bramadoras olas.
Escipión, aquel rayo de la guerra,

El terror de Cartago, dio sus huesos
Á la tierra cual siervo de vil precio:
Los inventores de las ciencias y artes,
También los compañeros de las Musas,
Y el mismo Homero, soberano de ellos,
En el mismo reposo que los otros
Dormido se quedó, y últimamente,
Cuando sintió Demócrito caduco
Que iba ya la vejez debilitando
Los resortes del alma, salió él mismo
Á ofrecer a la muerte su cabeza
De propia voluntad: murió Epicuro,
Que en ingenio venció a la raza humana,
Y eclipsó todos los brillantes genios
Como el naciente sol a las estrellas.
¿Y de morir tú dudas, y te indignas,
Tú a quien la vida es muerte continuada,
Sintiéndote morir a cada instante?
¿Que pasas grande parte de tu vida
En dormir y roncar, aunque despierto,
Y siempre en sueños ves, y traes inquieta
El alma con quiméricos terrores?
Ni puedes dar a veces con la causa
De tu dolencia, cuando miserable
Te rodea inquietud devoradora,
Y pierdes la cabeza é irresoluto
En el incierto error del alma vagas.
Si fuera fácil conocer los hombres
Estas causas del mal que el pecho oprimen
Con su tamaña mole, como sienten
El peso abrumador que los aplana,

Tan desgraciada vida no pasaran,
Ni se les viera andar en busca siempre
De aquello que no saben que desean,
Mudando de lugar, como si fuera
Posible descargarse de aquel peso.
Uno a las veces deja su palacio
Por huir del fastidio de su casa,
Y al momento se vuelve, no encontrando
Algún alivio fuera a sus pesares:
Corre a sus tierras otro a rienda suelta,
Como a apagar el fuego de su casa;
Se disgusta de pronto cuando apenas
Los umbrales pisó, o tic rinde al sueño
Y procura olvidarse de sí mismo,
Ó vuelve a la ciudad de nuevo al punto:
Cada uno a sí se huye de este modo:
Mas no puede evitarse; se importuna,
Y siempre se atormenta vanamente:
Porque enfermo, no sabe la dolencia
Que padece; si bien la conociera,
Dejando a un lado ya todo remedio,
Antes se dedicara a la noticia
De la naturaleza de las cosas,
Supuesto que tratarnos al presente,
No del destino sólo de una hora,
Sino de aquel estado perdurable
Que sigue a los mortales en la muerte,
¿Qué tamaño deseo de la vida
Mal fundado, por último, nos fuerza
Á temblar en peligros tan dudosos?
El plazo de la vida está marcado

Á todos los mortales: no es posible
Huir la muerte sin partirnos luego.
Además, que viviendo mucho tiempo,
La misma tierra siempre habitaremos,
Ni con vivir nuevo placer se inventa;
El bien que no tenemos nos parece
El mayor bien de todos: conseguido,
Suspirarnos por otro; y anhelantes,
Deseo sucesivo de la vida
Nos aprisiona siempre: incertidumbre
Hay de lo porvenir y de la suerte
Que nos prepara y trae la edad futura.
Ni por más que alarguemos nuestra vida
Algún tiempo robamos a la muerte;
Sus víctimas seremos sin remedio:
Si la revolución de muchos siglos
Fuese posible ver, eterna muerte
No por eso dejara de aguardarnos;
Y aquel que acaba de cubrir la tierra
No estará muerto ya por menos tiempo
Que el otro que murió mil años antes.

LIBRO IV

Los sitios retirados del Pierio
Recorro, por ninguna planta hollados:
Me es gustoso llegar a íntegras fuentes,
Y agotarlas del todo; y me da gusto,
Cortando nuevas flores, rodearme
Las sienes con guirnalda brilladora,
Con que no hayan ceñido la cabeza
De vate alguno las divinas musas:
Primero, porque enseñe cosas grandes,
Y trato de romper los fuertes nudos
De la superstición agobiadora; Después,
porque tratando las materias
De suyo obscuras con pieria gracia,
Hago versos tan claros: ni me aparto
De la razón en esto: a la manera
Que cuando intenta el médico a los niños
Dar el ajenjo ingrato, se prepara
Untándoles los bordes de la copa
Con dulce y pura miel, para que pasen
Sus inocentes labios engañados
El amargo brebaje del ajenjo,
Y la salud les torne a questo engaño,
Y dé vigor y fuerza al débil cuerpo;
Así yo ahora, pareciendo austera
Y nueva y repugnante esta doctrina
Al común de los hombres, exponerte
Quise nuestro sistema con canciones
Suaves de las musas, y endulzarle

Con el rico sabor de poesía:
¡Si por fortuna sujetar pudiera
Tu alma de este modo con enlabios
Armónicos, en tanto que penetras
El misterio profundo de las cosas
Y en tal estudio el ánimo engrandesces!
De los átomos, pues, las cualidades
Y la diversidad de sus figuras,
Antes de demostrado, y cómo giran
De suyo eternamente en el espacio
Los dichos elementos de las cosas,
Y cómo pueden producirse de ellos
Todos los seres: puesto que he enseñado
Cuál es del alma la naturaleza,
Y a qué principios debe su existencia
La actividad que tiene unida al cuerpo,
Y cómo en sus primeros elementos
Se resuelve después de separada;
Ahora daré principio a una materia
Que se une íntimamente a lo que he expuesto.
Digo que existen cuerpos a quien llamo
Simulacros, especies de membranas,
Que, de las superficies de los cuerpos
Desprendidos, voltean por el aire
Al azar, de continuo, noche y día,
Y el espíritu agitan con terrores,
Nos hacen ver figuras monstruosas
Y espectros y fantasmas horrorosos
Que el sueño nos arrancan muchas veces:
No creamos quizá que de Aqueronte
Las almas huyen, y las sombras vuelan

Entre los vivos; ni después de muertos
Puede quedar alguna parte nuestra,
Cuando el cuerpo y el alma separados
Se vuelven a sus propios elementos.
Pues de la superficie de los cuerpos
Digo salir efigies y figuras
De gran delicadeza, que llamamos
Membranas, o cortezas, porque tienen
La misma forma y la apariencia misma
Que los cuerpos de donde se separan
Para andar por los aires esparcidas.
El hombre más estúpido bien puede
Conocer la existencia de estos cuerpos:
Primero, porque existen muchos seres
Cuyas emanaciones son muy claras:
En unos se difunden libremente
Sus partes separadas, como el humo
Que sale de la leña, y los vapores
Que despiden los fuegos: una tela
En otros viene a ser mejor urdida;
Así en estío dejan las cigarras
Las túnicas añosas, y desprenden
Los nacientes becerros las membranas,
Y la serpiente lúbrica en las zarzas
Se despoja también de su camisa,
Pues vemos los zarzales coronados
Con aquellos despojos voladores:
Y puesto que sucede lo que digo,
Debe la superficie de los cuerpos
Enviarnos imágenes iguales,
Aunque sutiles; porque de otro modo

No se puede explicar cuál es la causa
De que existan figuras tan groseras,
Más bien que las sutiles y delgadas,
Siendo la superficie de los cuerpos
De infinitos corpúsculos compuesta,
Los que apartados pueden conservarse
En el orden y forma que tenían,
Y arrojarse con tanta ligereza
Cuanto menos obstáculos se oponen,
Por ser tan delicados y sutiles
Y estar en superficie colocados.

Porque vernos salir seguramente
Partículas sinnúmero, no sólo
De lo interior del cuerpo, como dije,
Antes bien de su misma superficie,
Como el color. Esto hacen las cortinas
Amarillas y negras y encarnadas
Que cuelgan de las vigas y columnas,
Y flotan en teatros espaciosos;
Porque allí con sus brillos tembladores
Espectador y escena toda embisten,
Y a senadores, dioses y matronas
De móvil luz coloran: más vistoso
Y encantador al ojo es su reflejo
La luz robando al día, si el recinto
Del teatro cerrare exactamente.
Luego enviando de la superficie
Colores estos lienzos, todo cuerpo
Debe enviar también efigies finas,
Pues de la superficie salen ambas.

Tenemos así ya señales ciertas
De las formas que vuelan por el aire
Con tan finos contornos, que no pueden
Verse tomadas separadamente.
Si además el olor, calor, el humo
Y otras emanaciones semejantes
Aquí y allí se esparcen, es por causa
Que de adentro del cuerpo desprendidas
No encuentran su salida en línea recta;
Por sendas tortuosas se dividen,
Por medio de las cuales se abren paso:
De los colores la sutil membrana
Que sale de la misma superficie
No puede ser de obstáculo rasgada.
En fin, los simulacros que observarnos
En espejos, en agua, en brilladuras,
Siendo de todo punto semejantes
A los objetos que ellos representan,
Por sus mismas imágenes se forman.
Luego ya no hay razón para que existan
Las efigies groseras de los cuerpos
Mejor que aquellas otras delicadas.

Porque todos los cuerpos nos envían
Similares imágenes delgadas,
Que nadie puede ver aisladamente;
Antes sus emisiones reflejadas,
Y juntas, de continuo por espejos,
Los órganos nos hieren: de otro modo
No fuera tan exacta y adecuada
La completa visión ¿de los objetos.

La grande sutileza de la imagen
Voy a explicarte, porque sus principios
Son infinitamente más delgados
Y más imperceptibles a la vista
Que los mismos corpúsculos que empiezan
a no poderse ver. Atiende en breve,
Por dejarte del todo convencido,
De qué delicadeza están dotados
De la materia toda los principios.

Existen animales tan exigüos,
Que es invisible el tercio de su grueso:
¿Qué será un intestino de su cuerpo?
¿Cómo su corazón? ¿Cómo sus ojos?
¿Qué de sus miembros y articulaciones?
¡Cuánta delicadeza! ¿Concibieras
Un tejido más fino y delicado
Como es preciso tengan los principios
Que el alma y el espíritu componen?
Si mueves blandamente aquellas plantas
Que olor subido exhalan, la penase,
El abrotano acerbo, ajeno amargo
Y la centaura ingrata, al punto sientes
La existencia de muchos simulacros
Que vuelan de mil modos sin esfuerzo,
É imperceptibles. Pero cuán pequeña
Sea la imagen comparada al cuerpo
De que ella emana, no puede ninguno
Apreciar ni explicar bastantemente.
Mas para que quizá no te persuadas
Que vagan sólo aquellos simulacros

Que emanan de los cuerpos, por sí mismos
Se forman también otros, y se ponen
En aquella región llamada el aire,
Do se remontan bajo muchas formas,
Mudan a cada instante de figura,
Y de mil modos el aspecto tornan.
Así a las veces vemos congregarse
Las nubes por lo alto en un instante,
Enlutando la hermosa faz del cielo,
Con movimiento al aire festejando:
Parecen ser gigantes espantosos
Que vuelan y derraman a lo lejos
La obscuridad: o bien grandes montañas
Y peñas arrancadas de los montes
Que preceden al Sol o que le siguen;
En fin, un monstruo que amontona nubes
Y las va derramando a todas partes.

¡Con cuánta prontitud; cuán fácilmente
Ahora se forman estos simulacros,
Y con cuánta abundancia se desprenden
Y fluyen sin cesar de los objetos!
Las superficies de los cuerpos todos
Son como emanaciones perenales
Que llegadas a objetos exteriores
Penetran unos, como los vestidos,
En otros se dividen sin que puedan
Reflejarnos la imagen, como en leños
Y ásperas rocas; pero no es lo mismo
Si encuentran cuerpo denso y alisado,
Así como el espejo, pues no pueden

Atravesarle como los tejidos,
Y no se descomponen sin que hayan
Sido primeramente reflejados
Enteros por la plana superficie.
Por esto nos envían simulacros
Los cuerpos lisos: y en cualquiera tiempo
Y con cualquiera prontitud que opongas
Á éstos el espejo, allí al momento
Aparece su imagen: sacaremos
Que fluyen de su misma superficie
Sin cesar los tejidos delicados,
Y sutiles figuras: luego al punto
Se forman infinitos simulacros,
Y a su pronto nacer nada equivale.
Si debe derramar en cierto modo
Luz abundante el Sol en poco tiempo
Para que en claridad rebose todo
Perpetuamente; así del mismo modo
Es preciso que salgan de los cuerpos
De pronto amontonados simulacros
En todas partes de infinitos modos;
Si se vuelve el espejo a cualquier lado,
Con su forma y color se ve el objeto.
Cuando el cielo purísimo estuviere
Se enluta y obscurece de repente
Por todas partes, tanto que pensaras
Haber abandonado las tinieblas
El Aqueronte por llenar a una
Las bóvedas inmensas de los cielos:
Formada así la noche tenebrosa
Por los nublados, vemos suspendido

Horrible espanto encima de nosotros
Bajo infinitas formas: mas ninguno
Puede explicar la relación pequeña
Que estos espectros tienen con su imagen.
Yo en muy breves canciones armoniosas
Declararé al presente el movimiento
De aquestos simulacros velocísimos,
Con cuánta agilidad corren los aires,
Y los grandes espacios que atraviesan
En un instante, hacia cualquiera parte
Que su diversa dirección los lleva:
Á la manera que el acento débil
Del cisne más recrea las orejas
Que aquel clamor ingrato de las grullas
Por la región del aire derramado.

Observemos que deben ser veloces
Los cuerpos que de suyo son ligeros
Y formados de átomos sutiles:
La luz del Sol y su calor entre ellos,
Pues se forman de finos elementos;
Los que empujados fácilmente pasan
Los intersticios de aire sacudidos
Por el siguiente choque: cuando al punto
Luz a la luz sucede, y se acelera
La suma ligereza de los rayos,
Con nueva agitación de los siguientes.
Por la misma razón los simulacros
Deben correr espacios increíbles
En un momento; pues primeramente
Un posterior impulso de continuo

Sacude los corpúsculos sutiles;
Siendo además tan fino su tejido,
Fácilmente penetran cualquier cuerpo
Y por los huecos de aire así se cuelan.
Si vemos los corpúsculos nacidos
De las mismas entrañas de los cuerpos
Esparcirse de pronto, a la manera
Que la luz y el calor del Sol lo hacen
Por toda la extensión de la atmósfera
En un instante y por el mar y tierras
Se derraman y al cielo se remontan
Y le bañan de luz por todas partes
Tirándole con suma ligereza,
¿Cómo no ves que va los simulacros
Que de la superficie se desprenden,
Su emisión ningún cuerpo retardando,
Deben abalanzarse más ligeros
Y atravesar mucho mayor espacio
En tiempo igual al que la luz emplea
Del Sol en extenderse por el cielo?

Quiero también poner una experiencia
Que compruebe la suma ligereza
Con que se mueven estos simulacros,
Si pones al sereno tina agua clara,
En ella vienen a pintarse luego
El estrellado cielo y las lumbreras
Rutilantes de] mundo: pues la imagen
Ya ves cuán poco tiempo necesita
Para llegar del cielo hasta la tierra.
Por lo cual es preciso que confieses

Las emisiones de los simulacros
Que hieren muchos ojos y producen
La visión: en efecto, los olores
De ciertos cuerpos son emanaciones
Continuas: de este modo emana el frío
De los fluidos; calor del Sol emana,
Y la sal que se come las riberas
Del mar emana: y los sonidos varios
Sin cesar por el aire van volando:
Cierta sabor salado afecta el gusto
Cuando nos paseamos en la playa:
Y si miramos preparar ajenjos
Sentimos amargor: tanta certeza
Tenemos de que envían emisiones
De sí todos los cuerpos de continuo,
Que a todas partes giran sin pararse,
Y sin interrumpir jamás su flujo,
Pues tenemos continuas sensaciones,
Ver, oler y aun oír podemos siempre.

Si tocarnos a obscuras algún cuerpo,
De una cierta figura, conocemos
Ser el mismo que vimos por el día;
Es preciso también que el tacto y vista
Excite semejante mecanismo:
Si un cuadrado tocamos, por ejemplo,
Y nos excita sensación a obscuras,
Qué otro objeto afectando nuestra vista
Podrá durante el día presentarse,
Si no es que sea su cuadrada imagen?
Luego por medio de la imagen vemos;

Sin ellas no podemos ver los cuerpos.
Giran los simulacros de que habíamos
Y en toda dirección se arrojan siempre:
Mas como sólo vemos con los ojos,
Á do los dirigimos nos los hieren
Con su color y forma los objetos,
Y la imagen nos hace que veamos
La distancia que media hasta las cosas,
Porque al salir impele y echa el aire
Que medie entre la imagen y los ojos;
Por el tacto del aire conmovidos,
Y lame en cierto modo la pupila,
Y en modo rapidísimo se aleja:
Entonces la distancia conocemos.
Cuanto más prolongada es la columna
Que agitada delante toca al paso
Nuestros ojos, parece más distante
Cualquier objeto; y este mecanismo
De rara y portentosa ligereza
Nos hace ver objetos y distancias.
No debe sorprenderte que nos hieran
Los ojos simulacros invisibles,
Y no obstante se vean los objetos:
Porque generalmente no sentimos
Las moléculas de aire que recrea,
Ni del frío que punza fuertemente
Cada uno de por sí, más bien sentimos
Todas las impresiones reunidas:
Las sentimos obrar sobre nosotros
Como objetos que afectan nuestros cuerpos
Con un choque exterior. Cuando ponemos

Sobre una piedra el dedo, los extremos
Tocamos del color y superficie:
Sentimos solamente la dureza,
Propiedad de la masa de la piedra.
Oye por qué razón se ve la imagen
Mas allá del espejo y bien distante:
No de otro modo vemos los objetos
Por fuera de las casas ciertamente
Cuando por sí la puerta proporciona
Veamos claramente lo que pasa
Por la parte de afuera; dos columnas
De aire, pues, entonces se interponen;
La una entre ojo y puerta, a la que sigue
La imagen de la puerta y de los cuerpos
De adentro por derecha y por izquierda:
La otra, a quien precede luz externa,
Y que viene a pasar por nuestros ojos,
Es seguida también de los objetos
Que se ven ciertamente por afuera.

Lo mismo hace el espejo: de su imagen
La proyección llegando a nuestros ojos
Hecha delante de ella el aire puesto
Entre su superficie y nuestra vista;
Y la impresión de esta columna de aire
Hace sintamos de antemano aquella
Imagen del espejo; mas al punto
Que percibimos el espejo mismo
Llega a dar en su luna nuestra imagen,
La cual no es reflejada a nuestros ojos
Sino después de haber hecho que pase

Otra columna de aire sobre el ojo,
Que es impelida por la imagen nuestra:
Por eso ves la imagen tan distante
Del espejo: no debes admirarte,
De dos columnas de aire siendo efecto.
Si la parte derecha de un objeto
Vemos en los espejos a la izquierda,
Consiste en que después de haber tocado
La superficie plana del espejo,
Sufre la imagen antes que se vuelva,
Una mudanza que el envés refleja,
Bajo el aspecto mismo que tenía
Su derecha. Y si entonces aplicando
Una máscara térrea antes de seca
Á algún poste o columna, se pudiese
Hacer que sin perder su antigua forma
Sus partes saledizas se volvieran
En sí mismas a entrar, y que en seguida
Se ordenasen de nuevo para afuera,
Por necesaria ley sucedería
El estar colocado a mano izquierda
El ojo de derecha, y al contrario.

La imagen pasa de uno a otro espejo
De manera que suele presentarnos
Cinco o seis simulacros: los objetos
Por detrás en el fondo colocados,
Aunque están muy oblicuos
Y distantes, a fuerza de continuas reflexiones
Salen del fondo, al parecer formados,
Por los muchos espejos en un cuarto.

Pasa la imagen de un espejo a otro;
Si el primero la pone a mano izquierda,
La refleja el segundo a la derecha,
Vuelve el tercero su primera cara.
Los espejos también de muchos lados
Hacen ver los objetos con la cara
Que les es presentada; bien ya sea
Porque la imagen llega transmitida
De un espejo en el otro a nuestra vista
Después de padecer dos reflexiones;
Bien porque sobre sí rueda la imagen
Cuando viene a nosotros; pues la obliga
La misma curvatura de los lados
A dar la vuelta entera hacia nosotros.
Parece entran y salen igualmente
Con nosotros también los simulacros
Imitando los gestos y actitudes,
Pues la parte que dejas del espejo
No puede hacer que vuelva ya la imagen,
Porque Natura sabia y providente
De reflexión el ángulo dispuso
Que fuese siempre igual al de incidencia.
Los ojos huyen de brillantes cuerpos
Evitando mirarlos; también ciega
El Sol si se le mira de hito en hito;
Porque además que tiene propia fuerza,
Sus simulacros, de los altos, cielos
Lanzados a través de un aire puro,
Rápidamente hieren nuestros ojos,
Sus organizaciones perturbando:
Un vivo resplandor quema los ojos

Frecuentemente, puesto que contiene
De moléculas ígneas grande copia,
Cuando al entrar causan dolor en ellos,
Los ictéricos ven cualquier objeto
Amarilleado, porque de sus cuerpos
Emanan abundantes las semillas
De amarillez, que se unen en el aire
De los objetos con los simulacros,
Y tienen los humores de sus ojos
Gran copia de partículas mezcladas
Que pintan amarillos los objetos.

Se ven desde lo obscuro los objetos
Que están en medio de la luz sin duda
El aire tenebroso más cercano
Metiéndose en el órgano el primero,
Y cociéndole abierto, es al instante
Seguido de aire claro, que despeja
Los ojos y disipa las tinieblas
Por más móvil, sutil y poderoso.
En el momento que de luz llenara
Las vías de los ojos este aire,
Y abrió las que obstruían las tinieblas,
Al punto se introducen simulacros
De cuerpos puestos a la luz, y vemos.
Viniendo de la luz es imposible
Ver en la obscuridad, por el contrario,
Porque llegando el aire tenebroso
Y más denso el segundo, llena a un tiempo
Y cierra los conductos de los ojos,
Sin que puedan pasar los simulacros

De los cuerpos que llegan a la vista.
Si a lo lejos parece son redondas
De las ciudades las cuadradas torres,
Consiste en que todo ángulo parece
Obtuso desde lejos; o diremos
Mejor que no se ve; su acción se acaba:
Tampoco llega el golpe a nuestros ojos,
Pues son debilitados en gran trecho
Los simulacros por continuos choques
Del aire; y cuando el ángulo gastado
Llegó a hacerse insensible, se ve sólo
Como un montón cilíndrico de piedras:
No así cuerpos redondos a la vista
Nos aparecen, mas con una forma
Confusa en cierto modo é imperfecta.
También parece que en el Sol se mueve
Nuestra sombra siguiendo nuestros pasos,
E imitando los gestos; si creyeres
Poder andar y remedar los gestos
Un aire que de toda luz carece,
Un aire que solemos llamar sombra:
Siendo la tierra sucesivamente
Privada de la luz del sol o herida
Según que nuestros cuerpos van andando
Cierran el paso, o le abren a sus rayos,
Se nos figura que la misma sombra
Viene en pos de nosotros: consistiendo
La luz en unos rayos sucesivos
Que mueren y renacen de continuo,
Como si se devana lana al fuego,
Fácil es concebir cómo la tierra

Se despoja de luz y se rellena.
Sin embargo, tampoco concedemos
Que los ojos padecen aquí engaños,
El ver la luz y sombra do las haya
Es propio de los ojos: ¿por ventura
Es o no ciertamente la luz misma?
¿Y la misma la sombra que se pasa?
¿Ó sucede más bien como hemos dicho?
La razón debe sólo decidirlo.
En fin, no pueden conocer los ojos
Á la naturaleza de los cuerpos;
Por lo mismo, no quieras imputarle
Los errores del ánimo nacidos.
La nave donde vamos embarcados
Navega pareciendo estarse quieta,
Y aquella que está inmóvil en la rada
Creemos la arrebatada la corriente:
Y parece que campos y colinas
Huyen hacia la popa, hinchando el viento
A lo largo de aquéllos nuestras velas:
Y parece que todas las estrellas
En las etéreas bóvedas clavadas
Inmóviles están; tienen, no obstante,
Continuo movimiento, pues que nacen
Para reveer una lejana puesta.
Después que con su claro cuerpo el cielo
Midieron: Sol y Luna estacionarios
De la misma manera nos parecen,
Aunque sus movimientos nos declara
La razón por sí misma; y las montañas
Que dominan los mares, entre quienes

Pasarían escuadras libremente,
Un mismo todo ofrecen desde lejos,
Y aunque estén muy distantes unas de otras,
Ofrecen, sin embargo, a nuestros ojos
Una grande isla congregadas todas.
Y están tan persuadidos los muchachos
Que la pieza se mueve a la redonda,
Y en rededor moverse las columnas,
Que temen acabando de dar vueltas Que los sepulte el
techo de sus ruinas. Cuando principia ya naturaleza
Á remontar los fuegos tembladores
Del encarnado Sol, y al levantarle
Sobre la cima de los montes, tiene
Al parecer en ella el Sol reposo,
Tocándola de cerca con su fuego;
Apenas distan ellos de nosotros
Dos mil o cuando más quinientos tiros
De saeta o de dardo: inmensos mares
Entre el Sol y los montes se comprenden
Debajo de las bóvedas celestes;
Y se hallan a otro lado de estos mares
infinitas regiones habitadas
De hombres y de animales diferentes.
Empero un charco de agua que no tenga
Más que una pulgada de profundo,
Estancada en las piedras de la calle
Debajo de los pies, hace veamos
El espacio tan vasto, que separa
El cielo de la tierra por encima
De nosotros: creyéramos que el globo,
De parte a parte atravesado, ofrece

Otros nuevos nublados a la vista,
Y a los ojos presenta un nuevo cielo,
Y otros cuerpos hundidos en las tierras
Vemos en este espacio prodigioso.

Si se nos para en medio de algún río
El arrogante bruto, y si bajamos
La vista hacia la rápida corriente,
Parece que una fuerza arrastra el cuerpo
Del inmóvil caballo río arriba,
Y por cualquiera parte que miremos
Nos parece que son así arrastrados
En general los cuerpos velozmente,
Y suben la corriente de este modo.

Un pórtico formado de columnas
Paralelas o iguales en altura,
Mirado en su largor desde un extremo,
Se angosta poco a poco como en cono,
El techo se deprime hacia la tierra,
Y el lado izquierdo júntese al derecho,
Hasta que no descubren más los ojos
Que el ángulo confuso de su cono.
Del seno de los mares ven que sale
El Sol los marineros; y se pone
Y sepulta su luz también en ellos;
Sus ojos no ven más que cielo y agita;
No debes tú tachar de mentirosos
Ligeramente en todo a sus sentidos.
Los ignorantes de la mar se creen
Ver deformes y rotos los navíos

En el ponto sus olas resistiendo.
La parte del timón y de los remos
Que sobresale por el agua es recta,
Y la parte que está dentro del agua
Parece que se dobla, y se levanta
En línea horizontal, que en cierto modo
Flota por retracción sobre las aguas.

Cuando llevan los vientos por el aire
En medio de la noche claras nubes,
Parece que los fuegos celestiales
Se van contra las nubes resbalando
Y que con una dirección contraria
Al curso natural ruedan sobre ellas.
Si apretamos un ojo con la mano
Por la parte inferior, parecen dobles
Los objetos que vemos: la luz doble,
Doble el rico menaje, y que los hombres
Tienen doblada cara y doble cuerpo.

Cuando el sueño por fin los miembros ata
Con un dulce sopor, y cuando el cuerpo
En profundo reposo está tendido,
.Entonces nos parece estar despiertos,
Y hacer también de nuestros miembros uso;
Creemos ver el Sol y luz del día
En medio de la noche tenebrosa:
Y en una pieza estrecha y bien cerrada
Mudar de climas, mares, montes, ríos,
Y atravesar a pie llanuras grandes;
Y en el profundo y general silencio

De la noche parece oír sonidos,
Y silenciosos responder acordes.
Vemos, en algún modo sorprendidos,
Semejantes fenómenos, que tienden
Todos a destruir la confianza
Debida a los sentidos, pero en vano:
El engaño proviene en nuestra parte
De los juicios del alma que nosotros
Pintamos con aquellas relaciones
De los sentidos, suponiendo visto
Aquello que los órganos no vieron;
Porque la distinción de relaciones
Evidentes de inciertas conjeturas
Que el ánimo de suyo nos asocia
Es la cosa más rara y excelente.

Si alguno dice no saberse nada,
Si se puede saber él mismo ignora,
Supuesto que confiesa nada sabe:
¿Quién podrá disputar con quien impugna
Las nociones más claras y evidentes?
No obstante, aun cuando yo le concediera
Por cosa cierta no saberse nada,
De qué modo aprendió le preguntara
Saber y no saber qué cosa sea,
Sin que jamás lo cierto haya encontrado;
Y cómo se formó el conocimiento
De falso y verdadero, y de qué modo
Distingue la certeza de la dada.
Encontrarás que nace la noticia
De la verdad de los sentidos mismos,

Que al error nunca pueden inducirnos,
Que merecen muy grande confianza,
Porque, según la fuerza y energía,,
Si oponen la verdad, pueden lo falso
Destruir. ¿Pues en dónde encontraremos
Conductor más seguro que el sentido?
Dirás, que en estos órganos falaces
Fundada la razón. ¿Podrá contra ellos
Deponer la razón, que su existencia
Enteramente a los sentidos debe?
¿Que no es más que un error si engañan ello?
¿Argüirán los oídos a los ojos?
¿El tacto a los oídos? ¿Á este tacto
Con argumentos refutar podrían
Por ventura el olfato, el gusto, ú ojos?
Pues no sucede así, según yo creo:
Tiene cada sentido sus funciones,
Tiene sus facultades separadas,
Y es preciso inspeccione así un sentido
Lo blando o duro, lo caliente o frío:
Distingue otro el olor de los colores:
Los sabores, olores y sonidos
Su propio tribunal tienen aparte:
No pueden mutuamente los sentidos
Rectificarse; ni ellos a sí mismos
Reprenderse podrán, puesto que siempre
Merecerán la misma confianza:
Inferimos de aquí que en cualquier tiempo
Serán sus relaciones verdaderas.
Si no pudiera la razón decirnos
Cómo se ven redondos desde lejos

Los objetos que cerca son cuadrados,
Nos es más ventajoso, sin embargo,
Dar en defecto de solución cierta
Falsa razón de esta apariencia doble,
Que soltar la evidencia de las manos,
Y destruir la confianza toda,
Y arrancar de raíz la base entera
En que conservación y vida estriban:
Pues la razón no sólo se arruina,
Sino también la misma vida al punto,
Si no osares creer a los sentidos
Y huir de aquellos sitios peligrosos
Y los demás objetos que nos dañen,
Y buscar los que traen utilidades.

Vana declamación es el discurso
Que contra los sentidos se dirige.
Pues en la construcción de un edificio
Se sirve el arquitecto de una regla
Mal formada, y si no guarda la escuadra
La perpendicular, si se ladea
El nivel de su asiento hacia una parte,
Es preciso que salga el edificio
Muy lleno de defectos, ladeado,
Hundido, sin nivel, sin proporciones:
Parecerá amenaza desplomarse
Ya alguna parte dél; seguramente
Todo se vendrá abajo, porque ha sido
Mal dirigido desde sus principios:
Así en la relación de los sentidos
Si no hay seguridad y confianza,

Los juicios que formares es preciso
Te salgan todos falsos é ilusorios.
Es cosa fácil explicar el cómo
Son afectados los demás sentidos
Por el objeto propio a cada tino:
El sonido y la voz se oyen primero
Cuando sus elementos insinuados
En el oído, el órgano tocaron,
Porque de corporal naturaleza
Debemos confesar que se componen
El sonido y la voz, puesto que impelen
Los sentidos. La voz frecuentemente
Lastima la garganta, y los clamores
La tráquea irritan: porque los principios
De la voz, en gran número saliendo
Rápidamente fuera, llenan luego
El estrecho conducto, desgarrando
El orificio y lastimando el paso
Por do la voz escapa por los aires.
Así que las palabras y las voces
Constan de corporales elementos,
Supuesto que nos pueden hacer daño.

Bien sabes tú cuánto destruye el cuerpo,
Cuánto se debilitan fuerza y nervios
De los que conversaron largamente
Desde que asoma la brillante aurora
Hasta la sombra de la obscura noche,
Si há sido la disputa acalorada.
Es corpórea la voz, puesto que pierde
El parlero gran parte de substancia.

La aspereza de voz y la dulzura
Nacen de la figura de los átomos;
Pues no hieren lo mismo los oídos
Cuando los graves y profundos toques
Oímos del clarín, y en ronco estruendo
Retumban las bocinas retorcidas,
Y los cisnes nacidos en los valles
Frescos del Helicón con voz de llanto
Entonan sus lamentos armoniosos.

Al punto que nosotros despedimos
De lo íntimo del pecho los sonidos
Á lo interior del paladar, la lengua,
De las, palabras móvil formadora,
Las articula, y modifica en parte
La inflexión de los labios; y si es corto
El espacio que corre aquel sonido
Para llegar al órgano, se oyen
También perfectamente las palabras,
Las articulaciones se distinguen
Porque sus inflexiones y carácter
La voz conserva; pero si el espacio
Que se interpone es demasiado largo,
Confunde las palabras el mucho aire,
Y se pierde la voz atravesando:
Luego pueden oírse los sonidos
Sin distinguir qué dicen las palabras:
Tan confusa y revuelta la voz llega.
De todo el pueblo hieren los oídos
Con un solo pregón el pregonero:
Una voz sola se divide al punto

En otras infinitas repartidas
Por todos los oídos, distinguiendo
Las articulaciones y sonidos.

Las voces que no llegan al oído
Mueren desvanecidas por los aires,
Continuando su marcha; o estrelladas
En algún cuerpo sólido, el sonido
Repiten rechazadas; muchas veces
Engañan reflejando la palabra,
Así como la imagen el espejo.
Bien enterado tú de lo que digo,
Puedes a los demás y a ti explicarte
Cómo en las soledades los peñascos
Repiten las palabras por su orden
Y en articulación cuando buscamos
Entre montes opacos los perdidos
Compañeros, llamándolos a voces.
Sitios he visto yo que repetían
Seis o siete palabras, diciendo una:
Las palabras así de cerro en cerro
Reflejadas muy bien se distinguían.

Los pueblos comarcanos se figuran
Que las ninfas habitan estos sitios,
Y caprípedos sátiros, diciendo
Los faunos ser, que en estas soledades
Interrumpen la calma silenciosa
Con su nocturno estrépito y retozo
Y que hieren las cuerdas con destreza,
Que acompaña la flauta bien tocada:

Y aseguran sentir los campesinos
Cuando Pan, agitando en su cabeza
Anfibia la corona de los pinos,
Recorre con sus labios retorcidos
Los caramillos, porque nunca deja
De sonar canción rústica la flauta.

Otros muchos prodigios de esta clase
Refieren, y los venden por milagros,
Bien porque no se mire aquella tierra
Que habitan ellos como abandonada
De los dioses, o bien sean movidos
De otra cualquier razón, como que *toda*
La raza humana fábulas ansía.
Luego ya no debemos admirarnos
Que lleguen y nos hieran el oído
Las voces por los sitios do no pueden
Los ojos percibir a los objetos:
Con las puertas cerradas nos hablamos:
Todos lo vemos, pues sin duda alguna
Libremente la voz puede meterse
Por conductos sinuosos de los cuerpos:
Se niegan a esta acción los simulacros;
Así, pues, se dividen si los poros
No están en línea recta como aquellos
Del vidrio que la imagen atraviesa.
Se divide la voz por todos lados,
Pues nacen espontáneas unas de otra:
Una sola produce muchas voces,
Como la chispa se divide en muchas
La voz penetra al sitio más oculto:

Se oye tan bien detrás del que está hablando
Como en todas las piezas inmediata,
Los simulacros llegan a los ojos
En línea recta desde los objetos.
Nadie pueda mirar sobre sí mismo;
Se oyen fuera las voces, al contrario;
Sin embargo, también esta voz misma
Se embota penetrando las paredes,
Y nos llega confusa a los oídos:
Más bien oírnos ruido que palabras.
Algo más complicado y trabajoso
Es declarar cómo los juegos obran
Sobre la lengua y paladar: sentimos
Primero los sabores en la boca
Cuando exprimimos al mascar el jugo
Del alimento, al modo del que aprieta
Y hace salir el agua de una esponja.

Exprimimos así todos los jugos,
Del paladar se cuelan por los poros
Y vías complicadas de la lengua.
Hieren suavemente si se forman
De fluidos Y lisos elementos,
Y por la húmeda estancia de la lengua
Van excitando general deleite.
El paladar nos punzan y laceran
Si sus átomos son más angulosos.
Al fin, el paladar es do sentimos
El placer del sabor. Los alimentos,
Cuando por el esófago cayeron,
Cuando se distribuyen por los miembros,

Ningún placer se siente: nada importa
Con qué vianda se alimenta el cuerpo,
Con tal que esté cocida la que comas
Para poder colarse por los miembros,
El estómago habiendo humedecido.
Explicaré al presente por qué causa
No convienen los mismos alimentos
a cualquiera animal generalmente,
Y por qué el alimento que es amargo
Para unos animales, puede a otros
Parecer gustosísimo: es tan grande
La diferencia y variedad en esto,
Que lo que es alimento para unos
Fue para otros un veneno activo.

También vemos morir a la serpiente
Humedecida con saliva humana,
Y se devora con sus mismos dientes:
El eléboro da la muerte al hombre,
Y las cabras engorda y codornices.
Para poder saber en qué consiste
Ni apartes de tu mente lo que he dicho,
Ser muy diversas las combinaciones
De átomos formadores de los seres.
Siendo desemejantes ciertamente
En lo exterior los animales todos,
Con formas y contornos variados
Deben diferenciarse en la figura,
Con mucha más razón, de sus principios;
Debe haber en sus poros diferencia,
En vías é intersticios de los miembros,

De boca y paladar generalmente:
Más ancho debe ser o más estrecho,
Muchos triangulares, o cuadrados,
Redondos o polígonos muy varios;
Pues deben las figuras de los poros
Variar en razón de la figura
Y el vario movimiento de los átomos,
Y deben variar las de las vías
En razón del tejido que las cerca.

Así, cuando los mismos alimentos
Gustan a un animal, y al otro amargan,
Es porque fácilmente se insinúa
Jugo en el paladar de los primeros
Bajo una forma lisa y redondeada,
Y al contrario, lastima la garganta
De los otros, por ser muy escabroso.
Estos conocimientos facilitan
La solución de otro cualquier problema:
Así cuando la bilis dominante
Enciende calentura, o acarrea
Otra cualquiera causa la dolencia,
Ya se trastorna entonces la armonía
Del cuerpo en general, se desordenan
Todas las posituras de elementos:
Los corpúsculos que antes se juntaban
Con los órganos, rompen su armonía,
Y pasan los que excitan los dolores.
El gusto de la miel, en fin, resulta
De entrambos elementos, como he dicho.
Trataremos ahora de qué modo

Hiere un cuerpo oloroso nuestro olfato.
Precisamente existen muchos cuerpos
Que despiden olores infinitos;
Que éstos fluyen y corren, y se esparcen
De continuo debemos presumirnos.
Que es mayor o menor su analogía
Con unos animales que con otros
Según la diferencia de figuras:
El olor de la miel desde muy lejos
Convida a las abejas, y a los buitres
Convidan los cadáveres podridos,
Y los galgos se van en pos del rastro:
El guarda del romano Capitolio,
El blanco ganso, humano olor ventea:
Así el olor que es propio a cada especie
Dirige el animal a pastos buenos,
Y le hace huir mortífero veneno,
Conservándose así los animales.

Porque la actividad de los olores
Que llegan a tocarnos el olfato
Puede circunscribirse más o menos;
Sin embargo, no llegan a extenderse
Tanto como la voz y los sonidos,
Y mucho menos que los simulacros
Por quienes todos los objetos vemos;
Extraviados llegan lentamente,
Perecen poco a poco descompuestos
En medio de los aires fácilmente,
Porque apenas exhalan las substancias
De lo más interior emanaciones:

Como declara el ver que todo el cuerpo
Exhala y fluye olores más subidos
Cuando es molido y arrojado al fuego.
Claramente se ven que son más gruesos
Los principios que forman los olores
Que aquellos que componen el sonido,
Porque el olor no pasa las paredes,
Por do voz y sonidos se entran luego:
Por lo que no es tan fácil el que atines
Dónde se halla el olor, porque en los aires
Su acción apagan las continuas pausas;
No corren a decirnos de dó vienen:
El perro así se pierde y busca al rastro.

Estos efectos no son peculiares
En realidad de olores y sabores:
Las imágenes mismas de los seres
Y colores no están proporcionadas
A los órganos todos de manera
Que no haya cuerpos, cuya vista causo
Un más vivo dolor que la de otros,
Sacudiendo a la noche con las alas
De esta manera el gallo, que acostumbra
Aplaudir a la aurora con voz clara,
No le resisten rápidos leones
Ni le pueden mirar; luego al momento
Huyen de él, porque emanan de sus miembros
Átomos que, metidos en los ojos
De los leones, su pupila hieren,
Y tal dolor excitan, que no pueden
Resistir el coraje y valentía;

Cuando dañar no pueden nuestros ojos
O porque no penetran los principios,
o porque, introducidos, les dan paso
Francamente los ojos de manera
Que no pueden herirlos al volverse.
Ora con brevedad decirte quiero
Qué cuerpos dan al alma movimiento
Y de dónde la vienen sus ideas.
Digo que vagan muchos simulacros
En toda dirección con muchas formas,
Tan sutiles, que se unen fácilmente
Si llegan a encontrarse por los aires,
Como el hilo de araña y panes de oro;
Porque aun exceden en delicadeza
A las efigies por las cuales vemos
Los objetos, supuesto que se meten
Por todos los conductos de los cuerpos,
Y dan interiormente movimiento
Del alma a la substancia delicada,
Y la ponen en juego sus funciones.

Los centauros, Seilas y Cerberos
Y fantasmas de muertos así vemos,
Cuyos huesos abraza en sí la tierra:
Pues la atmósfera hierve en simulacros;
De suyo unos se forman en el aire,
Otros emanan de los varios cuerpos,
De dos especies juntas constan otros.
La imagen de un centauro no se forma
Seguramente de un centauro vivo:
No ha criado jamás naturaleza

Semejante animal; es un compuesto
De simulacros de caballo y hombre
Que el acaso juntó; y cual dicho habemos
Su tejido sutil y delicado
La reunión al momento facilita:
Como esta imagen se combinan otras,
Que por su extraordinaria ligereza
El alma afectan al primer impulso,
Porque el ánimo mismo es delicado,
Y de movilidad extraordinaria.
Es una prueba cierta de lo dicho
Parecerse en un todo los objetos
Que el alma mira a los que ven los ojos,
Porque nacen del mismo mecanismo:
Si enseñé que veía yo leones
Con el auxilio de los simulacros
Que llegando nos hieren en los ojos,
Se infiere que igualmente el alma mueven
Los demás simulacros de leones,
Que ve tan bien como los mismos ojos.
No de otro modo el alma está despierta
Cuando se extendió el sueño por los miembros,
Porque llegan al alma tan de veras
Los simulacros que de día hieren,
Que nos parece ver aquel desierto,
A quien la muerte y tierra ya dominan.
A esta ilusión naturaleza obliga,
Porque reposan todos los sentidos
En un profundo sueño las verdades
No pueden oponer a los errores,
Porque está adormecida la memoria,

Y con el sueño lánguida no pugna;
Que aquel que el alma cree ver con vida,
Despojo es de la muerte y del olvido.
Por lo demás, no es una maravilla
El movimiento de los simulacros,
Y agitación de brazos y de miembros
Según las reglas, pues durante el sueño
Deben tener lugar las apariencias;
Como que si el primero se disipa
Y viene a sucederle otro distinto,
Parece que es el mismo simulacro
Que ha mudado de gesto en un instante.
Muchas cuestiones hay sobre este asunto,
Y muchas dudas que poner en claro,
Si deseamos profundar las cosas.

La primera cuestión que se propone
Es por qué el alma en el instante tiene
La idea del objeto que la gusta:
¿Miran la voluntad los simulacros?
¿Viene la imagen luego que queremos?
Si mar, si tierra, si, por fin, el cielo,
Los congresos, la pompa, los banquetes,
Si los combates, si otro objeto agrada,
¿Nos crea y guarda la naturaleza
Las efigies de todo a cualquier seña,
Mientras que en la región y sitio mismo
Profundamente están las almas de otros
De ideas muy distintas ocupadas?
¿Qué diré cuando vemos en el sueño
Ir bailando a compás los simulacros,

Cuando mueven sus miembros delicados,
Y cuando tienden sus flexibles brazos
Alternativamente con destreza,
Y lo vuelven a hacer con pie ligero?
¿Estudiaron acaso reglas y arte
Para poder de noche divertirse?
Tengo yo por más cierto y verdadero
Que percibimos estos movimientos
En un instante solo, como cuando
Se da una sola voz, y sin embargo,
Pasan muchos instantes, que distingue
La razón solamente: esta es la causa
De presentarse muchos simulacros
En cualquier tiempo, y en cualquiera parte:
¡Tanta es su muchedumbre y ligereza!
Y siendo tan delgado su tejido,
No puede el alma verlos claramente
Sin recogerse dentro de sí misma:
Si ella no se dispone a recibirlos
Con grande aplicación, todos perecen,
Y lo logra por medio de esperanza
De ver aquello que realmente mira.

¿No adviertes tú también cómo los ojos
No pueden distinguir aquel objeto
Poco sensible, porque se tendieron
Sin recogerse y prepararse mucho?
Aun los cuerpos expuestos a la vista
Son para el alma, si ella no se aplica,
Como si cien mil lenguas estuvieran.
¿A que viene admirarse de que el alma

Deje escapar los simulacros todos
Menos los que la tienen ocupada?
Tal vez abulta el alma simulacros,
Y nos lleva al error y nos engaña:
También transforma el sexo de la imagen,
Y en vez de una mujer, sólo tocamos
Un hombre transmutado en un instante,
Ú otro cualquier sujeto que en pos viene,
De semblante y edad muy diferentes:
Esto proviene del olvido y sueño.

Debes siempre evitar lo más que puedas
Entre otros un error: pensar no debes
Que fue criada para ver tan sólo
La órbita brillante de los ojos:
Y las móviles piernas y los muslos
Sobre la base de los pies alzados,
Porque alargar pudiéramos los pasos,
Y con robustos músculos los brazos
Y que una y otra mano fueron dadas
Para poder buscarnos lo preciso.
El orden respectivo de las causas
Y de efectos ha sido trastornado
Con interpretaciones semejantes:
Pues no han sido formados nuestros miembros
Para servicio nuestro: los usamos,
Porque hechos nos los hemos encontrado:
La vista no nació antes que los ojos;
La lengua fue criada antes que el habla,
La lengua fué mucho antes que el lenguaje.
Los oídos también fueron criados

Mucho antes que se oyeran los sonidos
Y en fin, todos los miembros existieron
Antes de que se usaran, según pienso:
No es la necesidad la que los hizo.
Los hombres se, batían a puñadas,
Y se hacían heridas con las uñas,
Y sangre por sus miembros chorreaba,
Mucho antes que las flechas brilladoras
Volasen por el aire: y las heridas
A evitar enseñó naturaleza
Antes que le colgara al brazo izquierdo
El arte algún broquel para escudarle:
Y dar reposo al cuerpo fatigado
Más antiguo es que camas y plumones
Y el apagar la sed antes que el vaso:
Estos descubrimientos, que son fruto
De la necesidad y la experiencia,
Podemos persuadirnos que se han hecho
Por utilidad nuestra: no sucede
Con los demás objetos esto mismo,
Cuyo uso es posterior al nacimiento,
Como son nuestros órganos y miembros
Ni por asomo debes presumirte
Para utilidad nuestra ser criados.
Tampoco es maravilla que se busque
Sustento el animal naturalmente:
Porque enseñé, fluían de los cuerpos
De mil modos corpúsculos sin número:
Que debe ser su emanación copiosa
Por su mucho ejercicio y movimiento
En unos animales: se evaporan

Por la transpiración otras porciones
De lo interior del cuerpo: otras exhalan
Por la respiración los animales
Que lánguidos jadean: estos males
Envarecen el cuerpo, y se destruye
Con dolores la máquina en seguida.
Por lo mismo se toma el alimento,
El cual, metido por los intersticios
Asegura los miembros, y da fuerzas,
Y llena los conductos ensanchados
Con el deseo que a comer incita.

De igual modo se extienden las bebidas
Por la parte que quiere humedecerse,
Y el volcán de calor que devoraba
El estómago, al punto se disipa,
Y se extingue el ardor que hay en los miembros
De este modo se apaga sed ardiente,
De este modo se sacia y harta el hambre.
Ahora voy a explicarte cómo andamos
Cuando queremos, cómo meneamos
Los miembros de maneras diferentes,
Y cuál es el agente acostumbrado
Que empuja hacia adelante nuestro cuerpo,
De peso tan crecido: pon cuidado.
Vienen los simulacros, como he dicho,
Á tocar el espíritu, y le invitan
Al movimiento: luego de aquí nace
La voluntad; porque ninguno emprende
Cosa alguna sin que haya examinado
El alma aquel objeto que la gusta;

Operación que exige la presencia
De simulacros: pues determinado
De este modo el espíritu declara
Su voluntad con cierto movimiento,
Que comunica al alma en un instante,
Repartida por todos nuestros miembros,
Y es muy fácil de hacerse, porque unidas
Están íntimamente ambas substancias.
El rechazo del alma siente el cuerpo,
Y así toda la mole se menea
Y avanza lentamente: además de esto,
El cuerpo se enrarece al tiempo mismo,
Y el aire siempre móvil, como debe,
Se hace dueño de todos los conductos,
Copioso se derrama por los poros,
Y por las partecillas más sutiles
Del cuerpo se reparte de este modo.

Así, el alma y el aire son las velas
Que mueven nuestro cuerpo como nave.
Sin embargo, no debes admirarte
Que puedan los corpúsculos tan finos
Empujar y volver a su albedrío
Una mole tan grave como el cuerpo:
El viento así sutil y muy delgado
Es poderoso para hacer que anden
Las más disformes naves por las ondas:
Por rápida que sea su derrota,
Una mano tan sola las dirige,
Y las vira doquier un timón solo.
Por medio de poleas y de ruedas

Las máquinas manejan y levantan
Los pesos más enormes sin esfuerzo.
Para explicarte ahora cómo el sueño
Derrama por los miembros el descanso
Y ahuyenta los cuidados de los pechos,
Recurriré al encanto de los versos,
Y no a su multitud. Así del cisne
Los débiles acentos más regalan
Que se llevan los aires. Pronta oreja
Y un ánimo sagaz préstame ahora
Las orejas que aquel cridar de grullas
Para que no me niegues ser posible
Lo que voy a decirte: no repruebes
Con obstinado pecho la evidencia:
De tu ceguera culpate a ti mismo
El sueño viene cuando el alimento
Llega a descomponerse por los miembros
Y alguna de sus partes sale fuera,
Y otra se junta más y se condensa
En lo interior del cuerpo; se desatan
Y se aflojan entonces ya los miembros
Pues debemos al alma el sentimiento
De que no puede el sueño despojarnos,
Si que entonces nos fuera perturbada
Y echada fuera del alma, aunque no toda,
Pues yacería el cuerpo rodeado
Con el eterno frío de la muerte:
La más leve partícula de alma
No quedará escondida por los miembros,
Como el fuego tapado con ceniza,
Que encendiera de nuevo el sentimiento

De pronto por los miembros como fuego.
Diré la causa de este nuevo estado,
Y cómo puede el alma perturbarse,
Y el cuerpo desfallece lentamente:
Haz que no te azote el viento con palabras.

Como la superficie de los cuerpos
El contacto del aire experimenta,
Es preciso que sea sacudida
Sin cesar por sus golpes repetidos.
Razón por qué los seres casi todos
Están cubiertos de pellejo, o cerda,
O de conchas, o callos, o cortezas:
Y el aire respirado continuo,
Por medio de su flujo y su reflujo
Los azota también interiormente.
Así es chocado el cuerpo por los lados,
Y este choque por medio de los poros
Llegando a los primeros elementos
La destrucción prepara poco a poco.

Los principios del ánimo y del cuerpo
Se transtornan de modo que una parte
Del alma es arojada, y otra queda
En lo interior del cuerpo recogida:
Repartida en los miembros la tercera,
No puede reunirse, ni su parte
Alarga al movimiento de la vida,
Porque ha cortado la naturaleza
Las vías y conductos: huye al punto
El sentimiento en medio del desorden.

Y como el cuerpo ya no tiene apoyo,
Todo él se debilita y descaece,
Los brazos caen, los párpados se cierran,
Y quedan los jarretes aplomados.

Después de la comida viene el sueño,
Porque le efecto que produce el aire,
Ese mismo produce el alimento
Cuando se va escondiendo por las venas;
Y aquel sopores mucho más profundo
Que se sigue a la hartura, o a la fatiga,
Pues trastorna ésta más a los elementos,
Deja el alma encerrada por adentro
Y la echa más coposa y dividida
Y la desune más entre sí misma.
Y aquello en que más uno se ha ocupado,
Y en las cosas que más se ha detenido
Y en que más atención hubiese puesto
Eso mismo en el sueño nos parece
Hacer por lo común; los abogados
Defienden causas, é interpretan leyes;
Combates dan y asaltos los caudillos;
Con los vientos se baten los pilotos;
Yo mismo no interrumpo mi trabajo,
Y siempre busco la naturaleza,
Y encontrada, a mi patria la declaro.
De este modo las otras facultades
Y los estudios de ordinario ocupan
En sueños a los hombres con engaños.
Y aquellos que a los juegos de continuo
Asisten muchos días de seguida,

Los vemos casi siempre, aun cuando deje
La diversión de herir a sus sentidos,
Conservar en sus almas paso franco
Por do puedan los mismos simulacros
Introducirse; y los objetos mismos
Por muchos días se les. representan:
Aunque despiertos ven los danzarines
Meneando sus miembros diestramente
Y oyen la consonancia de la lira,
Y el lenguaje suave de las cuerdas;
Ven el mismo concurso, y ven la escena
Que brilla con adornos variados.
La inclinación, el gusto y la costumbre
Tanto influyen en hombres y animales.

Como que los caballos animosos,
Sepultados sus miembros en el sueño,
Los verás en sudor todos bañados
Y resoplar y hacer esfuerzos grandes,
Soñando así como si disputaran
Sobre la palma, abiertas las barreras.
También los perros de los cazadores
Durante el blando sueño de repente
Sus pies agitan, ladran y a menudo
Oliscar se les ve cual si tuvieran .
El rastro de la caza descubierto;
Y volviendo del sueño continúan
Persiguiendo los vanos simulacros
De los ciervos que huyendo se figuran,
Hasta que en sí volviendo, el error dejan.
Mas el perro leal y cariñoso

Que vive con nosotros en la casa,
Sacude en un instante el leve sueño
Que sus ojos -velaba, y se levanta
Listo como si viera cara nueva
Y rostro sospechoso: porque inquietan
Los simulacros tanto más en sueños
Cuanto sus elementos son más rudos.

Las varias aves huyen, al contrario,
Y agitando sus alas, al momento
Se acogen a los bosques de los dioses,
Por la noche, si en blando sueño vieron
El gavián sobre ellas arrojarse
Y con rápido vuelo perseguirlas.
Á la verdad que grandes movimientos
Agitan a las almas de los hombres:
Proyectos vastos forman y ejecutan;
Soñando hacen los reyes prisioneros
Esclavos son en sueños de los mismos;
Un combate se sigue a otro combate;
Claman como si allí los degollaran;
Muchos bregan y gimen doloridos
Y como si pantera o león fiero
Los hicieran pedazos a bocados,
Así llenan el aire de chillidos:
Muchos tratan negocios importantes,
Y su acción declararon muchas veces;
Otros en sueños ven venir la muerte;
Creyendo dar con todo el cuerpo en tierra
Desde elevados montes arrojados,
Con gran congoja se despiertan muchos,

Y a duras penas vuelven en sí mismos
Con tanta agitación como han tenido:
Un sediento también a par de un río
Ó de una fuente amena está sentado,
Y se quiere beber el agua toda,
De ordinario, dormidos los muchachos
Al lado de un servicio o meadero
Para orinar creen alzar la ropa,
Inundando las telas exquisitas
Que hizo para su cama Babilonia.

Mas los que sienten por la vez primera
La juventud lozana cuando el tiempo
El semen por los miembros desenvuelve,
Se les ofrecen muchos simulacros
De cualquier cuerpo en sueños mensajeros
De un rostro hermoso, fresco y agraciado,
Que provocan el órgano atestado
De semilla abundante; y así como
Hubieran penetrado muchas veces
El santuario del placer, arrojan
Chorros de semen que los contaminan.
Bulle en nosotros, como dije, el semen
Cuando la juventud nos robustece:
Cada órgano es movido y provocado
Por el objeto propio: humana imagen
El órgano prolífico conmueve;
Cuando de sus depósitos se sale
El semen esparcido por el cuerpo,
Y se junta en los nervios destinados
Y penetra de pronto el mismo sitio

Engendrador, se atiesan los conductos,
Quiere arrojarlo la naturaleza
Do el bárbaro deseo se encamina:
Y el alma se dirige a aquel objeto
Que la hirió con sus flechas amorosas:
Todos salen heridos del combate
Y los tiros asestan hacia aquella
Que hiriéndonos se dio ella por vencida,
Y el mismo vencedor ensangrentado
En medio de su triunfo se presenta.

Así, pues, a quien Venus ha llagado,
Ya tomando los miembros delicados
De un muchacho, o haciendo que respire
Una mujer amor por todo el cuerpo,
Se dirige al objeto que la hiere,
Impaciente desea a él ayuntarse
Y llenarle de semen todo el cuerpo:
El deleite presagia la ansia ciega:
Ésta, pues, es la Venus que tenemos,
De aquí el nombre de amor trajo su origen,
De aquí en el corazón se destilara
Aquella gota de dulzor de Venus
Que en un mar de inquietudes ha parado:
Porque si ausente está el objeto amado,
Vienen sus simulacros a sitiarnos
Y en los oídos anda el dulce nombre.
Conviene, pues, huir los simulacros,
De fomentos de amores alejarnos,
Y volver a otra parte el pensamiento,
Y divertirse con cualquiera objeto;

No fijar el amor en uno solo,
Pues la llama se irrita y se envejece
Con el fomento, y el furor se extiende
Y el mal de día en día se empeora.
Si no entretienes tú con llagas nuevas
Las heridas que te hizo amor primero,
Y haciéndote veleta en los amores
No reprimes el mal desde su origen
Y llevas la pasión hacia otra parte.
Las dulzuras de Venus no renuncia
Aquel que huye de amor: por el contrario,
Coge sus frutos solo sin disgusto.
Gozan siempre las almas racionales
De un deleite purísimo y seguro,
Mejor que los amantes desgraciados,
Que al mismo tiempo de gozar fluctúan
Sobre el hechizo de su amor incierto.
No saben do fijar ojos y manos;
Aprietan con furor entre sus brazos
El objeto primero que agarraron,
Le molestan muchísimo, y sus dientes
Clavan cuando le besan en los labios,
Porque no tienen un deleite puro;
Secretamente son agujoneados
a maltratar aquel objeto vago
Que motivó su frenesí rabioso:
Pero Venus mitiga los dolores
Gozando del amor suavemente,
Y con blando placer las llagas cura.
Pues los amantes tienen esperanza
De que aquel mismo cuerpo que ha inflamado

Su pecho en amor ciego, puede él mismo
Apagar el incendio que ha movido;
Pero se opone la naturaleza:
Y es la única pasión de cuyos goces
Con bárbaro apetito se arde el pecho;
Pues el hambre y la sed se satisfacen
Fácilmente por dentro repartidos
Bebidas y alimentos en los miembros,
Y se pueden pegar a ciertas partes.
Pero un semblante hermoso y peregrino
Sólo deja gozar en nuestro cuerpo
Ligeros simulacros que arrebatan
Miserable esperanza por los aires.
Así como un sediento busca en sueños
El agua ansiosamente, y no la encuentra,
Para apagar el fuego de su cuerpo,
Y sólo da con simulacros de agua,
Y con vana fatiga de sed muere
Bebiendo en un río caudaloso;
Del mismo modo engaña a los amantes
Venus con simulacros: ni la vista
De un cuerpo hermoso hartura puede darlos,
Ni quitar de sus miembros delicados
Alguna parte pueden con sus manos
Que inciertas manosean todo el cuerpo.
En fin, cuando sus miembros enlazados
Gozan el fruto de la edad florida,
Cuando el cuerpo presagia los contentos
Y a punto Venus de sembrar los campos,
Los amantes agárranse con ansia,
Y juntando saliva con saliva

El aliento detienen apretando
Los labios y los dientes; pero en vano,
Porque de allí no pueden sacar nada
Ni penetrar ni hacerse un mismo cuerpo;
Al parecer son estos sus intentos;
Venus los junta con ansiosos lazos
Cuando en el seno del placer sus miembros
En licor abundante se derriten
Conmovidos en fuerza del deleite;
En fin, cuando la Venus recogida
De los nervios saltó, por un momento
El ardor violento se amortigua,
Vuelve después con más furor la rabia,
Buscando sin cesar tocar el blanco
De sus deseos; pero no hallan medio
Con que puedan triunfar de su desgracia:
¡Tan ciega herida errantes los consume!
Agrega a los tormentos que padecen
Sus fuerzas agotadas y perdidas,
Una vida pasada en servidumbre,
La hacienda destruida, muchas deudas,
Abandonadas las obligaciones,
Y vacilante la opinión perdida:
Perfumes y calzado primoroso
De Sición, que sus plantas hermosea:
Y en el oro se engastan esmeraldas
Mayores y de verde más subido,
Y se usan en continuos ejercicios
De la Venus las telas exquisitas,
Que en su sudor se quedan empapadas:
Y el caudal bien ganado por sus padres

En cintas y en adornos es gastado:
Le emplean otras veces en vestidos
De Malta y de Scio: le disipan
En menaje, en convites, en excesos,
En juegos, en perfumes, en coronas,
En las guirnaldas, pero inútilmente;
Porque en el manantial de los placeres
Una cierta amargura sobresalta,
Que molesta y angustia entonces misma;
Bien porque acaso arguye la conciencia
De una vida holgazana y desidiosa
Pasada en ramerías; o bien sea
Que una palabra equívoca tirada
Por el objeto amado, como flecha,
Traspasa el corazón apasionado
Y toma en él fomento como fuego;
o bien celoso observa en sus miradas
Distracción hacia él mirando a otro,
o ve en su cara risa mofadora.

Si en el amor feliz hay tantas penas,
Innumerables son las inquietudes
De un amor desgraciado y miserable:
Se vienen a los ojos tan de claro,
Que es mejor abrazar, como he enseñado,
El estar siempre alerta, y no dejarse
Enredar en sus lazos; pues más fácil
Es evitar las redes, que escaparse
Y de Venus romper los fuertes lazos
Cuando el amor nos tiene ya prendidos.
Y aunque fueras cogido y enredado

Podrías evitar el infortunio
Si tú mismo no fueras a buscarle;
Si primero los ojos no cerraras
Sobre todos los vicios de su alma
Y sobre los defectos corporales
De aquel objeto por quien sólo anhelas:
Ciega por lo común a los amantes
La pasión, y les muestra perfecciones Aéreas;
porque vemos que las feas
Aprisionan los hombres de mil modos,
Y hacen obsequio grande a las viciosas:
Y unos de otros se burlan y aconsejan
El aplacar a Venus mutuamente
Que los aflige con amor infame:
Si es negra su querida, para ellos
Es una morenita muy graciosa;
Si sucia y asquerosa, es descuidada;
Si es de ojos pardos, se asemeja a Palas;
Si seca y descarnada, es una corza
Del Ménalo; si enana y pequeña,
Es una de las gracias, muy salada,
Si alta y agigantada, es majestuosa,
Llena de dignidad; tartamudea
Y no pronuncia bien, es un tropiezo
Gracioso; taciturna, es vergonzosa;
Colérica, envidiosa, bachillera,
Es un fuego vivaz que no reposa;
Cuando de puro tísica se muere,
Es de un temperamento delicado;
Si con la tos se ahoga y desfallece,
Entonces es beldad descaecida,

Y si gorda y tetuda, es una Ceres,
La querida de Baco: si chatilla,
Es silla de placer; inadie podría
Enumerar tan ciegas ilusiones!
Pero demos que sea ella un hechizo
Y que la haya agraciado Venus misma;
No faltan en el mundo otras hermosas,
Y sin ellas pasamos. La hermosura
a las mismas miserias está expuesta,
Y a las mismas flaquezas que la fea;
Tenemos evidencia: y la infelice
Por su hedor insufrible se sahúma,
De la cual huyen mucho sus doncellas,
Y a escondidas dan grandes carcajadas.
Llorando, empero, el despedido amante
Muchas veces adorna los umbrales
Con flores y guirnaldas, derramando
Perfumes en los postes altaneros,
Y da en las puertas besos infelices;
Á quien si ya una vez introducido
Un ligero olorcillo molestara
Al entrar en la casa buscaría
Al punto algún pretexto de alejarse;
Se olvida de las quejas elocuentes
Tanto tiempo pensadas, y se acusa
De mentecato por haber supuesto
En aquella mortal más perfecciones
Que es justo conceder: muy bien lo saben
Nuestras diosas: ocultan por lo mismo
Estas flaquezas de la vida a quienes
Desean sujetar de amor con grillos:

Muy necias son en esto; porque puedes
Correr el velo a todos sus misterios,
É informarte de todos sus secretos:
Y si es de buena índole y modesta,
A mal no llevará que tú igualmente
Veas y observes la miseria humana.
No siempre la mujer con amor falso
Suspira: cuando el cuerpo de su amante
Contra su seno aprieta entre sus brazos;
Cuando sus labios húmedos imprimen
Besos que fluyen el deleite, entonces
Su amor es verdadero, y deseosa
De gozar el placer común a entrambos,
Le incita a que concluya la carrera
Del amor: no podrían de otro modo
Las aves, los ganados y las fieras
Y yeguas a los machos ayuntarse,
Si las hembras calientes no estuvieran,
Sin ellas no excitaran los hervores
Del placer esta dulce resistencia
Tan favorable a la caliente Venus.

¿Por ventura no ves también aquellos
Que un deleite recíproco ayuntara
En mutua ligadura atormentados?
¿Y queriendo los perros desligarse,
En las encrucijadas muchas veces
Cada uno tira mucho por su parte
Cuando los tiene Venus aún pegados
Con fuertes ataduras? No lo harían
Si no fueran comunes los contentos

Que en aquel dulce lazo los unieron,
Teniéndolos a entrambos en prisiones.
Sólo el placer recíproco es deleite.
Y por fortuna en el ayuntamiento,
Cuando ordeñó con suma ligereza
Y el viril semen embebió la hembra,
Al padre o a la madre se parecen
Los hijos, en razón que dominare
El semen de uno ú otro, y si de entrambos
Fueren los hijos un retrato vivo,
De la sangre más pura de sus padres
Fueron formados, cuando las semillas
Excitadas por Venus en los miembros
El recíproco ardor equilibrara,
Y con igual influjo concurrieron
a las veces sucede parecerse
a los abuelos, o a los bisabuelos,
Porque encierran los padres de ordinario
En su cuerpo muchísimos principios
Que, de padres a hijos transmitidos,
Vienen de un mismo tronco: después Venus
Varía las figuras, y remeda
El semblante, la voz y los cabellos
De los abuelos, porque son formadas
Aquestas partes de nosotros mismos
No menos que la cara, cuerpo y miembros
De germen fijo. Y la viril semilla
En producir el sexo femenino Influye,
y los varones engendrados
Son del materno semen; porque el hijo
Resulta siempre de las dos semillas,

Y aquel a quien el hijo más saliere
Suministró más parte de elementos,
Como en varones y hembras verlo puedes.
No impiden a ninguno las deidades
El propagar su especie, y que le llamen
Padre sus dulces hijos; o que vivan
o En un perpetuo estéril himeneo,
Como lo creen muchos, y afligidos
Las aras bañan de copiosa sangre
Y llenan de presentes los altares
Para que con raudales de semilla
Empreñen sus mujeres: pero en vano
A los dioses y oráculos fatigan. Estériles se quedan las
mujeres Cuando el semen es finido o espeso
Con extremo: muy fluido no puede
Fijarse en los parajes destinados,
Se corre y se derrama en el momento;
Muy espeso, su misma consistencia
No le deja saltar bastante lejos
Y penetrar los sitios igualmente,
Ó penetrando en ellos, con el semen
De la mujer no es fácil se entreverere.

Porque en efecto, hay mucha diferencia
Por la organización en las uniones,
Y unos mejor empreñan unas que otras,
Y muchas fueron antes infecundas
En varios himeneos, y no obstante
Llegaron a tener un buen marido
Que supo fecundarlas, y quedaron
Enriquecidas con sabrosos hijos:

Y después de infinitos matrimonios
Infructuosos, encontraron otros
Apoyos de vejez con nueva esposa:
Tan esencial es la correspondencia
De la organización en los esposos,
Para poder unirse las semillas
Con las que tengan más analogía
Y adquieran la precisa consistencia.
Es preciso también ser circunspecto
Sobre la calidad del alimento,
Pues se espesan los sémenes con unos,
Con otros se atenúan y disuelven.

También debe observarse la manera
De tratar a la misma dulce venus;
Pues como los cuadrúpedos se ayuntan
Muchos son de opinión que los esposos
Deben hacerlo, porque de este modo
Pueden las partes recibir el semen
Echando el pecho y levantando el lomo.
No conviene que hagan las esposas
Movimientos lascivos, porque impiden
Hacerse la mujer embarazada
Cuando con los meneos de las nalgas
La venus del varón estorba inquieta
Y da oleadas con el tierno pecho;
La reja del arado echa del surco,
Y el chorro seminal quita del sitio.
Por utilidad propia las ramerás
Tuvieron la costumbre de moverse,
Por no hacerse preñadas con frecuencia

Y porque al mismo tiempo los varones
Tuviesen una venus más gustosa:
Mas la honesta mujer no las imite.
No es preciso el auxilio de los dioses
Ni las flechas de Venus para amarse.
A veces a más fea mujercilla,
Su conducta, su agrado, su limpieza,
Sus artificios inocentes hacen
Que se acostumbre el hombre fácilmente
a vivir en su trato y compañía,
Porque engendra cariño el mucho trato:
Golpes reiterados, aunque leves,
Al cabo de años triunfan de los cuerpos
Más sólidos. ¿No observas que las gotas
De la lluvia que caen sobre las peñas
Después de mucho tiempo las socavan?

LIBRO V

¿Quién con robusto pecho cantar puede
Según la majestad de los objetos
Estos descubrimientos asombrosos;
o quién tan elocuentes labios tiene
Que pueda celebrar las alabanzas
Según merece aquel sublime genio
Que nos dejó los frutos de su mente?
Nadie que mortal cuerpo haya tenido;
Porque, si como exige la grandeza
De los descubrimientos de las cosas
Es preciso que hablemos de las mismas,
Un dios fué aquél, un dios, ínclito Memmio,
Que primero inventó aquel plan de vida
Que hoy de sabiduría tiene nombre,
Haciendo que por medio de este arte
Sucudiese la calma a las tormentas,
Y a las tinieblas una luz hermosa.

Los inventos antiguos de otros dioses
Compara tú con éstos: porque dicen
Haber a los mortales enseñado
Ceres el modo de coger los frutos,
Y el zumo de la vid el padre Baco;
Pudiéndose vivir sin estos dones,
Como cuentan que viven al presente
Muchas naciones: pero sin virtudes,
Vivir no se podría felizmente:
Tenemos, pues, justísimos motivos

De ser un dios para nosotros éste
Cuyos dulces consuelos extendidos
Por todas las naciones de la tierra
Los ánimos halagan en sus cuitas.
Estás muy engañado si presumes
Que los trabajos de Hércules le exceden;
¿Pues, qué daño al presente nos harían
Aquella boca del león nemeo
Anchurosa, y las cerdas herizadas
Del jabalí de Arcadia? ¿qué podrían
De Creta el toro, y la lerneá plaga
De la hidra atrincherada de serpientes
Ponzoñosas? o ¿qué de los tres cuerpos
Del enorme Gerión se nos daría?
¿Y acaso los caballos de Diomedes,
Cuyas narices fuego resollaban
Allá cerca del ismaro en la Tracia
Y en las Bistonias costas nos dañaran?
¿Qué las aves de Arcadia con sus garras,
Del Estínfalo horribles moradoras?
¿Qué daño, en fin, hiciera el guardián fiero
Del jardín y fulgentes pomos de oro
De Hespérides, aquel dragón furioso
Que vibraba amenazas de sus ojos,
Y cuyo enorme cuerpo el rico tronco
Con roscas y más roscas abrazaba
Del océano Atlántico las playas
Y cerca de aquel mar inaccesible
Sobre el cual nunca osaron exponerse
Ni romanos ni bárbaros? ¿qué hicieran,
Aunque se viesan monstruos semejantes

Y el mundo no estuviera limpio de ellos?
No causarían daño, según pienso;
Ahora hierve la tierra todavía
En alimañas, y el espanto reina
Por los bosques, y selvas y montañas:
Podemos evitarlas sin embargo.
Pero si no tenemos limpio el pecho,
¡Qué combates tan recios sostendremos!
Y a pesar nuestro, entonces, ¡cuántos riesgos
Tenemos que vencer! ¡de qué inquietudes,
De qué cuidados y de qué temores
No es desgarrado el corazón del hombre
Que se entrega sin freno a sus pasiones!
¡Cuántos estragos hacen en su alma
Orgullo, obscenidad Y petulancia!
¡Cuántos el lujo y la desidia torpe!
Así el que a todos estos enemigos
Hubiera sujetado, y de su pecho
Los hubiese lanzado con las armas
De la razón tan sólo, ¿no debemos
Colocar este hombre entre los dioses?
¿Qué diremos si en términos divinos
Su lengua desató este mismo sabio
Para hablar de los dioses inmortales
Y para descubrir a nuestros ojos
De la naturaleza los misterios?

Entrando yo en la senda que me he abierto,
Proseguiré enseñándote las leyes
Que hacen que todo ser tenga su límite
Según su formación, y que no pueda

Pasar jamás los límites prescritos
Á su duración propia: pues habiendo
Probado nace el alma con nosotros,
Que no puede durar eternamente,
Que no son más que vanos simulacros
Las fantasmas, imágenes de muertos,
Que creemos en sueños ver nosotros:
Y el orden mismo de mi objeto ahora
Me conduce a tratar del nacimiento
Del mundo y de su término postrero;
Y también a explicarte de qué modo
Los átomos unidos han formado
La tierra, el ciclo, el mar, el Sol, los astros,
Y el globo de la Luna: qué animales
Ha parido la tierra, y cuáles nunca
Pudieron existir: y por qué encanto,
Variando los hombres las palabras
Entre sí, establecieron el comercio
De las ideas; cómo se introdujo
Aquel miedo a los dioses en los pechos
Que en todos los países de la tierra
Conserva templos, lagos, bosques, aras,
Y las santas estatuas de los dioses.
Explicaré las leyes que ha prescrito
Del Sol al curso la Naturaleza
Y a las revoluciones de la Luna;
Para que no creamos falsamente
Que por un espontáneo movimiento
Eternamente ruedan estos astros
Tan obsequiosos entre cielo y tierra,
Para acrecentamiento de los frutos

Y de los animales: o que sea
Á los dioses debido en cierto modo
El periodo de sus revoluciones:
Porque los que estuvieren persuadidos
Del descuido en que viven las deidades,
Si no obstante se admiran de las causas,
Aun de las naturales apariencias
Que se observan encima de nosotros
En la región etérea, nuevamente
Caen en su inveterado fanatismo
Y nos ponen tiranos inflexibles,
A quienes para colmo de miseria
Conceder un poder ilimitado,
Por no saber qué cosa existir puede,
Cuál no puede, y los límites precisos
Que ha señalado la Naturaleza,
En fin, a la energía de los cuerpos.
Yo no ignoro cuán nueva é increíble
Es la opinión de que la tierra y cielo
Se acabarán, y cuán difícil sea
Para mí convencer a los mortales
De una verdad que hasta ahora no ha llegado
a sus oídos; que por otra parte
No pueden a la vista sujetarla
Ni al tacto, los dos únicos caminos
Que a la evidencia guían hasta el templo
Del espíritu humano: sin embargo,
Yo romperé el silencio: la experiencia
Vendrá quizá en apoyo de mi aserto;
Verás quizá dentro de poco tiempo,
Agitado de horribles terremotos,

Todo el orbe en ruinas convertido.
Aleje de nosotros el destino
Desastre semejante; el raciocinio
Convénzanos más bien que la experiencia
De que es posible se hunda todo el
Globo Con un fragor horrísono deshecho.

Antes de que yo empiece a revelarte
Los decretos del hado, más sagrados
Y mucho más seguros que no aquellos
Que pronuncia la Pitia coronada
De laurel en la trípole de Apolo,
Quiero infundirte aliento con verdades
Consoladoras, por si acaso piensas,
De la superstición aherrojado,
Que la Tierra y el Sol, el mar, el cielo,
Los astros y la Luna son substancias
Eternas y divinas; presumiendo
Que son impíos como los gigantes,
Dignos de los suplicios más atroces
Por su horrible atentado, los que quieran
Desbaratar las bóvedas del Mundo
Y apagar la clarísima lumbrera
Del Sol con vanas argumentaciones,
Tratando lo inmortal con mortal labio.

Pero están estos cuerpos tan distantes
De la divinidad, y nos parecen
Tan indignos de estar entre los dioses,
Que, al contrario, más bien nos dan ideas
De una materia bruta inanimada:

No se debe creer que el sentimiento
É inteligencia sean propiedades
De cualquier cuerpo indiferentemente.
Así como en el aire estar no puede
El árbol, ni en el mar salado nubes,
Ni peces en los campos, ni en los leños
La sangre, ni los jugos en las piedras,
Porque ha prescrito la naturaleza
Á cada ser el sitio donde nazca,
Y do se desarrolle; así no puede
Nacer el alma aislada sin un cuerpo,
Sin nervios y sin sangre: si posible
Y fácil fuera, mucho más podría
Formarse en la cabeza o en los hombros,
o en los talones o en cualquiera parte
Del cuerpo; porque al fin ella estaría
En el mismo hombre y vaso de continuo.
Mas como estamos ciertos que en el cuerpo
Tienen ánimo y alma en sitio fijo
Donde nacen y crecen apartados;
Por lo mismo diremos que no puede
El alma subsistir sino en un cuerpo,
Y sin forma animal en los terrones
Pesados de la tierra, o en el fuego
Del Sol, o en el agua o en los aires:
Luego no están dotadas estas masas
De alma divina, puesto que no pueden
Gozar el movimiento de la vida.

Tampoco puedes presumir que tengan
Los dioses sus moradas sacrosantas

En una de las partes de este mundo:
Porque ellos son substancias tan sutiles,
Que el sentido no puede percibir las,
Ni el espíritu apenas comprender las:
Si escapan al contacto de las manos,
No deben tocar ellos ningún cuerpo
Que podamos tocar; porque no puede
Tocar el que de suyo es intangible:
Luego muy diferentes de las nuestras
Deben ser sus moradas, tan sutiles
Como sus cuerpos: lo que extensamente
Te probaré en la serie de mi escrito.
Decir, a la verdad, que en favor nuestro
Han querido los dioses disponernos
El orden bello de naturaleza;
Que debemos loar por esto mismo
Esta obra admirable de los dioses;
Por inmortal y eterna reputarla;
Que es un crimen minar con lengua osada
De este edificio eterno los cimientos
Que levantó para la especie humana
El saber de los dioses inmortales:
Estas fábulas y otras semejantes
Indicio, ¡oh Memmio!, son de gran locura.
¿Qué utilidad nuestro agradecimiento
Podría acarrear a aquellos seres
Inmortales por sí y afortunados,
Para empeñarlos en obsequio nuestro
a emprender esta obra y concluir la?
¿Ó qué nuevo interés pudo inducirlos
Pacíficos después de tantos siglos

a codiciar nuevo tenor de vida?
Aquel sólo apetece las mudanzas
Que de suerte infeliz es perseguido:
Pero aquel que jamás probó infortunio
Gozando de tranquila y dulce vida,
¿Qué nuevo estado pudo enamorarle?
¿En las tinieblas y en la angustia estaba
Su vida acaso hundida hasta el momento
En que nueva brilló naturaleza?
Y de no haber nacido, ¿qué desgracia
Nos podía venir? Cualquier nacido
Tan sólo debe apeteecer la vida
Mientras blando placer le tenga en ella:
Pero aquel que jamás contado fuera
Entre los que gustaron su dulzura,
¿En no haber existido, qué perdiera?
¿De dónde, pues, sacaron las deidades
Para la creación del Universo
El ejemplar y la primera idea
De los hombres, de modo que pudiesen
Concebir claramente su proyecto
Y ejecutarle? o ¿cómo conocieron
Las cualidades de los elementos,
Y lo que pueden sus combinaciones
Diferentes, a no ser que la misma
Naturaleza lo haya declarado?
Porque al cabo de siglos infinitos
Los muchos elementos de materia
Por choques exteriores sacudidos,
Y de su mismo peso arrebatados
Y llevados con raudo movimiento,

De diversas maneras se juntaron,
Probaron todas las combinaciones,
De que pudiesen resultar los seres;
Por lo que no es extraño que hayan dado
Con la disposición y movimientos
Que forman este mundo y le renuevan,
Suponiendo que yo mismo ignorara
De los principios la naturaleza,
a asegurar, no obstante, me atreviera,
Cielo y naturaleza contemplando,
Que no puede ser hecha por los dioses
Máquina tan viciosa é imperfecta.
Cuanto coge la bóveda celeste
Del globo que habitamos, en gran parte
Las montañas y selvas y las fieras
Como si fuera propio lo dominan;
El mar que nos lo estrecha con sus brazos
Las rocas y lagunas lo poseen;
Un ardor insufrible, un hielo eterno
Casi dos partes roba a los mortales:
Y llenara de abrojos lo restante
Naturaleza a sí misma entregada,
Si la industria del hombre no acudiera,
Hecho a gemir por alargar la vida
Bajo penoso afán, y a abrir la tierra
Con la pesada reja; si volviendo
Con ella los terrones, y domando
El suelo ingrato no le precisamos.
Los gérmenes no pueden por sí mismos
Salir y levantarse al aire puro:
Y a veces estos frutos son costosos

Cuando ya tienen hoja y ya florecen,
o los abrasa el sol con sus ardores,
o con ellos acaban los turbiones,
Ó frecuentes heladas los destruyen.
¿Por qué causa sustenta y multiplica
En mar y tierra la Naturaleza
Esa horrífera casta de las fieras
Que a la raza humanal es tan dañosa?
¿Por qué las estaciones traen los morbos?
¿Por qué vaga la muerte prematura?
Y el niño, semejante al marinero
Que a la playa lanzó borrasca Mera,
Tendido está en la tierra, sin abrigo,
Sin habla, en la indigencia y desprovisto
De todos los socorros de la vida,
Desde el momento en que naturaleza
a la luz lo arrancó con grande esfuerzo
Del vientre de la madre, y llena el sitio
De lúgubre vagido como debe
Quien tiene que pasar tan grandes cuitas.
Crecen las fieras y ganados varios,
Y ni el chupar ruidoso necesitan,
Ni con alma nodriza se les pone
Para acallarlos con lenguaje tierno;
Ni acomodan al tiempo sus vestidos;
Ni de armas ni de muros elevados
¡Necesitan, en fin, con que defiendan
Sus bienes y riquezas; pues la tierra
Y la naturaleza largamente
Abastecen de todo a cada uno.
Primeramente, si la tierra y agua

Y los soplos ligeros de los aires
Y los vapores cálidos del fuego
a nacimiento y muerte están sujetos,
Debe correr la misma suerte el mundo,
Que de estos elementos se compone;
Porque siendo nativas y mortales
Las partes, debe el todo ser lo mismo:
Por lo que cuando veo renacidas
Las partes y los miembros agotados
Del mundo, me persuado que han tenido
Algún primer instante Cielo y Tierra,
Y me persuado su final ruina.
No te presumas, Memmio, que yo avanzó
Una proposición aventurada
Al decir que es mortal la tierra y fuego
Y que perecerán el aire y agua;
Que los ráismos renacen y se aumentan.
Abrasada una parte de la tierra
Por los continuos soles, y hecha polvo
Con el pisar, se agrupa en torbellinos
Que los vientos robustos desparraman
Como ligeras nubes por los aires.

Parte de los terrones se resuelve
En agua con las lluvias y los ríos
Continuamente roen las orillas:
Cualquiera cuerpo, en fin, que aumenta otro
Con su propia substancia, se consume
Y puesto que la Tierra es común madre
Y general sepulcro de los cuerpos,
Se gasta y se repara de continuo.

Que el mar, ríos y fuentes siempre abundan
Y arrojan sin cesar copiosas aguas,
Lo declara la inmensa copia de ellas,
Que a enriquecerlos va por todas partes:
Mas las continuas y hórridas tormentas
Impiden llegue a ser muy abundante:
Barriéndola los vientos con su soplo
Y etéreo Sol chupándola con rayos
Reducen su volumen: otra parte
Se sume por las tierras y se filtra.
Se limpia de sus sales, se recoge
Toda en el nacimiento de los ríos,
Fluye sobre la tierra dulcemente
Por donde, una vez rota, facilita
Que con líquido pie corran las aguas.
Del aire voy a hablar, que cada instante
Prueba vicisitudes infinitas,
Pues todo cuanto fluye de los cuerpos
En este vasto océano se pierde;
El cual, si no les diera partes nuevas
Y sus pérdidas siempre reparara,
Ya se hubiera disuelto todo cuerpo
Y convertido en aire: luego siempre
Es producido el aire por los cuerpos
Y los cuerpos en aire se resuelven,
Pues es ley de la vida que los seres
Fluyan en general continuamente.

Y la perenne fuente de luz pura
El Sol etéreo, baña de continuo
El ciclo con un brillo renaciente,

Y alimenta la luz con otra nueva;
Pues sus rayos se pierden al ponerse,
Lo puedes observar cuando las nubes
Hacia el Sol empezaron a arrimarse,
Y los rayos de luz casi ya cortan;
Toda su inferior parte en el momento
Desaparece, obscúrase la tierra
Por todo cuanto abrazan los nublados,
Para que veas necesitan siempre
De nueva luz los cuerpos, y que muere
Cada rayo en su mismo nacimiento;
Y sería imposible de otro modo
Percibir los objetos sin que diera
El manantial de luz rayos perpetuos.
La misma luz artificial de casa
Y las colgadas lámparas y teas,
Que despiden de sí unos torbellinos
De llama y humo, corren de este modo
Con auxilio de fuegos tembladores
Á dar una luz nueva de continuo,
Sus emisiones nunca se interrumpen:
Con tanta rapidez todos los fuegos
Reemplazan a la llama que se apaga
Con otra luz de súbito formada.
Así en vez de tener el Sol, la Luna
Y estrellas como cuerpos inviolables,
Debes creer que sólo nos alumbran
Siempre por emisiones sucesivas,
Que sin cesar se pierden y renuevan.
Por último; ¿no ves triunfar el tiempo
Aun de las piedras, y venirse al suelo

Altas torres, y a polvo reducirse
Los peñascos, hundirse y arruinarse
A pesar de los dioses, sus estatuas;
Que la deidad no puede hacer traspasen
Los límites prescritos por el liado,
Ni ella misma luchar contra las leyes
Que la Naturaleza ha establecido?
¿No vemos los humanos monumentos
Caer desmoronados ciertamente
Como si fueran por vejez minados?
¿No ves rodar desde los altos montes
Peñascos desprendidos, incapaces
De resistir a las gigantes fuerzas
De un tiempo limitado? De repente
No se desprenderían ni cayeran,
Si al cabo de un gran número de siglos
Hubieran resistido los asaltos
Del tiempo, sin jamás rendirse a ellos.
Esa bóveda inmensa, en fin, contempla
Que dentro de sí abraza todo el orbe;
El cielo mismo, que al decir de algunos
Crea todos los seres, y disueltos
Los vuelve a recibir, tuvo principio,
Y cuerpo mortal tiene, aunque es inmenso;
Porque el ser que otros seres alimenta
Con su substancia, debe consumirse,
Cuando acción creadora los repara.

Si la Tierra y el Cielo no tuvieron
Jamás principio y fueron siempre eternos,
¿Cómo es que no cantaron los poetas

Los sucesos también que precedieron
A la guerra tebana y fin de Troya?
¿Dó fueron a parar tantas hazañas
De varones ilustres, excluidas
De los eternos fastos de la fama?
Nuevo es empero el mundo según pienso,
En la infancia está aun, y muy reciente
Tiene la fecha: pues se perfeccionan
También algunas artes al presente,
Y ahora se inventan otras; se adelanta
En la navegación bastante ahora;
Inventaron los músicos ha poco
Las voces y sonidos melodiosos:
Esta naturaleza de las cosas
Y esta filosofía ahora han nacido
Y ahora soy yo mismo el que primero
Puedo de ellas hablar en nuestra lengua.
Pues si acaso presumes tuvo el Mundo
Todas estas ventajas en lo antiguo,
Mas que generalmente perecieron
Con voraz llama las generaciones,
o que se destruyeron las ciudades,
Aun debes afirmar más convencido
La ruina también de Cielo y Tierra:
Porque atacado de tan grandes males
Y expuesto el universo a tantos riesgos
Se hubiera destruido y arruinado
Si hubieran atacado más de recio;
Una prueba clarísima tenemos
De que somos mortales, enfermando
Con las mismas dolencias que enfermaron

Aquellos que salieron de la vida.
Subsiste, pues, un cuerpo eternamente,
o porque siendo sólido resiste
Al choque y no permite le penetre
Otro que pueda disociar sus partes,
Como hacen los principios de materia.
Cuya naturaleza expliqué antes;
Ó porque es inaccesible al choque
Como el vacío, el impalpable espacio
A que acción destructora nunca llega;
o porque no le cerca algún espacio
Que pueda recibir en sí los restos
Después de disolverse, como el todo,
Fuera del cual no escaparán sus partes,
Ni hay cuerpos que las choquen y dividan.
Aunque sólido el Mundo, como dije,
¡No es inmortal, porque se da vacío
En la Naturaleza: ni tampoco
Lo es como el vacío, porque hay cuerpos
Innumerables en el vasto espacio
Cuyos ataques súbitos conmueven
Nuestro Mundo y le ponen en peligro
De perecer. Espacios hay inmensos
También en donde pueden dispersarse
Todas las partes de sus elementos,
Ó de otro cualquier modo aniquilarse.

No se cierran las puertas de la muerte
Al Cielo, Sol, y Tierra, y hondos mares;
Antes para tratarlos les presenta
Una boca disforme y anchurosa:

Por lo que a confesar te ves forzado
Haber tenido todos estos cuerpos
Principio, porque siendo destructibles,
Después de haber corrido tantos siglos,
De ningún modo hubieran resistido
De tiempo inmenso el poderoso esfuerzo.
La lucha, en fin, que reina entre los miembros
Vastísimos del Mundo, guerra impía
Que siempre los agita, ¿no declara
Que pueden acabarse y concluirse
Estos largos combates algún día?
Cuando hubieren el Sol y todo el fuego
Las aguas totalmente consumido,
Y hubieren conseguido una victoria
A que todas sus fuerzas se dirigen
Sin un feliz suceso todavía,
Pues abastecen tanto al mar los ríos,
Y amenazan los mares anegarnos
Desde el profundo abismo inútilmente
Porque siendo barridos por los vientos,
Y del Sol absorbidos por los rayos,
Se van disminuyendo y los secan
Primero que su fin lograra el agua.
De grandes intereses animados,
Estos dos elementos se hacen guerra
Con fuerza igual; aunque, según es fama,
Habiendo una vez sola dominado
El fuego ya en la tierra, y habiendo otra
Reinado el agua sobre el continente,
Triunfó no obstante el fuego, y una parte

Del mundo consumi6 con voraz llama
Cuando fue arrebatado Faetonte
Del Sol por los caballos desbocados,
Y por el aire y climas le arrastraron;
Pero entonces el Padre Omnipotente
Col6rico y furioso lanz6 a tierra
Un pronto rayo desde el mismo carro
a Faet6n magn6nimo, y su padre
Volvi6 a tomar despu6s de su ca6da
La sempiterna l6mpara del mundo;
Y orden6 nuevamente los corceles
Por el terror at6nitos, dispersos,
Y su antigua carrera prosiguiendo,
Calm6 de nuevo la naturaleza:
Los poetas antiguos de la Grecia
As6 cantaron; la raz6n lo impugna,
Puesto que puede superar el fuego,
Si mol6culas 6gneas abundantes
Caen desde el Universo en nuestro
Globo; o alg6n poder contrario sobrepuja
La acci6n del fuego, o a la vez perecen
Los seres vorazmente consumidos.
Cuentan tambi6n que en otro tiempo el agua
Victoriosa qued6, cuando anegadas
Dej6 muchas ciudades; pero cuando
Desvaneci6 contraria fuerza al agua
De todo el Universo congregada,
Se pararon las lluvias y los r6os
Refrenaron el 6mpetu furioso.
Pero de qu6 manera haya fundado
El casual concurso de principios

Cielo y Tierra y abismos de los mares,
La carrera del Sol y de la Luna,
Lo dirá por su orden este canto:
No por efecto de su inteligencia
Ni por su reflexión se colocaron
En el orden que vemos los principios;
Ni entre sí, a la verdad, han concertado
Sus movimientos; sino que infinitos
Los principios, movidos de mil modos,
Sujetos a impulsiones exteriores
Después de tanto número de siglos,
Y conducidos a su mismo peso,
Cuando de todos modos se juntaron,
Y cuando todas las combinaciones
Posibles, entre sí experimentaron,
Después de mucho tiempo y muchas juntas
Y movimientos, se coordinaron
Por último, y se hicieron grandes masas,
Que llegaron a ser en cierto modo
El bosquejo primero de la Tierra,
Del mar, del Cielo y seres animados.
No se veía entonces remontado
Por los aires el carro luminoso
Del Sol, ni las estrellas del gran mundo,
Ni el mar, ni el Cielo, ni por fin la Tierra,
Ni el aire ni otra cosa semejante
a las que nos rodean; sí un conjunto
De confusos principios borrascoso;
Después algunas partes empezaron
De esta masa disforme a separarse,
Los homogéneos átomos se juntan,

Desenvolvióse el mundo y se formaron
Sus vastos miembros, y sus grandes partes
De toda especie de átomos se hicieron:
La discordia que había en los principios
Turbaba y confundía grandemente
Los intervalos, direcciones, lazos,
Las pesadeces, fuerzas impulsivas,
Combinaciones, y los movimientos
a causa de sus formas diferentes,
Y por la variedad de sus figuras
No podrían así quedar unidos;
El Cielo separóse de la Tierra,
Y se atrajo la mar todas las aguas,
Y los fuegos del éter también fueron
a brillar separados con luz pura.

Porque los elementos de la Tierra
Más graves y embrollados se juntaban
Y en el centro ocupaban las regiones
Más inferiores; cuanto más estrecho
Su enlace fué, tanto mejor sacaron
Con superabundancia la materia
Que formase los mares, las estrellas,
El Sol y Luna y el recinto vasto
Del mundo; porque siendo los principios
De todos estos cuerpos más sutiles,
Esféricos y lisos que los otros
De la Tierra, rompiendo por lo mismo
El éter del primero por sus poros
Se subió a lo más alto, y muchos fuegos
Robó consigo en su ligera marcha:

No de otro modo así por la mañana
Cuando la luz dorada del Sol tiñe
Sus rayos en las hierbas esmaltadas,
Los lagos y los ríos perennales
Exhalan una niebla, y a las veces
Parece que la misma tierra exhala
Una especie de humor; emanaciones
Sutiles que, después de levantadas
Y en la atmósfera unidas, se dilatan
Debajo de las bóvedas del Cielo
En opaco tejido; y así el éter
Fluido y leve entonces condensado
Formó un vasto recinto, y esparcido
Por todas partes y hacia todos lados,
Todo lo rodeó con cerco inmenso.

Después el Sol y Luna se formaron,
Cuyos globos dan vueltas en el aire
Por entre Cielo y Tierra; sus principios
No se agregaron a los de la Tierra
Ni a los del éter vasto, porque ni eran
Tan pesados que a lo ínfimo bajasen,
Ni tan ligeros que a la parte opuesta
Pudieran elevarse; están en medio
Suspensos de manera que voltean
Como cuerpos vivientes, como partes
Las más activas de Naturaleza:
No de otro modo algunos miembros nuestros
Inmóviles se quedan en su puesto
Á pesar de que hay otros que se mueven.
Por fin, entresacados estos cuerpos,

Se hundió la Tierra de repente, abriendo
Un hondo foso a las saladas aguas,
Por do al presente la llanura inmensa
Se extiende de los mares azulados;
Y cuanto más la tierra cada día
Abierta por la misma superficie,
Estaba recogida y condensada
Y más metida hacia su propio centro
Por la acción repetida de los fuegos
Del éter, y del Sol por todos lados,
Más el sudor salado se exprimía
De su cuerpo, y los mares aumentaba
Con sus emanaciones; y asimismo
Infinitas moléculas de fuego
Y del aire, escapando de la tierra
Por esta misma compresión, volaban
Y espesaban la bóveda fulgente
Del Cielo, tan distante de la Tierra:
Los campos se bajaban por lo mismo,
Las cumbres de los montes se empinaban,
Porque hundirse las peñas no podían,
Ni la tierra allanar todas sus partes.

De esta manera el orbe condensado
a la vez adquirió peso y firmeza;
Todo el limo del mundo se hundió abajo,
Si así puede decirse, con su peso,
Y quedó allí sentado como poso:
Encima de la tierra quedó el agua;
Después el aire; luego el mismo éter,
Con sus fuegos; los más puros principios

Hicieron estos fluidos que no tienen
La misma ligereza; el fluido éter,
Que es el más transparente y más ligero,
Circula sobre el aire sin mezclarse
Con las auras del aire borrascosas;
Le permite que todo lo revuelva
Con raudos torbellinos; le permite
Con borrasca inconstante alborotarlo:
Con ímpetu arreglado él resbalando
Lleva consigo sus brillantes fuegos;
Porque el poder así uniformemente
Moverse el fluido éter lo declaran
Las olas de los mares, cuyo flujo
Periódico y reflujo sigue siempre
En continuo mover las mismas leyes.
Ora indagemos cuál será la causa
Que a los astros obliga al movimiento:
Y diremos primero, que si rueda
Del Cielo la gran bóveda, debemos
Suponer comprimidos los dos polos
Del mundo, y encerrados y cogidos
Por dos corrientes de aire, la una de ellas
Que empuja por encima y mueve el Cielo
Según la misma dirección que siguen
Del mundo eterno los brillantes astros;
Por debajo la otra los traslada
En dirección contraria, como vemos
Volver los ríos ruedas y arcaduces.

También podría ser que el firmamento,
Estando inmóvil, sus lucientes astros

Describiesen un círculo; bien sea
Que la materia etérea recogida
Dentro del Cielo y sin cesar rodando
En derredor para encontrar salida,
Haga que se revuelvan por el Cielo
Los astros; o que en círculo los mueva
El aire externo: o bien que puedan ellos
Irse arrastrando a donde su alimento
Los llama y los convida recogiendo
En su carrera la materia ardiente
Que anda por todo el cielo derramada:
Porque es difícil explicar el cómo
En nuestro mundo pasan estas cosas:
Con exponer tan sólo me contento
Todos los medios que naturaleza
Puede emplear y en realidad emplea
En el gran todo, en estos mundos varios
Que de distinto modo ha fabricado:
Y prosigo explicando ya las causas
Todas posibles de los movimientos
De los astros, entre las que una sola
Necesariamente obra en nuestro mundo,
La cual no puede señalar quien sigue
Paso tras paso la naturaleza.

Y para que la Tierra quede inmóvil
En el centro del mundo, lentamente
Es preciso que pierda de su peso
Y que se desvanezca; que sus partes
Más inferiores hayan contraído
Nueva naturaleza por haberse

Unido íntimamente con el aire,
Sobre el que están sentadas, y a quien ellas
Desde el principio fueron agregadas:
Y así la Tierra no es de peso al aire,
Ni en él se engulle: al modo que cada hombre
No siente el peso de sus propios miembros,
Ni pesa sobre el cuello la cabeza,
Ni sentimos del cuerpo todo el peso
Sobre los pies: al paso que fatiga
Cualquier peso, aunque leve, en nuestros hombros
Es fuerza el observar atentamente
Con qué cuerpo otro cuerpo se incorpora:
Así la Tierra no es un peso extraño
De pronto a extraño fluido agregado,
Sino que concebida con el aire
Á un mismo tiempo fué desde el primero
En que el mundo nació, del que parece
Una parte distinta, a la manera
Que hacen parte del cuerpo nuestros miembros.

El estremecimiento que ocasionan
Los truenos violentos en la Tierra,
De tal modo la agitan, que al instante
Se comunica por los cuerpos todos:
Lo cual no sucediera si cogida
No la tuvieran las aéreas partes
Del mundo todo y la materia etérea:
Porque se enlazan estas tres substancias
Con raíces comunes muy unidas
Entre sí mismas desde aquel instante
En que fueron formadas. ¿No reparas

Cómo sostiene el alma el peso enorme
De nuestro cuerpo, aunque es tan delicada,
o Porque se une con él íntimamente?
¿Quién puede, en fin, con un ligero salto
El cuerpo levantar, si no es el alma,
Que gobierna y dirige nuestros miembros?
Ya ves puede adquirir muy grande fuerza
La substancia ligera cuando se une
Con substancia pesada como el aire
Con la Tierra, y el alma con el cuerpo.

Ni mayor ni menor de lo que vemos
Puede el disco del Sol ser al sentido,
Si un cuerpo con su luz puede alumbrarnos
Y calentar los miembros con su llama
Por distante que esté, nada nos roba
De su grandeza esta distancia misma,
Ni su aparente dimensión estrecha;
Como el calor del Sol y su luz hieren
Nuestros sentidos, cuando se derrama,
Y bañando con ella los objetos,
De aquí es que debe ser tal la apariencia
De su forma y figura, que no puedes
Suponerlas más grandes o más chicas.
Y la Luna, bien sea nos refleje
Una prestada luz, o bien la saque
Del mismo cuerpo, sea lo que fuere,
El Cielo no recorre con volumen.
Mayor que el que aparece a nuestros ojos;
Porque desde muy lejos los objetos
Por entre aire densísimo mirados

Un aspecto confuso nos presentan
Más bien que sus finísimos contornos:
Así, pues, ofreciéndonos la Luna
Clara apariencia y una forma cierta,
Y aun de su superficie los extremos,
Es preciso que sea allá en los Cielos
Lo mismo que aparece aquí en la tierra.

Si los fuegos, por último, que vemos
a cualquiera distancia que estén puestos,
No aparentan tener mudanza alguna
En su grandor, mientras que distinguimos
Su luz y su temblor, deduciremos
No poder ser mayores ni menores
De lo que vemos los etéreos fuegos.

Tampoco es de admirar cómo el Sol puede
Con su circunferencia tan estrecha
Bañar de luz el mar, la tierra, el cielo,
Y extender su calor por todas partes:
Tal vez puede que no haya en todo el inundo
Más que esta fuente y manantial copioso
Por do salga la luz del mundo entero;
o que sea tal vez único foco
Donde los elementos de los fuegos
De todas partes puedan congregarse
Para correr por todo el Universo,
¿No ves también cómo una fuentecilla
Riega los prados y rebosa el campo?
Suceder también puede que los fuegos
Del Sol, aunque no muchos, arder hagan

El aire a ellos vecino, suponiendo
Que al más mínimo ardor es inflamable
El aire, como vemos a las veces
Las mieses y la paja consumidas
Por una sola chispa; al Sol acaso,
A esta rosada lámpara, rodean
Innumerables fuegos invisibles
Privados de fulgor, para que aumenten
El calor Y la fuerza de sus rayos.
Y cómo el Sol se pasa desde Cáncer,
De esta región ardiente, al signo helado
De Capricornio, para dar la vuelta
De nuevo hacia el solsticio del Estío;
Y cómo es que la Luna en un mes anda
El espacio que el Sol corre en un año;
Estos problemas digo se resuelven
De muchos modos, y es dificultoso
El asignar la causa verdadera.
Parece verosímil la que pone
Demócrito, hombre sabio y respetable;
Pues cuanto más vecinos a la Tierra
Están los astros, tanto menos puede
Á su entender el torbellino etéreo
Conmoverlos; porque la ligereza
Y acción del firmamento poco a poco
Se va debilitando hacia el extremo
Inferior: que el Sol, mucho más bajo
Que las constelaciones abrasantes,
Debe quedarse atrás muy lentamente
Con los signos más bajos: que la Luna,
Cuanto del Cielo está más apartada

Y cuanto más vecina de la Tierra,
Debe experimentar mayor trabajo
En seguir la carrera de los astros:
Que cuanto el torbellino que la lleva
Es más pesado que el del Sol, los signos
La deben alcanzar más fácilmente
Y adelantarla; por lo cual la Luna
Parece que a los signos del Zodiaco
Con mucha más presteza torna a unirse,
Siendo en la realidad los que se acercan
Aquellos signos otra vez a ella.

Puede también que de la parte opuesta
Del Mundo aire periódico se agite
Que alternativamente empujar pueda
El Sol desde los signos del Estío
Del Septentrión hasta las frías playas,
Y volverle a traer desde estos climas
Tenebrosos y helados a la ardiente
Mansión de Cáncer, y se explicaría
Entonces con el aire alternativo
El giro de la Luna y las estrellas.

Que tardan un gran número de años
En describir sus círculos inmensos.
¿No ves también cómo las nubes mismas,
Impelidas por vientos encontrados,
Siguen unas abajo, otras arriba,
Direcciones opuestas? ¿Transportados
No podrán ser por aires diferentes
Los astros en los cielos dilatados?

Cubre la noche con tiniebla espesa
La Tierra, o porque el Sol, en fin, llegando
Al último confín del firmamento
Y fatigado de su largo curso
Deja expirar sus fuegos entibiados
Por el largo camino y aire inmenso
Que han penetrado; o porque la acción misma
Que transporta su disco por encima
Le hace rodar debajo de la Tierra.

También en tiempo fijo Lenestea
Pasea por en medio de los aires
a la rosada Aurora, para que abra
Las puertas de la luz: porque el Sol mismo,
Que debajo de Tierra se ocultaba,
De vuelta, adelantándola sus rayos,
Procura iluminar el firmamento:
Ó bien porque un gran número de fuegos
Y corpúsculos ígneos se congregan
a tiempo fijo y horas señaladas,
Y hacen un nuevo Sol todos los días.
Así cuenta la Fama que se observa
Desde las cumbres elevadas de Ida
Recogerse al momento que abre el día
Fuegos dispersos bajo la figura
De un globo luminoso que anda el Cielo.
Tampoco debe ser maravilloso
Que se junten así los elementos
De fuego en cierto tiempo, y que reparen
El resplandor del Sol, puesto que vemos
Infinitos fenómenos sujetos

En todo el universo a tiempo fijo.
Los árboles florecen, y a su tiempo
De la flor se despojan; y al anciano
Á cierto tiempo se le caen los dientes;
Se llena el joven de un suave vello,
Y tierna barba arrojan sus mejillas:
a ley eterna o inviolable yace
La serie de fenómenos sujeta,
Porque de cada causa la energía
Habiendo sido así determinada,
Y una vez dada la impulsión primera
Desde su formación al Universo,
Los rayos, nieve, lluvias y nublados
De la varia estación el curso siguen.
Y vemos además crecer los días
Y decrecer las noches, y al contrario;
Ó porque el Sol, quedando siempre el mismo
Y describiendo desiguales arcos
Sobre nuestras cabezas y debajo
De nuestros pies, el Cielo corta y parte
Su orbe en dos porciones desiguales,
Pero con tal compensación, que vuelve
Al hemisferio que le está más próximo
La porción de la luz que él ha quitado
Del hemisferio opuesto, hasta que llega
A este. signo del Cielo que hace iguales
Las noches y los días, cuando corta
El Ecuador y Elíptica en un punto,
Pues la parte del Cielo que describe
Se halla del Aquilón y Mediodía
a igual distancia por la positura

Oblicua del Zodiaco, en que describe
Su anual carrera el Sol y desde donde
Lanza sus fuegos hacia Cielo y Tierra:
Así lo enseñan estos hombres sabios,
Que todas las regiones representan
Fielmente de los Cielos en sus mapas
De imágenes sensibles adornados.
Mucho más craso el aire en ciertas partes
Tal vez para debajo de la Tierra
También del Sol los fuegos tembladores,
Que no pueden pasar tan fácilmente
Este fluido inmenso y remontarse
Hacia el Oriente, por lo cual se espera
Mientras las noches largas del invierno
A que vuelva la tarda luz del día:
En fin, quizá los fuegos reunidos
Que hacen salir el Sol en puntos fijos
Del horizonte alternativamente
Con más o menos prontitud se juntan
Según las estaciones alternadas.

Puede tomar del Sol su luz la Luna,
Y puede más y más de día en día
Una faz luminosa presentarnos
Cuanto del solar disco se apartare
Hasta que puesta enfrente dél reluce
Con luz bien llena, y desde el alto sitio
Do se levanta ve que el Sol se pone:
Debe esconder después en cierto modo
Detrás de sí su luz muy poco a poco,
a medida que el Sol se va acercando,

La otra mitad de círculo en los signos
Corriendo; así lo explican los que fingen
Ser la Luna a una bola semejante
Que siempre por debajo del Sol rueda:
Su explicación parece verisímil.
Aun dándola luz propia se podían
Sus varias fases concebir: bastaba
Suponer otro cuerpo para esto
Que tenga un movimiento paralelo
Al que tiene en su órbita la Luna,
Y que a su disco sin cesar se oponga
Bajo todos aspectos y figuras,
Mas que invisible fuese el mismo cuerpo
Desprovisto de luz: puede la Luna
Rodar sobre sí misma a la manera
De gran pelota, cuya mitad fuera
Con luz teñida, y sus distintas fases
Con esta rotación central pudiese
Ir descubriendo hasta que aquella parte
Nos vuelve iluminada enteramente;
Después nos va por grados ocultando
Su parte luminosa, que de nuevo
Detrás de sí se lleva: así pretende
La doctrina caldea establecerlo
En ruinas de griega astrología:
Como si verisímiles no fueran
Las dos explicaciones igualmente;
o como sin razón alguna hubiese
Que forzase a seguir una más que otra.
¿Por qué, en fin, no podrá Naturaleza
Producir una Luna cada día

Con una serie regular de formas
Y aspectos diferentes, destruyendo
La de ayer reparándola con otra?
La imposibilidad de lo que digo
No es fácil demostrar, principalmente
Cuando ves producciones semejantes
Cada día surgir en tiempo fijo.

Viene la primavera, y Amor viene;
Viene junto con él Céfito alado,
Precursor del Amor, mientras que Flora
Su madre llega derramando flores
Y olorosos perfumes de antemano
Por donde pasa: en comitiva vienen
Seco calor y polvorienta Ceres
Y los vientos etesios Aquilones.

El otoño en seguida se presenta:
Viene en su compañía el dios de viñas,
Y detrás las tormentas y borrascas,
Vulturino atronador, y el Austro, fuerte
En rayos; y, por último, entorpecen
Las nieves y los hielos y los fríos
A la Naturaleza, y tras sí arrastran
El frío invierno, el aterido viejo
Que da diente con diente. No es milagro
El que sea formada y destruida
La Luna en tiempo fijo, cuando vemos
Que pueden infinitas producciones
Aparecer en tiempo señalado.

Los eclipses del Sol y de la Luna
Pueden de muchos modos explicarse:
Si a la Tierra robar puede la Luna
La luz del Sol, y su brillante frente
Ocultar a la Tierra, interponiendo
Su masa opaca a los ardientes rayos,
¿Por qué otro cuerpo puesto en movimiento
Y privado de luz perpetuamente
No puede producir el mismo efecto
En tiempo igual? ¿Y no puede el Sol mismo
Eclipsarse y perder en cierta hora
También su brillo, que recobra al punto
Que atravesó por medio de los aires
Regiones enemigas de sus llamas
Y le precisan a extinguir sus fuegos?
Si puede despojar también la Tierra
De su luz a la Luna, y prisioneros
Tener todos los rayos, colocada.

Sobre el Sol ella misma ínterin pasa
El astro de los meses por la sombra
De nuestro Globo cónica y espesa,
¿Otro cuerpo no puede al mismo tiempo
Rodar bajo del globo de la Luna,
Y resbalarse sobre el mismo disco
Del Sol, cerrando, así interpuesto, el paso
A sus rayos y luz? Y si la Luna
Con brillo propio luce, ¿no puede ella
Lentamente eclipsarse en cierta parte
Del Mundo, atravesando por parajes
Capaces de apagar sus mismos fuegos?

Ya que expliqué, por fin, cómo ha podido
Formarse cualquier cuerpo de este Mundo
En el recinto azul del firmamento,
Y cómo conociéramos nosotros
De Sol y Luna las revoluciones
Diversas, y la causa y energía
Que dan a estos dos astros movimiento
Y de qué modo suelen eclipsarse;
Cómo se cierran estos grandes ojos
De la Naturaleza y alternando
Se abren de nuevo, y de repente esparcen
Sobre la Tierra inesperada noche,
Y toda la hermocean con luz clara;
a la infancia del Mundo vuelvo ahora,
Y a los nacientes campos de la tierra,
a examinar las nuevas producciones
Que aventuró exponer la vez primera
a los aires y vientos inconstantes.
La tierra engalanó primeramente
De diferentes hierbas y verduras
Los cerros, y los campos extendidos,
Y brillaron los prados con las flores
Así como si fueran esmaltados;
Los árboles después, llenos de savia,
A porfía crecieron por los aires:
Como las plumas, pelos y las cerdas
Es lo primero que en el cuerpo sale
De animales cuadrúpedos y de aves;
De este modo la tierra, entonces nueva,
Echó primero hierbas y arbolillos.
Las especies mortales creó luego

Variadas de modos muy distintos;
Porque es un imposible hayan caído
Del Cielo las especies de animales,
Y que los habitantes de la tierra
Hayan nacido de la mar salada.
La Tierra con razón adquirió el nombre
De madre, por haber sido criados
Todos los seres por la misma Tierra;
Y existiendo al presente muchos seres
En la Tierra formados con las lluvias
Y del calor del Sol, no es maravilla,
Que naciesen entonces animales
En número mayor y más robustos,
Estando en su vigor el aire y Tierra.
Las varias aves por la vez primera
Salían de sus huevos, y el verano
En libertad a todas las ponía,
Como ahora las cigarras en estío
Se quitan los zurronec delicados,
Buscándose la vida y el sustento.
Por la primera vez la Tierra entonces
Crió la raza humana. porque entonces
El mucho fuego y aguas abundantes
De los campos hicieron que creciesen
En los parajes más acomodados
Especies de matrices, agarradas
Por medio de raíces a la tierra:
Cuando la edad y madurez abrieron
Una salida a nuevos embriones
Causados de humedad é impacientes
Por respirar el aire. Dirigía

Hacia aquel lado la Naturaleza
Los poros de la tierra, y enviaba
Por estas venas jugo como leche;
Como al presente la mujer parida
Rebosa en dulce leche, dirigiendo
Ella todo su ímpetu a los pechos:
Y la tierra a los niños sustentaba,
Y vestido el calor, y blanda cama
Las hierbas y los céspedes les daban.
Pero en su infancia el Mundo no tenía
Los duros fríos, ni calores nimios,
Ni vientos destructores; porque crecen
Y van robusteciéndose estas plagas
Como todos los seres: lo repito;
Hemos llamado con razón la Tierra
Madre común, porque ha criado el hombre,
Y casi al mismo tiempo ha producido
Todos los animales cuya furia
Se desenfrena por los grandes montes,
Y produjo también distintas aves,
Que atraviesan los aires libremente.
Mas como debe un término preciso
Tener la facultad engendradora,
La Tierra se cansó, como la hembra
Consumida de años, porque el tiempo
Hace muda de faz el mundo entero,
Y un nuevo orden de cosas se sucede
Al primer orden necesariamente:
Ni siempre guarda un mismo ser su estado:
Todo a la ley del cambio está sujeto;
Todo lo muda la Naturaleza,

Todo lo altera, todo lo transforma:
Pues empobrece un cuerpo y se consume
A fuerza de años; otro crece y sale
A la verdad del cieno: de este modo
Todo lo muda el tiempo, y de continuo
Pasa la tierra de un estado a otro
Y pierde la energía que tenía
Por hacerse de nuevas propiedades.
Y la Tierra aun entonces se esforzaba
Por sacar animales de figura
Y de disposición extraordinaria:
Se vio el hermafrodita monstruoso,
Que teniendo la forma de ambos sexos,
Igualmente difiere de uno y otro;
Cuerpos sin pies, sin manos y sin boca
Y sin ojos salieron; también otros
Cuyos miembros lo largo que tenían
Al tronco íntimamente se pegaban;
Los cuales no podían manejarse,
Ni dar un paso, ni evitar un riesgo,
Ni buscarse el sustento necesario.

Viéronse además de éstos otros monstruos
Y otros prodigios, pero inútilmente,
Porque Naturaleza les quitara
El poder ir creciendo y avanzando
Hacia la edad florida; no pudieron
Encontrar su alimento, ni ayuntarse
Con los lazos de Venus: es preciso
Para que se propaguen las especies
El concurso de un número infinito

De circunstancias, y primeramente
Los alimentos son indispensables:
Es preciso que estén diseminadas
Las fecundas semillas por los miembros,
Y los conductos por do vengan éstas
Desde cualquiera parte de los miembros:
Por último, en los órganos externos
Tal proporción, que puedan macho y hembra
Ayuntarse entre sí con mutuos gozos.
Y entonces fué preciso perecieran
Muchas especies, y que no pudiesen
Reproducirse y propagar su vida;
Porque los animales existentes
Que ves ahora, sólo se conservan
o por la astucia, o fuerza, o ligereza
De que ellos al nacer fueron dotados,
Menos un cierto número que habemos
Puesto nosotros bajo nuestro amparo
Por las utilidades que acarrean.
La fuerza protegió a la raza fiera
De los leones y feroces bestias,
A las zorras el dolo y fuga a ciervos.
Empero el fiel y vigilante perro
Y acémilas, y ovejas regaladas,
Y bueyes laboriosos son especies
Generalmente confiadas, Memmio,
A la guarda y tutela de los hombres:
Huían de las fieras alimañas
Y tras la paz se andaban, y querían
Los pastos con largueza y sin trabajo:
Se los damos nosotros como en premio

De los muchos servicios que nos hacen.
Empero aquellos otros animales
A quien no diera la Naturaleza
Lo necesario para que viviesen
Independientes, o que no traían
Alguna utilidad, ¿á qué meternos
En darles el sustento y ampararlos?
Encadenados con fatales lazos,
a otros servían de seguro pasto,
Hasta que destruyó Naturaleza
De todo punto sus especies todas.
Pero ni hubo centauros, ni ha podido
Formarse en algún tiempo una substancia
Con dos naturalezas y dos cuerpos,
De heterogéneos miembros un compuesto:
No podría existir una substancia
De fuerzas entre sí tan desiguales:
Aun el hombre más rudo lo conoce.
Primeramente. al cabo de tres años
En la flor de su edad está el caballo;
No los niños así; buscan entonces
Entre sueños los pechos de sus amas.
Cuando después va la -vejez gastando
Las fuerzas y vigor de los caballos,
Cuando escapa la vida fugitiva
De sus lánguidos miembros, entra entonces
La juventud, por fin, en los muchachos,
Robustece sus miembros, y les cubre
Con un ligero bozo las mejillas:
No creas tú, quizá. que los centauros
Pudieron engendrarse de semillas

De hombre o de caballo, o las Escilas
De los marinos perros rodeadas,
Ó los demás compuestos monstruosos
De incompatibles miembros, que no llegan
a la flor de la edad al mismo tiempo,
Ni en madurez ni en la vejez iguales,
Ni sus inclinaciones son las mismas,
Ni los abrasa Venus igualmente,
Ni comen unos mismos alimentos;
Viendo engordar las cabras con cicuta,
Que es un mortal veneno para el hombre.
Como la llama abraza ciertamente
Y consume no sólo el cuerpo rojo
De los leones, mas también la sangre
Y las entrañas de los animales
Que tienen existencia; ¿Cómo pudo
Acontecer que esta Quimera misma
Con la cabeza de león, y el cuerpo
De cabra al propio tiempo, y con la cola
De dragón, viva llama resoplase
Del hondo de su pecho monstruoso?
Por lo que, defender como posibles
Estas y semejantes producciones
En la infancia del Cielo y de la Tierra
Sin más razón que esta palabra vaga
De *novedad*, esto es abrir la puerta
a todas las ficciones más absurdas.
Dígannos que los ríos de aquel tiempo
Corrieron oro puro por las tierras;
Que brotaban los árboles diamantes;
o que el hombre nació de una estatura

Y de una fuerza tan extraordinarias,
Que podía pasar el mar de un tranco,
Y alrededor de sí volver el cielo
Con, sólo el movimiento de sus manos:
Porque el haber la tierra en sí encerrado
Semillas infinitas y diversas
Cuando sacó a la luz los animales,
Ninguna prueba es de que pudiese
Criar unas especies tan opuestas,
Y en un mismo individuo reunirse
Los miembros de animales diferentes,
Cuando las hierbas, árboles y frutos
Que aun hoy día produce en abundancia
Jamás pueden nacer entre sí unidos.

Cada ser tiene su progreso propio,
Y conforme a las leyes inmutables
De la Naturaleza entre sí guardan
Todas las diferencias de su especie.
Y los hombres que dio la tierra entonces
Eran más vigorosos que al presente:
Y así debía ser, porque la Tierra,
De quien ellos nacieron, por entonces
Estaba en su vigor y lozanía:
Era más basta la armazón de huesos
Y de más solidez, y era el tejido
De sus nervios, y vísceras más fuerte;
Ni el frío ni el calor les molestaba,
Ni les dañaban los sustentos nuevos,
Ni las enfermedades empecían;
Vivían un gran número de lustros.

Errantes a manera de alimañas;
Ninguno manejaba el corvo arado,
Ni sabía domar con hierro el campo,
Ni meter en la tierra los renuevos,
Ni con hoces cortar los viejos ramos
De árboles grandes; lo que el sol y lluvias
Les alargaban, y lo que la tierra
Producía de suyo, les bastaba:
Estos dones sus pechos aplacaban:
En medio de glandíferas encinas
Mantenían sus cuerpos con bellota,
Y llevaba la tierra en aquel tiempo
Muchos y más crecidos los madroños;
Que ahora al madurar en el invierno
Ves que como la púrpura coloran.

Y la florida novedad del mundo
Llevó entonces sabrosos alimentos
Para hartar a los hombres infelices.
Más; los ríos y fuentes convidaban
Á apagar nuestra sed, como al presente
Los torrentes que caen de montes altos
Convidan a las fieras con su ruido
Que vengan a saciarse en sus raudales.
Por fin; de noche en los sagrados bosques
De las ninfas venían a esconderse,
En estas soledades, do nacían
Perennes manantiales de aguas vivas
Que, después de correr entre las guijas,
Caían lentamente sobre el musgo
Verde de los peñascos, para luego

Ó saltar en los campos o inundarlos.
El uso no sabían aun del fuego,
Ni el de las pieles, ni cubrirse el cuerpo
Con despojos de fieras; antes se iban
a los bosques y cóncavas montañas
Y a las selvas, metiendo entre hojarasca
Sus miembros asquerosos, precisados
a guarecerse allí contra las lluvias
Y furor de los vientos: no podían
Por el público bien interesarse;
Ni leyes ni morales relaciones
Entre sí establecer ellos sabían;
Y la primera presa que ofrecía
La suerte cada cual se la llevaba:
Sólo les enseñó Naturaleza
a vivir para sí y a conservarse.
Y Venus ayuntaba los amantes
En medio de las selvas: sus placeres
Entre sí mutuamente compensaban;
Ora arrancados fuesen por violencia
De brutal apetito, o los gozasen
A trueque de algún don, como bellotas,
o madroños, o peras escogidas.

Y confiados en sus fuertes manos
Y en sus ligeros pies, hacían guerra
a las fieras silvestres, arrojando
De lejos piedras, y de cerca dando
Con la pesada maza, y las vencían
Y huyendo a sus guaridas las burlaban;
Y cuando las tinieblas de la noche

Los sorprendían, sus desnudos miembros
En la tierra tendían a manera
De jabalí cerdoso, y se envolvían
Entre hojarasca y broza. No buscaban
En medio de las sombras de la noche,
Sobrecogidos de temor con gritos
La luz del Sol, errantes por los campos;
Antes bien esperaban silenciosos
Y en sueño sepultados que subiendo
El Sol al horizonte, iluminase
Con su rosada luz de nuevo el cielo;
Porque desde la infancia acostumbrados
A ver siempre alternando noche y día,
No se maravillaban ya sus ojos:
No llegaron jamás a recelarse
Que a la Tierra cubriese eterna noche,
La luz del Sol robada para siempre.

Empero mucho más les inquietaban
Las fieras que turbaban su reposo,
Funesto para aquellos infelices,
Y haciéndolos salir de su vivienda,
Huían a las cuevas, si llegaba
Enorme jabalí o león furioso;
Y, pavoridos, a la media noche
Cedían a estos huéspedes crueles
Sus camas con follaje aderezadas.
Ni entonces más que ahora los mortales
Dejaban la sabrosa luz de vida:
Muchos de ellos es cierto que cogidos
Y desgarrados con feroces dientes

Un pasto vivo daban a las fieras,
Y los bosques y montes y las selvas
Llenaban de gemidos espantosos,
Viendo que sus entrañas palpitantes
En un sepulcro -vivo se enterraban.
Pero aquellos que huyendo se salvaron,
Lleno de mordeduras todo el cuerpo,
Y sus trémulas manos aplicando
En las malignas úlceras, llamaban
Al infierno con voces formidables,
Hasta que de la vida los privaban
Los gusanos crueles sin amparo,
Sin saber qué aplicará sus heridas:
Sin embargo, no daba un solo día
A la muerte millares de guerreros
Que seguían banderas diferentes,
Ni estrellaban los mares borrascosos
Los hombres y navíos en escollos:
El mar se enfurecía vanamente;
Sus bramidos en vano suspendía;
Ni la engañosa calma de sus ondas
Era capaz de seducir a alguno
Con falsa risa: se ignoraba entonces
De la navegación el arte fiero.
La falta de alimento daba entonces
Muerte a los flacos miembros; la abundancia
Es la que mata hoy día: entonces ellos
Eran por ignorancia envenenados;
Á otros con más arte ahora envenenan.
Cuando por fin, supieron hacer chozas,
Y de pieles y fuego hicieron uso,

Y cuando la mujer y el hombre aparte
Se fueron a vivir en compañía,
Y cuando los placeres amorosos
Se limitaron sólo a las dulzuras
Del casto matrimonio, y cuando vieron
Los padres a sus hijos porción suya,
Entonces empezó la especie humana
a suavizarse por la vez primera:
El fuego hizo los cuerpos más sensibles
Al frío, de manera que ya el cielo
Abrigo suficiente no prestaba
Debajo de su bóveda; y las fuerzas
Disminuyó la Venus excesiva,
Y las tiernas caricias de los hijos
Blando y suave hicieron su trabajo
El natural altivo de los padres.

Entonces los que estaban más vecinos
Entre sí establecieron relaciones,
Se abstuvieron de daño y de violencia,
Protegían sus hijos y mujeres.
Y en sus gestos y voces balbucientes
Indicaban ser muestra de justicia
De la imbecilidad compadecerse.
Mas no podía dominar en todos
Esta concordia, bien que exactamente
Guardaban estos pactos los más buenos,
Que eran en mayor número: sin esto
La raza humana fuera destruida
Enteramente ya desde aquel tiempo;
No se hubiera hasta ahora propagado.

Enseñó al hombre la Naturaleza
Las varias inflexiones de la lengua,
Y la necesidad nombró las cosas.
Así como los niños en la infancia,
Por no poder darse a entender, acuden
A los gestos y muestran con el dedo
Los objetos presentes, cada uno
Siente en sí mismo aquellas facultades
Que puede usar. Airado y enemigo
El toro topa y hiere con las astas
Antes de que le apunten en su frente;
De pantera y leona los cachorros
Con garras y con pies y con bocados
Se defienden aun antes de salirles;
En sus nacientes alas confiados
Los hijos de las aves, por los aires
Se ayudan con su vuelo vacilante.

Por lo tanto, creer que un hombre entonces
a las cosas dio nombre; que los otros
Del aprendieron los vocablos nuevos,
Es mucha necesidad: ¿cómo ha podido
Llamar a cada cosa por su nombre,
Y los varios sonidos del lenguaje
Él solo producir, al tiempo que otros
No pudieron hacer la misma cosa?
Porque, además, si no habían usado
Los demás entre sí de las palabras,
¿Cómo es que conocían sus ventajas?
Y ¿de qué modo el inventor se ha dado
A entender a los otros, y ha podido

Hacer que ellos abracen su proyecto?
Reducir no podía un hombre solo
A tanta multitud, y precisarla
Á que tan varios nombres aprendiese.
No podía enseñarlos: imposible
Era que hubiesen ellos aguantado
Les majase más tiempo las orejas
Con aquel ruido vano de sonidos.

¿Será, por fin, acaso maravilla
Que, teniendo los hombres voz y lengua,
Diesen distintos nombres a las cosas
Según les afectasen, cuando oírnos
La variedad de voces y sonidos
Que hacen los animales y las fieras
Conforme se suceden en sus almas
El miedo o el dolor o el regocijo?
Pues esto lo declara la experiencia.

Cuando de los molosos la gran perra,
En el primer acceso de su furia,
Debajo de sus labios apartados
Y móviles enseña dos carreras
De formidables dientes, el sonido
Amenazante de su voz difiere
De aquel que se oye cuando sus ladridos
Hacen retumbo en todos los contornos:
Mas cuando con su lengua blandamente
o Lame los tiernos miembros de sus hijos
Y con sus pies aquí y allí los echa,
Y cuando los provoca con mordiscos

Pillándolos sus dientes con blandura,
Esto difiere mucho del murmullo
De su voz maternal cuando lamenta
Su soledad aullando tristemente
o cuando con acentos doloridos
Huye, arrastrando el cuerpo, del castigo.

En fin; ¿no hay diferencia en el relincho
Del florido caballo entre las yeguas
Cuando viene furioso, traspasado
Por el alado amor, a los que arroja
Por sus anchas narices en la guerra
Cuando agita sus miembros otra causa?
Y las especies varias de las aves,
Los gavilanes y quebrantahuesos,
Los somurgujos que en saladas ondas
Se buscan el sustento, diferencian
Según las circunstancias sus clamores,
Principalmente cuando se disputan
La subsistencia y luchan por la presa.
Y su ronco cantar mudan las otras
Según. las estaciones, como lo hacen
Cornejas vividoras, y las bandas
De cuervos cuando anuncian, según dicen,
Y llaman vientos, lluvias y tormentas.
Pues si las diferentes sensaciones
Al animal obligan, siendo mudo,
A proferir sonidos diferentes,
¿Cuánto más natural es que haya el hombre
Podido designar diversas cosas
Entonces con sonidos peculiares?

Mas para prevenirte una pregunta
Que quizá en tu interior me estás haciendo,
El rayo fué el primero que a los hombres
Trajo el, fuego a la tierra: de allí nacen
Todas las llamas que hora disfrutamos.

¿No vemos muchos cuerpos abrasados
Con llamas celestiales cuando lanza
Su fuego en tierra el aire borrascoso?
Fuera de que se incendia árbol frondoso
Cuando, siendo agitado por los vientos,
Se frota con las ramas de otro árbol.

Y así como se va aumentando el frote
Arroja chispas y hace algunas veces
Brillar fuegos ardientes en las ramas
En medio de su mutua rozadura:
De una de aquestas causas nace el fuego.

Mas viendo que los rayos del Sol daban
Sazón y madurez a cualquier fruto,
Trataron ellos con la acción del fuego
De cocer y ablandar los alimentos;
Y aquellos que tenían más ingenio,
Y mucho más su espíritu alcanzaba,
Iban de día en día introduciendo
En el sustento y vida primitiva
Otras mudanzas nuevas con el fuego.

A levantar ciudades empezaron
Y a construir alcázares los reyes,

Do pudiesen tener seguro asilo:
Repartieron las tierras y ganados
Conforme a la belleza y al ingenio
Y la fuerza y valor de cada hombre,
Porque eran estas prendas naturales
Las que más a los hombres distinguían:
Por fin, se introdujeron las riquezas,
Y descubrióse el oro, que al momento
Envileció la fuerza y hermosura:
Por lo común hermosos y valientes
Hacen crecer la corte del más rico.

Si la sola razón nos gobernase,
La suprema riqueza consistiera
En ser el hombre igual y moderado;
Cuando hay pocos deseos, todo sobra:
Mas los hombres quisieron ser ilustres
Y poderosos, para de este modo
Hacerse eternamente afortunados
Y tranquilos vivir en la opulencia.
¡Esfuerzos vanos! pues la muchedumbre
De los hombres que van tras la grandeza
Llenó todo el camino de peligros;
Si llegan a encumbrarse, los derroca
De ordinario la envidia, como un rayo,
En los horrores de una muerte infame.
Debe, por tanto, el ánimo prudente
Anteponer la quieta servidumbre
Á la ambición del trono soberano.
Deja a estos miserables se consuman,
Y se amancillen con sudor y sangre,

Y forcejeen en la senda estrecha
De la ambición sin fruto; pues no advierten
Que la envidia recoge, como el rayo,
Sus fuegos en los sitios más alzados:
Su saber sólo estriba en dicho ajeno,
Y apetecen las cosas más de oídas
Que consultando a sus sentidos mismos:
Al presente es el hombre como ha sido
Y como será siempre en cualquier tiempo.
Así, cuando a los reyes dieron muerte,
La majestad antigua de los tronos
Y los soberbios cetros derribados
Yacían con infamia; y de sus sienes
La brillante diadema ensangrentada,
Pisoteada por los pies del pueblo,
Se lamentaba de su inmensa gloria:
Pues codiciosamente se aniquila
Lo que antes se adoró con miedo acerbo.

La autoridad suprema se volvía
Al pueblo entonces y a la muchedumbre:
Y cada cual el cetro demandaba,
El sumo imperio y la soberanía.
Eligieron de entre ellos magistrados,
Que obedecieron voluntariamente:
Porque el género humano, fatigado
De vivir en la dura servidumbre,
Y con enemistades extenuado,
Más de su grado recibió las leyes
Y los justos derechos: pero como
El enojo llevase la venganza

Mucho más lejos de lo que las leyes
Permiten al presente, se cansaron
De la anarquía y las venganzas fieras.
De aquí nació el temor de los castigos,
Que envenena los gustos de la vida:
El hombre mismo violento, injusto,
Queda en sus propios lazos enredado:
La iniquidad se vuelve casi siempre
Contra su mismo autor: gozar no puede
De una vida pacífica y tranquila
El que viola los sociales pactos.

Aun cuando sus acciones estuviesen
a los hombres y dioses encubiertas,
Debe estar en continuo sobresalto
De que se haga patente su delito;
Pues refieren que muchos en el sueño
o delirando en las enfermedades
Se descubrieron infinitas veces,
Y revelaron crímenes que habían
Tenido mucho tiempo reservados.

No es difícil el dar razón ahora
De lo que motivó entre las naciones
a creer la existencia de los dioses,
Y las ciudades inundó de altares
Y estableció los ritos religiosos,
Estas pompas augustas que en el día
Se hacen en las empresas importantes
Por todas las naciones de la Tierra:
Y cuál sea la causa y el origen

De este horror infundido a los mortales
Que erige en todo el orbe de la tierra
A las divinidades nuevos templos,
Y con días festivos las obsequia.

Es que ya desde entonces los mortales,
Aunque despierto el ánimo, veían
Los simulacros sobrenaturales
Que la ilusión del sueño exageraba
A su imaginación: así, creyendo
Que movían sus miembros y que hablaban
Con imperiosa voz, proporcionada
Á su gran porte y fuerzas desmedidas,
Por vivos y sensibles los tuvieron.
También los suponían inmortales;
Pues siendo su hermosura inalterable,
Con la misma belleza se ofrecían
Á ellos los fantasmas celestiales;
Y porque siempre con tan grandes fuerzas
Creían imposible que triunfase
De ellos acción alguna destructora:
También por muy dichosos los tenían,
Pues no les inspiraba sobresalto
El temor a la muerte; y porque en sueños
Los veían hacer muchos prodigios
Sin quedarse por ellos fatigados.

La morada y palacio de los dioses
Pusieron en los cielos, porque es donde
Parece que voltean Sol y Luna;
De allí viene la noche, de allí el día,

Y los astros errantes allí brillan
Y los volantes fuegos por la noche;
Los nublados, rocíos, lluvias, nieve
Vientos, rayos, granizo y raudos truenos,
Y los murmullos largos de amenazas,
¡Oh raza de los hombres sin ventura!
¡Cuando a los dioses concedió existencia
Y los armó de cólera inflexible,
Cuántos gemidos asimismo entonces,
Qué heridas a nosotros, y qué llantos
A nuestra descendencia ocasionaron.

No es piedad el dar vueltas a menudo,
Tapada la cabeza ante una piedra,
Ni el visitar los templos con frecuencia,
Ni el andar en humildes postraciones,
Ni el levantar las manos a los dioses,
Ni el inundar sus aras con la sangre
De animales, ni el cúmulo de votos:
Que la piedad consiste en que miremos
Todas las cosas con tranquilos ojos;
Porque cuando hacia arriba los alzamos
A contemplar las bóvedas inmensas
Y todo el estrellado firmamento;
Cuando reflexionamos la carrera
Del Sol y de la Luna, se despierta
Entonces en el pecho de repente
Una inquietud, que al parecer habían
Los otros males de la vida ahogado,
Y el hombre se pregunta si por dicha
Hay alguna deidad omnipotente

Que estos resplandecientes globos mueve;
Pues la misma ignorancia de las causas
Hace que ande el espíritu dudoso:
Se indaga qué principio tuvo el mundo,
Y cuál será su fin y hasta qué tiempo
Él podrá resistir este trabajo
De estar en un continuo movimiento;
o si, inmortalizado por los dioses,
Podrá desafiar por muchos siglos
De eterna duración las grandes fuerzas.

p

¿Qué espíritu, además, no apoca el miedo
De los dioses? ¿Á qué hombre no se hielan
Los miembros de pavor cuando la tierra
Abrasada retiembla con el golpe
Horrible de los rayos, y recorren
Todo el cielo murmullos espantosos?
No se estremecen pueblos y naciones?
Sobrecogidos los soberbios reyes,
¿No abrazan las estatuas de los dioses
Temblando aquel instante formidable
De expiar sus acciones criminales
Y todos sus tiránicos mandatos?
¿Y cuando barren los furiosos vientos
Al jefe de la escuadra por los mares
Con sus bravas legiones y elefantes,
Pávido no hace votos a los dioses
Para obtener a fuerza de plegarias
Tranquilidad y vientos favorables?
En vano todo; porque arrebatado
Por algún violento remolino,

En los escollos va a encontrar la muerte:
Ciertamente parece que se burla
De los humanos acaecimientos
Una fuerza secreta, y se complace
En pisar con ludibrio las segures
Y los fascas hermosos. Por fin, cuando
Debajo de los pies vacila el orbe,
Cuando caen las ciudades desplomadas,
Y están amenazando otras ruina,
¿Por ventura, es extraño que los hombres
Se llenen de desprecio hacia sí mismos,
Y reconozcan un poder más grande
Y una fuerza divina extraordinaria
Que a su gusto dirija el universo?
Por lo demás, el oro, cobre y hierro,
Y la plata y el plomo, se encontraron
Cuando devoró el fuego vastas selvas
En las montañas, bien cayendo rayos,
Ó bien los hombres peleando en bosques
Fuego arrojasen contra el enemigo
Para atemorizarle; y ya movidos
De la bondad el suelo dispusieron
Hacer los bosques tierras labrantías,
o bien en praderías convertirlos:
Ó para destruir más fácilmente
Las fieras y quedar ricos con ellas:
Pues se usaron primero en cacerías
Los hoyos y los fuegos que las redes
Para cercar un bosque, y las jaurías
Que levantan la caza Cualquier causa
Que haya dado, principio a aquel incendio,

Cuando hubo viva llama devorado
Con un horrible estrépito las selvas
Hasta la raíz misma, y recocado
La tierra con su fuego, arroyos de oro
Y de plata, además de cobre y plomo,
Después de haber corrido por las venas
Encendidas del Globo, se juntaron
En cavidades; y consolidados,
Viendo cómo brillaban en la tierra,
Prendados de su brillo y hermosura,
Los recogían cuidadosamente:
Y observando tenían la figura
De aquellas cavidades en que estaban,
Pensaron que con fuegos derretidos
Se les podía dar cualquiera forma
Y cualquiera figura; y golpeando,
Hacer se adelgazasen y extendiesen
Y rematasen en aguda punta:
Vieron también ser buenos para armas,
Para corta de selvas, pulimento
De materiales y cuadrar maderos,
Para taladros, para excavaciones:
Quisieron emplear la plata y oro
En los mismos servicios que hizo el cobre,
Pero fué en vano, porque no tenían
Bastante consistencia estos metales,
Ni la dura fatiga resistían.
Tuvo entonces el cobre mayor precio,
Y se despreció el oro como inútil
Embotando su punta fácilmente
Despréciase ahora el cobre; el oro sube

A la mayor estima: de este modo
Cambia el tiempo la suerte de las cosas;
Lo que antes se estimaba, hoy se desprecia;
Lo que no se quería, vale ahora
Y se codicia más de día en día,
Y es el objeto digno de alabanzas,
Y tiene sumo aprecio entre los hombres.

Cómo se descubrió el uso del hierro
Tú mismo puedes conocerlo, Memmio.
Las manos fueron las primeras armas,
Y las uñas y dientes; y las piedras,
Y las ramas de árboles, y el fuego,
Y la llama después que se encontraron.
Se supieron después las propiedades
Del hierro y cobre; pero el uso de éste
Se conoció mucho antes que el del hierro.
Por ser más a propósito y copioso,
Se labraba la tierra con el cobre,
Y con cobre se daban los combates,
Se sembraba la muerte y se robaban
Los campos y ganados; pues desnudos
E inermes se rendían fácilmente
a gente armada: convirtiéndose el hierro
Casi insensiblemente en las espadas,
Y llegó a ser tirada con desprecio
La hoz de cobre; y a romper el suelo
Empezaron con hierro, y decidióse
De las batallas la dudosa suerte.
Y montar un caballo y gobernarle
Con riendas y con frenos, combatiendo

Con la mano derecha, fué primero
Que arrostrar los peligros de la guerra
Sobre un carro que tiran dos caballos;
Y precedió este tiro a la cuadriga
Y a la invención de los falcados carros.
Llegaron a enseñar cartagineses
Después al elefante monstruoso,
Que lleva torres y la trompa pliega,
A recibir heridas en la guerra
Y a meter el desorden en las huestes.

Así inventó Discordia sanguinaria
Medios de asolación uno tras otro,
Todos horribles a la humana gente,
Y un nuevo colmo de terror pusiera
a la guerra espantosa cada día:
Y se probó también en los combates
El furor de los toros, y ensayaron
Que embistiesen crueles jabalíes
Al enemigo: y los leones bravos
En la guerra a los Partos precedían
Con conductores bien provistos de armas,
Y terribles maestros, destinados
a refrenar su ardor con las prisiones:
Inútilmente; porque, enardecidos
Con la sangre y matanza, derramaban
El desorden, crueles. por doquiera
Sus melenas horribles sacudiendo.
Ni dirigir podían los jinetes
a los caballos atemorizados
Con los rugidos, ni tampoco hacerlos

Que volviesen la cara al enemigo.
Las leonas, furiosas se arrojaban
Del uno al otro ejército saltando,
Presentaban su boca amenazante
A todos los que al paso se encontraban,
Por detrás los cogían descuidados,
Y a tierra los echaban destrozados
Con garras y con dientes: y los toros
Lanzaban por el aire jabalíes,
Y después con coraje los pisaban;
Las tripas del caballo echaban fuera
Metiéndole las astas por debajo,
Y después de caído se arrojaban
Sobre él, amenazándole de nuevo.
Pero empleaban contra sus aliados
Los jabalíes sus colmillos fuertes,
Y teñían furiosos en su sangre
Las armas rotas, y con nueva furia
A infantes y jinetes daban muerte.
Huían velozmente los caballos
De la fiera embestida de sus dientes,
Empinándose: puesto que allí vieras
Rotos sus corvejones, de repente
Abandonar la mole de su cuerpo
Á pesada caída los caballos.
Creyendo que estarían bien domados,
De cara encarnizarse los veían
En medio de la acción de las heridas,
De confusión, espanto, gritos, fuga.
No se podía sujetar ninguno;
Todos se dispersaban: de manera

Que hicieron lo que aun hacen hoy en día
Los elefantes en la guerra heridos,
Que huyen después de haber desparramado
El estrago y la muerte entre las filas
Que con tanta bravura defendieron.
Sin embargo, no puedo persuadirme
De que no hayan previsto de antemano
Las comunes desgracias que traería
Entre ellos este uso abominable;
Y quisiera también que comprendieses
En estos males a los varios mundos
Que de diverso modo ha construido
Naturaleza, y no los limitaras
A sólo nuestro mundo: la esperanza
De vencer no introdujo estos estragos;
Más bien los hombres, que desconfiaban
De su número, y armas no tenían,
Quisieron, pereciendo en el ataque,
Dar que gemir a las contrarias filas.

Eran entrelazados los vestidos
Primero que el tejido se inventara:
El arte de tejer se siguió al hierro;
Pues sólo con el hierro hacerse pueden
Instrumentos tan finos como Ilusos,
Córcolas, lanzaderas y las planchas.
a los hombres forzó Naturaleza
A trabajar la lana antes que diera
Este oficio a las hembras; porque el hombre
Tiene mayor industria y sobresale
En cualquier arte: empero vergonzoso

Pareció a los robustos labradores,
Y en manos de las hembras la pusieron,
Y para sí dejaron los trabajos
Más duros y penosos, y escogieron
Fortalecer con ellos cuerpo y manos.
Pero enseñó también Naturaleza
El arte de plantar y los injertos;
Ella dió estas lecciones la primera,
Mostrando las semillas y bellotas
Que cada una a su tiempo producía
Al pie del árbol mismo do cayera
Un enjambre de arbustos: desde entonces
Gustaron injerir ellos en ramas
Renuevos de otra especie, y por los campos
Les agradó plantar arbustos nuevos.
Hicieron nuevo ensayo cada día
En la cultura de su dulce campo,
Y veían los frutos más silvestres,
Con el blanco cultivo y el cuidado,
Llegar a suavizarse. Y obligaron
A meterse las selvas hacia el monte
De día en día, y a dejar los llanos
a la cultura, para que los prados,
Los lagos, los arroyos y los frutos
Y las viñas alegres ocupasen
Los campos y collados, y el olivo
Pudiese por el medio derramarse
Por cerros y por valles y por campos
En tendidas hileras, como ahora
Ves la gustosa variedad que ofrecen
Las campiñas, doquiera divididas

Ó guarnecidas de árboles frutales.
Mas los claros gorjeos de las aves
Con la voz se imitaban mucho antes
Que pudiesen los hombres regalarse
Los oídos con versos armoniosos
De melódico son y dulce halago:
Y el silbido del céfiro en los huecos
De las cañas les dió lección primera
De inflar la campesina cañaheja
Después, por dedos ágiles tocada,
Y acompañada de la voz, la flauta
Poco a poco hizo oír sus dulces quejas:
Fue inventada en los bosques retirados,
En las selvas y montes solitarios,
Entre los dulces ocios de pastores.
Lentamente va el tiempo de este modo
Sacando a luz las artes diferentes,
Y el ingenio las va perfeccionando.
Suavizaban las penas de la vida
Con estos inocentes pasatiempos
Cuando acababan la frugal comida,
Al tiempo que el descanso es más gustoso.

Y así por lo común, ellos, tendidos
Sobre la verde grama, al pie del agua
De un arroyo, debajo de las ramas
De algún árbol erguido a poca costa
Gozaban de placeres inocentes,
Mas sobre todo en la estación risueña,
Cuando con verde hierba engalanaba
Y con flores los prados el verano:

Entonces era el tiempo de las danzas,
Entonces de las pláticas, entonces
De las dulces risadas, porque entonces
La musa pastoril se remontaba:
Los provocaba entonces la alegría
A adornarse los hombros y cabeza
Con guirnaldas de flores y de hojas,
Y herían sus pies rústicos la tierra,
Esta madre común, pesadamente
Sin compás ni soltura, por lo que eran
Las risas o inocentes carcajadas;
Haciendo los placeres más extraños
Su misma novedad: y, desvelados,
De aquí sacaban ellos sus consuelos,
La voz acomodando a varios cantos
Y pasando sus labios apretados
Sobre sus caramillos. Al presente
Recreamos así nuestros desvelos,
Y aprendernos la música con reglas,
Mas no cogemos frutos tan colmados
De la dulzura como los cogía
La raza inculta de hijos de la Tierra.
Así que, el bien presente preferimos
Y nos agrada más suavemente
Sí otro más superior no conocemos,
Y los nuevos inventos perjudican
A los antiguos y del todo mudan
Nuestros gustos: por eso aborrecimos
La bellota; por eso hemos dejado
Las camas de los céspedes y hojas:
La piel cayó también en el desprecio;

Aquel vestido de feroces bestias.
¡Cuánto me temo que la envidia entonces
Contra aquel inventor se encarnizase
Que la vistió primero asesinando
Traidoramente este hombre; y a la postre
Los demás entre sí se repartieron
La piel sangrienta sin querer dejarla!
Porque entonces las pieles, ahora el oro
Y púrpura ejercitan a los hombres
Con zozobras, combates y fatigas:
Nosotros somos más culpables que ellos,
Pues sin pieles el frío atormentaba
Á los desnudos hijos de la Tierra;
Nosotros ningún daño recibimos,
Careciendo de púrpura y de oró
Y de ricos bordados, si tenemos
Un vestido común que nos abriga.

Así en vano se afana el hombre siempre
Y de continuo se atormenta en vano,
Y en cuidados superfluos gasta el tiempo,
Porque no pone límite al deseo,
Y porque no conoce hasta qué punto
El placer verdadero va creciendo:
Y esto es lo que ha lanzado poco a poco
Entre borrascas a la humana vida,
Y ha movido unas guerras tan crueles
Para arruinar la sociedad entera.

El Sol y Luna, estos brillantes globos
Que van luciendo alternativamente

Por el rico palacio de los cielos,
Han dado bien a conocer al hombre
Vicisitud constante en estaciones
Y de naturaleza el orden cierto.

El hombre ya vivía en fuertes torres,
Y la tierra se había repartido,
Y estaba floreciente su cultura;
Florece la mar con hondas naves;
Y por medio de pactos y alianzas
Entre sí ya se unían las naciones,
Cuando con sus canciones los poetas
A transmitir hazañas empezaron
a la posteridad: no mucho antes
Se inventó la escritura: por lo tanto,
De estos antiguos siglos no logramos
Más vestigios que aquellos que entrevemos
Por la razón guiados solamente.

Y la navegación, la agricultura,
La arquitectura, la jurisprudencia,
El arte de hacer armas y caminos,
De preparar las telas, y las otras
Invenciones a estas semejantes,
Y aun todas las que son de mero gusto,
La pintura, escultura y poesía,
Se inventaron a fuerza de experiencias
Por la necesidad y por la industria.
.El tiempo de este modo poco a poco
Trae los descubrimientos de las cosas,
Y la industria adelanta sus progresos;

Pues vemos que el ingenio perfecciona
Las artes sin cesar unas con otras,
Hasta que logran perfección cumplida.

LIBRO VI

En otro tiempo Atenas la primera,
Ciudad famosa, descubrió los frutos
a los mortales desafortunados,
Y les dió nueva vida, y les dió leyes,
Y la primera dió dulces consuelos
Contra las desventuras de la vida;
Cuando produjo al mundo el varón sabio
De cuya boca la verdad salía,
Y de cuyas divinas invenciones
o Se asombra el universo, y cuya gloria,
Triunfando de la muerte, se levanta
A lo más encumbrado de los cielos.
Porque viendo este hombre que ya habían
Todo lo más preciso los mortales
Para vivir y conservar la vida;
Que tenían riquezas abundantes,
Y honor, y gloria, y bien nacidos hijos;
Pero que no dejaban de angustiarse
Y gemir como esclavos en prisiones,
Llegó a entender que todo el mal venía
Del mismo vaso, que teniendo vicio
Malea lo que se echa más precioso:
Ya porque permeable y sin asiento
No se llena por mucho que se le eche,
Ya porque el interior todo emporcado,
Con su negro venero inficionaba
Cualquier cosa en el vaso contenida.
Limpió, pues, los humanos corazones

Con la verdad; les limitó el deseo,
Les curó sus cuidados y temores,
Y declaróles la naturaleza
Del sumo bien, a que aspiramos todos,
Y el camino más fácil y más corto
Para llegar a él derechamente;
Y demostróles cuáles son los males
a que sujeta a los mortales todos,
El poderío de Naturaleza,
Y que asaltan al hombre acometiéndole,
o por acaso o necesariamente,
Según Naturaleza dispusiera:
Les dijo por qué lado debe el alma
Á sus asaltos resistir invicta,
Y probó cuán en vano ella fomenta
De ordinario en el fondo de sí misma
Las zozobras de tristes aflicciones:
Así como los niños temerosos
Se recelan de todo por la noche,
Así nosotros, tímidos, de día
Nos asustamos de lo mismo a veces
Que despavorir suele a los muchachos.

Preciso es que nosotros desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
No con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la Naturaleza:
Mi voz la cantará con nuevo aliento.
Y como te enseñé que el edificio
Del Mundo era finible, y que tenía
Principio el cielo, y que los seres todos

Que nacen y nacieron es preciso
Que necesariamente se disuelvan,
Oye lo que me falta descubrirte,
Puesto que la esperanza de mi triunfo
Me animó a que subiese sobre el carro
Brillante de la gloria, y nuevo aliento
Me han dado los obstáculos que había.
Y los demás fenómenos que observan
En el Cielo y la Tierra los mortales
Tienen suspensas con pavor sus almas,
Las humillan con miedo de los dioses,
Y las tienen cosidas con la tierra,
Puesto que la ignorancia de las causas
Los fuerza a sujetar Naturaleza
Al imperio de dioses y a ponerles
En sus manos el cetro, y se imaginan
Que algún poder divino hace las obras
Cuyo primer resorte ellos ignoran:
Porque los que estuvieren persuadidos
De que los dioses viven descuidados,
Si no obstante se admiran de las causas,
En especial de aquellas apariencias
Que encima de nosotros se descubren
En la región etérea, nuevamente
Caen en su inveterado fanatismo,
Y nos ponen tiranos inflexibles,
A quienes para colmo de miseria
Les conceden poder ilimitado;
Ignorando qué cosa existir puede,
Cuál no puede, y los límites precisos
Que la Naturaleza ha señalado,

En fin, a la energía de los cuerpos,
Por lo que más y más se descaminan.

Si no desechas semejantes yerros
Teniendo por indignos de los dioses
Y ajenos de su calma estos cuidados,
Vendrán a tu presencia de continuo
Estas santas deidades resentidas;
No porque capaz sea de enojarse
La majestad suprema de los dioses,
Y deseen coléricos vengarse
Con ejemplar castigo de los hombres;
Sino porque estarás muy persuadido
Que en el seno de un plácido reposo
Revuelven las venganzas en su pecho;
No entrarás en los templos de los dioses
Con pacífico pecho, ni es posible
Que aquellos simulacros emanados
De sus augustos cuerpos te presenten
Sus divinas imágenes con calma;
¡Ya ves cuán triste vida te amenaza!
Aunque sabiduría por mis labios
Te ha explicado verdades infinitas
Para alejar de ti tan dura suerte;
Otras muchas me faltan todavía,
Y tengo yo además que engalanarlas
Con lindos versos; tengo que explicarte
Los diversos fenómenos del cielo:
Cantaremos también las tempestades
Y las causas y efecto de los rayos,
Porque, supersticioso, neciamente

En regiones diversas no repartas
El cielo para ver, todo temblando,
De qué parte salió el alado fuego,
o hacia dónde tiró precipitado,
Y cómo por las tapias se introduce,
Y Cómo sale de ellas victorioso:
Pues todos son efectos naturales,
Que atribuyen los hombres a los dioses
Porque no pueden penetrar las causas.
Calíope, diestra musa, que a los hombres
Alivias, y recreas a los dioses,
Ven a instruirme tú de mi corrida
Hacia la ruta de carrera ilustre,
Para ceñir, guiándome tú ahora,
De corona inmortal mi sien gloriosa.

Tan sólo se estremecen con el trueno
Las azuladas bóvedas celestes
Cuando agitadas por contrarios vientos
Se chocan mutuamente etéreas nubes
Por las altas regiones remontadas;
Pues no viene el tronido de aquel lado
Que hay sereno en el cielo: pero cuando
Las nubes condensadas se amontonan
En una parte, allí con mayor fuerza
Suele sentirse el tormentoso ruido.
Además, que no pueden ser las nubes
De una masa tan densa como piedras
Y vigas; ni tampoco tan sutiles
Como la niebla y humo, pues debieran
Caer en fuerza de su mucho peso

En el caso primero como piedras;
Si tuvieran la misma consistencia
Que tiene el humo, no pudieran ellas
Contener los granizos y las nieves.
En la inmensa llanura de los aires
Hacen también un ruido semejante
Al de los grandes lienzos que se agitan
Por entre las columnas y las vigas
De nuestros coliseos; otras veces,
Rasgadas por la furia de los vientos,
Imitan el sonido delicado
Que hace roto el papel entre los dedos,
Como en el trueno puedes observarlo;
Ó el ruido de un vestido que hay colgado,
o de tina hoja volante que los vientos
En fuerza de sus golpes repetidos
Agitan y renueven por los aires.

También sucede a veces que las nubes
En lugar de chocarse por delante
Se comprimen de lado, y van raspando
Por medio de encontrados movimientos
Lo largo de su cuerpo, de do nace
Aquel sonido seco que magulla
Los oídos, y dura mucho tiempo,
Hasta que se, ven libres de aquel lazo.
Otra causa hay también por la que el trueno
Nuestro inundo conmueve en ocasiones
Con estremecimientos tan horribles
Que parecen las bóvedas del Mundo
Por todas partes reventar deshechas

Con repentino golpe; cuando entrado
De pronto el huracán impetuoso
En medio de las nubes allí brega:
Rápido torbellino que condensa
La nube con esfuerzos redoblados,
La estrecha por los lados, y la ahueca:
Pero cuando por fin abrieron paso
Su impetuosidad y su violencia,
Con horrible estampido sale el viento:
No es maravilla, cuando el mismo ruido
De un estallido igual da muchas veces
Una simple vejiga llena de aire.

También puede explicarse de otro modo
Aquel ruido que excitan en las nubes
Los vientos; porque vemos de ordinario
Que las nubes presentan superficies
De ramificación larga é, incierta:
Luego deben hacer el mismo ruido
Que las hojas y ramas de una selva
Cuando son de los cierzos agitadas.
Puede también la furia de los vientos
Reventar una nube si la embisten
Directamente con furioso aliento:
La experiencia nos dice cuánta fuerza
Debe tener su soplo por arriba,
Cuando aquí bajo, siendo más suave,
Echan a tierra el árbol más erguido
Y arráncanle de cuajo fácilmente.
Hay también en las nubes como olas
Que deben, estrellándose con furia,

Producir un murmullo tan profundo
Como el que hace un gran río y océano
Cuando es por las tormentas agitado.
También del rayo los ardientes fuegos,
Cuando de nube en nube van cayendo,
Quizá vienen a dar en nube acuosa,
Donde mueren con ruido semejante
Al chirrío del hierro caldeado,
Cuando rápidamente le metemos
Desde la misma fragua en agua fría:
Pero si árida nube coge al rayo,
Se inflama de repente con gran ruido:
De esta manera el fuego provocado
Con torbellino de furiosos vientos
Se extiende por los montes coronados
De laureles al punto consumidos:
No hay cuerpo combustible que devore
El fuego con un ruido más terrible
Que el árbol consagrado al dios de Delfos.
Por fin. el hielo haciéndose pedazos,
Y el granizo cayendo hacen retumben
Las nubes a lo lejos, cuando el viento
Las junta y amontona semejantes
A las montañas, y por fin quebradas
Caen en tierra revueltas con granizo.
También relampaguea si las nubes
Arrojan mucha ignífera semilla
En fuerza de su choque, a la manera
Que sacudiendo un pedernal con otro,
o dando con un hierro, se ve entonces
Brillar la luz y chispear de lejos:

Y el relámpago ya vieron los ojos

Cuando llegan los truenos al oído;
Porque hieren más pronto los objetos
La vista que el oído, como puedes
Observando tú mismo, si te pones,
A ver cortar al leñador las ramas
Superfluas de algún árbol con el hacha;
Pues le verás primero dar el golpe
Que llegue a tus orejas el sonido:
El relámpago vemos asimismo
Antes que percibamos el sonido,
Siendo tino y otro a un tiempo y siendo hijos
Del mismo choque y de la misma causa.
También explicaré de otra manera
Por qué de rauda luz bañan la tierra
Las nubes y sus fuegos tembladores
Hacen brillar durante la borrasca.
Luego que el viento acometió a la nube,
Y agitándola siempre, como dije,
Logró ahuecarla, y recogerla al centro,
Con movimiento rápido se inflama,
Porque vemos nosotros abrasarse
Todo cuerpo movido con presteza,
Y aun la bala de plomo derretirse
En un gran trecho, cuando el remolino
Inflamado rasgó la obscura nube,
Desparrama sus fuegos de repente
Lanzados de la nube con esfuerzo,
Obligando a cerrar los ojos: luego

Óyese el estampido, que la oreja
Hierde más tarde que la luz los ojos:
Todos estos efectos ciertamente
Suponen nubes densas, que arrojadas
Sean también con ímpetu admirable.
No dejes engañarte de tus ojos,
Que no te enseñan más desde aquí bajo
Que la extensión y anchura de las nubes
Más bien que el grueso de ellas y su altura.
Para desengañarte, considera
Las nubes parecidas a unos montes
Que los vientos trasponen por los aires
En dirección contraria: o si los vientos
Yacen en sus entrañas sepultados,
Verás amontonadas estas nubes
Unas sobre otras por los altos montes,
Apretarse entre sí por las alturas.
Entonces podrás tú formar idea
De sus masas enormes; ver en ellas
Especies de cavernas fabricadas
En rocas suspendidas, y los vientos,
Cuando llenan su centro dando muestras
De tempestad, se indignan en las nubes
Al verse dentro de ellas encerrados,
Como lo hacen las fieras en sus jaulas:
Resuenan a lo lejos sus bramidos,
Por todas Partes quieren escaparse,
Desprenden de la nube unas semillas
De fuego, que amontonan y revuelven
En lo interior de sus ardientes hornos,
Hasta que ya por fin rasgan la nube

Y en torrentes de luz huyen los vientos.
Los rápidos relámpagos que vuelan
Hacia la tierra, fuegos transparentes
Más brillantes que el oro, tal vez deben
Su nacimiento a la substancia misma.
De las nubes, que dentro de sí encierran
Precisamente una abundante copia
De moléculas ígneas: en efecto,
Cuando ningún humor tienen las nubes,
Por lo común es su color brillante
Así como la llama, porque debe
También la luz del sol precisamente
Comunicarlas infinitas partes
Para estar encendidas de este modo
Y hacerlas brotar fuego: cuando el viento
Amontonó estas partes en un sitio,
Y comprime la nube fuertemente
Por donde ellas están amontonadas,
Exprime de la nube estas semillas
De fuego, las esparce, y las obliga
Á arder con los colores de la llama.
También relampaguea sí las nubes
Están enrarecidas; cuando el aire
Agitando la nube dulcemente
Sus partes va ensanchando y disolviendo,
Es preciso que caigan por sí mismas
Las semillas de fuego causadoras
Del relámpago entonces sin estruendo,
Sin destrucción y sin causar terrores.
Además, los efectos de los rayos
Dicen cuál sea su naturaleza:

Las señales que dejan en los cuerpos
Que consumieron, los vapores densos
Del azufre que exhalan nos demuestran
Que son de fuego, no de aire o de agua:
Abrasan además las fuertes torres,
Y con rápida llama hacen cenizas
Los edificios: la Naturaleza
Este fuego voraz formó de intento
De sus fuegos más vivos y sutiles:
Ninguna cosa puede resistirle;
Por medio de las casas pasa el rayo
Con tanta valentía y ligereza
Como el rito y la voz; él atraviesa
Las peñas y metales; cobre y oro
Derrite en un momento, y de repente
Disipa el vino sin lesión del vaso,
Porque tal vez llegando a introducirse,
Su calor fácilmente en las paredes
Del vaso, las afloja y enrarece
Y echa por todas partes los principios
Del vino adelgazándolos primero:
El mismo Sol hacerlo no podría
En todo un siglo; tanta es la ventaja
Del poderío activo de los rayos.
Ahora te explicaré sin digresiones
Cómo se forma el rayo, y cómo adquiere
Una fuerza capaz de hender las torres,
Derribar casas, arrancar las vigas,
Demoler las memorias de los hombres
Y dejar a los mismos hombres muertos,
Sin vida echar por tierra los ganados,

Y muchas destrucciones semejantes.
De las nubes espesas y apiñadas
Por las altas regiones nace el rayo:
Ninguno viene de sereno cielo,
Ni las nubes ligeras los despiden;
Como nos lo declara la experiencia
Cuando vemos cubrirse la atmósfera
De espesas nubes en aquel momento
En que la tempestad prepara el rayo:
Parece que han salido las tinieblas
Del Aquerón, a un tiempo, obscureciendo
La cavidad inmensa de los cielos;
Nos cubre horrible noche con su manto;
Pende el terror encima de nosotros.
También alguna vez la negra noche,
Como río de pez que descendiese
Del cielo por el mar, sobre sus ondas
Cae tan precipitada, y a lo lejos
Derrama las tinieblas; tras sí arrastra
La tempestad, preñada de huracanes,
De rayos y de fuegos y de vientos
Tan furibundos, que en la tierra tiemblan
Los hombres y se meten en sus casas.
Es creíble que tengan mucho cuerpo
Las nubes borrascosas que se forman
Sobre nuestras cabezas; pues la Tierra
En noche obscura no se sepultara
Si multitud de nubes por encima
Toda la luz del Sol no la robaran;
Las lluvias abundantes no podrían
Hinchar los ríos é inundar los campos,

Si no estuviera la región etérea
Llena toda de nubes elevadas.
Fuegos y vientos hay por todas partes,
De cualquier lado truena por lo mismo,
Y salen los relámpagos: ya he dicho
Que tienen mucha ignífera semilla
Todas las nubes en su centro hueco:
Que los rayos del Sol y sus ardores
Las aumentan también precisamente.
Cuando el viento amontona en su paraje
Todas aquellas nubes, saca de ellas
Infinitas moléculas de fuego,
Con las cuales él mismo se revuelve:
El remolino entonces prisionero
En la nube se agita, y allí aguza
El rayo en medio de esta fragua ardiente.
El viento, pues, se enciende de dos modos:
Por actividad propia, o por contacto
De fuego: y cuando ya de esta manera
Se encendió él a sí mismo, o recibiera
La impresión de la llama, presto el rayo
Rompe la nube; entonces de improviso
Luces resplandecientes va esparciendo
Por todas partes, y hórrido estallido
Se deja oír, como si caminaran
Sobre nosotros, rotas de repente
Las bóvedas del cielo: todo el Globo
Retiembla entonces, y de polo a polo
Por todo el firmamento corre el trueno:
Porque a la vez se agitan y retumban
Todos juntos entonces los nublados,

Y de este general sacudimiento
Nace una lluvia tan copiosa y fuerte,
Que parece que quiere convertirse
En agua todo el cielo, y que de nuevo
Se va a anegar la Tierra con diluvio:
Tanto asusta el sonido de las nubes
Que se rompen a un tiempo, y de los vientos
Que braman agitados, y el rayo
Que reluce volando por los aires.
También un viento externo e impetuoso
Viene a caer sobre una nube espesa
Do está el rayo formado, la que abert,
Deja caer de pronto el torbellino
De aquel fuego que rayo le llamamos:
Esto también sucede a otros nublados
Según las direcciones de los vientos.
Puede también acontecer a veces
Que, sin estar el viento aún encendido,
Sin embargo se inflame largo trecho;
Que en su misma carrera se despoje
De aquellos elementos más groseros
Que no pueden pasar por la atmósfera,
Y que el aire mismo tome al paso
Las más finas moléculas, que le hagan
Inflamarse volando envuelto en ellas:
Como bala de plomo se escandeece
En su carrera cuando va dejando
Los principios más fríos el aire,
Y semillas de fuego en él recoge.
La inflamación, en fin, puede que nazca
Del mismo choque; cuando el viento frío

Sin fuego azota, entonces por ventura
Saca la violencia de su golpe
Moléculas de fuego de sí mismo
Y del cuerpo chocado, como cuando
Un pedernal herimos con el hierro
Salen las chispas, y aunque el hierro es frío,
Sabe la colisión sacar semillas
Refulgentes de llama; pues lo mismo
Debe encender el soplo de los vientos
Los cuerpos sacude, si inflamable
Es la naturaleza de estos cuerpos:
Sin ser un temerario no se puede
Eternamente asegurar que el viento
Tan rápido bajando desde arriba
Sea del todo frío: y si en su curso
No se inflamó, debe llegar al menos
Entibiado y rvuelto en algún fuego.
La rapidez del rayo y golpe fuerte
Y su caída violenta nacen
De su natural ímpetu: encerrado
En las nubes, y allí, cobrando fuerzas,
Con nuevo brío intenta salir de ellas;
Cuando el nublo no puede resistirse
A este aumento de ímpetu se escapa
Con una prodigiosa ligereza
El fuego destructor, como las piedras
Lanzadas por las máquinas más terribles.
Junta también a esto de ser el rayo
De finos y sutiles elementos
Y con esta figura no es tan fácil
Hacerle resistencia, pues se cuela

Y se insinúa por lo más estrecho:
No puede cuerpo alguno con su choque
Detener su raudísima carrera.
Además de que todo cuerpo grave
Por natural impulso tiende abajo;
Pero si la impulsión de junta al peso,
Su rapidez se dobla, y se acrecienta
Aquel ímpetu suyo de contado.
El rayo así con esas fuerzas dobles
Debe quitar del medio en un instante
Cualquier estorbo que se encuentre al paso
Y proseguir su marcha sin pararse.
En fin, la longitud de su caída
Más y más acelera el movimiento,
Que siempre va creciendo; y aumentando
Su ímpetu, vigora los ataques,
Sus divergentes átomos juntando
Y dirigiendo todos sus esfuerzos
Hacia el punto común a donde corre.
También quizá viniendo hacia nosotros
Quita de paso el rayo al aire mismo
Corpúsculos que puedan darle fuerza
Y acelerar su golpe impetuoso.
Hay muchos cuerpos que penetra el rayo
Sin daño alguno de ellos, porque encuentra
Conductos que atraviesa velozmente:
Hay otros que destruye y descompone,
Porque viene a atacar directamente
Las moléculas que unen su tejido:
Él con facilidad derrite el cobre

Y hace que hierva el oro en un instante,
Porque de átomos lisos y sutiles
Se forma el rayo, los que fácilmente
Dentro de estos metales se introducen,
Y desatan sus nudos al momento
Y todas sus lazadas desaprietan.
En el Otoño y en la Primavera,
Cuando se abren las flores por los campos,
El palacio encumbrado de los cielos
De fulgentes estrellas se estremece
Por todas partes más a la continua:
Se estremece también toda la tierra,
Porque en Invierno faltan muchos fuegos,
Y los vientos se calman en Estío,
Y las nubes no tienen tanto cuerpo.
En estaciones medias, pues, concurren
Todas las varias causas de los rayos:
Vienen a ser los límites comunes
Do el irío y el calor se están tocando
Agentes necesarios de los rayos,
Que entrambos introducen la discordia
En la naturaleza, y con gran ruido
El fuego encienden de las tempestades
Y enfurecen el aire con los vientos:
Porque el fin del Invierno y el principio
De Estío son los que hacen el Verano:
Por lo cual deben el calor y el frío,
Principios entre sí tan encontrados,
Luchar y revolver todas las cosas:
El Otoño, que forma la salida

Del Estío y la entrada del Invierno,
Debe observar las riñas y pependencias
Del frío y del calor; guerras del año
Pueden llamarse entrambas estaciones:
No es extraño que se hagan muchos rayos
Entonces, y que el cielo se alborote
Con tempestades, porque la discordia
Está continuamente fomentada
Con llamas y con vientos y con nublós.
Así se indaga la naturaleza
Del ignífero rayo y sus efectos;
No consultando vanas predicciones
De los toscanos para hallar indicios
Del secreto consejo de los dioses:
o de dónde salió el alado fuego,
Ó hacia donde tiró precipitado,
De qué modo se entró por las paredes
Y cómo sale de ellas victorioso,
Ó qué daño presagia su caída.
¿Por qué, si Jove y las demás deidades
Estremecen las bóvedas celestes
Con sonido terrífico, y arrojan
Los rayos por do quiera que les place;
Por qué de Parte a parte no dividen
El pecho del malvado que se entrega
A odioso crimen descaradamente,
Y las llamas del rayo vaheando
Dan a los hombres documento horrible?
¿Por qué más bien revuelven en sus llamas
Al inocente a quien maldad no arguye,
Y a quien súbitamente le circunda

El fuego celestial en remolino?
¿Por qué, además, emplean su trabajo
Contra las soledades vanamente?
¿Es por ejercitar mejor sus brazos,
o por asegurar mejor sus golpes?
¿Por qué sufren se emboten en la tierra
Los que despide el padre de los dioses?
¿Por qué de ellos él mismo se despoja,
Y para sus contrarios no los guarda?
En fin: ¿por qué no lanza Jove el rayo
Y nunca mueve tempestad de truenos
Cuando hay serenidad Por todo el cielo?
¿Cuando acaban las nubes de formarse,
Monta entonces en ellas por ventura,
Por dirigir sus tiros más de cerca?
¿Por qué razón contra la mar asesta?
¿Por qué hierde las ondas, estas masas
Líquidas, estos cuerpos fluctuantes?
Si quiere nos guardemos de los rayos,
¿Por qué no deja verlos desde lejos,
Y si quiere cogernos descuidados,
¿Por qué truena de modo que podamos
Evitarlos? ¿A qué son los retumbos,
Tinieblas y murmullos que preceden?
¿Puedes tú concebir que los dispare
Al mismo tiempo por distintas partes?
Yo puedes refutarlo, sin que niegues
Una experiencia tan frecuente y cierta.
Es preciso que pueda caer el rayo
Al mismo tiempo por distintos lados,
Como vemos que llueve y caen las lluvias.

¿El rayo asolador por qué derriba,
En fin, los templos santos de los dioses,
Estas habitaciones suntuosas,
Y rompe sus estatuas bien labradas,
Y roba a sus imágenes el culto
Con golpe violento? ¿Por qué ataca
De ordinario los sitios elevados,
Y vemos en las cumbres de los montes
Más bien que en otra parte sus vestigios?
Por lo que te he explicado de los rayos
Es fácil conocer de qué manera
Sobre la mar se arrojan desde arriba
Los tifones, que présteres clamaron
Los griegos atendiendo a sus efectos.
Por qué bajan a veces desde el cielo
Sobre la mar como en columna larga,
Y todo alrededor bullen las ondas
Agitadas con soplo impetuoso;
Y las naves entonces sorprendidas
Por el vertiginoso meteoro
Están expuestas al mayor peligro:
Y la causa es que el viento algunas veces
Yo teniendo potencia suficiente
Para romper la nube que ha embestido,
La baja poco a poco hacia las aguas
Como columna echada desde el cielo,
o más bien como masa disparada
De arriba abajo por robusto brazo,
La cual sobre las ondas se extendiese:
Cuando rasga la nube, el viento se entra
Con ímpetu en la mar, y en ella excita

Un hervor increíble; porque entonces,
Sin cesar agitándose la manga,
Baja a la par la nube, que se presta
a cualquier movimiento de la bomba:
Y así que la extendió sobre las aguas
El vértice de pronto se zabelle.
Hace toda la mar un hervidero,
Mueven sus olas espantoso ruido.
El mismo torbellino que en el aire
Juntó los elementos de la nube,
Se envuelve algunas veces dentro de ella.
Imitando las mangas por la tierra;
Y cuando al suelo se bajó la nube,
Rasgándose, vomita de su cuerpo
Un remolino, un huracán furioso.
Mas siendo estos fenómenos muy raros
A causa del obstáculo que oponen
En la tierra a los vientos las montañas,
Deben ser más frecuentes en los mares,
Que son tan extendidos y patentes.
Los nublados se forman cuando muchos.
Angulosos corpúsculos, volando
Sin cesar en la atmósfera, se juntan
Entre sí de repente, y se condensan
A pesar de sus débiles uniones:
Sólo son al principio nubecillas;
Empero todas juntas apiñadas,
Y entre sí reunidas, van creciendo,
Y los vientos las llevan de manera
Que nace de ellas tempestad furiosa.
Y cuanto más vecinas a los cielos

Tienen también sus cumbres las montañas,
Tanto más una niebla amarillenta
Y una especie de horno siempre espeso
Las obscurece; porque cuando empiezan
A tomar consistencia los nublados,
Sin que puedan aún verlos los ojos,
Los vientos los conducen y aglomeran
Sobre la cima de elevado monte:
Cuando, por fin, después se reunieron
En mucho mayor número apiñados,
Condensados los vemos elevarse
Desde la húmeda cumbre por los aires:
Puesto que la razón y la experiencia
Dicen ser el teatro de los vientos
Aquellos sitios que hay más elevados.
Además quita la Naturaleza
También muchos corpúsculos de encima
De todo el mar, como nos lo declaran
Las ropas que tendemos en la playa
Poniéndose mojadas: luego es claro
Que contribuyen las emanaciones
De este salado fluido agitado
Al acrecentamiento de las nubes.
Vemos también que de los ríos todos
Y de la misma tierra se levantan
Unas nieblas y cálidos vapores
Cuyas exhalaciones se remontan
Por el aire, y los cielos obscurecen,
Y con sus reuniones insensibles
Forman espesas nubes, pues las olas
De la substancia etérea las empujan

Por la parte de arriba, y condensadas
Cubren casi las bóvedas azules.
Puede también que vengan de otros mundos
a reunirse en éste aquellos cuerpos
Que forma los nublados y tormentas:
Porque te he dicho que es innumerable
El número de átomos, y el todo
Ser también profundísimo: no ignoras
De cuánta ligereza están dotados
Los átomos, y cuán rápidamente
Suelen correr espacio inmensurable;
Por lo que no es extraño que al momento
Cubran la tempestad y las tinieblas
Colgadas en el aire mar y tierra,
Y las montañas; pues los elementos
Encuentran siempre entradas y salidas
Por donde quiera en todos los conductos
Del éter, y por todas las lumbreras
Del mundo, por decirlo de este modo.
Ahora te explicaré cómo se aumentan
Las aguas de la lluvia en nubes gruesas,
Y cómo desde allí caen en la tierra.
Y es preciso ante todo persuadirte
Que se levantan con las mismas nubes
Infinitas moléculas de agua
De todo cuerpo, y a la par se aumenta
Con la misma substancia de la nube,
Del mismo modo que el sudor, la sangre,
Y cualquiera otro líquido del cuerpo
Crece a la par que todos nuestros miembros.
Los nublados a veces también cargan

De las aguas marinas, semejantes
A vellones de lana suspendidos
Cuando son conducidos por los vientos
Sobre la superficie de los mares;
También de todo río se levanta
El agua hacia las nubes; pero cuando
Estas semillas de agua, acrecentadas
De todas partes con emanaciones
Tan grandes y diversas, se juntaron
Y las condensa el soplo de los vientos,
Entonces determina su caída
Doblada fuerza; la presión de vientos
Y la copia de nubes apiñadas,
Las cuales gravitando unas sobre otras
Hacen caer las lluvias dilatadas.
Cuando además los vientos enrarecen,
Los nublados. o cuando son disueltos
Por el calor del Sol, que hierre encinta,
Humor pluvioso entonces van soltando,
Y corren gota a gota como cera
Que se va derritiendo puesta al fuego.
Es copiosa la lluvia si las nubes
Experimentan esta doble fuerza,
La presión de su peso y de los vientos;
Y suele durar mucho, y encerradas
Suele tener las gentes en su casa,
Cuando están muy espesos los nublados,
Y cuando unos sobre otros se amontonan,
Y se derraman hacia todas partes,
Cuando toda la tierra restituye
El mismo humor con sus exhalaciones.

Cuando entre obscura tempestad embiste
Con sus rayos el Sol lluviosa nube
Que en frente de sí tiene, se descubren
En medio de las nubes tenebrosas
Los colores del Iris variados.
De otros meteoros que se forman
Y crecen combinados en las nubes,
Como la nieve, vientos y granizo,
Las escarchas y el hielo que endurece
Las aguas, y refrena la corriente
De los ríos, es fácil que comprendas
Sus efectos y causas si entendieres
Las propiedades de los elementos.
Pon atención en conocer la causa
Ahora de los temblores de la tierra;
Y debes persuadirte, sobre todo,
Que el globo interiormente como fuera
Está lleno de vientos, de cavernas,
De lagos, precipicios y peñascos,
De rocas y de ríos escondidos,
Cuya corriente impetuosa arrastra
Las peñas sumergidas en su madre:
La razón, pues, exige que la tierra
Se asemeje a sí misma en todas partes.
Supuestas de antemano estas nociones,
Tiembla la tierra por su superficie
Con motivo de haberse desplomado
En su interior grandísimas cavernas,
Que viene a demoler por fin el tiempo;
Como que enteros montes se arruinan,
Cuyo sacudimiento pronto y fuerte

Extiende los temblores a lo lejos:
Cuando un carro que no es de mucho peso
Hace temblar todos los edificios
Que están al paso, no retiemblan menos
Todos los sitios del contorno cuando
Arrastran los corceles arrogantes
Las llantas de las ruedas bien herradas.
También puede caer al cabo de años
Una masa disforme de la tierra
En un lago vastísimo, y el orbe
Vacilar tal vez puede con motivo
Del movimiento que excitó en las aguas,
Así como en el suelo no está inmóvil
El vaso lleno de una agua agitada
Hasta ponerse toda en equilibrio.
Cuando, además, el viento recogido
Entre las cavidades interiores
De la tierra se arrojó violento
Sobre una parte, y con sus fuerzas todas
Hace presión en las cavernas hondas,
Inclinase la tierra hacia la parte
Donde el viento dirige sus esfuerzos,
Y las casas entonces que hay encima
Inclínanse también cuanto más altas,
Cuanto más se avecinan a los cielos;
Y perdiendo el nivel salen las vigas,
Y amenaza venirse todo al suelo.
Y temen presumirse si ha prescrito
Naturaleza un paso a la ruina
Y destrucción total del mundo entero,
Cuando ven su gran mole pronta a hundirse.

Si los vientos aliento no tornasen
Nada capaz sería de enfrenarlos,
Ni detener su furia destructora;
Mas como se sosiegan alternando,
Y vuelven al ataque nuevamente,
Y se ven rechazados con ventaja,
Amenaza la tierra desplomarse;
Ella se inclina y otra vez se alza;
Y pierde el equilibrio, y con su peso
Otra vez le recobra: por lo mismo
Toda cosa vacila más o menos
Según su elevación, pues las más bajas
Casi no sienten el temblor de tierra.
También pueden causar estos temblores
Un viento impetuoso, un grande soplo
De fuerza introducido de repente,
Ó nacido del seno de la tierra,
Que después que se entró en las cavidades
Del globo, con tumulto anticipado
Entre inmensas cavernas va bramando
Y se revuelve mucho y no se escapa
Por fuera de la tierra hasta que la abre
Y con su gran violencia la divide,
Y forma en ella abismos anchurosos.
De esta manera fue Sidón tragada,
Obra de tirios, y en Peloponeso
También Egina. ¡Ay, cuántas ciudades
Esta erupción furiosa de los vientos
Y el temblor de la tierra han destruido!
¡Á cuántas los horribles terremotos
Han hundido debajo de la tierra,

Y con sus ciudadanos juntamente,
Cuántas otras los mares sepultaron!
Pues si el viento no llega a romper fuera y
Su soplo impetuoso se divide
Por todos los conductos de la tierra
Y en sus entrañas férvidas excita
Un temblor general, del mismo modo
Que cuando se introduce por los miembros
Interiormente el frío, y los sacude,
Nos hace tiritar a pesar nuestro:
Con un doble terror vagan las gentes
Por la ciudad entonces asustadas,
Pues sobre su cabeza ven la muerte,
Debajo de los pies también la temen:
Temen que caiga derrumbado el techo,
Temen disuelva la Naturaleza
Las bóvedas del globo de repente,
De par en par abriendo estos abismos
Anchurosos, queriendo trastornada
Con sus mismas ruinas rellenarlos.
Por lo cual, aunque vivan persuadidos
De ser incorruptibles cielo y tierra,
Y destinados a existencia eterna,
La vista de un peligro tan urgente
Introduce pavor y desconfianza
En sus almas a veces, y les hace
Temer no huya la tierra en un instante
Con dirección al bátratro profundo,
Y que el gran todo caiga detrás de ella,
Y que no reste más de todo el mundo
Que un cúmulo confuso de ruinas.

Ahora debo explicar precisamente
Cómo la mar no sabe qué es aumento.
Admiráranse de que la mar no aumenta
Su volumen jamás con tantas aguas
Como corren a ella y tantos ríos
Como por todas partes desembocan:
Junta las tempestades y las lluvias
Que sobre mar y tierra caen a un tiempo
Además de sus propios manantiales;
¿Dejarán, sin embargo, de admirarse
Si consideran que estas aguas juntas,
Con el mar extendido comparadas,
Viene a ser apenas una gota?
Roba el calor del sol una gran parte,
Pues vemos secan sus ardientes rayos
En un instante la mojada ropa:
Será su acción más fuerte y más activa
Sobre la faz inmensa de los mares
Aunque el sol tome una porción muy corta
De cada sitio de por sí, no obstante,
Debe robar en extensión tan grande
Cúmulo inmenso de marinas aguas.
Cuando con furia el mar barren los vientos,
Se llevan tras de sí gran parte de agua;
Porque es frecuente a veces en la noche
Ver que se ponen secos los caminos
Y endurecido el lodo con su soplo.
Además, te enseñé que los nublados
Atraen a sí las aguas de los mares,
Y por la haz de la tierra las esparcen
Cuando llueve sobre ella, y cuando llevan

Los vientos por la atmósfera las nubes.
Por fin, supuesto que es la tierra un cuerpo
Poroso, que la mar contigua ciñe
Por todas partes, recibir no puede
El mar en sí las aguas de la tierra
Sin que reciba aquésta al mismo tiempo
Las saladas del mar, que ciertamente
Se filtran por el seno de la tierra,
Y se recogen y se juntan todas
Donde tienen los ríos nacimiento,
Y fluyen dulcemente por la tierra,
Por donde, una vez rota, facilita
Que con líquido pie corran las aguas.
Explicaré al presente por qué causa
Vomita a veces Etna por sus bocas
Las llamas en espeso torbellino:
La tempestad de fuego, dominando
Con estrago en los campos sicilianos,
No hizo mirar a los vecinos pueblos;
No volviendo la vista a los torrentes
De chispas y de humo, que cubrían
La atmósfera a la vez, les daba pena,
De pávido cuidado hinchando el pecho,
Esperando los nuevos infortunios
Que la Naturaleza preparaba.
Si de tales fenómenos deseas
Tener conocimiento, es necesario
Que des una ojeada vasta y grande
Sobre Naturaleza, y que sus partes
a la vez consideres todas juntas,
Acordándote siempre que el *gran todo*

Es infinito, y que supone poco
El cielo comparado al universo;
Y que es el hombre imperceptible cosa
Si se compara con el orbe entero.
Si tú penetras bien este principio,
Si te convence una verdad tan clara,
Ya no te admirarás de muchas cosas.
¿Se admira acaso alguno de nosotros
Si le abrasa a cualquiera ardiente fiebre,
Ú otra cualquier enfermedad aguda
Se extiende por sus miembros doloridos?
Porque se hinchan los pies en un instante,
El más vivo dolor coge los dientes,
Y ataca alguna vez los mismos ojos:
De San Antón el fuego va creciendo,
Y extendiéndose abrasa todo el cuerpo,
Sin admirarse, porque se conocen
De muchos cuerpos las emanaciones:
Y las exhalaciones de la tierra
Y el aire infecto son muy suficientes
Para dar ser y rápidos progresos
Á las enfermedades más terribles.
Así se ha de creer que este *gran todo*,
Como infinito, suministra al cielo
Y a la tierra los átomos capaces
De estremecer el globo de repente,
De recorrer en raudos torbellinos
El mar y tierra, y de lanzar por Etna
Copiosos fuegos, de inflamar el cielo:
El mismo cielo sí puede inflamarse
Tan fácilmente como caen las lluvias

a mares en la tierra cuando llegan
A juntarse en la atmósfera las aguas.
Pero me dirás tú que estos incendios
Son muy considerables: lo confieso;
Así como parece grande un río
a quién no vid jamás otro más grande:
Y así un árbol, un hombre y todo cuerpo
De la especie que quieras son disformes
Para aquel que no ha visto otros mayores
Cuando nada suponen estos cuerpos,
Aunque juntes el cielo, mar y tierra,
Si con el Universo se comparan.
Pero expliquemos hora de qué modo
La llama enfurecida en un instante
De las vastas hornazas de Etna sale.
Lo primero, está hueco todo el monte
Por su parte interior; sobre cavernas
De pedernales casi está fundado:
Así que, las cavernas todas tienen
Vientos y aire, no siendo otra cosa
El viento más que el aire conmovido:
Y cuando este elemento furibundo
Llegó a inflamarse, y ha comunicado
Su ardor a los peñascos y a la tierra
En torno de la cual sin cesar gira
Y saca de ellos con veloces llamas
Fuego devorador, él se levanta
Y se arroja derecho por las bocas
De la montaña, y a lo lejos echa
La llama y la ceniza, y sale envuelto
Entre humo espeso y negro, y juntamente

Lanza piedras de peso extraordinario:
Sin que te quede duda ser efectos
Del ímpetu furioso de los vientos.
En gran parte la mar, además, baña
Las faldas de este monte, y las azota
Con sus olas, y luego se retira:
Por debajo de tierra las cavernas
Desde la misma mar se comunican
Con las altas gargantas de este monte.
No podemos dudar que entran los vientos
Por estas bocas, y que se dirigen
Soplando interiormente hacia la cumbre:
Y por esto se ven volar las llamas,
Y van a dar muy lejos los peñascos
Y las nubes de arena se derraman:
Hay en la cima unos embudos anchos
Por do escapan los vientos, que los griegos
Cráteres llaman, a los que nosotros
Llamamos las gargantas o las bocas.
Para algunos fenómenos no basta
Dar una explicación; antes precisas
Son otras muchas, para hallar alguna
Entre ellas verdadera; por lo tanto,
Si ves tú desde lejos el cadáver
De algún hombre tendido sobre el suelo,
Es preciso decir todas las causas
De la mortalidad para que sepas
La causa de la muerte de aquel hombre;
Porque no puedes decidir si ha muerto
De muerte dada a hierro o por el frío,
Ó por enfermedad o con veneno:

En general sabemos que el ha muerto
Por una de las causas que he nombrado;
Mas sólo los testigos oculares
Pueden decir la causa verdadera:
Así también estamos indecisos
Sobre muchos fenómenos que vemos.
Crece el Nilo y rebosa por los campos
En el estío, siendo el solo río
Que hay en todo el Egipto, y va regando
Las campiñas en medio de calores;
Ó bien porque reinando en el estío
Etesios vientos, soplan aquilones
Contra el embocadero y la corriente,
Y su curso retardan y recrecen
Las aguas, y se llena todo el río,
Y le hacen que se pare; ciertamente
El soplo de estos vientos se dirige
Contra el curso del río, porque vienen
Etesios vientos de constelaciones
Frías del polo boreal, y el Nilo
Tiene su nacimiento en las regiones
Del Mediodía, en los ardientes climas
Que el sol visita en medio de su curso,
Entre los hombres negros y tostados.

Grandes bancos de arena tal vez forman
Al agua un dique en el embocadero
Cuando el mar agitado con los vientos
Hacia adentro la arena va metiendo,
Por lo que es metros libre su desagüe,
Y la madre está menos inclinada,

Y se refrena el ímpetu del río.
Por fortuna quizá en su nacimiento
Las lluvias son también más abundantes
En aquella estación en que las nubes
Juntas al Mediodía son llevadas
Por los vientos etesios a aquel lado,
Las cuales se amontonan apiñadas
Sobre la cumbre de elevados montes
Y la presión del peso las esparce.
Tal vez puede venir esta creciente
De los montes alzados de la Etiopía,
Cuando el sol, abrasando con sus rayos
A la naturaleza, hace que bajen
Las nieves derretidas a los campos.
Al presente diré qué cosa sean
Aquellos sitios y funestos lagos
Que se llaman avernos; este nombre
Al principio les dieron con motivo
Del efecto que causan, porque matan
En general las aves; cuando vienen
Volando por encima de estos sitios
Directamente, de volar se olvidan
Y, perdiendo sus alas los resortes,
Torciendo la cabeza caen sin fuerzas
Precipitadas en la tierra, o agua,
Quizá conforme a la naturaleza
De aquel averno que las da la muerte.
Cual es el que hay en Cumas y en Vesubio.
Fuentes cálidas son las que vaporan
Un hurno espeso; y otro semejante
Hay también en los muros atenienses,

En el remate de la ciudadela,
Cerca del templo de tritonia Palas:
Do las roncadas cornejas jamás llegan
Aunque las brinde el humo de las aras.
Huyen tan azoradas las cornejas,
No los vivos enojos de Minerva,
Que con su vigilancia provocaron,
Según lo cantan los poetas griegos;
Antes bien los vapores de este sitio,
Muy suficientes para hacer se vuelvan.
También cuentan que en Siria hay otro averno
Do los mismos enadrúpodos no pueden
Sus pasos dirigir sin que al momento
Los haga el vaho caer muertos en tierra,
Así como si fueran conducidos
A inmolarlos a dioses del Infierno.
Efectos naturales, pues, son todos,
Y se puede atinar bien con sus causas
Sin presumir que sean estos sitios
Mucho más bien las puertas infernales
Por do los dioses del obscuro imperio
Atraen quizá las almas de los muertos
Sobre la orilla de Aquerón; conforme
a la opinión común de que la simple
Aspiración de los ligeros ciervos
Saca de sus guaridas las serpientes.
Recuerda la doctrina que he inculcado,
A saber, que la tierra en sí contiene
Un número muy grande de elementos
Configurados de distinto modo:
Que hacen vivir al hombre muchos de ellos;

Que otros engendran las enfermedades
Y aceleran su muerte: también dije
Más o menos análogos ser todos
A conservar diversos animales
Según sus diferentes contexturas
Y su naturaleza muy diversa
Y elementales configuraciones:
Entran muchos hiriendo los oídos;
Despidiendo otros un olor ingrato,
Con gran molestia hieren el olfato;
Otros evita el tacto, otros la vista,
Y son otros al gusto desabridos:
La experiencia te enseña cuantos cuerpos
Producen en el hombre sensaciones
Ingratas y molestas y penosas.
Hay árboles que tienen una sombra
Cargada de moléculas dañosas,
La cual causa dolores de cabeza
Muy fuertes a cualquiera que se tiende
Debajo a descansar sobre la hierba.
Del Helicón en la elevada cumbre
Hay un árbol también que mata al hombre
Con el olor infecto de sus flores:
Y nacen todas estas producciones
De la tierra, porque ella en sí contiene
Gran copia de semillas combinadas
De modos infinitos y diversos,
Con cuyas secreciones alimenta
Cada individuo de por sí la tierra.
Y recién apagada la luz echa
Un olor de su pábilo, que afecta

Desagradablemente nuestro olfato,

Adormece los hombres y los tumba
Como si padecieran la epilepsia:
Y se cae la mujer adormecida
Con el olor subido del castóreo;
Y la obra delicada se desliza
De entre sus tiernas manos si le huele
Al tiempo de pagar menstruó tributo:
Además también hay otras substancias
Que aflojan el sistema de los miembros
Y el alma recogida bambolean:
En fin, si te estuvieres mucho tiempo
En un baño caliente, o te sumerges
En el mismo saliendo de la mesa,
¡Cuánto no hay que temer el que te caigas
En medio de las aguas sin sentido!
Y el activo vapor de los carbones
¡Qué pronto se introduce en el cerebro
Si no bebemos agua de antemano!
Golpe de muerte da el olor del vino
Á aquel hombre que tiene consumidos
Todos sus miembros en la ardiente fiebre.
¿No ves también cómo en la misma tierra
Nace el azufre y el betún que exhalan
Un olor penetrante? Por fin, cuando
Con el hierro en la mano van los hombres
Rasgando las entrañas de la tierra
Para buscar las venas de oro y plata,
¿Qué vapores no salen de la mina?
¿Qué olores tan mortales no se exhalaban

De este rico metal que yace en ella?
¿No ves la cara y tez descolorida
De los míseros que andan condenados
Por la ley a trabajos tan penosos?
¿Cuán en breve perecen no has oído
Y cuán corto es el plazo de su vida?
Así, es preciso que la tierra exhale
Todos estos vapores esparcidos
Por fuera en las llanuras de los aires.
Así deben también avernos sitios
Echar de sí mortíferos vapores
Á las aves; los cuales se levantan
Desde la misma tierra por los aires,
Y parte de la atmósfera envenenan,
Y cuando llega allí volando el ave,
La ponzoña invisible la entorpece
Allí su movimiento, y cae derecha
Donde el vapor dirige su caída;
Do, ya precipitada, el mismo tufo,
Entonces más activo, lanza fuera
De sus miembros los restos de la vida;
Porque el primer ataque sólo excita
En el ave unas ciertas convulsiones;
Pero ya que una vez están caídas
Las aves en las fuentes ponzoñosas,
Allí el último aliento de la vida
Exhalan de ponzoña circundadas.
Puede también que estas exhalaciones
Enrarezcan la masa de aire puesta
Entre la tierra y aves, de manera
Que esté casi vacío aquel espacio:

Cuando vienen volando por encima
De estos sitios las aves, al momento
En medio del vacío inútilmente
Mueven las alas, ni su esfuerzo ayuda
Alguna reacción, porque, no hallando
Más apoyo en el aire, y no pudiendo
Sostenerse en sus alas, as obliga
Con su peso a caer naturaleza;
Y ya tumbadas dentro del vacío,
Por los poros del cuerpo echan el alma.
Está más fría el agua de los pozos
En el estío porque enrareciendo
El calor a la tierra, prontamente
Disipa por los aires las semillas
De fuego que tal vez en sí contiene.
Cuando más caldeada esté la tierra,
Tanto más fría debe estar el agua
Escondida en su, seno; y al contrario,
Cuando aprieta, condensa y une el frío
Toda su superficie, debe entonces
Por esta comprensión hacer que se entre
En lo hondo de los pozos todo el fuego
Que haya diseminado por la tierra.
Junto al templo de Ammón hay una fuente
Que está helada entre día, según dicen,
Y caliente de noche: mucho admiran
Los hombres esta fuente, y se persuaden
Que oculto el sol debajo de la tierra,
La calienta al instante que la noche
Cubre la tierra con terrible sombra:
Pero esta explicación es muy contraria

A la filosofía verdadera:
Porque si el sol, que tanta fuerza tiene
Sobre nuestras cabezas levantado,
Por contacto inmediato no ha podido
Siquiera calentar la superficie,
¿Cómo debajo de los pies podría
Por medio de una masa tan espesa
Como la tierra hacer hervir el agua
Y en ella introducir su ardiente fuego,
Cuando el ardor apenas de sus rayos
Penetra las paredes de las casas?
¿Del fenómeno, pues, cuál es la causa?
Es que la tierra está más esponjosa
Y que en ígneas semillas más abunda
Junto a la fuente que por más afuera:
Cuando en sus sombras húmedas la noche
El orbe sepultó, la tierra al punto
Que cerca el manantial se va enfriando,
Y encógese como si la apretaran
Con la mano, de modo que en la fuente
Exprime las partículas de fuego
De que ella está impregnada, y comunica
Al agua aquel calor que experimentan
El tacto y paladar: cuando los rayos
De sol nacientes de seguida abrieron
Los poros de la tierra, y su tejido
Enrareció la mezcla de sus fuegos,
Se vuelven a su asiento primitivo
Las partículas ígneas, y se cuele
Todo el calor del agua por la tierra:
Fría está así la fuente por el día.

Por otra parte, herida el agua entonces
Por los rayos del sol, y enrarecida
Con sus trémulos fuegos, es preciso
Exhale los corpúsculos de fuego
Que ella contiene, así como despide
Las moléculas frías otras veces,
Y deshace los hielos que la ataban
Y como prisionera la tenían.
También hay una fuente de agua iría,
Sobre la cual, echando alguna estopa,
Se enciende y echa llamas de repente,
Y una tea se prende de, este modo,
Y va luciendo en medio de las aguas
Por do su luz nadante el aire impele:
Sin duda porque el agua de esta fuente
Contiene en sí muchísimas semillas
De fuego, y es preciso que reciba
De aquella tierra que es como su lecho
Un montón de partículas de fuego,
Que subiendo a lo alto se derraman
Por toda el agua, y por defuera a un tiempo.
Se exhalan, y se esparcen por los aires;
Pero no son tan vivas las semillas
Que puedan calentar la misma fuente.
Una impulsión secreta determina
Todas estas moléculas dispersas
A salir pronto fuera y congregarse
Por encima del agua: de este modo
El agua dulce de la fuente Aradia
Corre y aparta las saladas ondas
De alrededor: y en otras muchas playas

Ofrece el mar recursos semejantes,
Gratos a los sedientos marineros,
Manando el agua dulce entre saladas.
Pues por un mecanismo semejante
Las partículas ígneas salir pueden
Entre las ondas, y lanzarse fuera
Para encender la estopa: luego que ellas
Allí están reunidas, y se pegan
A la substancia de la tea, al punto
Se prenden fácilmente, porque tienen
Gran número de partes inflamables
Las estopas y teas por su parte.
¿No ves cómo la lámpara que acaba
De morir, si la arrimas a otra que arde,
Antes de ser tocada arde de nuevo?
Pues lo mismo sucede con la tea:
Ahora no trato yo de muchos cuerpos
Que se inflaman de lejos con la misma
Impresión del calor, antes que llegue
A tocarlos de cerca el mismo fuego:
Luego de aquella fuente los efectos
Pueden ser explicados de este modo.

Empezaré tratando yo al presente
Por qué ley natural al hierro puede
Atraer esta piedra que los griegos
Magnética llamaron en su lengua;
Por qué tienen el nombre de Magnesios
Los pueblos y el país donde se encuentra.
Admíranse los hombres de esta piedra,
Porque viene a formar una cadena

De pendientes anillos unos de otros;
A veces se ven cinco y más anillos
Que van en línea recta descendiendo,
Y los agitan los suaves aires,
Y uno debajo de otro asido cuelga;
Y ellos se comunican mutuamente
La virtud atractiva de la piedra:
Tanto su actividad llega a extenderse.
Antes que estos fenómenos explique
Tengo yo que sentar muchos principios
Para decir la causa verdadera:
Sólo podemos arribar a ella
Por medio de grandísimos rodeos:
Presta, pues, atención a mis palabras.
Debes tener presente desde luego
Que todos cuantos cuerpos vemos lanzan
Perpetuamente unos derramamientos,
Unas emanaciones que Dos hieren
Los ojos, y producen en nosotros
La sensación de ver; y los olores
No son más que continuas emisiones
De ciertos cuerpos: como emana el frío
De fluidos, y emanan los calores
Del sol, y de la mar la sal que roe
Los edificios que hay en las riberas:
Cuando nos paseamos en la playa
De continuo nos zumban los oídos,
Y un salino vapor entra en la boca
Hiriendo el paladar: jamás miramos
Preparar el ajeno sin que al punto
El amargor sintamos: luego envían

Todos los cuerpos siempre emanaciones
De toda especie, las que se dirigen
Á todas partes sin reposo alguno
Y sin cesar jamás, pues de continuo
Tenemos sensaciones, y podemos
Ver, y oler y oír a cada instante.
Te volveré a traer a la memoria
Lo porosos que son todos los cuerpos;
Un principio que ya te he demostrado
En el Canto primero del poema,
Que nos da a conocer muchas verdades;
Mas sobre todo explica de tal suerte
El fenómeno extraño que pretendo
Declararte ahora mismo, que no puedo
Prescindir de probarte nuevamente
Que de todos los cuerpos conocidos
no existe uno siquiera que no tenga
Su tejido mezclado con vacío.
Las bóvedas chorrean en las grutas
Un humor que destilan gota a gota:
Mana el sudor por todo nuestro cuerpo:
Crece la barba y pelos en los miembros:
Repartido el sustento por las venas,
Sostiene y acrecienta los extremos
De nuestro cuerpo, y aun las mismas uñas:
También sentirnos que el calor y frío
Penetran por el cobre, y por la plata
Y por el oro su impresión sentimos
Cuando tenemos una copa llena:
Por último, atraviesan los sonidos
El espesor de la pared, y se entran

Por ellas el olor, calor y frío;
Traspasan aun de hierro la coraza
Que ciñe todo el cuerpo del guerrero:
Vienen de fuera las enfermedades
Casi por lo común; y los contagios,
Que nacen de la tierra, o en el aire,
Así como se forman se disipan
En un instante, porque no hay un cuerpo
Que no encierre vacío en su tejido.
Añádase que las emanaciones
De los cuerpos no tienen todas ellas
Unas mismas sensibles cualidades
Ni igual analogía con los cuerpos
Sobre los cuales obran: ante todo,
El sol cuece la tierra y la deseca,
Mientras derrite el hielo y con sus rayos
Hace que corran de los altos montes
Nieves amontonadas, y liquida
Con su mismo calor, en fin, la cera:
También disuelve el fuego cobre y oro,
Mientras contrae y encoge carne y cueros:
A la verdad, el hierro caldeado
Adquiere un nuevo grado de dureza
Cuando le echan en agua; y al contrario,
Endureciendo el fuego carne y cuero,
El agua los ablanda; el acebuche,
Cuyo amargor es insufrible al hombre,
Es para las cabrillas más sabroso
Que el néctar y ambrosía. Por fin, huye
La mejorana el cerdo de ordinario,

Y teme toda clase de perfumes,
Porque son el veneno más activo
Para el cerdoso puerco los que a veces
Parece que nos vuelven a la vida:
Por el contrario, empero, siendo el cieno
La misma suciedad para nosotros,
Parece a los marranos lo más limpio,
Do se revuelcan todos sin hartura.
Aun me falta sentar otro principio
Antes que empiece a hablar de lo que he expuesto,
Y es que, teniendo muchos intersticios
Todos los cuerpos, no deben aquéllos
Ser entre sí del todo semejantes;
Antes debe tener cada uno de ellos
Naturaleza y usos peculiares:
Porque los animales ciertamente
Tienen varios sentidos, y cada uno
Tiene su objeto propio: los sonidos
Por sus propios conductos se insinúan;
Los sabores y olores van por otros
Que tienen ciertamente analogía
Con su naturaleza y su tejido
Además, hay también emanaciones
Que penetran las piedras, y otras pasan
Por la madera, y otras por el oro,
Y algunas por la plata y por el vidrio,
Porque los simulacros se introducen
Por los poros del vidrio, y se insinúa
El calor en los poros de oro y plata:
Y hay corpúsculos que entran más ligeros,

Y otros más tardos, por el mismo cuerpo.
Arriba dije que estas diferencias
Son una consecuencia necesaria
De la infinita variedad que Ira puesto
Y ha establecido la Naturaleza
Entre los intersticios de los cuerpos.
Con tanta solidez establecidas
Todas estas verdades proemiales,
Es fácil explicar lo que buscarnos,
De suyo descubriéndose la cansa
De la atracción del hierro: desde luego
Es preciso que emanen de continuo
De la misma substancia de la piedra
Infinitos corpúsculos, o sea
Un activo vapor que con sus golpes
Dé raridad a aquel aire que media
Entre el imán y el hierro: cuando encuentran
Este espacio intermedio ya vacío
Se dirigen a él en el momento
Los principios del hierro muy unidos,
Por lo que todo el cuerpo del anillo
Sigue la misma dirección: no hay cuerpo
Que tenga los principios más trabados
Que los del hierro, este metal tan firme
Que casi es al calor inaccesible.
No es maravilla, como dije antes,
Que la tendencia de sus elementos
En número copioso hacia el vacío
Arrastren tras de sí todo el anillo:
Así es en realidad, Y siempre avanza
Hasta que toca con la misma piedra

Y se une con compases invisibles.
Obra el imán en todas direcciones:
El vacío se forma en todas partes,
Bien hacia arriba, bien lateralmente;
Los anillos vecinos al momento
Se inclinan al espacio enrarecido,
Conducidos de choques exteriores,
Pues su misma tendencia no podría
De esta manera unirlos en el aire:
Otra causa hay también que favorece
A aquesta dirección, y que acelera
El movimiento: y es que, apenas
El aire se enrarece, y el vacío
Por la parte de encima del anillo
Llega a formarse, en el momento
el aire Inferior, sacudiendo en el anillo,
Le impele por detrás en cierto modo,
Porque todos los cuerpos son batidos
Sin cesar por el aire que los cerca:
Pero en esta ocasión hacen los golpes
Avanzar el anillo, porque arriba
Hay un vacío para recibirle:
Cuando el aire que digo se ha esparcido
En los poros del hierro y se ha insinuado
Hasta sus más sutiles elementos,
Los impele y los hace que adelanten
Como el viento las velas y la nave.
Deben, en fin, tener todos los cuerpos
El aire en su tejido, porque todos
Son porosos, y el aire de continuo
Los rodea y los toca; pues metido

Este fluido sutil dentro del hierro,
Se agita con continuo movimiento,
Y por esto sacude en el anillo
Y por dentro sin duda le menea,
Y ya con él se inclina hacia el vacío
Al cual todas sus fuerzas encamina.
También sucede alguna vez que hierro
Se aparta del imán: algunas veces
Le huye y le sigue alternativamente:
Hierro de Samotracia y limaduras
He visto yo saltar y revolverse
En un vaso de cobre si acercaban
Esta piedra de imán por el asiento;
El hierro parecía que impaciente
Huía de la piedra: hace que nazca
Tanta discordia el interpuesto cobre,
Porque sin duda las emanaciones
Del cobre entonces se apoderan antes
Y poseen del hierro los conductos:
Las del imán, que vienen en seguida,
Todos los pasos hallan ocupados,
Y no pudiendo entrarse como antes
Con precisión se arrojan sobre el hierro,
Y chocan con sus olas el tejido
De este metal: la piedra así repele,
Y agita por el cobre el mismo cuerpo
A que sin este obstáculo se uniera.
No debes extrañar que no produzcan
El mismo efecto las emanaciones
De piedra imán sobre los otros cuerpos;
La pesadez de algunos, como el oro,

Los tiene ímboles; y otros, como el leño,
Tienen poros muy anchos, por los cuales
Pasan emanaciones sin tocarlos
Y sin causar agitación en ellos:
Entre estas dos especies tiene el medio
El tejido del hierro, al cual impelen
De esta manera las emanaciones
De piedra imán cuando impregnado se halla
De unas ciertas partículas de cobre.
Sin embargo, el fenómeno que explico
No es tan extraño en la naturaleza
Que no pueda citar otras uniones
Tan íntimas como éstas: ves trabarse
Por medio sólo de la cal las piedras,
Y la cola de toro une las tablas
Tan fuertemente, que antes faltarían
Las vetas y las partes esenciales
De la madera que esta unión faltase:
Gusta el vino mezclarse con el agua;
La pez no puede hacerlo con su peso,
Ni con su levedad puede el aceite:
Se identifica tanto con la lana
La púrpura, que no puede quitarse
De modo alguno su color, aun cuando
Se intente renovarle a fuerza de agua,
o Aun cuando todo el mar quiera lavarle
Y con todas sus aguas desteñirle:
El oro se incorpora con la plata
Con la ayuda del fuego, últimamente,
Y une el estaño cobres diferentes.
¿Y cuántas otras mezclas encontrara

Tan íntimas como ésta si quisiera?
¿Pues, cómo no? porque no necesitas
De tantas menudencias, y no es justo
Que emplee en esto yo un trabajo inútil:
Réstanos abrazar en un principio
Muchos hechos a un tiempo: si dos cuerpos
Se encuentran con tejidos tan opuestos
Que a los huecos del uno correspondan
Eminencias del otro, su juntara
Es muy perfecta: así pueden juntarse
Con especies de anillos y de anzuelos,
Como sucede en el imán y el hierro.
Ahora voy a explicarte yo la causa
De las enfermedades contagiosas;
De estas plagas terribles, que derraman
Sobre hombres y ganados de repente
La mortandad. Primero enseñó arriba
Que en la atmósfera había una gran copia
De corpúsculos, que unos dan la vida,
Enfermedad y muerte engendran otros:
 Cuando da ser Acaso a los postreros
El aire se corrompe y se inficiona:
La enfermedad activa y pestilente
Ó de clima extranjero es transmitida
Por la vía del aire, como nubes
Y tempestades, o del mismo seno
De la tierra se engendra, cuando han sido
Corrompidos sus húmedos terrones
Con el calor y lluvias desregladas.
¿No observas tú que la mudanza de aire
Y la del agua la salud atacan

Del hombre que está lejos de su patria?
Porque allí encuentra un aire diferente
Del que ha solido respirar en casa.
¿Por ventura, no encuentras diferencia
Entre la inglesa atmósfera y Egipto,
Por do el eje del inundo se ladea?
¿Y no difieren entre sí los climas
Del Ponto, y el que llega desde Cádiz
Hasta los pueblos negros y tostados?
Como estas cuatro plagas se hallen puestas
a cuatro vientos, como estén situadas
Bajo de cuatro climas diferentes,
En situación tan sólo no difieren,
Sino también en el color y forma
De sus habitantes, y parece
Que están sujetos a distintos morbos.
Es una enfermedad la elefancia
Que nace hacia las márgenes del Nilo,
No en otra parte, en medio del Egipto:
En Ática las piernas adolecen,
Y los ojos enferman en Acaya,
Y otras tierras atacan otros miembros;
Del aire nacen estas diferencias:
Porque si el aire de extranjero clima
De peligrosa cualidad dotado
Se muda y va viniendo hacia nosotros,
Se arrastra lentamente como nube,
Altera y muda todas las regiones
De la atmósfera por donde camina:
Cuando llegó a la nuestra últimamente
La corrompe, y así se la asimila

Y nos la hace contraria: se derrama
Este nuevo contagio y pestilencia
Al punto por las aguas, y se pega
Á las mieses y humanos alimentos
Y a la comida y pastos de ganados;
o se queda colgado algunas veces
Su contagio en el aire, y no podemos
Respirar este fluido mezclado
Sin sorber su infección al mismo tiempo.

Coge la pestilencia de ordinario
Lo mismo al buey que a la balante oveja:
¿Qué importa que nosotros nos vayamos
o a otro clima mal sano y enfermizo
a una atmósfera nueva; que nos traiga
Naturaleza un aire pestilente
Y extranjeros corpúsculos que puedan
Con su pronta irrupción darnos la muerte?
Unas enfermedades de esta especie,
Causadas por mortíferos vapores,
En los pasados tiempos devastaron
Los campos de los términos Cecropios,
É hicieron los caminos soledades,
Dejaron la ciudad sin pobladores;
Porque naciendo en lo interior de Egipto,
Después de atravesar vastos espacios
De aire y de mar, por último se echaron
Y sobre el pueblo de Pandión cayeron:
Todos los habitantes a millares
Se rendían al morbo y a la muerte:
La enfermedad cogía la cabeza

Con fuego devoraz, y se ponían
Los ojos colorados y encendidos;
Estaba la garganta interiormente
Bañada de un sudor de negra sangre,
Y el canal de la voz se iba cerrando
En fuerza de las úlceras; la lengua,
Intérprete del alma, ensangrentada,
Débil con el dolor, pesada, inmóvil,
Áspera al tacto: cuando descendía
Después aquel humor dañoso al pecho
Desde las fauces, y se recogía
Alrededor del corazón enfermo,
Entonces los apoyos de la vida
A un tiempo vacilaban, y la boca
De adentro un olor fétido exhalaba
Como el de los cadáveres podridos;
Y las fuerzas del alma se perdían,
Y con su languidez tozaba el cuerpo
En los mismos umbrales de la muerte.

Se juntaba a estos males insufribles
Una congoja de inquietud perpetua
Y una queja revuelta con gemidos,
Y sollozar perenne noche y día,
Que sin cesar los nervios irritando,
Envarando los miembros, desatando
Las articulaciones, consumían
A los que sucumbían ya cansados
a la fatiga. Las extremidades
De sus cuerpos no obstante parecían
Estar no muy ardientes, ofreciendo

Tibia impresión al tacto: al mismo tiempo
Estaba colorado todo el cuerpo,
Con úlceras así como inflamadas,
Como si hubiera sido derramado
Fuego de San Antón sobre sus miembros.
Un ardor interior los devoraba
Hasta los mismos huesos, y la llama
En su estómago ardía como hornaza:
La más ligera ropa los ahogaba;
Al aire y frío expuesto de continuo,
Unos a helados ríos se tiraban
A causa de aquel fuego en que se ardían,
En las aguas más frías zabullendo;
Desnudo el cuerpo se arrojaban otros
En hondos pozos; con la boca abierta,
Ansiosos de beber, a ellos venían,
Y su insaciable sed no distinguía
Las aguas abundantes de una gota
Cuando sus cuerpos áridos metían:
Ningún descanso el mal les otorgaba;
Tendido estaba el cuerpo fatigado;
La medicina al lado barbotaba
Con temor silencioso: revolvían
Noches enteras sus ardientes ojos
Á un lado y otro sin probar el sueño.

Y muchos otros síntomas mortales
Se notaban también además de éstos
Alma agitada de temor y pena,
Sobrecejo furioso y hosco rostro,
Los oídos inquietos con zumbidos,

Viva respiración, o fuerte y lenta.
Cuello bañado de un sudor brillante,
Poca saliva como azafranada
Y cargada de sal, de sus gargantas
Con fuerte tos apenas arrojada.

Se aticiaban los nervios de las manos,
Los miembros tiritaban, y subía
El frío de la muerte poco a poco
Desde los pies al tronco: últimamente,
Al acercarse el tiempo postrimero
Tenían las narices encogidas
Y su punta afilada, ojos hundidos,
Huecas las sienes, la piel fría y ruda,
Los labios abultados, resaltaba
Tirante frente; a poco fallecían:
El sol octavo o nono los veía
Las más veces lanzar su último aliento.
Mas si alguno escapaba de la muerte,
Como a las veces sucedía, en fuerza
De secreciones de úlceras malignas
Y de negros despeños, sin embargo,
La misma podre y muerte le aguardaban,
Aunque más tarde: sangre corrompida
De su nariz corría en abundancia,
Con dolores muy fuertes de cabeza;
Todas las fuerzas, toda la substancia
Del hombre así llegaban a perderse.
Si no salía el mal por las narices,
Y si no ocasionaba esta hemorragia,
Atacaba los nervios, se extendía

El morbo por los miembros, y cogía
Hasta las mismas partes genitales:
Y unos, temiendo la cercana muerte,
Vivían por el hierro mutilados
De su virilidad; privados otros
De manos y de pies, quedaban vivos,
Y perdían, en fin, otros la vista:
Tan poderoso miedo de la muerte
Cogió a estos infelices, y hubo algunos
Que perdieron del todo la memoria
Y aun a sí mismos no se conocían.
Aunque en tierra yacían insepultos
Montones de cadáveres, las aves
Y voraces cuadrúpedos huían
Su hedor intolerable, y no tardaban,
Si los probaban, en perder la vida:
Las aves, sin embargo, no salían
Impunemente por aquellos días,
Ni dejaban las fieras alimañas
Las selvas por la noche; casi todas
Sucumbían al morbo y fenecían:
Principalmente los leales perros
En medio de las calles extendidos
Enfermos daban el postrer aliento,
Que arrancaba el contagio de sus miembros.
Precipitadamente arrebataban
Sin pompa los cadáveres: no había
Allí un seguro y general remedio:
La pócima que había prolongado
La vida a unos, a otros daba muerte.
Pero allí lo más triste y deplorable

Era que algunos de estos infelices
Que se veían presa del contagio
Se despechaban como criminales
Condenados a muerte, se abatían,
Veían. siempre a par de sí la muerte,
Y en medio de terrores perecían.
Multiplicaba empero las exequias
Principalmente el ávido contagio,
Que no cesaba ni un instante solo
De irse comunicando de uno en otro;
Porque aquellos que huían las visitas
De dolientes amigos por codicia
De la vida o por miedo de la muerte,
Víctimas insensibles perecían
Dentro de poco tiempo, abandonados,
Necesitados y menesterosos,
Como lanar ganado y como bueyes:
Mas los que no temían presentarse
Al contagio y fatiga se rendían,
Viendo que el pundonor y tiernas quejas
De amigos moribundos precisaban
Entonces a llenar estos deberes.

Porque el más virtuoso ciudadano
Acababa la vida con tal muerte:
Y después de enterrar la muchedumbre
De sus prendas más caras, se volvían,
Fatigados de .llantos y gemidos,
A encamarse, muriendo de tristeza:
Por fin, en estos tiempos de desastre
Muertos o moribundos, o infelices

Que los lloraban, sólo se veían.
Además, ya pastores y vaqueros
Y el fuerte conductor del corvo arado
Enfermaban también, y los buscaba
La contagión dentro de sus cabañas,
Y allí los daban muerte inevitable
La. pobreza y el morbo: se veían
A veces los cadáveres tendidos
De los padres encima de los hijos,
Y los hijuelos el postrer aliento
Sobre padres y madres exhalaban.
El contagio en gran parte provenía
De la gente del campo, que a millares
A la ciudad enfermos acudían:
Todos los sitios públicos y casas
Estaban llenos; por lo mismo entonces
Con más facilidad amontonaba
Apiñados cadáveres la muerte.

Muchos de sed morían en las calles;
Y después de haber otros arrastrado
Hacia las fuentes públicas sus cuerpos,
Sin vida allí quedaban extendidos,
Ahogados al sentir la gran dulzura
Que les causaba el agua que bebían:
Y las calles estaban ocupadas
De unos lánguidos cuerpos medio muertos,
Hediondos y sucios y andrajosos,
Cuyos miembros podridos se caían:
La piel sola tenían sobre el hueso,
En la que ya las úlceras y podre

Habían producido el mismo efecto
Que hace la sepultura en el cadáver.

La muerte, en fin, llenó de cuerpos muertos
Todos los templos santos de los dioses,
Y estaban de cadáveres sembrados
Todos los edificios de deidades;
Los hicieron posadas de finados
Los sacristanes: importaba poco
La religión ya entonces y los dioses,
Porque el dolor presente era excesivo.
Y se olvidó este pueblo en sus entierros
De aquellas ceremonias tan antiguas
Que en sacros funerales se observaban:
Andaba todo él sobresaltado,
Y en este general abatimiento
Cada cual enterraba a quien podía:
Y la necesidad y la indigencia
Horrorosas violencias inspiraron;
Porque algunos gritando colocaban
A sus parientes en la pira ajena,
Y poniéndola fuego por debajo,
Con mucha sangre a veces pendenciaban
Antes que los cadáveres soltasen.



APENDICE

Fundado el poema *La Naturaleza* de Lucrecio en la doctrina filosófica de Epicuro, juzgamos oportuno dar a conocer esta doctrina publicando aquí las tres cartas del citado filósofo que incluye Diógenes Laercio en su obra titulada *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, que, vertida del griego al castellano por D. Jose Ortiz y Sanz, figura en nuestra BIBLIOTECA CLÁSICA.

Estas tres cartas son exposición auténtica del sistema filosófico de Epicuro. La primera, dirigida a Herodoto, versa sobre la Naturaleza; la segunda, a Pitocles, explica los meteoros, y la tercera y más importante, escrita a Meneceo, expone la moral de la filosofía epicúrea.

En ellas hay incluidos algunos párrafos originales de Laercio, pero éstos van entre paréntesis rectangulares.

EPICURO A HERODOTO:

Para los que no puedan, oh Herodoto, indagar cada cosa de por sí de las que he escrito acerca de la Naturaleza, ni estudiar libros voluminosos, hago este resumen de todo ello, a fin de darles un entero y absoluto memorial de mis opiniones y de que puedan en cualquier tiempo valerse de él en las cosas más importantes, caso que se dediquen a la contemplación de la Naturaleza. Aun los aprovechados en el estudio del universo deben esculpir en la memoria una imagen elemental de todo, pues más necesitamos de un prontuario general y memorial abreviado, que de las cosas en particular. Entraremos, pues, en él, y lo encomendaremos repetidas veces a la memoria, para que cuando emprendamos la consideración de cosas importantes concebidas antes, é impresas en la memoria las imágenes o elementos generales, hallemos también exactamente las particulares.

Lo primero y principal en un aprovechado es poder usar diestramente de su discurso cuando se ofrezca, tanto en los compendios simples y elementales, cuanto en la contemplación de las voces. Ello es que no es posible sepa la inmensa muchedumbre de las cosas en general quien no sabe reducir a pocas palabras toda su serie y cuanto se halle tratado antes particularmente. Por lo cual, siendo útil a cuantos se dedican a la fisiología este método de escribir, y amonestado muchas veces a ejecutarlo por los físicos, singularmente los dados a esta tranquilidad de vida, conviene formar este tal cual compendio de los primeros elementos de las opiniones.

Primeramente, pues, oh Herodoto, conviene entender el

significado de las voces, para que con relación a él podamos juzgar de las cosas, ya opinemos, ya inquiramos, o ya dudemos, a fin de que no resulte un proceso en infinito andando las cosas vagas é irresolutas, y no estemos sólo con lo vano de las voces. Es, pues, necesario lo primero atender a la noción de cada palabra, y ya nada necesita de demostración, pues tendremos lo inquirido, lo dudado y lo opinado sobre que nos aprovechemos. o bien conviene observar todas las cosas según los sentidos, simplemente según las accesiones, ya del entendimiento, ya de cualquiera criterio. En el mismo grado se hallan las pasiones; con lo cual tenemos por donde notar lo permanente y lo cierto.

Conocidas estas cosas, conviene ya ver las ocultas. Será lo primero, que nada se hace de nada o de lo que no existe; pues de lo contrario, todo nacería de todo, sin necesitar de semillas. Y si lo que se corrompe no pasara a ser otra cosa, sino a la no existencia, ya todo se hubiera acabado. Pero el universo siempre fue tal cual es hoy, tal será. siempre, y nada hay en que se convierta; pues fuera del mismo universo nada hay a que pueda pasar y en que pueda hacer mudanza. Esto ya lo dije al principio del *Epítome mayor*, y en el primero de los libros *De la Naturaleza*. El universo es cuerpo; y que hay cuerpos en todo, lo atestigua el sentido, estribando en el cual, es fuerza concluir de lo oculto por medio del raciocinio, como dije antes. Si no hubiese el que llamarnos vacuo, el lugar, y la naturaleza intocable, no tendrían los cuerpos adonde estuviesen, ni por donde se moviesen, como es claro se mueven. Fuera de esto, nada puede entenderse ni aun por imaginación, comprensivamente, o análogamente a lo comprensible, como que está recibido por todas las naturalezas, y no como que se llaman secuelas y efectos de ello. Esto mismo dice en el libro *De*

la Naturaleza, en el XIV, en el XV y en el *Epítome grande*.

De los cuerpos, unos son concreciones y otros son cuerpos simples de que las concreciones se forman. Son éstos indivisibles é inmutables, puesto que no pueden pasar todos a la no existencia, antes bien perseveran firmes cuando se disuelven los compuestos, siendo *llenos* por naturaleza, y no tienen en qué ni cómo se disuelvan. Así, los principios de las cosas precisamente son las naturalezas de estos cuerpos átomos o *indivisibles*. Aun el universo es infinito o ilimitado. porque lo que es limitado tiene término o extremo: el extremo se mira por causa de otra: así, lo que no tiene extremo tampoco tiene fin; lo que no tiene fin es infinito y i) o limitado. El universo es infinito, ya por la muchedumbre de estos cuerpos, ya por la magnitud del vacío: porque si el vacío fuese infinito y los cuerpos finitos, nunca estos cuerpos reposarían, sino que andarían dispersos por el vacío infinito, no teniendo quien lo fijase y comprimiase en sus choques y percusiones. Si el vacío fuese finito y los cuerpos infinitos, no tendrían estos cuerpos infinitos adonde estar.

Más: estos cuerpos indivisibles y llenos, de los cuales se forman las concreciones y en los cuales se disuelven, son incomprendibles o incapaces de ser circunscritos, por la variedad de sus tiras; pues no es posible que la gran diferencia de estas mismas figuras conste de átomos comprendidos. Y más, que cada figura contiene simplemente infinitos átomos; aunque en las diferencias o variedades no son simplemente infinitos, sino sólo incomprendibles. Pues, como dice más abajo, no hay división en infinito. Dice esto porque sus cantidades se mudan; si no es que alguno las eche simplemente al infinito aun en cuanto a las magnitudes.

Los átomos se mueven continuamente. Y más abajo dice «que

se mueven con igual celeridad de movimiento, prestándoles el vacuo perpetuamente semejante viaje, tanto a los levísimos cuanto a los gravísimos. Que unos están muy distantes entre sí; otros retienen su trepidación cuando están inclinados a complicarse, o son corroborados por los complicables. La naturaleza del vacuo que separa cada átomo es quien obra esto, ya que no puede darles firmeza. La solidez que ellos tienen causa su trepidación y movimiento, a efectos de la colisión. Que estos átomos no tienen principio, supuesto que ellos y el vacuo son causa de todo.» Dice también más adelante: «Que los átomos no tienen ninguna cualidad, excepto la figura, la magnitud y la gravedad.» Y en el libro décimo de sus *Elementos o Instituciones* afirma: Que el color de los átomos se cambia según la variedad de sus posiciones; como también que acerca de ellos. Se trata de magnitud propiamente tal, puesto que el átomo nunca se percibió por los sentidos. Esta voz, cuando se recuerda todo esto, envía a la mente un tipo o imagen idónea de la naturaleza de las cosas.

Hay infinitos mundos, sean semejantes o desemejantes; pues siendo los átomos infinitos, como poco ha demostramos, son también llevados remotísimamente. ni los átomos (de los cuales se hizo o se pudo hacer el mundo) quedaron absumidos en un mundo ni en infinitos; en semejantes a éste, o en desemejantes. Así, no hay cosa que impida la infinidad de mundos. Aun los tipos o imágenes son semejantes en figura a los sólidos -y firmes, no obstante que su pequeñez dista mucho de lo perceptible y aparente. Ni estas separaciones o apartamientos pueden no hacerse en lugar circunscrito, ni la aptitud no proceder de la operación de los vacuos y pequeñeces, ni los efluvios dejar de conservar en adelante la situación y base que tienen en los sólidos. a estos tipos los llamamos *imágenes*.

Asimismo, este llevamiento hecho por el vacuo sin choque alguno con otras cosas, es tan veloz, que corre una longitud incomprendible por grande, en un punto indivisible de tiempo; pues igual lentitud y velocidad reciben con la repercusión y la no repercusión. Ni por eso el cuerpo que es llevado hacia abajo llega a muchos lugares igualmente.

Según los tiempos que especulamos por la razón, pues esto es incomprendible; y él viene juntamente en tiempo sensible de cualquiera paraje del infinito pero no viene de aquel de quien concebimos es hecho el llevamiento. Lo mismo sucederá a la repercusión, aunque mientras tanto dejemos sin interrupción lo breve del llevamiento.

Es útil poseer este principio, o sea elemento, por razón que las imágenes buenas y provechosas usan de las más extremadas tenuidades. Tampoco se les opone ninguna cosa aparente, y por eso tienen una velocidad extrema, siéndoles proporcionado y conmensurable todo poro o conducto. Además que a su infinito nada o pocas cosas hay que causen obstáculo, cuando a lo mucho e infinito siempre hay quien obste. Añádase que la producción de las imágenes se hace tan velozmente como el pensamiento. El flujo de efluvios de la superficie de los cuerpos es continuo y desconocido de los sentidos, por la plenitud opuesta que guarda en el sólido la situación y orden de los átomos por mucho tiempo, si bien alguna vez está confusa. Las congresiones en el contenido o circunscrito son veloces, por no ser necesario que la plenitud se haga según la profundidad; y hay algunos otros modos que producen estas naturalezas: ni cosa alguna de éstas relucta a los sentidos si atiende uno a cómo las imágenes producen las operaciones cuando de las cosas externas remiten a nosotros las simpatías, o sea correspondencias.

Conviene, pues, juzgar que cuando entra alguna cosa externa en nosotros, vemos sus formas y las percibimos con la mente. Ni las cosas externas pueden descubrirnos su naturaleza, su color y su figura de otro modo que por el aire que media entre nosotros y ellas; o bien por los rayos o por cualesquiera emisiones o efluvios que de nosotros parten a ellas. Así que nosotros vemos viniendo de las cosas a nosotros ciertos tipos o imágenes de los colores y formas semejantes, arregladas a una proporcionada magnitud, y entrándonos brevísimamente en la vista o en el entendimiento.

Después, cuando volvemos la fantasía por la misma causa de uno y continuo, y conservamos la simpatía del sujeto según la conmensurada fijación nacida de allí y de la plasmación de los átomos según la profundidad en el sólido, y la imaginación que concebimos claramente por el entendimiento o por los órganos sensorios, sean de forma, sean de accidentes; ésta es la forma del sólido, engendrada según la densidad sobrevenida, o sea el vestigio remanente de la imagen.

En lo que opinamos hay siempre falsedad y error cuando por testimonio no se confirma, o por testimonio se refuta: y no atestiguado después según el movimiento que persevera en nosotros de la accesión fantástica o imaginaria, por medio de cuya separación se comete el engaño. La semejanza de los fantasmas recibidos como imágenes, ya sea en sueños, ya por cualesquiera otras acepciones de la mente, ya por los demás sentidos, no estarían adonde están, ni se llamarían verdaderas si no fuesen algo, a saber, aquello a que nos dirigimos o arrojamamos. Ni habría error si no recibiésemos también algún otro movimiento en nosotros mismos, unido sí, pero que tiene intervalo. Según este movimiento unido (bien que con intervalo) a la accesión fantástica, si no se confirma con

testimonio, o con testimonio se contradice, se hace la falsedad o mentira; pero si confirma con testimonio, o con testimonio no se refuta, se hace la verdad. Importa, pues, mucho retener esta opinión, a fin de que ni se borren los criterios acerca de las operaciones, ni el error confirmado igualmente lo perturbe todo. La audición se hace siendo llevado algún viento de voz o de ruido, que de algún modo prepare la pasión acústica o auditiva. Esta efusión se esparce en partículas de igual mole, que conservan consigo cierta mutua simpatía, unidad y virtud propia, la cual penetra hasta donde se envían o dirigen, y que por lo regular es causa de que el otro sienta o perciba. Pero si no, prepara por lo menos lo externo solamente, pues sin dimanar de allí alguna simpatía, ciertamente no se haría semejante percepción. Así que no conviene creer que es el aire quien recibe la impresión de la voz (ó de otras cosas) que viene, pues sufrirá muchos defectos en el padecer esto por ella; sino que la percusión que nos da la voz despedida se hace por ciertas partículas o moléculas de la efusión aérea capaces de obrarla, la cual nos prepara la pasión acústica. Lo mismo es del olfato que de la audición, pues nunca operaría esta pasión si no hubiera ciertas moléculas dimanadas de las cosas conmensuradas a mover el órgano sensorio. Algunas de ellas andan perturbada é impropriamente; otras ordenada y propiamente.

Se ha de suponer que los átomos no traen cualidad alguna de cuanto aparece, excepto la figura, gravedad, magnitud y demás cosas que necesariamente se siguen a la figura, pues toda cualidad se muda; pero los átomos no se mudan, porque es preciso que en las disoluciones de los concretos quede alguna cosa sólida é indisoluble, la cual no se mude en lo que Do es, ni de aquello que no es, sino según la transposición en

muchas, y en algunas según la accesión y retrocesión. Así que es preciso que las inmutables sean incorruptibles y no tengan naturaleza de cosa mudable, sino corpúsculos y figuraciones propias. Es necesario, pues, que permanezcan.

Y en las cosas que en nosotros voluntariamente se transforman, se recibe la figura que en ellos permanece; pero las cualidades que no están en lo que se muda, no quedan con ella, sino que de todo el cuerpo se aniquilan y destruyen. Pueden, pues, las cosas que restan hacer suficientemente diversas concreciones, ya que es preciso queden algunas cosas y no todas paren en el no ser.

No se ha de creer que en los átomos hay magnitud absoluta, pues acaso lo que aparece podría atestiguar lo contrario; sino que hay ciertas mutaciones en las magnitudes. Siendo esto así, se podrá dar mejor razón de las cosas que se hacen según las pasiones y sentidos. El tener los átomos magnitud absoluta o sensible, de nada serviría a las diferencias de las cualidades. Además que si la tuvieran, los átomos se nos presentarían visibles, lo cual no vemos acontezca, ni podemos concebir pueda el átomo hacerse visible. Añádese a esto que no se debe juzgar que en un cuerpo finito haya infinitos corpúsculos y de cualquiera tamaño. Y así, no sólo se debe quitar la sección o división en infinito, de mayor en menor (á fin de no debilitar todas las cosas, y luego nos vemos obligados con la comprensión a extenderlas, como se hace con la comprensión de muchos corpúsculos agregados), sino que ni se ha de detener por dable la transición de las cosas finitas en infinitas, aun de mayor a menor. Ni tampoco luego que se dice que una cosa tiene infinitos corpúsculos o de cualesquiera tamaños, se puede entender claramente cómo esta magnitud pueda ser también finita, pues. cuando los corpúsculos tienen cantidad cierta, es

evidente que no son infinitos; y al contrario, siendo, ellos de magnitud determinada, lo sería también de magnitud misma, siendo así que su extremidad es datenuidad infinita. Y si esta extremidad no se ve por si misma, no hay modo de entender lo que desde ella se sigue; y siguiendo así en adelante, será fuerza proceder en infinito con la mente.

Débese también considerar en lo mínimo que hay en el sentido, que ni es tal como lo que tiene mutaciones, ni tampoco del todo desemejante, sino que tiene algo de común con las digresiones; pero no tiene intervalo de partes. Y cuando por la semejanza de comunión creemos haber comprendido algo de él, prescindiendo de una y otra parte, precisamente liemos de incidir en igualdad. Luego contemplamos estas cosas comenzando de lo primero; y no en sí mismo, ni porque une partes a partes, sino en la propiedad de éstas, la cual mide sus magnitudes, mucho las grandes y poco las pequeñas. Por esta analogía se ha de juzgar el uso de la pequeñez o mínimo del átomo, pues consta que en pequeñez se diferencia de lo que vemos por el sentido, pero usa de la misma analogía. Y que el átomo tenga magnitud por dicha analogía, lo hemos argüido, dándole pequeñez solamente, excluyendo la longitud. Más. Se ha de juzgar que las longitudes tienen sus confines mínimos, pero no confusos, los cuales por sí mismos proporcionan dimensión a los a tomos mayores y menores, por la contemplación del raciocinio en las cosas visibles; pues lo que tienen de común con los inmutables basta para llegar a perfeccionar lo que son hasta entonces.

La conducción unida de los que tienen movimiento no puede hacerse; y de lo infinito, sea supremo o ínfimo, no se ha de decir que está arriba o abajo, pues sabemos que si lo que se entiende estar sobre la cabeza lo suponemos procedente en

infinito, nunca se nos manifestará; ni lo que está debajo de lo así entendido será tampoco infinito a un mismo tiempo hacia arriba y hacia abajo, pues esto no puede entenderse. Así que de la -conducción o progreso en infinito, sólo se ha de concebir una hacia arriba y otra hacia abajo; aunque infinitas veces lo que nosotros llevamos hacia lo que está sobre nuestra cabeza, llega a los pies de las cosas superiores, o bien a las cabezas de las inferiores lo que llevamos hacia abajo. Con todo, el movimiento universal «opuesto uno a otro, se entiende en infinito.

Es también preciso tengan los átomos igual velocidad cuando son llevados por el vacuo sin chocar con -nadie, pues suponiendo que nada encuentran que les -obste, ni los graves corren más que los leves, ni los menores más que los mayores, teniendo todos su conducto conmensurado o proporcionado, y no hallando tampoco quien les impida ni el llevamiento o movimiento superior, ni el oblicuo por los choques, ni el inferior por los pesos propios. En cuanto uno retiene a otro, en tanto -tendrá movimiento, unido a la mente é inteligencia, mientras que nada se le oponga o extrínsecamente, o por el propio peso, o por la fuerza del que choca. Aun las concreciones hechas no serán llevadas tina más velozmente que otra, siendo los átomos iguales en velocidad, por ser llevados a un lugar mismo los átomos de -tales concreciones, y en tiempo indivisible. Pero si no van a un lugar mismo, irán en tiempo considerado por la razón, si son o no frecuentes sus choques, hasta que la misma continuación del llevamiento los sujete a los sentidos.

Lo que opinan juntamente acerca de lo invisible, a :saber, que los tiempos que se han de considerar por la razón deben tener movimiento perenne, no es verdadero en nuestro asunto,

pues todo lo que se ve, o lo que por accesión recibe la inteligencia, es verdadero. Después de todo esto, conviene discurremos del alma en orden a los sentidos y a las pasiones, pues así tendremos una solidísima prueba de que el alma es cuerpo compuesto de partes tenuísimas, difundido por toda la concreción o conglobación, pero muy semejante a espíritu, que tiene temperamento cálido, de un modo parecido a éste, de otro modo parecido a aquél. En particular recibe muchas mutaciones por la tenuidad de sus partes, y aun por las partes mismas; pero ella tiene más simpatía con la concreción suya que con toda la restante. Todo esto lo declaran las fuerzas del alma, las pasiones, los movimientos ligeros, los pensamientos y demás cosas, las cuales, si nos faltan, morimos.

También se ha de tener por cierto que el alma tiene mucha cansa en el sentido; pero no la tendría sí en cierto modo no la cubriese todo lo demás del concreto. Y aunque este resto del concreto le prepara esta causa, y es partícipe del evento mismo, no lo es, sin embargo, de todos los que ella posee; por lo cual, apartándosele el alma, ya no tiene sentido, pues él no participaba en sí de aquella virtud, sino que la naturaleza la prepara al otro, como engendrado con él: lo cual, ejecutándolo por una virtud perfecta para con él, y consumándolo luego según el movimiento sensible sobrevenido, lo comunica por un influjo común y simpatía, como dije. Así, aun coexistiendo el alma, quitada alguna otra parte, nunca queda el sentido entero: como también ésta perecería juntamente disolviéndose quien la cubre, ya sea todo, ya sea alguna parte en quien resida la agudeza y eficacia del sentido. Lo restante del concreto o masa que queda, sea unido, sea por partes, no tiene sentido separada el alma: pues a la naturaleza de ésta pertenece una gran multitud de átomos. Y así, disuelta la

concreción, se esparce y difunde el alma, y no tiene ya las Mis-
mas fuerzas, ni se mueve. Tampoco le queda el sentido, por-
que no se puede entender que ella sienta sino es usando di-
chos movimientos en este compuesto, cuando lo que la cubre
y contiene no es tal cual es aquello en que existiendo tiene di-
chos movimientos.

Todavía dice esto mismo en otros lugares; y que el alma se
compone de átomos sumamente lisos y redondos, muy dife-
rentes de los del fuego, y que lo que está esparcido por lo de-
más del cuerpo es la parte irracional de ella; pero que la parte
racional es la que reside en el pecho, como se manifiesta por
el miedo y por el gozo. Que el sueño se hace cuando por el
trabajo padecen las partes del alma difundidas por toda la
masa corpórea, por ser retenidas o por divagar, y luego caen
unidas con las divagantes. Que el esperma se recoge de todos
los cuerpos ^[1]; y conviene notar que no es incorpóreo, pues lo
dice según la frecuencia del nombre, y no de lo primero que
de él se entiende. Según él, no es inteligible lo incorpóreo sino
en el vacuo. Este vacuo ni puede hacer ni padecer; sino que
por sí solo da movimiento a los cuerpos. Así, los que dicen que
el alma es incorpórea, deliran; pues si fuera tal, no podría ha-
cer ni padecer; pero nosotros vemos prácticamente en el alma
ambos efectos.

Quien refiera a las pasiones y sentidos estos racionios acerca
del alma, y tenga presente lo que dijimos al principio, enten-
derá bastante estar todo comprendido en los tiempos, de ma-
nera que pueda explicarse por partes con toda seguridad y fir-
meza. Lo mismo se Ira de decir de las figuras, los colores, las
magnitudes, las gravedades y demás cosas predicadas de los
cuerpos como propias de ellos y existentes en todos, a lo

¹ De todos los corpúsculos de que el cuerpo humano consta.

menos en los visibles o en los conocidos por los sentidos y que por sí mismos no son naturalezas. Esto no puede entenderse ni como lo no existente, ni como algunas cosas incorpóreas existentes en el cuerpo, ni como partículas de éste, sino como todo el cuerpo que tiene universalmente naturaleza eterna compuesta de todas estas cosas, ni puede ser conducido sin ellas: como cuando de los mismos corpúsculos se forma una masa o concreción mayor, sea de los primeros, o de magnitudes de el todo, pero en algo menores; sino sólo, como digo, que tiene de todos ellos su naturaleza eterna. También se Ira de saber que todas estas cosas tienen sus propias adicciones é intermisiones, pero siguiéndole la concreción, y no separándosele nunca, sino aquella que, según la inteligencia concreta del cuerpo, recibe el predicado. También acontece muchas veces a los cuerpos el seguirseles lo que no es eterno ni incorpóreo aun en las cosas invisibles. De manera, que usando de este nombre según la común acepción, manifestamos que los accidentes ni tienen la naturaleza de el todo a la cual llamamos *cuerpo*, tomada en concreto, ni la de los que perpetuamente le siguen, sin los cuales no puede imaginarse cuerpo. Pero según ciertas adicciones, siguiéndose el concreto, nombramos cada cosa; y a veces la contemplamos cuando acaece cada una, aun no siguiéndose perpetuamente los accidentes.

Ni esta perspicuidad o evidencia se ha de expeler del ente, porque no tiene naturaleza de el todo, a quien sobreviene algo, que también llamamos *cuerpo*; ni la de los que siguen eternamente, ni la de lo que se cree subsistir por sí mismo. Esto no se ha de entender, acerca de dichas cosas, ni de las que suceden eternamente; sino que aun los accidentes se han de tener todos por cuerpos según aparecen, y no perpetuamente adjuntos o siguientes: ni tampoco que tengan por sí mismos

orden de naturaleza o substancia, sino que se ven conforme al modo que da el mismo sentido.

También se debe considerar mucho que no se ha de inquirir el tiempo como inquirimos las demás cosas en el sujeto, refiriéndonos a las anticipaciones que se ven en nosotros, sino que se ha de racionar por el mismo efecto, según el cual pronunciamos, *mucho tiempo o poco tiempo*, teniendo esto y usándolo innata o congénitamente. Ni se han de ir cazando en esto ciertas locuciones como a más hermosas, sino usar las que hay establecidas acerca de ello. Ni predicar de él ninguna otra cosa como que es consustancial al idioma mismo. Algunos lo ejecutan así; pero yo quiero se colija que aquí *sólo* recogernos y medimos lo que es propio en nuestro asunto; y esto no necesita demostración, sino reflexión, pues a los días y a las noches, y aun a sus partes, añadimos *tiempo*. Lo mismo hacemos en las pasiones, en las tranquilidades, movimientos y reparos, entendiendo de nuevo algún otro evento propio de ello acerca de estas cosas, según el cual nombrarnos el *tiempo*. Esto lo dice también en el libro ir *De la naturaleza* y en el *Epítome grande*.

[Después de lo referido sigue diciendo: que se ha de creer que los mundos fueron engendrados del infinito, según toda concreción finita semejante en densidad a las que vemos, siendo todas éstas discretas y separadas por sus propias revoluciones mayores y menores; y que luego vuelven a disolverse todas, unas con brevedad, otras con lentitud, padeciendo esto unas por éstas, y otras por aquéllas. Es, pues, constante que dice ser los mundos corruptibles, puesto que se mudan sus partes. Y en otros lugares dice que la tierra está sentada sobre el aire. Que no se debe juzgar que los mundos necesariamente tienen una misma figura; antes que son diferentes lo dice en el libro

XII tratando de esto, a saber: que unos son esféricos, otros elípticos, y otros de otras figuras; pero, no obstante, no las admitite todas.]

Tampoco los animales procedieron del infinito, porque nadie demostrará cómo se recibieron en este mundo tales semillas de que constan los animales, las plantas y todas las demás cosas que vemos, pues esto no pudo ser allá, y se nutrieron del modo mismo. De la misma forma se ha de discurrir acerca de la tierra. Se ha de opinar asimismo que la naturaleza de los hombres fue instruida y coartada en muchas y varias cosas por aquellos mismos objetos que la circundan, y que sobreviniendo a esto el raciocinio, extendió más aquellas nociones, aprovechando en una más presto y en otras más tarde, pues unas cosas se hallan en períodos y tiempos largos desde el infinito, y otras en cortos. Así, los nombres al principio no fueron positivos, sino que las mismas naturalezas de los hombres teniendo en cada nación sus pasiones propias y propias imaginaciones, despiden de su modo en cada una el aire según sus pasiones e imágenes concebidas, y al tenor de la variedad de gentes y lugares. Después generalmente fue cada nación poniendo nombres propios, para que los significados fuesen entre ellos menos ambiguos y se explicasen con más brevedad. Luego añadiendo algunas cosas antes no advertidas, fueron introduciendo ciertas y determinadas voces, algunas de las cuales las pronunciaron por necesidad, otras las admitieron con suficiente causa, interpretándolas por medio del raciocinio.

Respecto a los meteoros, el movimiento, el regreso,² el eclipse, el orto, el ocaso y otros de esta clase, no se ha de creer se hacen por ministerio, orden y mandato de alguno que tenga

² El regreso del sol desde los trópicos o solsticios.

al mismo tiempo toda bienaventuranza con la inmortalidad, pues a la bienaventuranza no corresponden los negocios, las solicitudes, las iras, los gustos, sino que estas cosas se hacen por la enfermedad, miedo y necesidad de los que están contiguos. Ni menos tinas naturalezas ígneas y bienaventuradas querrían ponerse en giro tan arrebatado; sino ,que el todo guarda aquel ornato y hermosura, puesto que, según los nombres, todas las cosas son conducidas a semejantes nociones, y de ellas nada parece repugna a aquella belleza, porque si no, causaría esta contrariedad gran perturbación en las almas. Y así, se ha de opinar que esta violenta revolución se hace según la que recibió al principio en la generación del mundo; y así cumple exactamente por necesidad este período.

Además, se ha de saber que es obra de la fisiología la diligente exposición de las causas de las cosas principales, que lo bienaventurado incide en ella acerca del conocimiento de los meteoros, escudriñando con diligencia qué naturalezas son las que se advierten en tales meteoros y cosas congénitas. Igualmente que tales cosas o son de muchos modos, o en lo posible, o de otra diversa manera, pero que simpliciter, no hay en la naturaleza inmortal y bienaventurada cosas que causen discordia o perturbación alguna. Y es fácil al entendimiento conocer que esto es así. Lo que se dice acerca del ocaso, del orto, del retroceso, del eclipse y otras cosas de este género, nada conduce para la felicidad de la ciencia; y los que contemplan estas cosas tienen semejantemente sus miedos, pero ni saben de qué naturaleza sean, ni cuáles las principales causas, pues si las supiesen anticipadamente, acaso también sabrían otras muchas, no pudiendo disolverse el miedo por la precognición de todo ello según la economía de las cosas más importantes. Por lo cual son muchas las. causas que hallamos de los

regresos, ocasos, ortos, eclipses y demás a este modo, como también en las cosas particulares.

Y no se ha de juzgar que la indagación sobre el uso de estas cosas no se habrá emprendido con tanta diligencia, cuanta pertenece a nuestra tranquilidad y dicha. Así que, considerando bien de cuántas maneras se haga en nosotros la tal cosa, se debe disputar sobre: los meteoros y todo lo no explorado, despreciando a los que pretenden que estas cosas se hacen de un solo modo; y ni añaden otros modos, según la fantasía nacida de los intervalos, ni menos saben en quiénes no se halle la tranquilidad. Juzgando, pues, que debe admitirse el que ello se hace de tal modo, y de otros por quienes también hay tranquilidad, y enseñando que se hace de muchos modos, como si viésemos que así se hace, estaremos tranquilos.

Después de todo esto, se debe considerar mucho que la principalísima perturbación que se hace en los ánimos humanos consiste en que estas cosas se tienen por bienaventuradas é incorruptibles, y que sus voluntades, operaciones y causas son juntamente contrarias a ellas; en que los hombres esperan y sospechan, creyendo en fábulas, un mal eterno; o en que, según esta insensibilidad, temen algo en la muerte, como sí quedase el alma en ellos, o aun en que no discurren en estas cosas, y padecen otras por cierta irracional confianza. Así los que no defienden el daño, reciben igual o aun mayor perturbación que los ligeros que tales cosas opinaban.

La imperturbación o tranquilidad consiste en que, apartándonos de todas estas cosas, tengamos continua memoria de las cosas universales y principalísimas. Así, debemos atender a las presentes y a los sentidos, en común a las comunes, en particular a las particulares, y a toda la evidencia del criterio en el juicio de cada cosa. Si atendernos a esto, hallaremos

ciertamente las causas de que procede la turbación y el miedo, y las disiparemos; como también las causas de los meteoros y demás cosas que de continuo suceden y que: los hombres temen en extremo.

Esto es, en resumen, amigo Herodoto, lo que te pensé escribir en orden a la naturaleza de todas las cosas. Su raciocinio va tan fundado, que si se retiene con exactitud, creo que aunque no ponga uno el mayor desvelo en entenderlo todo por partes, superará incomparablemente en comprensión a los demás hombres; pues explicará por sí mismo y en particular muchas cosas que yo trato aquí en general, aunque con exactitud; y conservándolo todo en la memoria, se aprovechará de ello en muchas ocasiones. En efecto, ello es tal, que los que ya hubiesen indagado bien las cosas en particular o hubiesen entrado perfectamente en estas análisis, darán otros muchos pasos adelante sobre toda la Naturaleza; y los que todavía no hubiesen llegado a perfeccionarse en ellas, o estudiasen esto sin voz viva que se lo explique, con sólo que apliquen la mente a las cosas principales, no dejarán de caminar á la tranquilidad de la vida.

EPICURO A PITOCLES:

Dióme Cleón tu carta, por la cual vi permaneces en tu benevolencia para conmigo, digna por cierto del amor que yo te profeso, y que no sin inteligencia procurabas introducirte en asuntos tocantes a la vida feliz. Pedísteme te enviase un Compendio de los meteoros, escrito con buen estilo y método para aprenderlo fácilmente, ya que los demás escritos míos dices son arduos de conservar en la memoria, por más que uno los estudie de continuo. Abracé gustosamente tus ruegos, y quedé sorprendido con gratísimas esperanzas. Así, habiendo escrito ya todas las otras cosas, concluí también el Tratado que deseas, útil sin duda a otros muchos, principalmente a los que poco ha comenzaron a gustar de la genuina fisiología, y a los que se hallan en la profunda ocupación de negocios encíclicos y continuos. Recibe, pues, atentamente estos preceptos, y recórrelos con cuidado tomándolos de memoria, junto con los demás que en un breve Compendio envié a Herodoto.

Primeramente se ha de saber que el fin en el conocimiento de los meteoros (ya se llamen conexos, ya absolutos) no es otro que el librarnos de perturbaciones, y con la mayor seguridad y satisfacción, al modo que en otras cosas. Ni en lo imposible se ha de gastar la fuerza, ni tener consideración igual en todas las cosas, o a los discursos escritos acerca de la vida o a las interpretaciones de otros problemas físicos; v. gr: que el universo es cuerpo y naturaleza intocable, o que el principio son los átomos, y otras cosas así, que tienen única conformidad con las que vemos, lo cual no sucede en los meteoros. Pero éstos tienen muchas causas de donde provengan, y un

predicado de substancia cónsono a los sentidos. Ni se ha de hablar de la Naturaleza según axiomas y legislaciones nuevas, sino establecerlos sobre los fenómenos, pues nuestra vida no ha menester razones privadas o propias, ni menos gloria vana, sino pasarla tranquilamente.

Todo, pues, en todos los meteoros se hace constantemente de diversos modos, examinado concordemente por los fenómenos, cuando uno deja advertidamente lo probable que de ellos se dice. Cuando uno, pues, deja esto y desecha aquello que es igualmente conforme a lo que se ve, claro es que cayendo de todo el conocimiento de la Naturaleza. se ha difundido en la fábula. Conviene tomar algunas señales de lo que se perfecciona en los meteoros, y algunas también de los fenómenos que se hacen en nosotros, que se observan y que realmente existen, y no las que aparecen en los meteoros ³, pues no se puede recibir se hagan estas cosas de muchos modos. Debe, no obstante, separarse cualquiera imagen o fantasma, y dividirlo con sus adherentes; lo cual no se opone a las cosas que. acaecidas en nosotros, se perfeccionan de varios modos.

El mundo es un complejo que abraza el cielo, los astros, la tierra y todo cuanto aparece, el cual es una parte del infinito, y termina en limite raro o denso; disuelto éste, todo cuanto hay en él se confunde. o bien que termina en lo girado o en lo estable, por circunscripción redonda, triangular o cualquiera otra; pues todas las admite cuando no hay fenómeno qué repugne a este dicho mundo, en el cual no podemos comprender

³ Aunque por no apartarme de la inteligencia común de *este* periodo (acaso corrupto en parte) lo traduzco literalmente, tengo por muy probable que Laercio quiso decir *que conviene tomar algunas señales de las cosas que se hacen en los meteoros, para irlas aplicado a los Fenómenos ya conocidos, y por éstos indagar aquéllos*. Otras muchas veces inculca este mismo precepto.

término. Que estos mundos sean infinitos en número puede comprenderse con el entendimiento, y que un tal mundo puede hacerse ya en el mundo mismo, ya en el intermedio (así llamo al intervalo entre los mundos) en lugar de muchos vacuos, y no en grande, limpio y sin vacuo, como dicen algunos. Quieren haya ciertas semillas aptas, procedidas de un mundo, de un intermundo, o bien de muchas, las cuales poco a poco reciben aumento, coordinación y mutación de sitio si así acontece, y que son idóneamente regadas por algunas cosas hasta su perfección Y permanencia, en cuanto los fundamentos supuestos son capaces de tal admisión. No sólo es necesario se haga concreción y vórtice en aquel vacuo en que dicen se debe formar el mundo por necesidad, según opinan, y que se aumenta hasta dar con otro, como afirma uno de los que se llaman físicos; pero esto es repugnante a lo que vemos.

El sol, la luna y demás astros no hechos según sí mismos, después fueron recibidos del mundo. Asimismo la tierra y el mar y todos los animales que luego se iban plasmando y recibían incremento según las uniones y movimientos de ciertas pequeñas naturalezas, o llenas de aire o de fuego, o de ambos. " persuade estas cosas el sentido. La magnitud del sol y demás astros, en cuanto a nosotros, es tanta cuanta aparece Esto también lo trae en el libro *De la Naturaleza* porque si perdiese, dice, por la gran distancia, mucho más perdería el calor; y que para el sol no hay distancia más proporcionada que la que tiene, en cuanto a él, sea mayor, sea algo menor o sea igual a la que se ve. De la misma suerte nosotros un fuego que vemos de lejos, por el sentido lo vemos. Y en suma, toda instancia en esta parte, la disolverá fácilmente quien atienda a las evidencias, según demostraremos en los libros *De la Naturaleza*.

El orto y ocaso del sol, luna y demás astros pueden hacerse por encendimiento y extinción ⁴ si tal fuese su estado, y aun de, otros modos, según lo antedicho, pues nada de lo que vemos se, opone. Pudiera igualmente ejecutarse por aparición sobre la tierra, y por ocultación, como también se ha dicho, pues tampoco se opone fenómeno alguno. El movimiento de estos astros no es imposible se llaga por el movimiento de todo el cielo; o bien que estando éste quieto, y moviéndose aquéllos, por necesidad que se les impusiese el principio en la generación del mundo, salen del oriente, y luego por el calor y voracidad del pábulo ígneo, van siempre adelante a los demás parajes. Los regresos del sol y luna es admisible se hagan según la oblicuidad del cielo, así acertado por los tiempos; por el ímpetu del aire, o por causa de la materia dispuesta que siempre tienen consigo, de la cual una parte se inflama y la otra queda sin inflamarse; o bien desde el principio este movimiento envuelve y arrebatada consigo dichos astros para que hagan su giro. Todo esto puede ser así, o semejantemente; ni hay cosa manifiesta que se oponga, con tal que estando uno firme siempre en estas partes en cuanto sea posible, pueda ~~concordar cada cosa de éstas~~ con los fenómenos, sin temer los artificios serviles de los astrólogos.

Los menguantes y crecientes de la luna pueden hacerse ya por vuelta de este cuerpo, ya por una semejante configuración del aire, o por anteposición de alguna cosa, o bien por todos los modos que, según los fenómenos que vemos, conducen a semejantes efectos. Si ya no es que alguno, eligiendo uno solamente, deje los otros; y no considerando qué cosa es posible vea el hombre, y qué imposible, desee por esto ver imposibles. Más: es dable que la luna tenga luz propia, y dable la reciba

⁴ Como quien encendiese una vela por la mañana y a apagase a la noche.

del sol; pues entre nosotros se ven muchas cosas que la tienen propia, y muchas que de otros. Y nada, impide que de los fenómenos que hay en los meteoros, teniéndolos de muchos modos en la memoria, penetre uno sus consecuencias, y juntamente sus causas, no atendiendo a tales inconsecuencias que suelen correr diversamente en aquel único modo.

La aparición, pues, de la fase en ella puede hacerse por inmutación de partes, por sobreposición, y por todos los modos que se viere convienen con los fenómenos. Ni es menester añadir que en todos los meteoros se ha de proceder así, pues si procedemos con repugnancia a las cosas claras, nunca podremos alcanzar la tranquilidad legítima. Los eclipses de sol y luna pueden hacerse por extinción, como vemos se hace esto entre nosotros, y también por interposición de algunos otros cuerpos, o de la tierra o del cielo, o cosa semejante. Así se han de considerar mutuamente los modos congruentes y propios, y juntamente, que las concreciones de algunas cosas no son imposibles.

[En el libro *XII De la Naturaleza*, dice lo siguiente:

«El sol se eclipsa asombrándolo la luna, y la luna se eclipsa dándola la sombra de la tierra, pero según retroceso.» Esto también lo dice Diógenes Epicúreo en el libro I de sus *Cosas selectas*.] El orden del período es como el que entre nosotros toman algunas cosas fortuitas, y la naturaleza divina en ningún modo concurre a estas cosas, sino que se mantiene libre de semejantes cuidados y en plena bienaventuranza. Si no se practica esto, todo discurso acerca de las causas de los meteoros será vano, como ya lo ha sido para algunos, que no habiendo abrazado el modo posible, dieron en el vano, y creyendo que aquéllos se hacen de un modo, solo, excluyen todos los demás aun factibles, se arrojan a lo imposible, y no pueden

observar los fenómenos que se han de tener como señales. La diferencia de longitud de noches y días se hace por apresurar el sol sus giros sobre la tierra y después retardarlos, o porque la longitud de los lugares varía, y anda los unos con mayor brevedad, al modo que también entre nosotros se ven cosas breves y tardas, a cuya comparación debemos tratar de los meteoros. Los que admiten un modo, contradicen a los fenómenos, y no ven de cuánto es capaz el hombre que observa. Las indicaciones o señales pueden hacerse según las contingencias de las estaciones, como vemos sucede entre nosotros a las cosas animadas, y también por otras cosas, como en las mutaciones del aire; pues estas dos razones no repugnan a los fenómenos. Ahora, por cuál de estas causas se haga esto, no es dable saberse.

Las nubes pueden engendrarse y permanecer por las condensaciones del aire o impulsos de los vientos; por las agregaciones de átomos mutuamente unidos y aptos para ello; por acopio de efluvios salidos de la tierra, y aun por otros muchos modos no impide se hagan tales consistencias. Pueden éstas por sí mismas, ya condensándose, ya mudándose, convertirse en agua y luego en lluvias, según la calidad de los parajes de donde vienen y se mueven por el aire, haciendo copiosísimos riegos algunas concreciones, dispuestas a emisiones semejantes. Los truenos pueden originarse por la revolución del aire en las cavidades de las nubes, a la manera que en nuestros vasos ⁵; por el rimbombo que hace en ellas el fuego aéreo; por los rompimientos y separaciones de las nubes; por el

⁵ Menagio sospecha que podrían entenderse aquí los vasos teatrales de los antiguos, de los cuales trata Vitruvio en el cap. v del lib. v. Yo pienso habla de las eolípitas o sea ollas animatorias, que también nombra Vitruvio, lib. I cap. VI.

choque, atrito y quebrantamiento de las mismas cuando han tomado compacción semejante al hielo; y generalmente, los fenómenos mismos nos llaman a que digamos que esta vicisitud se hace de muchos modos.

Los relámpagos asimismo se hacen de varios modos: ya por el choque y colisión de las nubes, pues saliendo aquella apariencia productriz de fuego, engendra el relámpago; ya por vibración venida de las nubes, causada por cuerpos cargados de viento que produce el relámpago; ya por el enrarecimiento de las nubes antes adensadas, o mutuamente por sí mismas o por los vientos; ya por recepción de luz descendida de los astros, impelida después por movimiento de las nubes y vientos, y caída por medio de las mismas nubes; ya por transfusión de una sutilísima luz de las nubes, ya porque el fuego comprime las nubes y causa los truenos; como también por el movimiento de éste, y por la inflamación del viento hecha por el llevamiento arrebatado o giro vehemente. También puede ser que rompimiento de las nubes a violencia de los vientos, y caída de los átomos cansadores del fuego, se produzca la imagen del relámpago. Otros muchos modos observará fácilmente quien atienda a los fenómenos que vimos, y pueda contemplar las cosas a ellos semejantes.

El relámpago precede al trueno en dichos globos de nubes, porque luego que cae el soplo de viento es expelida la imagen creatriz del relámpago; después el viento envuelto allí hace aquel ruido, y según fuere la inflamación de ambos, lleva también mayor velocidad y ligereza el relámpago hacia nosotros; pero el trueno llega después, al modo que en las cosas que vemos de lejos quedan algunos golpes.

Los rayos pueden hacerse, ya por muchos globos de viento, ya por su revolución y vehemente inflamación; por rompimiento

de alguna parte y su violenta caída a parajes inferiores, y regularmente son los montes elevados donde los rayos caen; por hacerse la ruptura a causa de que las partes que se le siguen son más densas por la densidad de las nubes revueltas por esta caída del fuego. Como también puede hacerse el trueno por haberse excitado mucho fuego, el cual cargado de viento fuerte rompa la nube, no pudiendo pasar adelante a causa de que el recíproco adensamiento se hace de continuo; y de otros muchos modos pueden hacerse los rayos, sin que se mezclen fábulas, como no las habrá cuando uno juzgue de las cosas ocultas siguiendo atentamente las manifiestas.

Los présteres o huracanes pueden hacerse por las muchas nubes que un continuo viento impele hacia abajo, o por un gran viento que corra con violencia é impela por de fuera las nubes unas a otras; por la peristasis⁶ del viento cuando algún aire es oprimido por arriba circularmente; por afluencia grande de viento a que no pueden disiparse por partes opuestas, a causa de la densidad del aire circunvecino. Si el préster baja hasta la tierra, se levantan torbellinos, al paso que se hace el movimiento del viento, y si baja al mar, vórtices de agua.

Los terremotos pueden provenir o del viento encerrado en la tierra, el cual pugnando en los entumecimientos menores de ella, se mueve de continuo cuando, prepara la agitación de la tierra, y la va ocupando otro viento de afuera; o por el aire que entra debajo del suelo, o en parajes cavernosos de la tierra, adensado a la violencia de los soplos. Según este tránsito, pues, de movimientos de muchas partes inferiores y sólidas, y de su resorte cuando da en partes de la tierra más densas, es dable se hagan los terremotos, no negando puedan también hacerse de otros muchos estos movimientos de la tierra.

Los vientos suelen excitarse en ciertos tiempos, cuando

continuamente y de poco en poco se van uniendo partículas heterogéneas, y también por juntarse gran copia de agua. Los vientos menos fuertes se hacen cuando entran pocos soplos en muchas cavidades, y se distribuyen en todas ellas.

El granizo se forma o por una concreción fuerte proveniente de todos lados a causa de la peristasis y distribución de algunas partículas impregnadas de aire, o por concreción moderada, cuando algunas otras partículas como de agua salen igualmente y hacen la opresión de los granos, y también por rompimiento, de manera que cada grano subsista de por sí y se concreten en abundancia. Su forma esférica no es imposible se llaga o por liquidación de sus ángulos y extremos en redor al tiempo de tomar consistencia, como, dicen algunos, o porque su circunferencia, sea de partes ácueas o sea de aéreas, tiene igual presión por todas partes.

La nieve puede hacerse o cayendo de las nubes el agua tenue por poros proporcionados, o condensándose las nubes dispuestas y esparciéndolas los vientos, adquiriendo luego mayor densidad con el movimiento, por el estado de vehemente frialdad que tienen las nubes en parajes inferiores; o por concreción hecha en las nubes de igual variedad, puede hacerse esta emisión de ellas, encontrándose mutuamente las partículas parecidas al agua, y quedándose unidas, las mismas que compeliéndose entre sí, forman el granizo; todas las cuales cosas se hacen principalmente en el aire. No menos, por el choque de las nubes ya densas, se coagula y forma la gran copia de nieve, y todavía se puede hacer de otros muchos modos.

El rocío se hace congregándose del aire mutuamente las partículas que son causa de esta humedad; pero también por la extracción de ellas de parajes húmedos o que contienen aguas, en cuyos sitios se hace principalmente el rocío. Cuando el

acopio de tales vapores toma un lugar y se perfecciona en humedad, vuelve a moverse hacia abajo y cae en varios parajes, al modo que entre nosotros se hacen cosas semejantes a ésta.⁶ La escarcha se hace tomando estos rocíos cierta consistencia y densidad, por la fría peristasis del aire, El hielo se hace perdiendo el agua su figura esférica, compeliéndose los triángulos escalenos y acutángulos del agua, y por la mezcla y aumento que se hace exteriormente de otras cosas, las cuales, coartadas y quebrantadas las cantidades o partes esféricas, disponen el agua a la concreción.

El arco iris se hace hiriendo los resplandores del sol en el aire húmedo; o por cierta naturaleza propia de la luz y del aire que produce las propiedades de estos colores (ya sean todos, ya uno solo), la cual, reflejando luego en lo más vecino del aire, recibe el color que vemos brillar en aquellas partes. El ser circular su figura proviene de que su intervalo se ve igual todo en rededor; o porque los átomos que andan en el aire reciben tal impulso; o porque llevados estos átomos con las nubes por el mismo aire cercano a la luna, dan a esta concreción una forma orbicular.

El halón o corona alrededor de la luna se hace cuando por todas partes concurre fuego a ella, y los flujos que la misma despiden resisten con igual fuerza, de modo que forman un círculo nebuloso y permanente a su rededor, sin discernirse del todo uno de otro; o bien sea que removiendo la luna a igual distancia el aire en contorno, forma aquella densa peristasis o círculo a su rededor. Lo cual se hace por algunas partes o flujos que impelen exteriormente, o por el calor que atrae allí algunas densidades a propósito para causar esto.

⁶ En cualesquiera evaporaciones acontece. Véase Vitruvio lib. VIII, cap. II.

Los cometas se hacen o porque a ciertos tiempos se coliga en lo alto cantidad de fuego en ciertos lugares; o porque la peristasis o circunferencia del cielo tiene a tiempos cierto movimiento propio sobre nosotros que manifiesta tales astros; o porque ellos mismos, en algunos tiempos, son llevados por alguna peristasis, y viniendo a nuestras regiones se hacen manifiestos. Su defecto ú ocultación se hace por las causas opuestas a lo dicho, dando giro a algunas de estas cosas, la cual acontece, no sólo porque esté quieta esta parte del mundo a cuyo rededor gira lo restante, como dicen algunos, sino porque el movimiento circular del aire le está en rededor, y le impide el giro que tienen los demás; o porque ya en adelante no les es apta la materia, sino sólo allí donde los vemos puestos. Aun puede hacerse esto de otros muchos modos, si sabemos inferir por raciocinio lo que sea conforme a lo que se nos manifiesta.

Algunos astros van errantes, cuando acontece que tomen semejantes movimientos; otros no se mueven. Es dable que aquéllos, desde el principio fuesen obligados a moverse contra lo que se mueve circularmente, de modo que unos sean llevados por una misma igual revolución, y otros por otra que padezca desigualdades. Puede ser también que en los parajes adonde corren haya algunos en que las extensiones del aire sean iguales, y les impelan así adelante, y ardan con igualdad; y en otros sea tanta la desigualdad, que aun lo que se ve haga mutaciones. El dar una sola causa de estas cosas, siendo muchas las que los fenómenos ofrecen, lo hacen necia é incongruamente los que andan ciegos en la vana astrología, y dan en vano las causas de algunas cosas, sin separar a la naturaleza divina de estos ministerios.

Obsérvase a veces que algunos astros se dejan detrás a otros,

ya porque éstos andan con más lentitud, aunque hacen el mismo giro, ya porque tienen otro movimiento contrario al de la esfera que los lleva, y ya porque en su vuelta unos hacen el círculo mayor y otros menor. El definir absolutamente estas cosas pertenece a los que gustan de ostentar prodigios a las gentes.

En cuanto a las estrellas que se dice caen, puede esto ser por colisión con alguna cosa, o con ellas mismas, puesto que caen hacia donde corre el viento, como dijimos de los rayos. También pueden hacerse por un concurso de átomos productivo de fuego, dada la oportunidad de producirlo; o por el mismo movimiento hacia la parte a que desde el principio se dirigió impetuosamente el agregado de átomos; o por algunas porciones de viento condensadas a manera de niebla, y encendidas a causa de su revolución, haciendo después ruptura de quien las sujeta, hacia cualquiera parte que se dirijan sus ímpetus, llevadas allí por el movimiento. Todavía hay otros modos inexplicables con que esto puede hacerse.

Las señales o indicios que se toman de ciertos animales se hacen según lo que acontece en las estaciones, pues los animales no nos traen coacción alguna de que sea invierno, v. gr; ni hay naturaleza divina alguna que esté sentada observando las salidas y movimientos de estos animales, y luego produzca las señales referidas. Ni por ventura animal alguno de alguna consideración caerá en necedad semejante, cuanto menos el que goza de toda felicidad.

Todas estas cosas, oh Pitocles, debes tener en la memoria, para poder librarte de patrañas y observar las cosas homogéneas a ellas. Dedícate principalmente a la especulación de los principios, del infinito y demás cosas congénitas, los criterios, las pasiones, y aquello por cuya causa examinamos dichas

cosas. Una vez bien consideradas, ellas misma facilitarán el conocimiento de las cosas particulares. Los que poco o nada aprecian estas causas, manifiestan que ni pudieron penetrar las que aquí trato, ni consiguieron aquello por que deben solicitarse.

-EPICURO a MENECEO

Ni el joven dilate el filosofar, ni el viejo de filosofar se fastidie; pues a nadie es intempestivo ni por muy joven ni por muy anciano el solicitar la salud del ánimo. Y quien dice, o que no ha llegado el tiempo de filosofar o que ya se ha pasado, es semejante a quien dice que no ha llegado el tiempo de buscar la felicidad, ó que ya se ha pasado. Así, que deben filosofar viejos y jóvenes: aquéllos para reflorecer en el bien a beneficio de los nacidos; éstos para ser juntamente .jóvenes y ancianos, careciendo del miedo de las cosas futuras. Conviene, pues, cuidar de las cosas que producen la felicidad, siendo así que con ella lo tenemos todo, y no teniéndola, lo ejecutamos todo para conseguirla. Practica, por tanto, y solicita las cosas que te he amonestado repetidas veces, teniendo por cierto que los principios, para vivir honestamente, son éstos: primero, que Dios es animal inmortal y bienaventurado, según suscribe de Dios la común inteligencia, sin que le des atributo alguno ajeno de la inmortalidad o impropio de la bienaventuranza, antes bien has de opinar de él todo aquello que pueda conservarle la bienaventuranza o inmortalidad. Existen, pues, y hay dioses, y su conocimiento es evidente; pero no son cuales los juzgan muchos, puesto que no los atienden como los juzgan. Así, no es impío el que niega los dioses de: la plebe o vulgo, sino quien a cerca de los dioses tiene las opiniones vulgares; pues las enunciaciones del vulgo, en orden a los dioses, no son anticipaciones, sino juicios falsos¹⁰. De aquí nacen las causas de enviar los dioses daños gravísimos a los hombres malos y favores a los buenos, pues siéndoles sumamente gratas. las virtudes

personales, abrazan a los que las poseen, y tienen por ajeno de sí todo lo que no es virtuoso.

Acostúmbrate a considerar que la muerte nada es. contra nosotros, porque todo bien y mal está en el sentido, y la muerte no es otra cosa que la privación de este, sentido mismo. Así, el perfecto conocimiento de que la muerte no es contra nosotros, hace que disfrutemos la vida mortal, no añadiéndola tiempo ilimitado, sino quitando el amor a la inmortalidad. Nada hay, pues, de molesto en la vida para quien está persuadido de que no hay daño alguno en dejar de vivir. Así, que es un simple quien dice que teme a la muerte, no porque contriste su presencia, sino la memoria de que Ira de venir; pues lo que presente no conturba, vanamente contrista o duele esperado. La muerte, pues, el más horrendo de los males, nada nos pertenece; pues mientras nosotros vivimos, no Ira venido ella; y cuando ha venido ella, ya no vivimos nosotros. Así, la muerte ni es contra los vivos ni contra los muertos ; pues en aquéllos todavía no está, y en éstos ya no está. Aun muchos huyen la muerte como el mayor de los males,. y con todo eso suelen también tenerla por descanso de. los trabajos de esta vida. Por lo cual el sabio ni teme el no vivir, puesto que la vida no le es anexa, ni tampoco lo tiene por cosa mala. Y así como no elige la comida más abundante, sino la más sabrosa, así también en el tiempo no escoge el más diuturno, sino el más dulce y agradable.

No es menos simple quien amonesta a los jóvenes á. vivir honestamente, y a los viejos a una muerte honesta; no sólo porque la vida es amable, sino, porque el mismo cuidado se debe tener de una honesta vida, que de una honesta muerte. Mucho peor es quien dice: Bueno es no ser nacido, o en naciendo Caminar del averno a los umbrales; pues si quien lo

dijo lo creía así, ¿qué hacia que no partía de esta vida?, Esto en su mano estaba, puesto, que sin duda se le hubiere otorgado la petición; pero si lo dijo por chanza, fue un necio en tratar con burlas cosa que no las admite.

Se ha de tener en memoria que lo futuro ni es nuestro, ni tampoco deja de serlo absolutamente: de modo, que ni lo espere-
mos como que ha de venir infaliblemente, ni menos desespere-
mos de ello como que no ha de venir nunca. Hemos de hacer
cuenta que nuestros deseos, los unos son naturales, los otros
vanos. De los naturales unos son necesarios, otros naturales
solamente. De los necesarios unos lo son para la felicidad,
otros para la tranquilidad del cuerpo, y otros para la, misma
vida. Entre todos ellos, la especulación es quien sin error hace
que conozcamos lo que debemos elegir y evitar para la sani-
dad del cuerpo y tranquilidad del alma; pues el fin no es otro
que vivir felizmente. Por amor de esto hacemos todas las co-
sas, a fin de no dolernos ni conturbarnos. Conseguido esto, se
disipa. cualquiera tempestad del ánimo, no pudiendo encami-
narse el animal como a una cosa menor, y buscar otra con que
complete el bien del alma y cuerpo.

Nosotros necesitamos del deleite cuando nos dolemos de no tenerlo; más cuando no nos dolemos, ya no lo necesitamos. Por lo cual decirnos que *el deleite es el principio y fin de vivir felizmente*. A éste conocemos por *primero y congénito bien*: de él toman origen toda *elección* y fuga; y a él ocurrimos discerniendo todo bien por medio de la perturbación o pasión como a regla. Y por cuanto es éste el primero y congénito bien, por eso no elegimos todos los deleites, antes bien acontece que pasamos por encima de muchos cuando de ellos se nos ha de seguir mayor molestia. Aun preferimos algunos dolores a los deleites, si se ha de seguir mayor deleite a la diuturna

tolerancia de los dolores.

Todo deleite es un bien a causa de tener por compañera la naturaleza, pero no se ha de elegir todo deleite. También todo dolor es un mal; pero no siempre se han de huir todos los dolores. Debemos, pues, discernir todas estas cosas por conmensuración, y con respecto a la conveniencia o inconveniencia; pues en algunos tiempos usamos del bien como si fuese mal, y al contrario, del mal como si fuese bien. Tenemos por un gran bien el contentarse con una suficiencia, no porque siempre usemos escasez, sino para vivir con poco cuando no tenemos mucho, estimando por muy cierto que disfrutaban suavemente de la magnificencia y abundancia los que menos la necesitan, y que todo lo que es natural es fácil de prevenir, pero lo vano, muy difícil. Asimismo, que los alimentos fáciles y sencillos son tan sabrosos como los grandes y costosos, cuando se renueva y aleja todo lo que puede causarnos el dolor de la carencia. El pan ordinario ⁷ y el agua dan una suavidad y deleite sumo cuando un necesitado llega a conseguirlos.

El acostumbrarnos, pues, a comidas simples y nada magníficas es conducente para la salud; hace al hombre solícito en la práctica de las cosas necesarias a la vida; nos pone en mejor disposición para concurrir una ú otra vez a los convites suntuosos, y nos prepara el ánimo y valor contra los vaivenes de la fortuna. Así, que cuando decimos que *deleite es el fin*, no queremos entender los deleites de los Injuriosos y derramados, y los que consisten en la fruición, como se figuraron algunos, ignorantes de nuestra doctrina o contrarios a ella, o bien que la entendieron siniestramente; sino que unimos el no padecer dolor en el cuerpo con el estar tranquilo en el

⁷ Según Hesichio, era una especie de pan hecho de harina de cebada mondada, amasada con agua y aceite.

ánimo. No son los convites y banquetes, no la fruición de muchachos y mujeres, no el sabor de los pescados y de los otros manjares que tributa una mesa magnífica quien produce la vida suave, sino un sobrio raciocinio que indaga perfectamente las causas de la *elección* y fuga de las cosas, y expele las opiniones por quienes ordinariamente la turbación ocupa los ánimos.

De todas estas cosas la primera y principal es la prudencia; de manera que lo más estimable y precioso de la filosofía es esta virtud, de la cual proceden todas las demás virtudes. Enseñamos que nadie puede vivir dulcemente sin ser prudente, honesto y justo; y por el contrario, siendo prudente, honesto y justo, no podrá dejar de vivir dulcemente; pues las virtudes son congénitas con la suavidad de vida, y la suavidad de vida es inseparable de las virtudes. Porque ¿quién crees que puede aventajarse a aquel que opina santamente de los dioses, nunca teme la muerte, y discurre bien del fin de la naturaleza; que pone el término de los bienes en cosas fáciles de juntar y prevenir copiosamente, y el de los males en tener por breves su duración y su molestia; que niega el hado, al cual muchos introducen como dueño absoluto de todo, y sólo concede que tenemos algunas cosas por la fortuna, y las otras por nosotros mismos; y en suma, que lo que está en nosotros es libre, por tener consigo por naturaleza la reprensión o la recomendación? Sería preferible seguir las fábulas acerca de los dioses, a deferir servilmente al hado de los naturalistas; pues lo primero puede esperar excusa. por el honor de los dioses; pero lo segundo se ve en una necesidad inexcusable ⁸.

[Epicuro no tiene por diosa a la Fortuna, como

⁸ Lean y mediten bien estos dos párrafos los que tienen a Epicuro por un filósofo carnal y corpóreo.

creen algunos (pues para Dios nada se hace sin orden), ni tampoco por causa instable (esto es, afirma que de la, Fortuna ningún bien ni mal proviene a los hombres para la vida feliz y bienaventurada); pero que suele ocasionar principios de grandes bienes y males.] «Se, ha de juzgar que es mejor ser infeliz racionalmente, que feliz irracionalmente; y que gobierna la fortuna lo que en las operaciones se ha juzgado rectamente.

»Estas cosas y otras semejantes deberás meditar continuamente día y noche contigo mismo y con tus semejantes; con lo cual, ya duermas, ya veles, nunca padecerás perturbación alguna, sino que vivirás como un dios entre los hombres; pues el hombre que vive entre bienes inmortales, nada tiene de común con el animal mortal.»



Digitalización y maquetación realizada para
la Biblioteca Virtual OMEGALFA
por Demófilo, en el mes de
Diciembre de 2022.

